MISSIONALIA HISPANICA
REVISTA CUATRIMESTRAL
EDITADA POR EL INSTITUTO "SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO"
AÑO IX NUM. 27

El Asia Portuguesa, campo de apostolado de San Francisco Javier

Sumario: 1. Camino de la India.—2. La Conquista. Vasco de Gama y Cabral.—3. El Imperio portugués de Oriente. Alfonso de Albuquerque.—4. La cuestión de las Molucas. China y Japón.—5. Principios de la predicación evangélica.—6. Jerarquía católica. Ordenes religiosas. Misiones.—7. Política religiosa de Juan III. La Compañía de Jesús.

El campo de apostolado de San Francisco Javier fué el *Asia Portuguesa*, que en el siglo XVI se extendía desde el cabo de Buena Esperanza al oriente, hasta la China y Japón, o, con mayor precisión, hasta la línea de demarcación o contrameridiano de Alejandro VI y tratado de Tordesillas. Comprendía la costa oriental de Africa, el golfo pérsico, la India, el golfo de Bengala, la península de Malaca, parte de Oceanía y las islas Molucas; finalmente, las costas de Indochina, China y Japón. El nombre de Asia Portuguesa es moderno; en la época se usó el de Indias Orientales o de Portugal, en contraposición a las Occidentales o de España, llamadas también del Emperador durante el gobierno de Carlos V (1).

(1) *Monumenta Historica Societatis Iesu*, vol. 70, *Documenta Indica*, ed. I. Wicki, S. I., Roma 1948, 10. Introducción: El P. Gaspar Barceo, S. I., viceprovincial de la India, tenía jurisdicción desde el cabo de Buena Esperanza hasta el Japón. Gregorio XIII, en breve de 11 de octubre de 1579, entendía por Indias portuguesas las tierras e islas situadas más allá de la Mauritania hacia el sur y el oriente, pertenecientes al rey de Portugal; comprendía por tanto el Africa occidental. En cambio la bula de erección del obispado de Goa, 1533, señala desde el cabo de Buena Esperanza hasta China; el Japón no se menciona porque aún no estaba descubierto, pero está implícitamente incluído al mencionar las islas y tierra firme descubiertas o por descubrir (MHSI, *Doc. Indica*).

Como el apóstol San Pablo abarcó en su trabajo evangélico todo el Imperio Romano, así también San Francisco Javier tuvo como ideal extender la fe cristiana por todos los ámbitos del Imperio Portugués de oriente. Este era principalmente marítimo, y tenía como bases y emporios de dominio, navegación y comercio quince fortalezas, al tiempo que el Santo llegó a la India: eran Sofala y Mozambique, en la costa oriental de Africa; Ormuz y Diu, en el golfo Pérsico; Bazaim, Chaul, Goa, Cananor, Chale, Cranganor, Cochín y Coulão (Quilón), en la costa occidental de la India; Colombo, en Ceilán; Malaca y Ternate, en Extremo Oriente (2). La capital era Goa, y en ella residía el virrey o gobernador, y el único obispo que había para tan extensos territorios. San Francisco Javier visitó por sí mismo los principales núcleos de este Imperio, predicó en ellos y, generalmente, dejó establecidas casas o misiones de la Compañía de Jesús: así, Goa, Cochín, costa de Pesquería, Meliapur, Malaca, islas Molucas, Japón y China; a otros deseó ir, y cuando no pudo, cuidó al menos de enviar a sus compañeros, como Socotora, Ormuz y Etiopía.

Para describir este campo de apostolado, he preferido el método histórico al geográfico, por creer que así queda mejor definida la significación particular del Santo y el medio ambiente en que se movió su trabajo apostólico. He seguido para eso los pasos principales de la formación del Imperio portugués de Asia, la manera cómo estuvo constituído, con el conglomerado de pueblos que lo integraban: los portugueses, que desde unas pocas fortalezas formaban la clase directora; moros, que oponían la principal dificultad a la expansión política y religiosa de Portugal, y, finalmente, las razas indígenas, que, organizadas en un conjunto abigarrado de estados más o menos poderosos, esperaban la predicación del Evangelio. Con especial cuidado he investigado los antecedentes espirituales del apostolado de San Francisco Javier, la introduc-

(2) MHSI, vol. 68, *Epistolae S. Farncisci Xaverii aliaque ejus scripta*, ed. G. Schurhammer, S. I., et I. Wicki, S. I., II, Roma 1945, 9, 12: «Los portugueses en estas partes no señorean sino el mar y los lugares que están a la orilla del mar, de manera que en la tierra firme no son señores, sino en los lugares que ellos viven»... «En estas partes de la India hay catorce o quince fortalezas, en las cuales de asiento viven portugueses, y no viven si no en fortalezas.» (Carta de S. F. Javier a S. Ignacio, Cochín, 12 de enero de 1549); téngase, sin embargo, presente que los portugueses también estaban establecidos como por excepción en sitios donde no había fortaleza, como en Meliapur y algunas otras partes (*Epist. Xaverii...*).

ción del cristianismo en la India, la constitución de la jerarquía católica y el establecimiento de las órdenes religiosas. De esta manera la figura del mayor de los misioneros modernos quedará enmarcada en el cuadro religioso de su época, la de las grandes navegaciones y descubrimientos geográficos.

1. *Camino de la India. De Ceuta al Cabo de Buena Esperanza.*

La obra de expansión ultramarina que realizó Portugal en los siglos XV y XVI es maravillosa: el noble país ibérico que se asienta como atalaya de Europa, asomado a los mares libres del océano, fué el primero en acometer la gran epopeya que caracteriza la época del Renacimiento, los viajes y descubrimientos que completaron la noticia de toda la superficie de la tierra. El principio hay que ponerlo el año 1415 con la conquista de Ceuta, y tuvo un marcado sentido de cruzada contra el Islam, como continuación de la secular guerra de la Reconquista; porque Portugal, terminada la expulsión de los moros en la parte del territorio peninsular que le correspondió hasta el Algarve, quiso llevar la guerra a la Media Luna en sus mismos reductos de Africa.

Realizada la conquista de Ceuta en tiempo del rey Juan I, su hijo y sucesor don Duarte intentó el año 1437 conquistar Tánger, pero el ejército portugués fué derrotado, y quedó prisionero el infante don Fernando, inmortalizado por nuestro Calderón de la Barca en su drama religioso *El Príncipe Constante*. El desastre retrasó la empresa, pero la reanudó el rey Alfonso V, llamado el *Africano*, con la toma de Alcázar Seguer (1458), en la boca del estrecho, y de Arcila (1471), que trajo consigo, por su importancia, la capitulación espontánea de Tánger. Otras fortalezas poseyeron los portugueses en la costa atlántica más al sur, como Mogador (1506), Aguz (1507 ó 1508), Safim (1508), Azamor (1513), Mazagán (1514). Pero la gesta del *Algarve de alem do mar*, es decir, del Norte de Africa, contra los moros de Fez y Marruecos, fué desplazada por otra mucho más importante y gloriosa para Portugal: la de las navegaciones (3).

---

(3) JOAO DE BARROS, *Décadas de Asia...*, 4 vol. Lisboa 1945-1948, I, 11ss. (BARROS...); *Historia da Expansão Portuguesa no Mundo*, 3 vol. Lisboa 1937-1940, I, 143ss. (*Expansão...*).

En sus principios el alma de ellas fué el infante don Enrique el *Navegante,* tercer hijo del rey Juan I, gobernador y más tarde maestre de la orden militar portuguesa de Cristo, quien, lleno de interés por la exploración de Africa, enviaba cada año dos o tres naves a descubrir por cuenta de la orden. El cabo de Nun (Não), al Norte del actual territorio español de cabo Jubi, era el límite de las costas hasta entonces navegadas. Las naves del Infante lo pasaron, pero encontraron un obstáculo que creyeron invencible: doblar el cabo Bojador, sesenta leguas más al sur, que se mete mucho en el océano y tiene un bajo o restinga de seis leguas que hace hervir las aguas, e infundía gran temor a los navegantes, hasta el punto de creer que más allá del cabo Bojador el mar era infranqueable. Doce años desde 1421 luchó el Infante por saltar esta barrera, y al fin lo consiguió en 1434 un escudero de su casa, llamado Gil Yáñez (Eanes en las crónicas portuguesas), quien no sólo logró sortear la restinga y doblar el temeroso cabo, sino que descubrió la ruta segura del tornaviaje, evitando con un arco el viento nordeste que sopla todo el año al sur de las islas Canarias. Con la hazaña del cabo Bojador se abrió en la historia de Portugal una época de sistemáticas exploraciones marítimas, que lanzadas periódicamente, como ondas, sobre las costas occidentales de Africa, llegaron en 64 años al cabo de Buena Esperanza, y dejaron patente el camino para la India y sus riquezas, sueño de la Europa medioeval (4). He aquí las escalas principales de la gloriosa carrera.

Una detención momentánea hubo el año 1436, por efecto de la empresa desgraciada de Tánger y la muerte del rey don Duarte; pero el año 1441 reanudó los viajes el infante don Enrique, y bajo su protección Antonio Gonçalves descubrió en dicho año el Río de Oro, y Nuño Tristão al mismo tiempo llegó a cabo Blanco. El año 1446 Dionís Fernandes tocó en el río Senegal y llegó a cabo Verde, y ese mismo año el mencionado Nuño Tristão descubrió el río Grande, en la actual Guinea portuguesa; pero al querer explorarlo y subir por sus aguas, murió con casi toda su gente en una refriega con los negros, que le atacaron valientemente con flechas envenenadas, procedimiento de lucha común entre los salvajes de Africa y América, que se llamó de flechas untadas con

(4) BARROS, I. 14, 16; *Expansão...*, I, 305ss.

hierba. Quien más descendió en los descubrimientos fué Alvaro Fernandes, que alcanzó 110 leguas al sur de cabo Verde, a 10° de latitud norte, en la desembocadura de un río que las crónicas portuguesas llaman Tabité. Toda la costa al sur del cabo Bojador se llamó de *Guiné,* pero el río Senegal la divide en dos regiones diversas: al norte encontraron los navegantes tierras áridas habitadas de moros *acenegues,* y el comercio con ellos era de oro y esclavos negros que los mismos moros vendían. Pero al llegar al río Senegal las costas estaban cubiertas de abundante vegetación tropical, por lo que al mismo río y al cabo próximo le llamaron Verde: los habitantes no eran ya moros, sino negros *jalofos,* y con ellos siguió, por desgracia, la trata de esclavos, que fué en los principios uno de los negocios más productivos de las exploraciones. Al morir el infante don Enrique, el 13 de noviembre de 1460, dejaba en cuarenta años de perseverante afán descubridor, reconocidas, exploradas y estudiadas, 370 leguas, que hacen cerca de 2.000 kilómetros, de costa africana, desde el cabo Bojador a Sierra Leona, descubierta ésta por Pedro de Cintra, caballero de su casa, en 1460 (5).

No se descuidó Portugal de asegurar el dominio exclusivo de sus navegaciones, pues temía la competencia de Castilla, alarmada por la toma de Ceuta y la cuestión de las islas Canarias. Y así obtuvo del Papa Martín V, en año incierto comprendido entre 1429 y 1431, bula de donación dirigida al infante don Enrique y a la orden de Cristo, de todo lo que descubriese desde el cabo Bojador hasta la India, y de indulgencia plenaria para los que muriesen en la empresa combatiendo contra los infieles. Gracia que confirmaron después Eugenio IV, el 5 de enero de 1443, Nicolao V, el 8 de enero de 1454, y Calixto III, el 7 de marzo de 1456, el cual concedió toda la jurisdicción espiritual a la misma orden de Cristo, desde los cabos Nun y Bojador por toda Guinea hasta la India (6).

El reinado de Alfonso V el *Africano* se caracterizó más por la conquista de plazas a los moros de Fez y Marruecos y su intervención en el pleito de sucesión en Castilla a favor de doña Juana la

(5) BARROS, I, 23-67.

(6) BARROS, I, 33; *Expansão...*, I, 365. Cf. DOMINGO MURIEL, S. I. (Cyriacus Morelli), *Fasti Novi Orbis,* Venecia 1766: muchas de las fechas de estos sucesos.

Beltraneja, que terminó con el descalabro portugués de Toro, que por su interés en seguir las navegaciones. Sin embargo, éstas continuaron, y en 1460 y 1461 Pedro de Cintra, después de descubrir Sierra Leona, como antes queda dicho, llegó hasta cabo Mesurado, en la actual Liberia, y el año siguiente Diego Alfonso exploró y conquistó las islas de Cabo Verde. Como el comercio de la Costa de Guinea crecía en importancia, el año 1459 lo concedió el Rey en arrendamiento a Fernando Gomes por tiempo de cinco años, en la cantidad de 200.000 reis, con la condición de descubrir cada año cien leguas de costa desde Sierra Leona y de que el marfil quedase propiedad de la Corona. El contrato se prorrogó por un año más en 1470, y la renta fué aumentada en 100.000 reis. Varios fueron los navegantes que envió Gomes: Suero da Costa, en 1470, Juan de Santarén y Pedro Escobar los dos años siguientes, quienes descubrieron el sitio donde años adelante se construyó el importante castillo de San Jorge de Mina (1481), y las islas de Santo Tomé, Annobón y Príncipe en el golfo de Guinea; en el continente llegaron a las bocas del Níger y doblaron la línea equinoccial. Fernando Póo, el año 1472, descubrió la isla que lleva su nombre, y, finalmente, Lope Gonçalves y Ruy Sequeira llegaron, en 1473 y 1475, a los cabos de Lopes y Santa Catalina, 37 leguas más al sur. Fernando Gomes cumplió bien su compromiso. y dejó descubiertas 600 leguas de costa, desde cabo Mesurado hasta el de Santa Catalina, a dos grados y medio de latitud sur. El comercio de Guinea alcanzó también gran prosperidad, y consistía principalmente en oro, marfil, esclavos y una especia de la región, por nombre *malagueta* (7).

En el reinado de Juan II, llamado el *Príncipe Perfecto*, las navegaciones se prosiguieron con mayor impulso: producían a la corona una utilidad de 200.000 doblones de oro, suma considerable y muy superior a las otras rentas del Estado. Subido al trono el 28 de agosto de 1481, despachó el año siguiente una flota mandada por Diego Cão (*Canus* en los documentos latinos), con la misión de construir varios castillos o fortalezas que diesen seguridad a las factorías comerciales de la costa, y de continuar las navegaciones. Llevaba también columnas o mojones de piedra (*pa-*

(7) BARROS, I, 71ss.; *Expansão...*, I, mapa de la pág. 360.

drãos en portugués) para colocarlos como señal de dominio, en vez de las cruces de madera que llevaban los anteriores navegantes: tenían la altura de dos hombres y terminaban en una cruz; a los lados llevaban inscripciones en latín y portugués, donde constaba el nombre del Rey, del capitán descubridor y el tiempo de su erección. Diego Cão en este primer viaje topó con el río Congo, llamado *Zaire* por los naturales, y a quien él nombró Poderoso por su grandeza; los habitantes eran negros de cabello revuelto, pero de lengua distinta que no la entendían los intérpretes que traía de Guinea. En la boca sur del río puso el primer hito o padrón por el mes de mayo de 1483, y siguiendo sus exploraciones llegó a 13° 26' el 28 de agosto del mismo año, adonde colocó un segundo padrón, que por el santo del día llamó de San Agustín. De esta vez descubrió 350 leguas al sur del cabo de Santa Catalina. De nuevo le encargó el Rey un segundo viaje en 1484 y 1485, en el que pasó 200 leguas adelante del padrón de San Agustín, y colocó otros dos, uno en la punta llamada cabo Negro, a 15° 42' de latitud sur, y otro en altura de 21° 47' sobre un morro que se alzaba en la arena, que por el mojón se llamó cabo Padrão. Continuó aún seis leguas más abajo, hasta un punto llamado Sierra Parda, a 22° 10', y regresó al río Congo y Portugal (8).

En este segundo viaje llevó Diego Cão consigo embajadores de los príncipes de Congo y Benín, territorio éste más al norte situado en el continente frente a la isla de Fernando Póo, en que pedían al rey de Portugal les enviase sacerdotes que los hiciesen cristianos. Por esta embajada se tuvo noticia en Lisboa de un gran rey del interior de Africa, llamado Ogané, de quien recibían confirmación al principio de su gobierno los de Benín y Congo, el cual les enviaba ciertas insignias de majestad y una cruz. Se creyó que se trataba del célebre Preste Juan, emperador cristiano de Etiopía, conocido en occidente a través de la comunidad copta de Jerusalén, por los peregrinos de Tierra Santa. La geografía de la época extendió los límites de dominio e influencia de Etiopía por gran parte del centro y sur de Africa. Y en Portugal se avivó el deseo de establecer relaciones con el Preste y hallar por su medio el camino para la India. Además, el rey don Ma-

(8) BARROS, I, 77, 86ss.; *Expansão...*, I, 367, 368, mapa.

nuel continuó la política de asegurar la exclusiva de las navegaciones por intervención de Roma, y obtuvo del papa Sixto IV bula de 21 de junio 1481, que confirmaba la primitiva donación de Martín V para las conquistas hechas desde los cabos Nun y Bojador por Guinea hasta la India; y otra de Inocencio VIII, 18 de febrero de 1486, de sentido parecido. Mas no se contentó con esto, sino que hizo guardar riguroso secreto sobre los nuevos descubrimientos, a fin de no despertar codicias extrañas, y dió órdenes muy severas acerca de los navíos extranjeros que se aventurasen a navegar por mares africanos, mandando tomarlos por buena presa y arrojar al mar sus tripulantes (9).

La flotilla de Diego Cão se hallaba de vuelta en el Tajo por abril o mayo de 1486, y el año siguiente por julio o agosto salía de sus aguas otra formada de dos naves, *San Cristóbal* y *San Pantaleón*, de 50 toneladas, y otra menor con bastimentos, al mando de Bartolomé Días y Juan Infante. A fines de noviembre de 1487 se hallaban en el mojón de cabo Padrão, y por todo el mes de diciembre y primeros meses de 1488 siguieron navegando al sur pegados a la costa. Los nombres de los santos dados a puntos de tierra que figuran en el derrotero, Santa Bárbara (4 de diciembre), Concepción (8 íd.), Santo Tomé (21 íd.), San Silvestre (31 íd.), los Reyes (6 de enero) indican el itinerario de los navegantes. Las tormentas les hicieron irse a alta mar, y pasaron en medio de grandes fríos el extremo sur del continente africano sin verlo. Días volvió entonces atrás con rumbo nordeste por espacio de 150 leguas, y al llegar cerca de tierra en altura de 35 grados, observó que las sierras y línea de la costa se dirigían al este y norte: el paso al océano Indico estaba descubierto. Era a fines de enero o principios de febrero de 1488: a un golfo donde por esos días aportó, lo llamó de San Blas (3 de febrero). La tripulación se amotinó, los trabajos de la navegación eran durísimos y querían volver a Portugal. Bartolomé Días logró calmar a su gente y siguió avanzando durante dos o tres días hasta el río Infante, llamado así por su compañero Juan Infante, el primero que llegó a él. De aquí emprendieron el viaje de vuelta y Días colocó tres padrones de los que llevaba: el primero cerca del dicho río del Infante lo llamó de San Gregorio (12 de marzo); si-

(9) BARROS, I, 87-90; *Expansão...*, I, 365 367.

guiendo su viaje al oeste llegó a la punta de San Brandão (16 de mayo), y poco después desde una bahía pudo ver la mole imponente de una punta o cabo que llamó de las *Tormentas,* por las que en el viaje de ida le habían desviado hacia el sur, y en él colocó el segundo padrón, que llamó de San Felipe diácono (6 de junio); el tercero, que llamó de Santiago (25 de julio), lo puso en el cabo que llamó *da Volta,* a 26 grados y medio de latitud. En diciembre de 1488 entraba por aguas del Tajo, después de un viaje de diceiséis meses y diecisiete días y de haber descubierto 350 leguas nuevas de costa. El rey D. Manuel se llenó de júbilo por tener hallado el codiciado paso del sudeste para la India, y al cabo que Bartolomé Días llamó de las tormentas, le cambió el nombre llamándole de *Buena Esperanza* (10).

Poco más de cincuenta años más tarde había de cruzar esos mismos mares San Francisco Javier camino del oriente. Salido de Lisboa el 7 de abril de 1541, pasó a vista de las islas de Madera, Canarias y Cabo Verde, donde sobrevinieron grandes calmas. El Santo habla así del viaje: «Anduve por la mar mareado dos meses, pasando mucho trabajo en la cuesta de Guinea, así en grandes calmas como en no ayudarnos el tiempo» (11). Desde las islas de Cabo Verde y Costa de Guinea, las armadas portuguesas solían adentrarse por el Atlántico hasta cerca de las costas del Brasil en busca de vientos favorables, y luego enfilaban al sudeste hasta avistar la isla de Tristán de Acuña, situada al sur de Africa, bastante alejada de la costa; entonces torcían el rumbo al nordeste y así lograban penetrar en la costa oriental de Africa, doblado el cabo de Buena Esperanza. Esta fué la ruta de San Francisco Javier, quien pasado el malestar del primer mareo se consagró a ejercitar su celo sacerdotal con aquella muchedumbre abigarrada que llenaba las bodegas y cámaras de la pesada nao de madera de cerca de mil toneladas. Los alimentos salados, la dura galleta, la escasez y mala calidad del agua, el hacinamiento en antros lóbregos y malsanos, favorecían el libertinaje de los soldados y gente de mar; las enfermedades, principalmente el escorbuto, cundían, y a no pocos causaban la muerte. «El tiempo que navegamos, escribe el Santo, no faltaban en la nao confesiones, así de los que venían enfermos como

(10) BARROS, *I,* 91ss.; *Expansão...*, I, mapa de la pág. 376.
(11) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 91. Carta de Mozambique, 1 de enero de 1542.

de los sanos; los domingos predicaba» (12). Y así cinco largos meses de navegación hasta doblar el cabo de Buena Esperanza y llegar a Mozambique. Era la primera cruz que encontraban los ministros del Evangelio en la antigüedad, cuando ardiéndoles el pecho como a Javier, en ardores de apostolado, tenían que pasar por la monótona y dura carga de las interminables navegaciones, antes de llegar al campo de su apostolado. A ejemplo del Santo se consagraban a hacer el bien a los compañeros de viaje o a preparar las armas espirituales con el estudio y aprendizaje de las lenguas indígenas (13).

2. *Conquista de la India. Vasco de Gama y Cabral.*

Mientras Bartolomé Días realizaba su inmortal hazaña, envió el rey D. Manuel emisarios que por tierra tomasen conocimiento de la India y entablasen, si fuese posible, relaciones con el Preste Juan de Etiopía, en la idea de que podrían servir de base para las navegaciones y el comercio. Los elegidos fueron Pedro de Covilhã, que hablaba bien el árabe, y Alfonso Paiva, los cuales partieron de Santarén el día 7 de mayo de 1487. Llegados a la isla de Rodas se disfrazaron de mercaderes y se dirigieron al Cairo y Suez, atravesaron el Mar Rojo y por el verano de 1488 se hallaban en Adem. Aquí se dividieron: Covilhã fué a la India, y estuvo en Cananor, Calicut, Goa y Ormuz; Paiva debía dirigirse a Etiopía, pero le sobrecogió la muerte sin poder cumplir su embajada. Covilhã el año 1489 navegó a Africa y estuvo en Sofala, de donde por Adem volvió al Cairo a principios de 1491. De aquí envió sus informes al rey de Portugal, por medio de un judío portugués llamado José, zapatero de Lamego: había descubierto la canela y la pimienta, el clavo no se daba en Calicut, venía de fuera, pero lo había en abundancia; la navegación de la India era fácil, por ser todo costa llana, y desde Sofala en el sudeste de Africa, o una isla que los moros llamaban de la Luna (Madagascar), se podía llegar con facilidad. Despachadas a Portugal estas noticias, Covilhã se dirigió al Preste Juan y trató de cumplir la embajada de su compañero Paiva, pero llegado

(12) *Ibid.*, I, 120. Carta de Goa, 20 de septiembre de 1542.
(13) JOSÉ DE ACOSTA, S. I., *De Procuranda Indorum Salute*, Salamanca 1588, 135.

a Etiopía no le dejaron salir conforme a las leyes del reino, y allí vivió muchos años bien acomodado (14).

Con el retorno de Bartolomé Días y las noticias facilitadas por Pedro de Covilhã, el camino de la India quedaba expedito; faltaba el último salto que desde el cabo de Buena Esperanza salvase las 900 leguas que suponía Covilhã lo separaban en línea recta de la India. Pero sobrevino entonces el descubrimiento de América (1492) y las disputas de Portugal con Castilla sobre las islas halladas en el oscuro océano. Se llegó a una avenencia con la línea de demarcación del papa Alejandro VI y el tratado de Tordesillas concertado el 7 de junio de 1494. El rey Juan II moría y le sucedió en el trono el 27 de octubre de 1495 don Manuel, llamado el *Afortunado*, en cuyo reinado se formó el imperio portugués de Asia.

Dos años después de ocupar la corona envió a Vasco de Gama con cuatro velas para que fuese a descubrir la India: eran *San Gabriel*, capitaneada por el mismo Gama; *San Rafael*, por su hermano Paulo da Gama; *Berrío*, por Nicolás Coelho, todas tres de 100 a 120 toneladas, y una carabela menor, de 50, para llevar bastimentos. Iban entre tripulantes y soldados hasta 170 personas, y el Rey les había dado cartas en arábigo y portugués que entregasen en embajada al rey de Calicut y al Preste Juan. Salieron de la barra de Lisboa el 8 de julio de 1497, y después de hacer escala en las islas de Cabo Verde, llegaron en 96 días a la bahía de Santa Elena, cinco meses después de salidos de Lisboa. El 20 de noviembre doblaron sin gran dificultad el cabo de Buena Esperanza, y el día de Santa Catalina (25 de noviembre) aportaron a la aguada de San Blas, 60 leguas más adelante, ya conocida por Bartolomé Días. Desde aquí empezaba lo desconocido: por Navidad (25 de diciembre) llegaron a un río y costa que nombraron Natal, y el día de Reyes (6 de enero de 1498) a otro río que llamaron de los Reyes, más tarde nombrado del Cobre (hoy Limpopo). Aquí a la entrada del océano Indico pasaron grandes tempestades, que les hicieron alejarse a alta mar, por lo que les pasó desapercibida Sofala, visitada por Covilhã. De ahí adelante la gente que veían por la costa no eran ya todos cafres, había algunos bien vestidos de algodón y sedas, que entendían algo el árabe y daban muestras de mayor en-

(14) BARROS, I, 95ss.; *Expansão...*, I, 12ss.

tendimiento; los creyeron mestizos de moros y negros, y al río de la tierra le llamaron de las Buenas Señales. En él decidió Gama erigir el primer padrón de los que llevaba y lo nombró de San Rafael.

El 24 de febrero de 1498 partieron y en cinco días llegaron a Mozambique, donde surgieron en unas islas distantes media legua. En ellas levantó el segundo padrón, que llamó de San Jorge y dió nombre a las mismas islas. Aquí comenzaron las dificultades: era Mozambique una factoría de moros, escala para las ricas minas que había en Sofala, y entre ellos y los portugueses no tardaron en manifestarse los odios seculares de raza. Vasco de Gama pidió al jeque de la población, llamado Sacoeje, pilotos que le guiasen hasta Calicut; él se los dió, pero traidores, que le metían las naves por sitios peligrosos y trataban de desviarle de su camino; la artillería portuguesa hubo de sonar por primera vez en Mozambique. El día 1.° de abril de 1498 abandonaron las islas de San Jorge, y el piloto quiso llevarles con engaño a Quiloa, ciudad fuerte de moros, con la esperanza de que allí los matasen; pero los vientos impidieron la traición, y el 7 de abril, víspera del domingo de Ramos, arribaron a Mombaza, también población de moros, donde continuaron los engaños, asaltos a las naves y otras hostilidades. Finalmente Gama salió libre, y el día de Pascua de Resurrección (15 de abril) llegó al puerto de Melinde, donde tuvo la fortuna de que su rey, aunque moro, era hombre de bien y lo trató con verdad. Aquí encontró, entre otros moros comerciantes de Cambaya, uno que las crónicas portuguesas llaman Malemo Caná, y modernamente ha sido identificado con el célebre piloto Ahmed ibn Madjid; ambos sostuvieron largas pláticas astronómicas y de navegación. En Melinde puso Vasco de Gama el tercer padrón en señal de paz y amistad, y el 24 de abril se hizo a la vela camino de la India, guiado por el piloto moro. Atravesó en 22 días las 700 leguas que mide por allí de anchura el mar de las Indias y fué a tomar tierra dos leguas abajo de la ciudad de Calicut, meta de su viaje. Había descubierto y navegado 1.200 leguas desde el río del Infante (15).

Calicut está en la costa occidental al sur de la India; todo el

(15) BARROS, I, 129, 149ss.; *Expansão...*, II, 60ss., y mapa de la pág. 50.

territorio se llamaba Malabar y estaba dividido en varios reinos, de los que por esos años Calicut era el más importante, y su rey llamado Samorí tenía con ellos preponderancia como de emperador; pero además de la población hindú había numerosos moros, que por ser dueños del comercio y la navegación ejercían grande influencia. El 20 de mayo de 1498 se presentó Vasco de Gama al Samorí a fin de cumplir su embajada, entregar las cartas, establecer relaciones de amistad y comercio y cargar sus naves de especias. El rey hindú le recibió bien, pero de nuevo los moros se pusieron por medio, pintando a aquellos extranjeros *franquis* del remoto occidente como piratas y la embajada que traían como ficticia; 74 días de incertidumbre, penalidades y traiciones pasó Gama en Calicut, y al fin, después de colocar allí otro de los padrones que llevaba, se retiró el 29 de agosto para el norte con las naves vacías. Fué a parar a unas islas entre Baticalá y Cananor, y en ellas puso el quinto y último padrón, que llamó, como a las islas, de Santa María. Luego se acercó a un grupo de cinco islas llamadas Angediva (ange=cinco, diva=isla), a 12 leguas de Goa, donde recibió un emisario del rey de la tierra, que ofrecía a los portugueses su amistad y les invitaba a entrar en su servicio como tropas a sueldo. Pero Vasco de Gama iba a descubrir, no a conquistar; no tenía fuerzas militares para ello y la tierra se presentaba hostil por causa de los moros, que no querían admitir la competencia de los extranjeros en el comercio. Cargó, pues, sus barcos con las especias que pudo y desde Angediva emprendió el tornaviaje.

No era tiempo en que la monzón del océano Indico favoreciese la navegación, y tardó tres meses menos tres días en atravesar el mar, con grandes contratiempos por la mucha gente que se le enfermó y murió. Pasó frente a la ciudad de Mogadiscio sin detenerse, haciéndole sólo desde lejos salvas de artillería, y aportó a Melinde, donde se detuvo cinco días para dar alivio a la tripulación. De aquí siguió su viaje y tuvo la desgracia de que el *San Rafael* diera en unos bajos y se perdiese, si bien la gente toda se salvó. El 2 de febrero de 1499 pasaba frente a Mozambique, el 20 de marzo dobló el cabo de Buena Esperanza, y llegado a Cabo Verde, una tempestad separó a las dos naves; la de Nicolás Coelho entró en la barra de Lisboa el 10 de julio; Vasco de Gama hubo de detenerse por la muerte de su hermano Paulo, y

el 29 de agosto llegaba también a salvamento en aguas del Tajo. El camino de la India quedaba descubierto. La alegría en Lisboa fué inmensa; la gente veía con ojos asombrados en la ribera del río los cargamentos de pimienta, clavo, jengibre, canela, nuez moscada y demás especias y productos orientales. El rey D. Manuel comunicó la fausta nueva a las ciudades y villas, al rey de Castilla y al romano Pontífice; en todo Portugal hubo procesiones religiosas de acción de gracias; y el Papa debía, decía el Rey, mostrar públicamente su regocijo y dar gracias a Dios; el codiciado comercio de la India estaba descubierto, de modo que sin pasar por manos de moros se podía largamente proveer a la cristiandad de las especias, drogas y pedrerías del oriente (16).

Descubierto el camino de la India, cada año desde el de 1500 organizó el rey D. Manuel una y a veces dos armadas que fuesen por el rico cargamento: la mayor parte de los navíos eran de carga, que debían volver a Lisboa; algunos de guerra para permanecer en la India, proteger el comercio y comenzar a poner las bases del dominio político. La armada de 1500 era de trece velas, entre navíos grandes y carabelas de menor tamaño; llevaba 1.200 hombres, parte marinería y parte gente de guerra, además de algunos frailes y clérigos que atendiesen a la religión en la fortaleza que llevaban orden de fundar. Al mando de todos iba Pedrálvares Cabral, y salieron de Lisboa el día 9 de marzo. Pasadas las islas de Cabo Verde, para huir de las calmas de Guinea, se entró tanto Cabral en alta mar que, lanzado por los vientos, dió el 24 de abril en una tierra desconocida al poniente, donde bajó y mandó decir misa tomando posesión de ella a nombre del rey de Portugal. Estaba a 10 grados de latitud sur y la llamó de Santa Cruz, tal vez por la fiesta de la invención de la cruz (3 de mayo): era el Brasil. De aquí siguió su viaje, y el 23 de mayo padeció una furiosa tormenta que duró 20 días, en la que perecieron cuatro velas, una que iba mandada por Bartolomé Días. Finalmente el 16 de julio se hallaba en Sofala, el 23 en Mozambique, el 26 en Quiloa, donde invitado a bajar a tierra para una entrevista, respondió que «su Rey se lo prohibía, y solamente podía salir para dar batalla a los que no aceptasen su amistad». He aquí la norma definida de

(16) BARROS, I, 156-173ss.; *Expansão...*, II, 47ss.

las primeras navegaciones portuguesas por oriente: no iban a conquistar territorios, sino a comerciar, y les interesaba únicamente el dominio de los mares, y establecer en tierra las bases necesarias para él. Diferencia sustancial con la dominación española en América y Filipinas, para la que el mar era sólo el camino, y la meta conquistar tierras e imperios. De Quiloa pasó a Melinde (2 de agosto), y obtenidos aquí dos pilotos, aportó el 23 de agosto a Angediva y el 13 de septiembre a Calicut. Esta ciudad fué el azote de los portugueses en los primeros viajes. A Aires Correa y demás compañeros que Vasco de Gama había dejado en una factoría los asesinaron a vista de Cabral, y éste hubo de tomar venganza quemando las naves surtas en el puerto y bombardear la ciudad. En cambio, más al sur, Cochín y Cananor se esmeraron en tratar bien a los portugueses, sin duda para atraer a ellas su comercio, por emulación de Calicut. Cochín fué en los primeros años, antes de la fundación de Goa, la capital efectiva de los dominios portugueses y residencia de los gobernadores. Cabral pudo con facilidad cargar en ellas sus naves de mercaderías, y el 16 de enero de 1501 emprendió viaje de vuelta a Lisboa. (17).

La armada de 1501 fué sólo de cuatro velas con 350 hombres; y, salida de Lisboa el 5 de marzo, por septiembre estaba en la India, donde se vió obligada a mantener combate naval contra Calicut, y tomada su carga en Cochín y Cananor llegó felizmente a aguas del Tajo el 11 de septiembre de 1502. En cambio, la de este año fué una poderosa flota de veinte velas al mando de Vasco de Gama; 15 eran de carga y debían volver al año siguiente, pero las cinco restantes estaban destinadas a quedarse en la India para guardar las costas y proteger las dos factorías de la costa de Malabar, Cochín y Cananor. La hostilidad de Calicut continuaba y de nuevo sufrió el castigo de la artillería portuguesa. Se sentía cada vez con mayor apremio la necesidad de mantener a raya la osadía de los moros, que desde el corazón del Islam, Arabia, el mar Rojo y el golfo Pérsico infestaban con sus naves las rutas marítimas. El año 1503 la armada fué de nueve velas, seis para cargar especiería y tres para permanecer en guarda del estrecho de Adem, boca del Mar Rojo. En ella fué a la India la primera vez el gran Alfonso

(17) BARROS, I, 181-206.

de Albuquerque. A Calicut lo halló empedernido, había hecho guerra al rey de Cochín, amigo de Portugal, y le había quitado el reino; Albuquerque derrotó al Samorí y edificó en Cochín una fortaleza, la primera de la India, para cuya guarda dejó dos carabelas y una guarnición de 100 portugueses. En cambio, la reina de Coulão (Quilon), al sur de Cochín, quiso entablar relaciones comerciales y admitió una factoría portuguesa. Albuquerque volvió a Portugal en esa misma armada. Al año siguiente de 1504 la armada fué muy poderosa, de grandes y fuertes navíos, y llevaba 1.200 hombres, mucha parte de ellos fidalgos y caballeros, al mando de Lope Soares de Albergaria. Salió de Lisboa el 22 de abril y el 7 de septiembre se hallaba ante la rebelde Calicut: la guerra continuaba sin tregua y se había extendido a Cranganor, cuatro leguas al norte de Cochín, aliado del Samorí. La escuadra portuguesa tuvo una importante batalla naval en Panané, donde quemó 17 gruesas naves moras de la Meca, cargadas de especiería (18).

El año 1505 fué a la India el primer virrey, Francisco de Almeida: por tiempo de tres años debía residir en ella, y tenía como jurisdicción la costa oriental de Africa desde el cabo de Buena Esperanza, el golfo Pérsico y la costa occidental de la India hasta entonces descubierta. Llevaba una armada de 22 velas y 1.500 hombres, con encargo de reprimir a los moros, construir fortalezas y cuidar que estuviese a punto la carga de especiería para las naves que debían volver a Lisboa; dejó las aguas del Tajo el 25 de marzo. El 18 de mayo siguiente le siguió otra armada de seis velas destinada a las minas de Sofala. El Virrey se detuvo de camino en Africa y construyó fortalezas en la dicha Sofala y en Mozambique; después peleó con el jeque de Mombaza e incendió su ciudad; luego pasó a la India y construyó fortaleza en Angediva, precursora de Goa, por quedar en medio de toda la costa y ser a propósito para hacer aguada e invernar. De aquí se dirigió a Onor y quemó su puerto; luego a Cranganor, donde se proclamó virrey, y pasó a construir fortaleza en Cananor. Los moros de Coulão dieron muerte a los portugueses de la factoría y Almeida envió a su hijo don Lorenzo que castigase la ciudad. El 1.° de noviembre de 1505 llegó a Cochín y estableció allí su residencia ordinaria. Los de Calicut le-

(18) BARROS, I, 216-301; *Expansão...*, II, 299.

vantaron una poderosa armada y el Virrey envió contra ella a don Lorenzo, que la destruyó, y después hizo un viaje a la isla de Ceilán y estableció en ella factoría para el comercio de la canela (19).

Como se ve, el imperio portugués con el virrey Almeida iba tomando asiento, y de esta manera, a costa de increíbles trabajos, las armas de Portugal iban preparando el camino a la predicación del Evangelio, cuyo heraldo más ilustre, San Francisco Javier, después de doblado el cabo de Buena Esperanza, llegó a Mozambique por el mes de agosto de 1541. Sucedió aquí lo que no era raro en la navegación de la India: tener que invernar en Mozambique por haber pasado el tiempo de la monzón para cruzar el océano Indico, que soplaba en sentido sudeste en los meses de mayo a septiembre. Seis meses hubo de detenerse el Santo en Mozambique por este motivo: su anhelo de ver y pisar tierra, tan natural después de la larga y penosa navegación, se refleja en las palabras de una de sus cartas: «Quiso Dios nuestro Señor hacernos tan gran merced, de traernos a una isla en la cual estamos hasta el día presente» (20). Los largos meses de espera no los pasó ociosos el apóstol: Mozambique era entonces el primer puerto importante de los dominios portugueses de oriente, pasado el cabo de Buena Esperanza; además de la población negra del país, tenía un barrio moro y muchas casas de portugueses agrupadas junto a la fortaleza. Pero lo que daba vida a la ciudad eran las armadas que pasaban por ella de ida o de vuelta a Portugal; la de Martín Alfonso de Sousa, en que iba Javier, llevaba cinco grandes galeones. El Santo no venía solo, le acompañaba un sacerdote jesuíta italiano que se le había juntado en Roma para ir con él a la India, llamado micer Paulo, y un novicio portugués conocido suyo de París, por haber tratado allí con el grupo de estudiantes que seguían el magisterio espiritual de San Ignacio de Loyola; se llamaba Francisco Mansilhas. Veamos lo que nos dicen de la estancia en Mozambique las cartas del Santo: «Antes que pudiésemos pasar a estas partes de la India, llegamos a una isla que se llama Mozambique, donde ibernamos cinco naos muy grandes con mucha gente, en la cual isla estuvimos seis meses, donde el rey de Portugal tiene una fortaleza. En esta ínsula hay

(19) BARROS, I, 309-421.

(20) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 91: Carta de Mozambique, 1 de enero de 1542

un lugar de portugueses y otro de moros. Adoleció mucha gente el tiempo que aquí estuvimos; murieron algunos ochenta hombres. Nosotros posamos siempre en el hospital con los enfermos, teniendo cargo de ellos. Micer Paulo y Mansilla ocupábanse *circa corporalia*, e yo en confesar y comulgar de contino, no pudiendo acabar de cumplir con todos. Los domingos solía predicar, tenía mucho auditorio... Los trabajos eran de tal calidad, que yo no me atreviera solo un día por todo el mundo.» El Santo cayó enfermo de tanta y tan penosa labor. «Mucho deseara, añade, poder escribir más largo, mas por cuanto la enfermedad no lo sufre; hoy me sangraron la setena vez y hállome en mediocre disposición» (21).

A fines de febrero el gobernador Sousa determinó irse solo en un galeón y visitar de camino algunas fortalezas. Quedaban a la sazón en Mozambique, nos informa el Santo, muchos enfermos, y rogó a los Padres que se quedasen algunos para cuidarlos; pero a Javier quiso llevarlo consigo, «por cuanto venía mal dispuesto, para confesarlo hallándose en necesidad». Se partió, pues, Javier y quedaron en Mozambique micer Paulo y Mansilhas. La primera ciudad donde tocaron fué Melinde; había en ella la mayor parte del tiempor mercaderes portugueses y cristianos abisinios mezclados con moros, que eran los dueños de la ciudad. Aquí vió Javier la columna o padrón terminado en una cruz, que puso Vasco de Gama el año 1498, y su alma se llenó de alegría al ver la cruz «así sola y con tanta victoria en medio de tanta morería». Después llegaron a la isla de Socotora, situada a poca distancia del extremo oriental de Africa, el cabo Guardafuy: esta isla tentó el celo de Javier. Era desamparada y pobre por su mucha esterilidad, los habitantes gente muy ignorante: decían ser cristianos de los convertidos por el apóstol Santo Tomás y se preciaban mucho de ello; tenían en cada lugar sacerdotes casados, que llamaban *cacices*, y no sabían leer ni escribir, pero cada día iban cuatro veces a la iglesia y hacían largos oficios y oraciones. Javier bajó dos veces a la isla y bautizó muchos niños; los cristianos le rogaron se quedase entre ellos y que todos, grandes y pequeños, se bautizarían; ya antes habían conocido los trabajos apostólicos de algunos religiosos franciscanos. Es-

(21) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 91, 116: Cartas de Mozambique, 1 de enero de 1542, y de Goa, 20 de septiembre de 1542.

cribe el Santo: «Dije al Sr. Gobernador que me diese licencia, que yo quería quedar allí, pues hallaba *messem tam paratam*. Y porque a esta isla vienen turcos, y por no me dejar en peligro que me llevasen preso los turcos, no quiso el Sr. Gobernador que quedase en aquella ínsula de Socotora, diciéndome que me había de enviar a otros cristianos que tienen tanta o más necesidad de doctrina que los de Socotora, donde haría más servicio a Dios nuestro Señor» (22). Se partió, pues, de la isla Javier en compañía del Gobernador, pero la memoria de aquellos cristianos abandonados y muy vejados de los moros del continente se le quedó grabada en el corazón. El año 1548, después de volver de la misión de las Molucas, destinó a Socotora al P. Alonso Cipriano, jesuíta español, con otro padre portugués y dos hermanos, porque no tenían aquellos cristianos ningún sacerdote ni quien los bautizase. Y poco después escribía a su compañero de París y grande amigo, el P. Simón Rodrígues, provincial de Portugal, interesándose por aquella gente miserable: un moro señoreaba la isla y agraviaba mucho a los cristianos tomándoles lo suyo, y sus hijas tornándolas moras, y otros muchos males; debía Rodrígues interceder con el rey Juan III para que mandase echar los moros de la isla; las armadas portuguesas que andaban por el mar Rojo lo podían hacer con facilidad y sin gasto, pues los moros no pasaban de treinta y estaban en una casilla de la playa a modo de fortaleza; no permitían a los cristianos tener ningunas armas y los mantenían en grande cautiverio. «Por amor de nuestro Señor, dice Javier, que proveáis cómo estos cristianos tristes y afligidos salgan de cautiverio, pues tiránicamente son señoreados de los moros. En ocho días los pueden echar de la tierra, cuando vienen [las naves portuguesas] del estrecho, que van a tomar agua a aquella isla; es piedad grande oir las lástimas de estos cristianos de Socotora» (23).

3. *El Imperio portugués de Asia. Alfonso de Albuquerque.*

El año 1506 fué el segundo viaje de Alfonso de Albuquerque a la India; la armada constaba de nueve velas de carga, al mando

(22) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 121, 124: Carta de Goa, 20 de septiembre de 1542.

(23) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 467: Carta de Punicale, 22 de octubre de 1548; *Ibid.*, II, 39, 40: Carta al P. Simón Rodrígues, Cochín, 20 de enero de 1549.

de Tristán de Acuña, y cinco de guerra que se dieron a Albuquerque para que estuviese de guarda en el golfo arábigo y construyese fortaleza en la isla de Socotora. El año siguiente de 1507 fueron despachadas dos armadas, una de once velas, siete de carga y cuatro de guerra, para la India, y otra de cinco velas para Sofala y costa de Africa. Albuquerque realizó desde septiembre de 1507 a marzo de 1508 su primera gesta heroica en el asedio y toma de la importante plaza de Ormuz. Llevaba una escuadra de siete velas y 460 hombres; en el camino saqueó y quemó varios lugares, entre ellos Mascate: Llegado a vista de Ormuz envió proposiciones de que la ciudad se hiciese tributaria del rey de Portugal; contestaron que no estaban acostumbrados ellos a pagar tributos, sino a cobrarlos; se siguió una gran batalla naval ganada por los portugueses y la rendición de la ciudad. Albuquerque inició la construcción de una fortaleza de piedra; y al poco, habiéndose presentado enviados del rey de Persia a cobrar unos tributos que les pagaban los de Ormuz, Albuquerque les hizo mostrar balas de cañón y espadas, diciendo que de eso tenía abundancia y no pagaría otras parias. Pero, como siempre, por influjo de los moros, las paces con Ormuz se rompieron; la fortaleza no estaba terminada y Albuquerque se acogió a las naves, y desde ellas siguió la guerra, manteniendo un asedio sobre toda la isla donde estaba edificada la ciudad, e impidiendo le llegasen socorros, víveres y agua. Pero tres capitanes portugueses, descontentos de la porfía de Albuquerque (el *Terrible* le llamaron los contemporáneos), le abandonaron y se fueron con sus naves a la India, lo que obligó al mismo Albuquerque a levantar por entonces el asedio y retirarse a la isla de Socotora (24).

El año 1508 hizo el rey D. Manuel un arreglo de jurisdicciones en oriente, creando tres capitanías mayores: la primera, llamada de Etiopía, comprendía desde Sofala a Diu, y la encargó a Jorge de Aguiar, quien debía residir en Socotora, y su fin principal era reprimir a los moros y destruir su comercio; la segunda, que comprendía la India desde Diu al cabo de Comorín, la encomendó a Alfonso de Albuquerque, y su residencia debía ser Cochín; la tercera se ordenaba a la conquista de Malaca, y fué dada a Diego Lópes de Sequeira con una armada de cinco velas, fuera de las 18

(24) BARROS, II, 5-77.

que se enviaron ese año a la India, y levaron anclas de Lisboa en los días 5 y 9 de abril.

Los moros de Calicut y Cambaya, temerosos de la pujanza portuguesa, habían pedido ayuda al soldán del Cairo, quien por el mar Rojo les envió una poderosa escuadra de doce velas con mucha artillería y 1.200 hombres, recogidos entre la chusma de aventureros de diversos países, algunos renegados cristianos. Esta armada mandada por Mir Hocem llegó a la India y encontró en Chaul las naves portuguesas capitaneadas por el hijo del virrey Almeida, don Lorenzo; la batalla fué durísima, y aunque los moros tuvieron muchas pérdidas, lograron matar a don Lorenzo y se retiraron a Diu, en la costa de Cambaya. Mientras tanto Albuquerque, con los refuerzos recibidos de Portugal, quiso probar de nuevo fortuna sobre Ormuz, y después de castigar algunas villas de su jurisdicción en agosto de 1508, se presentó el 13 de septiembre en sus aguas e inició una segunda guerra y bloqueo, que no le dió resultado. Entonces se dirigió a la India y el 6 de diciembre del mismo se presentó en Cananor y requirió al virrey Almeida que le entregase el gobierno de su capitanía. Almeida dió por buenos los poderes de Albuquerque, pero dijo no ser válidos hasta su regreso a Portugal en la flota ordinaria, y aprovechó el tiempo que le restaba para luchar con la armada mora y vengar la muerte de su hijo. El 12 de diciembre de 1508 se embarcó para Diu en busca de Mir Hocem: llevaba 19 velas con 1.200 portugueses y 400 malabares auxiliares. De paso se detuvo en Dabul, ciudad fuerte y muy poderosa sujeta al rey de Decán, aliado de Cambaya, y consiguió ponerle fuego y arrasarla el 29 de diciembre. Hecho esto se dirigió a Diu, y en una memorable batalla del día de San Blas (3 de febrero de 1509) destruyó y echó a fondo la poderosa armada de moros y turcos, los temidos *Rumes* tan sonados en las crónicas. Todavía permaneció el Virrey en la India por casi todo el año de 1509, teniendo no pocas diferencias con Albuquerque sobre la sucesión, y finalmente el 19 de noviembre se embarcó para Portugal; pero, doblado el cabo de Buena Esperanza, en la aguada de Saldanha, habiendo bajado a tierra, tuvo la desgracia de caer en manos de salvajes, que le dieron muerte junto con otros portugueses (25).

(25) BARROS, II, 77-152; *Expansão...*, II, 101-113.

Con el advenimiento al poder de Alfonso de Albuquerque, las ideas sobre el dominio portugués en Asia tomaron mayor amplitud; el virrey Almeida era todavía esencialmente hombre de mar y no creía en otra utilidad que la de mantener fuertes armadas que asegurasen el monopolio del comercio, destruyendo el único competidor que Portugal tenía entonces enfrente, el Islam. Claro que el ejemplo de éste era contrario, pues habían echado hondas raíces terrestres en los fuertes y poderosos núcleos que convivían con los naturales en todos los reinos y ciudades marítimas de la India y Extremo Oriente. Albuquerque creyó que el mar no bastaba a Portugal, e inició las conquistas territoriales y sobre todo procedió al establecimiento firme de los portugueses y a su enraizamiento en la India, por medio del mestizaje, favoreciendo los matrimonios de soldados con mujeres del país. De este modo el portugués dejaría de ser un huésped y un extranjero y nacería el tipo autóctono, fruto del cruzamiento de sangre europea y asiática, el indo-portugués, que daría firmeza al dominio político y al comercio.

La empresa encargada a Diego Lópes de Sequeira, que con su armada de cinco velas salió de Lisboa por abril de 1508, como antes queda dicho, era doble: debía primero explorar la isla de San Lorenzo (Madagascar) y después seguir viaje a Malaca, tierra todavía no descubierta. Llegado a Madagascar el 4 de agosto del mismo año, recorrió sus costas y vió que eran falsos los rumores que habían corrido de darse en ella la pimienta y otros géneros de especiería. El 20 de abril de 1509 estaba en Cochín y el 8 de septiembre iniciaba su viaje a los mares desconocidos de Malaca; entre otros compañeros de expedición llevaba a Fernando Magallanes. El primer punto donde aportó fué la ciudad de Pedir, en la isla de Sumatra, y después la de Pacem, 20 leguas más adelante; con los reyes de ambas entabló amistad y colocó además padrones de los usados en los descubrimientos. Finalmente llegó a Malaca, gran emporio comercial de Extremo Oriente, y se quedó asombrado de su riqueza y de la numerosa concurrencia de gentes diversas: los había de Bengala, Pegú, Siam, China, Luzón, Lequios (islas de Riu Kiu, al sur del Japón) y otras muchas naciones. Y los productos que abundaban eran el clavo de Maluco, nuez moscada de Banda, sándalo de Timor, alcanfor de Borneo, oro y plata de Lequio, rubís y lacre de Pegú, ropas de Bengala, aljófar de Calecaré, y las demás riquezas y especies aromáticas de China, Java y Siam. El rey de Malaca

recibió bien a los portugueses, pero después, incitado de los moros, les hizo traición y quiso matarlos a todos y echar a pique sus naves. Por fortuna Sequeira lo supo a tiempo y escapó para la India, aunque dejando unos pocos compañeros cautivos. De Travancor, por enero de 1510, emprendió viaje de vuelta a Portugal (26).

Hacia el mismo tiempo llegaba a la India la armada del año anterior (1509), compuesta de 15 velas y 3.000 hombres, mandada por el almirante Fernando Coutinho, la cual llevaba encargo de terminar de una vez con el padrastro de Calicut. Alfonso de Albuquerque estrenó su gobierno con esta empresa: armó una flota de treinta velas y 1.800 hombres, y presentándose ante la ciudad, desembarcó y la quemó; si bien la victoria costó la vida a Coutinho, que había jurado comer ese día, 3 de enero de 1510, en el palacio, y lo cumplió; pero el descuido de los soldados entregados al pillaje ocasionó la desgracia.

Era Albuquerque, según lo describe el cronista Barros, hombre fogoso y tenaz «fragueiro e ardego», que no sosegaba día ni noche, y fatigaba a los subordinados, que no se daban abasto a tantas cosas como siempre tenía en el pensamiento. El mismo mes de enero de 1510, terminado el castigo de Calicut, emprendió su empresa más fructífera, la conquista y fundación de Goa. Situada en una extensa isla que fácilmente se podía fortificar y defender, en la mitad de la costa occidental de la India, era el sitio ideal para capital de los dominios portugueses y base de sus escuadras. A fin de enero de 1510 salió de Cochín con una armada de 21 velas y 1.600 hombres y el 15 de febrero se hallaba ante Goa; se apoderó después de dura refriega de la fortaleza de Pangím que defendía la ciudad, y el 17 cayó en sus manos. Pero por poco tiempo, porque Hidalcam, rey de Goa, reunió un ejército de 60.000 hombres y 5.000 caballos para recobrarla, y lo consiguió en mayo de 1510, viéndose Albuquerque obligado a recogerse en sus naves y finalmente a retirarse de Goa para la fortaleza de Angediva en el mes de agosto, con toda su gente muy fatigada por el hambre y muchos enfermos. Muy a tiempo recibió socorro de dos armadas que ese año habían zarpado de Lisboa, una de siete y otra de cuatro velas. Armó, pues, de nuevo una poderosa flota de 23 navíos de diversos

(26) BARROS, I, 301; II, 175ss.

portes, con 1.500 portugueses y 300 malabares, y el 20 de noviembre entró por el río de Goa. La batalla fué durísima y costó la vida a 40 portugueses, varios de ellos nobles, y 6.000 moros. La ciudad cayó de nuevo, y esta vez definitivamente, en manos de Albuquerque el día de Santa Catalina, 25 de noviembre de 1510; todo lo llevó a sangre y fuego, y durante cuatro días la entregó al saqueo de la tropa: quería escarmentar a los moros; de aquí adelante, escribía al rey D. Manuel, no harán otra vez traición, sabiendo que tienen a punto el merecido (27).

El eco de la toma de Goa se esparció por toda la India, y de los principales reinos vinieron embajadas a Albuquerque pidiéndole paces y amistad. De Onor, Narsinga, Baticalá, Diu, Cambaya y de casi todos los estados de Malabar. Pensó luego edificar una poderosa fortaleza de cal y canto, y cuando la tenía casi terminada mandó grabar una piedra con las armas de Portugal y los nombres de los caballeros que más se habían señalado en la conquista; pero fueron tantos los celos de los fidalgos sobre quién había de ir delante del otro, que al fin Alburquerque ordenó poner la piedra para adentro y por fuera sólo las palabras de un salmo: «*lapidem quem reprobaverunt aedificantes*...». Acuñó también moneda de oro (dinheiros), plata (leais) y cobre (esferas y medias esferas), y sobre todo tomó la resolución de hacer casar a los soldados portugueses que quisiesen con indias nobles o con moras: a cuantos aceptaban les daba casa, heredad, ganados y caballo; a las mujeres las llamaba hijas, y a los soldados casados, yernos. Varios fidalgos comenzaron a mofarse de esta determinación; pero Albuquerque les respondió que quería arrancar de la India las malas cepas de moros y plantar cepas católicas (28).

Terminada la conquista de Goa, al punto inició Albuquerque la empresa de Malaca. La armada de cuatro naves antes mencionada, que salió de Lisboa el año 1510, iba al mando de Diego Mendes de Vasconcelos y estaba destinada a establecer comercio con dicha ciudad. Llegada a la India, como en Lisboa no se sabía aún el suceso de Diego Lópes de Sequeira, la detuvo e invitó a Vasconcelos y a los otros fidalgos a seguirle en la segunda toma de Goa, lo cual ellos hicieron y pelearon con valor. Pero terminada la gue-

(27) BARROS, II, 184-239; *Expansão*..., II, 116.
(28) BARROS, II, 184-240; *Expansão*..., II, 115ss.

rra quisieron seguir su viaje a Malaca, a lo cual se opuso Albuquerque, sin duda por creer que eran pocas naves y gente para acción tan arriesgada; y habiéndose ellos desmandado puso presos a Vasconcelos y a los capitanes de las otras naves y ahorcó de los palos de una de ellas al maestre y piloto, que eran más culpados. El 2 de mayo de 1511 salió Albuquerque de Cochín con una armada de 19 velas, que llevaba 800 portugueses y 600 malabares. Llegado a Sumatra en el mes de julio, le salieron a recibir los reyes amigos de Pedir y Pacem, y el 1.° de julio echó anclas delante de Malaca. Comenzó exigiendo la entrega de los portugueses cautivos de la expedición de Sequeira, y resistiéndose el Rey, después de vanas negociaciones, desembarcó el 24 de julio y con gran matanza de moros tomó el puente sobre el río, que une las dos partes de la ciudad y era como llave de ella; quemó algunos edificios y por la noche volvió a dormir en las naves. El 8 de agosto volvió a atacar, se apoderó del mismo puente y durante nueve días fué conquistando calle por calle la ciudad. El mismo Albuquerque describe en carta al rey D. Manuel la toma de Malaca, diciendo que la conquistó por fuerza de armas, la quemó y saqueó; una primera vez peleó con gran número de moros y les tomó mucha artillería, volviéndose después a recoger a las naves con la esperanza de que se entregarían. Pero no queriéndolo hacer, de nuevo tornó a dar sobre la ciudad, donde encontró mayores y más fuertes palizadas, con mucha artillería y muchos moros, y la entró por fuerza de armas, y rompió las fortificaciones, y volvió otra vez a quemar y robar dicha ciudad. El rey de Malaca y el príncipe heredero huyeron con alguna gente y los portugueses los persiguieron por el campo.

Después de la conquista de Malaca comenzó Albuquerque a construir una fortaleza, en la que puso 300 hombres de guarnición, con una armada de diez velas y otros 300 hombres para su guarda. También acuñó moneda de estaño (dinheiro, soldo, bastardo), plata (malaqueses) y oro (católico); y sobre todo, como complemento de su conquista envió una armada de tres velas al mando de Antonio de Abreu y Francisco Serrão a descubrir las islas Molucas, Banda y adyacentes. Mandó además embajadas a los reyes de Pegú, Siam, Java y China para entablar con ellos amistad y comercio. Y dejando bien asentado el dominio portugués regresó a la India. Por cierto que en el viaje tuvo la desgracia de que su nave diese de noche en unos bajos, frente al reino de Arú en Sumatra, y al choque se

abrió en dos, con lo que perdió las inmensas riquezas del despojo de Malaca; y lo que más sintió Albuquerque fué se hundiesen dos magníficos leones de hierro fundido, regalo del emperador de China, que adornaban la entrada del palacio real de Malaca, y los llevaba él para mandarlos poner en su sepultura (29).

La flota que salió de Lisboa para la India el año 1511 fué sólo de seis naves, pero la de 1512 fué de doce, con 2.000 hombres, para socorro de las empresas de Albuquerque. Este, al regresar de Malaca, tuvo noticia de que Goa se hallaba en grandes apuros, y luego voló a ella, y en cruda lucha conquistó la poderosa fortaleza de Benistarím, que enemigos filtrados en las isla habían construído durante su ausencia. La fama de sus victorias corrió por todas partes: Calicut hizo por fin las paces con Portugal y autorizó la construcción de una fortaleza que protegiese la factoría comercial. La isla de Diu en la costa de Cambaya también concedió fortaleza portuguesa; y el año 1512 fué de los más gloriosos y que más contento dieron en Lisboa por las muchas naves que llegaron de la India cargadas de especiería y los embajadores que vinieron a dar obediencia y pedir amistad al rey D. Manuel. La embajada del Preste Juan movió a compasión, por ser de un príncipe cristiano metido en lo interior de la tierra de Egipto y cercado tantos años había de moros y paganos. Vino otra embajada del rey de Ormuz; muchas cartas y presentes de otros príncipes de Oriente, como de Siam y Pegú, en respuesta a los embajadores enviados por Albuquerque desde Malaca; cartas del gran Samorí, príncipe de Calicut, y de todos los otros reyes de Malabar; otras del rey de Narsinga, de Hidalcam, rey de Goa; del rey de Cambaya y de Melique-Iaz, capitán y gobernador de Diu, en que pedían paces y amistad y en señal enviaban ricos dones.

Pero a Albuquerque, para completar sus planes de conquista, le faltaba el mar Rojo y el golfo Pérsico, nido de las temidas armadas de los Rumes. El 18 de febrero de 1513 se puso al frente de una poderosa flota de 20 velas, con 1.700 portugueses y 800 canarís y malabares, y puso la proa al estrecho de la Meca. La víspera de la Pascua de Resurrección se hallaba ante la ciudad de Adem y desembarcando dió contra ella un valeroso asalto, que no tuvo resultado

(29) BARROS, II, 247-315; III, 84ss.; *Expansão...*, II, 116, 117.

por quebrarse las escalas a causa de ser muy largas por la altura de los muros y subir seis hombres por cada una. Se dió entonces a recorrer las costas de Arabia en busca de sitio a propósito para una fortaleza, y con esto sobrevino el invierno y regresó a la India a preparar mejor el golpe definitivo. El 25 de febrero de 1515 se embarcó de nuevo en una flota de 27 velas y se dirigió a Ormuz, ante cuyos muros se hallaba el 26 de marzo. El rey de la ciudad no se atrevió a resistir y se rindió a Albuquerque, entregándole la fortaleza que la primera vez había dejado a medio hacer. Ahora la concluyó y dejó en ella fuerte guarnición, en guardia de la factoría portuguesa que fué establecida. En estas cosas pasaron los meses, y el 15 de septiembre de 1515 Albuquerque se sintió enfermo, y agravándose el mal dió orden a sus barcos de navegar a la India; y a la entrada de la barra de Goa, antes de poder desembarcar, murió un domingo por la mañana a las cinco horas, 16 de diciembre de 1515, asistido por fray Domingo de Sousa, religioso dominico, vicario general de Goa, a los 63 años de edad, y fué enterrado en la capilla de Nuestra Señora da Serra, que él había mandado edificar. Dejaba establecidas las tres principales bases del imperio portugués de Asia: Ormuz, en el golfo Pérsico, para contener a los moros; Goa, metrópoli central de todos los dominios, y Malaca, emporio de Extremo Oriente. El Asia portuguesa quedaba sustancialmente constituída; lo demás, hasta los tiempos de San Francisco Javier, fué sólo obra de redondear y robustecer lo adquirido; la empresa de las Molucas la dejaba iniciada Albuquerque, la de China y Japón eran prolongaciones naturales de Malaca (30).

De esta manera el campo de apostolado de San Francisco Javier iba tomando sus perfiles definitivos. El Santo llegó a Goa el 6 de mayo de 1542 en la nave del gobernador Martín Alfonso de Sousa: la ciudad que encontró no era ya la Goa pagana del Alfonso de Albuquerque, sino una población espléndida, emporio y muestra del poderío portugués: «Es una ciudad, escribía, toda de cristianos, cosa para ver; hay un monesterio de muchos frailes de San Francisco, y una Seo muy honrada y de muchos canónigos, y otras mu-

(30) BARROS, II, 317-424; *Expansão...*, II, 9oss., con los mapas y planos: aquí (pág. 119) se dice que Albuquerque murió en la costa de Arabia, frente a Calaiate; sigo el relato de Barros (II, 460).

chas iglesias» (31). La seo o catedral había sido erigida en la iglesia de Santa Catalina, construída de buena obra en los años de 1522 a 1534, y contaba a la llegada de Javier, además del obispo, con un cabildo de 13 canónigos, 6 vicarios y un párroco. Los gentiles de la isla habían sido trasladados al continente pocos años antes. El monasterio de San Francisco tenía en 1527 catorce religiosos, y en 1548, cuarenta. Dentro de la misma ciudad y en las cercanías se contaban catorce iglesias y ermitas con más de cien sacerdotes. He aquí sus nombres: dentro de los muros: N. Sra. da Misericordia, N. Sra. da Luz, N. Sra. do Monte, N. Sra. do Rosario, N. Sra. da Serra; extramuros: Madre de Deus (Dangim), N. Sra. do Cabo, N. Sra. da Conceiçao (Pangim), N. Sra. de Guadalupe (Batim), N. Sra. da Piedade (Divar), N. Sra. da Ajuda (Ribandar) (32).

Desembarcado Javier fué a presentarse al obispo, que lo era el franciscano español Juan de Alburquerque, y buscó alojamiento en el hospital. Comenzó luego con gran fervor a enseñar el catecismo por las calles a los niños y esclavos y a las mujeres indias de los portugueses, confesar a los enfermos del hospital, y a los sanos que en gran cantidad a él acudían, y a predicar los domingos y fiestas en una ermita cercana que tomó. En Goa habían fundado dos piadosos sacerdotes y cierto portugués rico, un colegio para niños de diversas naciones, con advocación de la Conversión de San Pablo, que fuese como seminario de clero indígena. Tanto el obispo como los fundadores ofrecieron su dirección a Javier y el Santo la aceptó, destinando para regirlo a micer Paulo cuando llegase de Mozambique, porque él, sin esperarlo, se fué a fines de septiembre a la gran misión que ocupó su celo los tres primeros años, en la costa de Coromandel, al sudeste de la India desde el cabo de Comorín hasta Meliapur, el reino de Travancor en la costa occidental del cabo mencionado, y en la isla de Ceilán. Le acompañaban tres seminaristas malabares ya ordenados de epístola y evangelio, y dejó orden que se fuese también con él Francisco de Mansilhas cuando llegase. Este y micer Paulo arribaron por fin a Goa el 20 de octubre de 1542 con el grueso de la flota; el Santo estaba en su misión y en ella permaneció, interrumpiéndola sólo accidentalmente

(31) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 121: Carta de Goa, 20 de septiembre de 1542.
(32) *Ibid.*, I, 140, nota 2; ANTONIO DA SILVA REGO, *Historia das Missões de Padroado Portugues do Oriente, India.* I, Lisboa 1949, 211ss. (SILVA REGO...)

con algunos viajes a Goa y Cochín, que imponían la necesidad de distribuir y gobernar a las nuevas expediciones de jesuítas que iban llegando de Portugal, y se iban estableciendo y abriendo casas en diversas partes, y la misma protección que las nuevas cristiandades exigían de las autoridades portuguesas. Hasta que el año 1545, dejando la misión de Pesquería y Malabar bien establecida, se fué a buscar nuevos campos de apostolado en las islas Molucas, extremo oriental del Asia portuguesa.

4. *La cuestión de las Molucas. China y Japón.*

Antes de partir Alfonso de Albuquerque de Malaca de vuelta para la India, dejó ordenado el descubrimiento de las islas Molucas, como antes queda referido. Despachó a este fin a Antonio de Abreu con una flota de tres naves, *Santa Catalina,* que él mismo mandaba; *Sabaia,* a cargo de Francisco Serrão, segundo jefe de la expedición, amigo de Magallanes, y una carabela auxiliar. Iban unos 120 portugueses y salieron de Malaca a fines de diciembre de 1511; les acompañaba Ruy de Araujo en una embarcación de la tierra llamada *junco,* fletada por su cuenta, con un moro amigo, y Albuquerque le encargó fuese delante esparciendo fama de las victorias portuguesas de Malaca y la India. Abreu siguió la costa de Sumatra y Java y tomó puerto en Agacim, de la isla de Madera, donde colocó un padrón de los descubrimientos; poco después, siguiendo su viaje, frente a la isla Bali naufragó la nave de Serrão salvándose la gente, y llegaron a Amboino, donde pusieron otro padrón, y de aquí se fueron a las islas de Banda, en las que colocaron el tercer padrón. Bien cargadas las naves de clavo y nuez moscada, y habiendo comprado un junco para Serrão, decidió Abreu volverse a Malaca, por ser el viento favorable y no fiarse mucho de sus naves, que eran viejas, y efectivamente llegó a dicha ciudad por diciembre de 1512, y de ella siguió viaje a la India y Portugal para llevar al Rey la noticia del descubrimiento. Pero mientras tanto el junco de Serrão, separado de las otras naves por una tormenta, fué a dar a las islas de las Tortugas, donde de nuevo naufragó, y de aquí en otro junco, que tomó a unos naturales después de pelear con ellos, llegó a Amboino. Aquí, por una victoria que tuvo ayudando a los de la isla en guerra con los de otra isla vecina, hizo famoso el nombre portu-

gués; y el rey de Ternate, en guerra con el de Tidor (ambas son dos de las cinco islas Molucas), envió barcos a buscar a los portugueses y que los trajasen a su isla para que fuesen sus aliados contra el de Tidor. Y a Ternate fué Francisco Serrão, donde gozó de grande prestigio hasta su muerte, acaecida el año 1521 (33).

El año 1513 partió de Malaca otra armada para las islas Molucas, mandada por Antonio de Miranda de Azevedo, y llegado se esmeraron en agasajarle los dos reyes de Ternate y Tidor, los cuales cuando volvió escribieron sendas cartas al rey de Portugal pidiéndole mandase hacer fortalezas cada uno en su isla. El año 1517 decidió el rey D. Manuel la ocupación de las Molucas y construir una fortaleza, para lo cual despachó a Tristán de Meneses, y éste salió de Malaca el año siguiente de 1518 con una armada de cinco velas. La primera isla que tocó fué Ternate, donde halló a Francisco Serrão; pero conociendo las desavenencias entre el rey de esta isla con el de Tidor y con otro tercero, el de Bachén, se abstuvo de construir la fortaleza por no mostrar parcialidad a ninguno. La armada que tomó posesión definitiva de las islas fué despachada en Lisboa el año 1520: constaba de nueve velas e iba al mando de Jorge de Brito; mas por haber muerto éste tomó el mando su hermano Antonio de Brito. Desde que llegó al puerto de Agacim comenzó a tener noticias vagas de que por las islas andaban naves castellanas. Los rumores eran ciertos: la armada de Magallanes, salida de Sanlúcar de Barrameda el 21 de septiembre de 1519, después de descubrir el estrecho de su nombre en noviembre del año siguiente, 1520, había llegado a la isla de Tidor el 8 de noviembre de 1521. No iba entera y le faltaba el jefe, Fernando de Magallanes, muerto el 27 de abril del mismo por los salvajes; llegaron sólo dos naves, la *Trinidad,* que era la capitana, y la *Victoria,* mandada por Juan Sebastián Elcano. El rey de Tidor, llamado Almanzor, los recibió como venidos del cielo y quería quedarse con ellos para que le defendiesen de los portugueses y del rey de Ternate. Cinco meses permanecieron cargando a su sabor clavo y especias; al fin, como la *Trinidad* hacía mucha agua decidieron que la *Victoria* siguiese sola el viaje a España, como lo hizo, dirigiéndose desde Tidor al cabo de Buena Esperanza por fuera de la isla de San Lo-

(33) Barros, III, 256-271; *Expansão...*, II, 140ss.

renzo, sin tocar en puertos portugueses, y llegó felizmente a Sanlúcar el 6 de septiembre de 1522. La *Trinidad* quedó reparándose, y al mando de Gonzalo Gómez de Espinosa caminó la vía de Nueva España por espacio de 800 leguas, con intención de tomar puerto en ella o Panamá; pero los vientos le fueron contrarios y muy deshecha tuvo que volver a las Molucas y tomó puerto en Batochina. Antonio de Brito, según las crónicas portuguesas, trató a los castellanos caballerosamente; ellos le enviaron a pedir socorro y Brito les mandó una carabela con manteniemientos y aprestos de navegar, la cual trajo la nave a Ternate, donde se hundió durante un temporal. Según los cronistas españoles, Britó robó 700 ó 1.000 quintales de clavo de la *Trinidad,* allegados por Gonzalo de Campos, Luis de Molina y otros tres o cuatro que se habían quedado en Tidor, y envió presos a Malaca 48 castellanos con el mismo Gómez de Espinosa; juntamente les tomó todos sus derroteros y mapas, entre los que se contaban los excelentes de Andrés de San Martín, conforme a la ley portuguesa del secreto. Todo esto irritó al emperador Carlos V cuando lo supo, pues creía con muchos cosmógrafos que las islas Molucas y los mares más al oeste hasta la misma ciudad de Malaca, y aun tal vez hasta las bocas del Ganges, quedaban dentro de la demarcación española; los métodos de determinar longitudes geográficas eran entonces bastante imperfectos. En estas circunstancias fué cuando Antonio de Brito se decidió a establecerse firmemente en las islas, dando principio el 24 de junio de 1522 a la fortaleza de Ternate que asegurase el dominio portugués sobre el comercio de las especias.

El 13 de diciembre de 1521 murió en Lisboa el rey Manuel el *Afortunado* y le sucedió Juan III, quien se dió por muy agraviado («bufaba de coraje y pesar», dice Gómara) del paso de las naves de Magallanes por las Molucas y reclamó al emperador Carlos V. Se tuvieron con ese motivo el año 1524 unas juntas en Badajoz de cosmógrafos de los dos países. Los portugueses quisieron que la línea del papa Alejandro VI y Tordesillas se comenzase a contar desde la isla de la Sal en Cabo Verde, por ser la más oriental, y no por la de San Antón, la más occidental de todas, que antes habían pretendido para que quedase comprendido el Brasil; entre ambas había la distancia de 90 leguas. Pero los españoles se esforzaron en demostrar, conforme a los conocimientos usuales sobre grados de longitud y su medida, que las islas Molucas quedaban a unos 160

grados al oeste, y por tanto todas ellas y 20 grados más quedaban dentro de los 180 grados que correspondían a la demarcación de España; si los portugueses querían el meridiano de la Sal, entonces las islas de Cabo Verde debían pasar a dominio español. Los jueces de la propiedad, castellanos, sentenciaron en este sentido, echando en el mejor globo una raya por la isla de San Antón, con su correspondiente contrameridiano en el Pacífico; pero los portugueses no aceptaron el fallo y se retiraron amenazando de muerte a los castellanos que hallasen en las Molucas (34).

Por enero de 1525 salió de Malaca D. García Enriques con una armada de cuatro velas para sustituir a Antonio de Brito en la capitanía de Ternate; durante su mando completó los descubrimientos con el de las islas Celebes, ricas en oro; y habiendo muerto el rey de Tidor, tomó esta ciudad y la destruyó. El mismo año de 1525 por el mes de septiembre despachaba Carlos V de La Coruña una armada de siete naves y 450 españoles al mando de García Jofré de Loaysa, y después de diversos contrastes en el viaje por el estrecho de Magallanes, el 1.° de enero de 1527 una de las naves llegó a Tidor; tenía por capitán a Martín Iñiguez de Carquizano y en ella iba Andrés de Urdaneta. El nuevo rey de Tidor recibió muy bien a los castellanos, con el fin de aprovecharse de su ayuda contra los portugueses. Ellos en cerca de nueve años que permanecieron en las islas, como nos cuenta Urdaneta en su Diario, hicieron prodigios de heroísmo; se establecieron y fortificaron bien en Tidor y Gilolo, se aprovecharon de las luchas de unas islas contra otras y derrotaron muchas veces por mar y tierra a los portugueses. Por mayo de 1527 vino Jorge de Meneses, nuevo capitán de Ternate, con dos navíos; Jorge Cabral, gobernador de Malaca, le envió después una armada de cinco velas contra los castellanos. Pero éstos, en el mes de marzo de 1528, recibieron un socorro inesperado, de una de dos naves que Hernán Cortés, por mandato del Emperador, enviaba de Nueva España a descubrir camino y entablar comercio con las Molucas, al mando de Alvaro de Saavedra. Meneses no se paraba en los medios, y habiendo ido el clérigo de los castellanos Juan de Torres a Ternate para confesarse, con salvoconducto por-

(34) BARROS, III, 271-301; *Expansão...*, II, 144ss.; FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia de las Indias:* en *Biblioteca de Autores Españoles* (Ribadeneira. vol. 22, *Historiadores Primitivos de Indias*, I, Madrid 1877, 220ss.

tugués, lo puso preso en cadenas; otra vez quiso envenenar ocultamente el pozo de agua donde bebían los castellanos en Tidor, si no que el clérigo capellán de Ternate dió aviso con tiempo; y, según Urdaneta, dió ponzoña en una copa de vino a Martín Iñiguez de Carquizano, de que murió. Los españoles levantaron entonces por capitán suyo a Fernando de la Torre, y por medio de la nave de Méjico quisieron comunicarse con España, para lo cual Alvaro de Saavedra emprendió dos veces el viaje, por junio de 1528 y mayo de 1529; pero ambas en vano, porque después de salir de las islas a pleno océano Pacífico, los vientos le eran contrarios. Todavía no estaba hallado el camino subiéndose más al norte, por donde años más adelante regresaba con facilidad a Acapulco el galeón de Manila. Finalmente, aquel puñado de españoles, unos 60 eran el año 1530, concentrados en Gilolo, desesperados de recibir refuerzos, hicieron las paces con los portugueses, y el año 1534 volvieron a España por la India. Urdaneta se embarcó en Ternate el 15 de febrero de 1535 y desembarcó en Lisboa el 26 de julio de 1536 (35).

Mientras tanto, Carlos V había dado un corte a la contienda sobre las islas Molucas, porque el año 1529, necesitando dinero para ir a coronarse a Italia, empeñó las islas al rey de Portugal Juan III, por la suma de 350.000 ducados. El tratado se firmó en Zaragoza el 22 de abril de dicho año (36). Sin esta determinación del Emperador, que causó mucho disgusto en Castilla, y aún en las Cortes de 1548 quisieron las ciudades desempeñar las islas pagando ellas el precio a Portugal, el Imperio español de Extremo Oriente no se hubiera ceñido a las islas Filipinas; hubiera tenido su prolongación a las Molucas, y el comercio de la especiería hubiera enriquecido a España. La distancia de la Península a las islas era más o menos la misma por el mar Atlántico y América, o por el cabo de Buena Esperanza y el Indico; la única diferencia hubiera sido el acarreo terrestre por Panamá o Nicaragua de uno a otro mar.

Todavía después del empeño anduvieron los castellanos por las Molucas. Cuando la sublevación general de los indios del Perú

---

(35) BARROS, IV, 47ss., 113ss., 349ss., 363ss.; El *Diario* de Urdaneta en *Colección de Torres de Mendoza*, V, Madrid 1866, 5ss.

(36) GÓMARA, ob. cit., 222; *Expansão...*, II, 148.

contra Pizarro, el año 1537, Hernán Cortés envió dos naves de socorro a cargo de Rodrigo de Grijalba, que no fueron necesarias por estar ya dominada la rebelión cuando llegaron; una de ellas volvió derecha a Méjico, pero la otra se echó por el Pacífico a descubrir, y los vientos la llevaron a las islas Papúas; venía mandada por Lope de Avalos, sobrino de Grijalba. Estaba muy destrozada por diez meses de navegación, y sobreviniendo un temporal dió en la costa, donde muchos se ahogaron, y los que se salvaron fueron hechos cautivos por los salvajes. Era a la sazón capitán de Ternate Antonio Galvão, buen cristiano, y teniendo noticia de la desgracia, los mandó rescatar, y trayéndolos a Ternate les proveyó de lo necesario para volver a España por la India (37). El año 1542 envió el virrey de Méjico Antonio de Mendoza otra armada a las islas Molucas, mandada por el capitán Ruy López de Villalobos, la cual salió del puerto de Navidad el 25 de octubre de 1542 y anduvo por Tidor y Gilolo, donde los reyes acogieron a los españoles muy bien, diciendo que querían más a los castellanos que a los portugueses, y les pidieron algunos que se quedasen con ellos. Pero las naves se perdieron y la gente vino como otras veces a poder del capitán de Ternate, quien los envió presos a la India para que regresasen a España. Esto sucedía el 4 de noviembre de 1546 (38).

El apostolado de San Francisco Javier no es ajeno a la cuestión de las Molucas. El Santo partió a principios de septiembre de 1545 de Meliapur, donde había venerado el cuerpo del apóstol Santo Tomás, y en un par de semanas llegó a Malaca. Su pensamiento era ir a Macazar (islas Celebes); con los cristianos del cabo de Comorín dejaba cinco sacerdotes a las órdenes de su compañero Mansilhas, en la isla de Ceilán había religiosos de San Francisco; no era allí, por tanto, necesaria su presencia. Sus afanes de apostolado le llevaron a ponerse siempre en vanguardia, y ésta se hallaba entonces en las islas Molucas, donde los cristianos crecían en número y la disposición para la fe era, según le informaban, excelente. Tres meses y medio esperó en Malaca, y a 1.° de enero de 1546, por consejo del gobernador, se fué en un navío de 400 toneladas

(37) BARROS, IV, 559, 560. Gómara (pág. 239) no menciona sino un solo navío, propio de Cortés, enviado a Pizarro con Grijalba; la narración portuguesa se basa probablemente en las declaraciones de los náufragos.

(38) GÓMARA, pág. 221; *Expansão...*, II, 144ss.

a la isla de Amboino, y llegó a ella el 14 de febrero. Aquí encontró una gruesa flota de ocho navíos portugueses que traían presos a los castellanos de la desgraciada expedición de Villalobos. «Fueron tantas las ocupaciones—escribe el Santo—de confesar, predicar, hacer amistades, visitar enfermos y servirlos, y proveerles de lo necesario, y ayudarles a bien morir, que me faltaba tiempo para cumplir con todos» (39). Javier, desentendiéndose de la contienda entre España y Portugal, procuró hacer bien espiritual a todos, y auxiliar con numerosas limosnas que reunió a los pobres compatriotas presos, en los tres meses que las naves se detuvieron en Amboino. En la armada de Villalobos venía un clérigo valenciano, llamado Cosme de Torres, y aquí conoció a Javier, y se fué con él a Malaca y la India, y habiendo entrado en la Compañía de Jesús, todavía novicio lo llevó el Santo en su viaje al Japón de compañero, y fué el fundador y primer superior de la misión japonesa. También venían en la armada castellana cuatro religiosos agustinos; Javier escribió a Goa a los padres Micer Paulo y Juan de Beira, jesuíta español llegado hacía pocos meses de Portugal, recomendándoselos: «Los religiosos castellanos de la orden de San Agustín que van para Goa, os darán nuevas de mí, los cuales os ruego mucho que los favorezcáis en lo que pudiéredes, mostrándoles mucho amor y caridad, porque ellos son personas tan religiosas y santas que merecen todo buen tratamiento» (40). Y no se olvidó el Santo de los españoles de las Molucas y sus penalidades en la navegación por aquellos mares: en su viaje al Japón recogió nuevas noticias de naves castellanas que venían de Nueva España, y lleno de compasión escribió a su compañero el P. Simón Rodrigues que trabajase de dar aviso al emperador Carlos V o a los reyes de Castilla (por lo visto en aquellas lejanías no estaba seguro de quién reinaría en España) que no mandasen más armadas de Nueva España a descubrir por aquellos mares, porque todas cuantas fuesen se habían de perder, y si acaso viniesen a dar en manos de los japoneses sería peor, por ser gente tan belicosa y codiciosa, que por muchos navíos que viniesen de Nueva España a todos los tomarían (41).

---

(39) MHSI, *Ep Xaver.*, I, 324. Carta de Amboino, 10 de mayo de 1546, a Roma.

(40) *Ibid.*, pág. 343: Carta de Amboino, 10 de mayo de 1546, a la India.

(41) *Ibid.*, II, 356: Carta a Simón Rodrígues, Goa, 8 de abril de 1552.

Prodigios de heroísmo practicó San Francisco Javier el año y medio que se detuvo en las islas Molucas, hasta que por el mes de julio de 1547 regresó a Malaca. Había conocido por sus ojos el campo de la misión, y al punto envió allí varios jesuítas que la fundasen de una manera estable.

Viniendo a China y Japón, los principios del comercio portugués con la China datan de la expedición exploradora de Diego Lopes de Sequeira a Malaca en 1509, pues encontró en esa ciudad navíos y mercaderes chinos que desde Cantón venían a sus tratos. El año 1513 partió de Malaca un junco portugués cargado de pimienta con rumbo a la China; llevaba como factor a Jorge Alvares y le acompañaban varios portugueses, que llegados a Cantón fueron bien recibidos. Dos años más tarde, en 1515, salió de la misma Malaca Rafael Perestrelo para ir a descubrir la China en un junco con diez portugueses, y el mismo Jorge Alvares hizo otros varios viajes de comercio, hasta que murió el año 1521. En la armada que salió de Lisboa el año 1515 iba Fernando Peres de Andrade, encargado por el rey D. Manuel de la capitanía mayor de las naves que habían de hacer el descubrimiento de China; el cual salió de Malaca por junio de 1517 en una armada de ocho velas, y el 15 de agosto llegó a la isla de Tamán, distante tres leguas de la costa, en la desembocadura del río de Cantón; no dejaban los chinos que se acercasen más los extranjeros. Sin embargo, con motivo de llevar una embajada al rey de China, pudo llegar a tierra con solas dos naves, y permanecer cerca de dos meses en la ciudad, trocando mercaderías, hasta que volvió a la isla, dejando encomendado a los gobernadores chinos al embajador, que era Tomé Pires, boticario, hombre muy curioso y observador y de buena conversación. Largos meses hubo Pires de aguardar en Cantón que el emperador de China autorizase su partida para la corte, pues hasta principios de 1520 no emprendió el viaje, y tardó un año en hacerlo, por los muchos rodeos que le hicieron dar; finalmente, en enero de 1521, presentó en Pekín su embajada y entregó las cartas que llevaba. Nada le contestaron, sino que le llevaron a Cantón en viaje de cuatro meses y medio y le dijeron que allí recibiría respuesta. Mientras tanto, en abril de 1518 había salido de Malaca otra flota portuguesa mandada por Simón Peres de Andrade, que llegó a la isla de Tamán por agosto siguiente. La falta de tacto político de este jefe, que trató con arrogancia a los chinos y no se quiso plegar

a sus costumbres y exigencias arbitrarias, entorpecieron la embajada de Tomé Pieres, que fué tenido por espía, y vuelto de Pekín lo metieron en las cárceles de Cantón con otros portugueses, contestando a sus cartas de parte del emperador que, siendo Malaca tributaria de China, la abandonasen los portugueses y devolviesen a su rey legítimo, y mientras tanto Pires quedaría como rehén. El año 1521, a 10 de julio, salió otra armada portuguesa de Malaca al mando de Martín Alfonso de Melo Coutinho, con cuatro velas, para asentar paces con China y construir una fortaleza; pero llegada a la isla de Tamán, le salió al paso una poderosa flota china, con quien trabó combate, y se vió obligado a volverse. Finalmente, por septiembre de 1523, vino orden del emperador a Cantón para que a todos los portugueses presos los matasen, por ladrones y piratas: 23 portugueses murieron en esta ocasión, otros habían muerto antes de hambre en las cárceles, uno de ellos Tomé Pires. La conquista o el establecimiento legal del comercio entre Portugal y la China fracasó por entonces; pero el comercio fraudulento desde la mencionada isla de Tamán, la de Sanchón y otras más o menos cercanas a Cantón, sí logró entablarse poco a poco, no sin peligros y dificultades (42).

Y esta era en sustancia la situación cuando San Francisco Javier intentó, como postrera empresa de su vida, introducir el Evangelio en China. A 25 de enero de 1549 escribía el Santo: «Los puertos de la China están todos levantados contra los portugueses» (43), auque sin que esto obstase al comercio clandestino, que seguía por las islas de la bahía de Cantón y por los puertos de Chincheo (Fukien) y Ningpó (Chekiang). El año anterior de 1548 había salido nuevo edicto imperial contra los piratas (portugueses), que los expulsaba de China y cerraba todos los puertos. Solamente después de la muerte de Javier, gracias al talento político de Leonel de Sousa, capitán de una armada que fué a China el año 1553, las relaciones comenzaron a suavizarse, y los puertos de China quedaron abiertos a los portugueses. El año 1557 los mandari-

(42) BARROS, III, 84ss., 301ss.; MARTÍN MARTINI, S. I., *Novus Atlas Sinensis* (sin lugar de impresión ni año), ed. en castellano monumental, dedicada al archiduque Leopoldo Guillermo de Austria.

(43) MHSI, *Ep. Xaver.*, II, 57: Carta a Simón Rodrígues, Cochín, 25 de enero de 1549.

nes de Cantón les permitieron establecerse en la isla cercana de Macao, que con el tiempo se transformó en la gran base portuguesa de Extremo Oriente para el comercio de China y Japón.

Si en China consiguió Portugal el puerto de Macao donde asentar el pie firmemente, no le sucedió lo mismo en el Japón, la última tierra que descubrió y adonde extendió su influencia, bien que ésta fué puramente comercial, pero unida a una acción espiritual mucho más poderosa, la del Evangelio, con el establecimiento del cristianismo, que aquí prendió como en ningún otro país de Extremo Oriente, gracias a la labor de San Francisco y sus sucesores en el apostolado católico. Las primeras noticias del Japón las tuvieron los portugueses en Malaca el año 1510, cuando la conquista de Albuquerque, pues entre las naves de mercaderes de todas partes que allí encontraron, las había de China y de los *Lequios*, o por otro nombre Gores, islas que corresponden a las de Riu Kiu, cadena que une Formosa con el archipiélago japonés, de donde venía oro y sobre todo plata, por lo que también se las llamó islas Platáreas. En la expedición de Peres de Andrade a China el año 1517, estando en la isla de Tamán, despachó a Jorge Mascarenhas con un navío para que fuese a descubrir los Lequios, el cual partió y llegó a la ciudad de Chincheo, en la costa oriental de China; pero, acabándosele el tiempo de la monzón, no pudo llegar a las islas, y se volvió a Cantón y Malaca por septiembre de 1518 (44). Los primeros portugueses no llegaron a Japón hasta el año 1542: eran tres, Antonio da Mata, Francisco Zeimoto y Antonio Peixoto, que navegando en un junco con mercancías de un puerto de Siam a Chincheo, les dió un recio temporal, el terrible tifón de esos mares, que los arrojó a las islas de Riu Kiu, donde los habitantes los recibieron bien. Vueltos a fin de ese año a la China, dieron noticia de su descubrimiento a otros portugueses, lo que motivó que en la monzón del año siguiente de 1543, meses de junio y julio, varios se animasen a navegar a las nuevas islas. Según las fuentes japonesas, el 23 de septiembre de 1543 llegó a la isla Tanegashima, al sudeste de Kiushiu, un navío grande con cerca de cien hombres; su lengua era desconocida, solamente uno de los extranjeros, que

(44) BARROS, IV, 78; G SHURHAMMER, S. I., *O Descubrimiento do Japão pelos Portugueses...*, Lisboa 1946, 69.

era chino, por nombre Gohó, escribiendo en la arena con caracteres chinos conocidos en Japón, pudo darles a conocer que eran negociantes y venían del sudeste, gente inofensiva que no buscaban sino sus tratos y comercio. Fueron bien recibidos, y los portugueses les enseñaron el uso de las espingardas, que los japoneses recibieron con grande admiración, introduciendo de este modo entre ellos el uso de las armas de fuego. Pero los chinos, que tenían numerosos juncos anclados en el puerto, temiendo por el monopolio de su comercio, quisieron destruir el navío portugués, y éste tuvo que hacer uso de sus cañones, que ahuyentó con facilidad a los enemigos. Al año siguiente de 1544 fueron otra vez los portugueses al Japón, y esta vez vinieron a parar al puerto de Bungo, donde los mercaderes chinos quisieron persuadir al rey o duque de la tierra que los matase y se adueñase de su hacienda, y él estaba dispuesto a hacerlo; pero se opuso su hijo, joven de dieciséis años, diciendo que era indigno matar con alevosía a unos extranjeros, que le hacían honra en venir de lejanas tierras a comerciar en la suya. Este príncipe se convirtió a la fe años adelante, y es conocido con el nombre del rey Francisco de Bungo (45).

El mismo año de 1542, que era el principio del descubrimiento del Japón por los portugueses, llegaba a la India San Francisco Javier, el cual, estando en Malaca a fines de 1547 de regreso de las islas Molucas, tuvo las primeras noticias del Japón por el noble japonés Yajiro, llamado Pablo de Santa Fe después de su bautismo; quien aconsejado de los portugueses había venido en su busca, y esperaba hallar en él la paz de su conciencia. Las impresiones que sobre el Japón sacó Javier del trato con este neófito y unos criados suyos que le acompañaban, fueron excelentes, y decidió emprender la misión del Japón, porque esperaba que, dado el carácter de los japoneses, prendería allí la fe, mejor que en ninguna otra parte de las naciones hasta entonces descubiertas. Maduró bien su plan por espacio de muchos meses; al principio tuvo sus vacilaciones: «Aún no he resuelto, escribía a San Ignacio, si yo con otro de la Compañía u otros dos partirán dentro de año y medio para el Japón; me inclino más bien a partir personalmente; pero ruego

(45) SHURHAMMER, ob. cit., pág. 117. Las fechas y nombres en el descubrimiento del Japón quedan siempre un poco confusas; aquí recojo de las fuentes unos pocos datos más principales.

al Señor me dicte el beneplácito de su voluntad» (46). Pero la luz del cielo vino, y con tal fuerza y evidencia, que el año siguiente escribía al mismo San Ignacio: «Yo no dejaría de ir a Japón, por lo mucho que tengo sentido dentro de mi ánima, aunque tuviese por cierto que me había de ver en los mayores peligros que nunca me vi, por cuanto tengo muy grande esperanza en Dios nuestro Señor, que en aquellas partes se ha de acrecentar mucho nuestra santa fe» (47). Partió, pues, el Santo de Cochín el 25 de abril de 1549, en compañía del P. Cosme de Torres, antes mencionado, y del Hermano coadjutor Juan Fernández, español, nacido en Córdoba. Llevaban en su compañía a los japoneses convertidos, y el 31 de mayo llegaron a Malaca; continuaron el viaje el 24 de junio siguiente solos en el junto de unos chinos, y el 15 de agosto de 1549 tomaron puerto en Kangoxima, que era la tierra de Pablo de Santa Fe. Las cartas de San Francisco Javier dejan entrever que el apostolado en el japón fué durísimo, y la resistencia a la fe grende, si bien los que se convertían lo hacían de veras. Permaneció el Santo en el Japón por espacio de dos años y tres meses, y a mediados de noviembre de 1551, dejando encomendada la misión al P. Cosme de Torres, volvió a la India, tanto para ocuparse del gobierno de sus compañeros, pues San Ignacio lo había nombrado Provincial, como para preparar su última empresa evangélica, la misión de China, en la que sucumbió, gastadas sus fuerzas por diez años de intenso apostolado.

5. *Predicación del Evangelio en la India.*

Escasas y un tanto confusas son las noticias que, sobre la introducción del cristianismo en el Imperio portugués de Asia, hemos podido espigar en los cronistas, que suelen más bien extenderse largamente en los sucesos de guerras, valor y gloria militar de los héroes de la gran epopeya. Algo más se puede encontrar en las modernas colecciones portuguesas de documentos y en trabajos meritorios de síntesis ya realizados. He aquí lo que sobre esta impor-

(46) MHSI, *Ep. Xaver.*, I, 399. Carta a San Ignacio, Cochín, 20 de enero de 1548, texto latino.
(47) MHSI, *Ep. Xaver.*, II, 12. Carta a S. Ignacio, Cochín, 12 de enero de 1549.

tante materia nos parece indispensable para perfilar el campo de apostolado, tal como lo halló a su llegada a la India San Francisco Javier.

La empresa ultramarina de Portugal estuvo íntimamente unida con la religión católica, que tan arraigada estaba en el corazón del pueblo y de sus reyes, bien forjada en la lucha secular de la reconquista. El título de las concesiones pontificias, antes mencionadas, era la predicación y defensa de la fe entre naciones bárbaras; y los reyes, cuando enviaban capitanes o gobernadores, les inculcaban como de suma importancia los desempeñasen de este encargo y obligación. En el principio de las navegaciones, la acción religiosa y los derechos del patronato eclesiástico fueron prerrogativa de la orden de Cristo, por ser el infante D. Enrique su gobernador y gran maestre; pero a su muerte pasaron prerrogativas y obligaciones a la corona, que durante muchos años fué abanderada de la fe, haciendo que la acción imperial de Portugal se basase en dos como ejes fundamentales, la cruz y la espada, entre sí íntimamente ligadas, que mutuamente se complementaban: la cruz para mantener el Evangelio, y éste para enaltecer y dar contenido espiritual a las armas.

Ya en la flota conquistadora de Cabral el año 1500, envió Juan II ocho religiosos franciscanos con un guardián, varón de vida muy ajustada y mucha prudencia, que más adelante fué obispo de Ceuta y confesor del Rey, y añadió ocho sacerdotes clérigos más y un vicario, que administrasen los sacramentos a los portugueses. Y en el regimiento de Cabral le encargaba el Rey que antes de hacer la guerra a los moros y gentiles, les hablasen los sacerdotes y requiriesen a aceptar el Evangelio y dejar sus ritos e idolatrías, dándoles para ello buenas razones; y solamente si se mostrasen contumaces y no admitiesen el derecho natural que todos los hombres tienen al trato y comercio de unos con otros, apelase al medio de las armas. Llegado Cabral a Calicut, bajó a tierra fray Enrique con los religiosos, y comenzaron a entender en la predicación del Evangelio; pero hallaron un grave impedimento en no entender la lengua, a pesar de lo cual tenían siempre su casa llena de gente atraída por la novedad. Rotas las hostilidades con el asalto a la factoría portuguesa, los frailes fueron heridos, y tres murieron; los restantes escaparon con dificultad y se recogieron en las naves de Cabral surtas en el puerto. El primer fruto del Evangelio en Calicut fué

un brahmán que se vino a fray Enrique diciendo que quería ser cristiano; el cual lo bautizó, poniéndole por nombre Miguel, e hizo en adelante muy buenos servicios a los portugueses, sirviéndoles de intermediario con varios príncipes de la India. Conocieron también los portugueses estando en Cranganor a los llamados cristianos de Santo Tomé, que se creían descendientes de los bautizados por el apóstol Santo Tomás, de quien es tradición predicó el Evangelio en la India; estaban regidos por obispos armenios, y dos de estos cristianos, llamados Matías y José, quisieron irse con Cabral en su viaje de vuelta, pasar después a Roma, y de ahí a Jerusalén y a Armenia para verse con su patriarca. En este mismo tornaviaje volvió fray Enrique a Portugal, y el 30 de enero de 1506 fué nombrado obispo de Ceuta, si bien residió ordinariamente en la corte hasta su muerte, acaecida el 14 de septiembre de 1532 (48).

Antes de despachar el año 1502 la armada de Vasco de Gama, tuvo el rey D. Manuel muchos consejos sobre el modo de continuar la empresa de la India, en los que no pocos fueron de parecer se dejase, por creer excedía las fuerzas de Portugal; pero otros, a los que prestó el Rey su asentimiento, pensaron que se debía continuar con creciente esfuerzo, movidos entre otras razones por una de alto valor espiritual: la de extender el cristianismo a los países nuevamente descubiertos y poner freno a la secta de Mahoma, que se había extendido y estaba muy arraigada en ellos. El Rey, decidido a llevarla adelante, añadió a sus títulos de «Señor de Guiné» el nuevo de «Señor de la navegación, conquista y comercio de Etiopía, Arabia, Persia e India», que los romanos Pontífices le habían concedido. Llegado Vasco de Gama a la India, entre los múltiples asuntos militares y comerciales no olvidó los espirituales; y habiendo tomado una gruesa nave de sarracenos perteneciente al Soldán del Cairo, que volvía cargada de Calicut, guardó más de veinte niños, y bien instruídos en la fe los hizo bautizar, y los llevó a Portugal, donde sirvieron en el templo y monasterio de Belem. Los cristianos de Santo Tomé, antes mencionados, de la comarca de

(48) Barros, I, 181ss., III, 204ss.; Io. Petri Maffei, S. I., *Historiarum Indicarum Libri XVI*, Venecia 1589, f. 25v, 29v: libro muy leído en Europa en el siglo XVI y que contribuyó mucho a ensalzar las glorias portuguesas; contiene un buen resumen de Barros y otros cronistas, fijándose de modo especial en la parte de Historia Eclesiástica. (Maffei...)

Cranganor, que serían en número de más de 30.000 almas, todos ellos de castas bajas, enviaron a Gama una embajada, en que le decían que estaban solos en medio de moros y gentiles, y le pidieron les amparase de la gente infiel que les perseguía, porque no se perdiesen del todo aquellas reliquias de la cristiandad que allí había plantado Santo Tomás, y que ellos querían ser vasallos de rey tan cristiano como el de Portugal, y en señal de ello le traían la vara de la justicia que usaban, la cual era roja, de tamaño como de un cetro, guarnecidas las puntas de plata, y con tres campanillas también de plata en lo alto. Gama aceptó conmovido el vasallaje con muestras de mucho contentamiento, y por estar ya de partida para Portugal les respondió que les dejaba encomendados al capitán de la armada portuguesa que quedaba en Cochín y Cananor, a quien podían acudir en lo que necesitasen (49).

En el primer viaje de Alfonso de Albuquerque a la India el año 1503, se fundó en la fortaleza de Cochín la primera de todas las iglesias, que tuvo la advocación de San Bartolomé, y era de madera tosca y grosera como la misma fortaleza, pero prenuncio de los magníficos templos que años adelante habían de edificar los portugueses. En Cochín residía hacia 1504 un religioso, por nombre fray Gastón, probablemente franciscano, que escribió un tratado de las guerras entre Cochín y Calicut, en que obtuvo resonantes victorias Duarte Pacheco. En la fortaleza de Coulão, 24 leguas al sur de Cochín, donde había bastantes cristianos de Santo Tomé, residió por el mismo tiempo un religioso dominico, llamado fray Rodrigo, que con su doctrina y la santidad de su vida confirmó en la fe a los cristianos antiguos y bautizó muchos infieles. El virrey Francisco de Almeida llevó el año 1505 a la India socorro de nuevos frailes franciscanos y otros clérigos, y cuando su hijo D. Lorenzo ganó el 18 de marzo de 1506 una gran batalla naval a los moros y al rey de Calicut, en memoria de ella fundó una ermita de Nuestra Señora de la Victoria en la punta aguda de tierra donde estaba la fortaleza de Cananor. La isla de Socotora estaba poblada de cristianos jacobitas, de rito y costumbres parecidas a los abisinios del Preste Juan, y en ella habían hecho los moros de Fartaque una fortaleza, desde la que los oprimían. La armada de

(49) BARROS, I, 223-250, MAFFEI, 31.

1507, donde iba por capitán mayor Tristán da Cunha, llevaba orden del rey D. Manuel de tomar a los moros de camino dicha fortaleza y edificar otra en su lugar. Da Cunha derrotó efectivamente a los moros y libertó a los cristianos, que corrieron a echarse a sus pies, dándole gracias por haberlos libertado de la tiranía que padecían. En la armada iba un religioso franciscano insigne, fray Antonio do Louro, el cual purificó la mezquita y la convirtió en iglesia, dedicándola a la Virgen María, donde bautizó a muchos, y después, metiéndose por el interior de la isla, hizo con su predicación y ejemplo obras de varón apostólico. Pasado algún tiempo se fué a la India, pero tuvo la desgracia de que la nave encallase en la costa del reino de Cambaya: algunos portugueses intentaron salvarse a nado y se ahogaron; fray Antonio, con otros treinta se quedaron en la nave, pero ésta con la bajamar quedó en seco, y a todos los cautivaron los moros y los llevaron al rey de Cambaya, que estaba en una ciudad llamada Campanel, víspera del Espíritu Santo de 1510. Después de tomada Goa por Albuquerque, se ofreció fray Antonio a ir a esa ciudad a tratar del rescate suyo y de los compañeros, y dejó por fianza el cordón de su hábito, prometiendo que con el precio o sin él volvería a Cambaya. Llegado a Goa, por estar la ciudad sublevada y Albuquerque ausente en Malaca, no pudo negociar el rescate, y entonces, en cumplimiento de su palabra, volvió al cautiverio, con gran admiración de moros y gentiles. Al fin el Rey, para congraciarse con Albuquerque, dió libertad a todos los cautivos. De estos años queda también noticia de otro religioso franciscano por nombre fray Luis do Salvador, que anduvo por el reino de Narsinga, de donde vuelto a Cananor, fué enviado por el virrey Almeida el año 1508, en compañía de Pedro Fernandes Tinoco, a una embajada al rey de la misma Narsinga, que deseaba hacer amistades con los portugueses. La clerecía de Cochín era ya numerosa, como se mostró en la procesión con que salieron a recibir a Almeida, después de la victoria que obtuvo en Diu contra la armada del Soldán del Cairo (50).

Después de la primera toma de Goa envió Albuquerque una embajada al rey o Sha de Persia, compuesta por dos emisarios, uno

(50) BARROS, I, 264ss., 412; II, 5-25, 169, 112, 139; MAFFEI, f. 45, 48, 67, 80v, 81. Antonio do Louro es llamado también Loureiro.

de los cuales era un religioso dominico llamado fray Juan; partieron para Ormuz, pero el gobernador no les dejó seguir adelante y la embajada no tuvo efecto. La determinación que tomó Albuquerque de casar soldados portugueses con mujeres indias fué muy provechosa para la fe, porque las mujeres se bautizaban antes, y siendo para ellas una honra estos matrimonios, hacían que sus parientes mirasen con buenos ojos el cristianismo; además de que cada familia cristiana que se constituía era plantel de nuevos cristianos de fe arraigada como sus padres, y amantes de la tierra como hijos de ella, cual lo eran sus madres. Después de asentar definitivamente el dominio portugués en Goa, mandó Albuquerque destruir los templos de los ídolos, llamados *pagodes* en la tierra, y comenzó a edificar iglesias cristianas; la mezquita principal fué transformada en templo y dedicada a Santa Catalina, por el día de la toma de la ciudad, y en ella se erigió más adelante la catedral; una ermita fundó Albuquerque con especial devoción, la de N. Señora da Serra, en la que se mandó enterrar; el nombre provenía de una gloriosa nave en la que hizo sus campañas por el mar Rojo. Cuando la conquista de Malaca, después de construir la fortaleza, erigió también una iglesia con advocación de N. Señora de la Anunciada, cuya capilla mayor mandó cubrir con una cúpula que hizo traer del sepulcro de un rey, tirada por elefantes, obra de madera muy bien labrada. Vuelto a la India ordenó que en Cochín la población pagana y los moros se fuesen a vivir separados del barrio portugués, lo cual valió no solamente para que los cristianos estando aparte conservasen mejor la fe, sino para que muchos paganos dejasen sus sectas y entrasen en el redil de la iglesia; unos 400 fueron los que en breve se bautizaron (51).

Del gobierno de Diego Lopes de Sequeira se debe recordar la fundación del primer monasterio regular en la India, que fué el año 1518 en la ciudad de Cochín, y de la orden de San Francisco, como más abajo diremos. De los años en que gobernó Duarte de Meneses queda noticia de un clérigo medio guerrero, por nombre

---

(51) BARROS, II, 203, 243, 284, 367, 340; III, 12, 31, 36; MAFFEI, f. 74, 85, 129.

Gomes Botello, que después de 1521 anduvo mezclado en las guerras de las islas Molucas, y de otro llamado Francisco Calado, al que el gobernador envió desde Ormuz a una embajada del rey de Persia, Ismael. Pero el suceso principal de la época fué el descubrimiento del cuerpo de Santo Tomás en Meliapur. El rey Juan III había dado orden de que se buscase o averiguase lo que hubiese de cierto sobre la antigua tradición. Las primeras noticias sobre el sepulcro del apóstol las tuvieron los portugueses el año 1517, en que viniendo de Malaca Diego Fernandes y Sebastián Fernandes con un cristiano armenio malabar dieron por causa de un temporal en la ciudad de Meliapur, donde guiados por el cristiano vieron un campo extenso lleno de grandes edificios arruinados, con pirámides, torres, columnas y piedras muy bien labradas con follajes y figuras de hombres, aves y animales; la piedra una era negra, muy dura; otra blanca, parda y de diversos colores. En medio de las ruinas había un templo también muy destruído, con cruces esculpidas por todas partes en las paredes de dentro y de fuera. Dos años más tarde fueron a parar a Meliapur tres portugueses llamados Antonio Lobo Falcão, Juan Falcão y Juan Moreno. Finalmente el año 1522 envió Duarte de Meneses a Manuel de Frías por capitán de toda la costa sudoriental de la India, llamada Coromandel, y con él al clérigo Alvaro Penteado; llevaban orden de restaurar el templo y concordar la celebración del oficio divino; pero se desavinieron, y el clérigo volvió a Portugal. Al año siguiente tornó de nuevo Meneses a enviar a Manuel de Frías con otro sacerdote nombrado Antonio Gil, los cuales llegaron, y Antonio Gil con otro sacerdote llamado Pedro Fernandes trabajaron activamente en cumplir el encargo, y en el sitio que la tradición mostraba hallaron un sepulcro donde estaban huesos de hombre, un hierro de lanza con su poco de astil y un bordón. Creyeron haber encontrado el cuerpo del apóstol con su bordón y la lanza de su martirio; una inscripción antigua escrita en lengua badaga, que es la de la región, decía que el apóstol Santo Tomás había fundado aquella iglesia, y el rey de Meliapur concedía al templo ciertas rentas y derechos. Los sacerdotes volvieron a encerrar las sagradas reliquias en un cofre de china guarnecido de plata y lo metieron debajo del altar. Dos años más adelante fué enviado desde Portugal, a tener cargo del santuario, el sacerdote Alvaro Penteado, quien promovió el culto del apóstol, y

en el sitio fueron estableciéndose muchos portugueses, que dieron a la nueva ciudad el nombre de Santo Tomé (52).

A la muerte de Vasco de Gama, honrado ya con los títulos de conde de Vidigueira y almirante y por tercera vez gobernador de la India, ocurrida el 25 de diciembre de 1525, sucedieron varios disturbios por causa de la sucesión, que debía hacerse conforme a las cartas secretas que para semejantes casos enviaba el Rey; las cabezas de bando eran Lope Vaz de Sampaio y Pedro Mascarenhas. Los religiosos intervinieron en mantener la paz: fray Juan de Haro, de la orden de Santo Domingo, a quien de Lisboa habían enviado por predicador a la India con sueldo del Rey, predicó el día de la Circuncisión [1.° de enero]; era buen letrado y declaró que de justicia le tocaba el mando a Sampaio. Fueron señalados jueces, entre los que se contaron fray Juan de Alvim, franciscano, y fray Luis de Vitoria, dominico; y reunidos en el convento de San Francisco de Cochín dieron sentencia el 21 de diciembre en favor de Sampaio y mandando se embarcase para Portugal Mascarenhas, como se hizo, quedando la India en paz. Del gobierno de Nuño da Cunha (1528-1538) queda noticia de los capellanes que le acompañaron en sus empresas militares. A 1.° de enero de 1531 se embarcó en Goa para Diu, y antes de llegar saltó a tierra en el puerto de Damão y mandó decir misa solemne, en la que hizo un sermón el comisario de San Francisco, fray Antonio de Padrão, y dió la absolución general a los soldados. No pudo esta vez da Cunha conquistar a Diu, que más tarde se le entregó por sí sola sin combatir; pero sí puso cerco y se apoderó de Baçaim dos años más tarde, a principios de 1533, quitándola a los moros y estableciendo una importante fortaleza: el día del asalto, antes de la alborada, todos los soldados se confesaron piadosamente del modo que pudieron y recibieron la absolución del religioso franciscano que iba en la armada (53).

6. *Jerarquía eclesiástica. Ordenes religiosas. Misiones.*

La organización eclesiástica de la India comenzó de forma regular con el gobierno del primer virrey, Francisco de Almeida, el año 1505. La jurisdicción espiritual dependía al principio de la

(52) BARROS, III, 361, 381, 391, 4COSS.; MAFFEI, f. 81, 134ss.
(53) BARROS, III, 466ss., 534; IV, 28, 81ss., 130, 173, 208, 234ss.

orden de Cristo, como antes queda dicho, y ella nombró vicario general de la India a maestre Diego Pereira, quien fué en la armada del Virrey y anduvo por las fortalezas hasta 1510 que volvió a Portugal. Le sucedió otro clérigo por nombre Juan Fernandes, que antes había sido vicario de Cochín durante tres años, y fué nombrado por el Rey el 24 de febrero de 1510; por este mismo tiempo era vicario de Cranganor Julián Nunes. El año 1513 Alfonso de Albuquerque nombró vicario general a su amigo el dominico fray Domingo de Sousa, compañero y capellán suyo en muchos de sus viajes y guerras, el cual fué hombre activo y celoso, que no se contentó con residir en Cochín, como varios de sus antecesores, sino que visitó cada año los establecimientos portugueses y las cristiandades a ellos agregadas.

El año 1514 tomó el rey D. Manuel, como gran maestre de la orden de Cristo, la importante resolución de crear el obispado de Funchal en las islas de Madeira, cuya jurisdición comprendía todos los descubrimientos y conquistas portuguesas de Asia. Su primer obispo, nombrado en Roma el 14 de junio de 1514, fué Diego Pinheiro, vicario general de Tomar, de la orden de Cristo. De aquí adelante los vicarios generales de la India recibían su jurisdicción del obispo de Funchal: algún tiempo hacia 1520 tuvo el cargo Juan Pacheco y le sucedió, de 1521 a 1532, Sebastián Pires. El más importante de todos los vicarios generales de la India fué Miguel Vaz, que llegó a Goa en 1532, y allí lo encontró todavía San Francisco Javier, con quien trabó estrecha amistad. Era un celoso sacerdote de ideas severas y tendencias muy eclesiásticas, que promovió sobremanera la vida cristiana entre los portugueses y la conversión de los gentiles. A él se debe la destrucción de todos los templos paganos (pagodes) del territorio de Goa y la fundación o mejoramiento de varias instituciones, sobre todo del colegio de la Conversión de San Pablo para cristianos de la tierra antes mencionado (54).

Juntamente con la institución de los Vicarios generales dependientes del obispado de Funchal, existieron también en la India obispos titulares, llamados entonces de anillo, para confirmar, con-

---

(54) Silva Rego, ob. cit., pág. 287ss.; Conradus Eubel, O .F. M. Conv., *Hierarchia Catolica Medii Aevi*, III, Monasterii 1910, 216.

sagrar los santos óleos y ejercer otros actos episcopales; pero la jurisdicción ordinaria no solía residir en ellos, sino en los vicarios generales, primero de Cochín, después de Goa. El primer obispo que residió en la India fué Duarte Nunes, fraile dominico, titular de Laodicea, con nombre de comisario apostólico, nombrado por el papa Alejandro VI el año 1503; pero estuvo muy poco tiempo en la India y regresó a Portugal. Le sucedió fray Andrés de Torquemada, de origen castellano, obispo de Dume, terciario franciscano, el cual partió para la India el año 1519 y escribió al Rey sustanciosos informes sobre el estado religioso de los territorios orientales. Parece que volvió a Portugal el año 1524 y le sucedió un don Martinho, de quien se conservan pocas noticias. El año 1531 pasó el último obispo de anillo, el franciscano Fernando Vaqueiro, que trabajó mucho por la reforma de las costumbres y ordenó de sacerdotes a varios naturales de la tierra (55).

El año 1534 Juan III, en vista del progreso de sus dominios de Asia y Africa, creyó llegado el momento de hacer una profunda reorganización eclesiástica. Propuso al papa Clemente VII desmembrar el obispado de Funchal en cuatro, dos en las islas Azores y Cabo Verde, uno en Santo Tomé para Africa occidental y Congo y el cuarto en Goa, que comprendía desde el cabo de Buena Esperanza hasta la India y China; Funchal sería elevado a sede metropolitana. Por muerte de Clemente VII ejecutó las piadosas intenciones del Rey su sucesor Paulo III; la erección del obispado de Goa se hizo por bula de 3 de noviembre de 1534, en que se nombraba primer obispo a Francisco de Melo y se señalaba por iglesia catedral la de Santa Catalina, con cinco dignidades y doce canónigos. Melo murió en Evora antes de embarcarse, el 27 de abril de 1536, y el año siguiente a 11 de abril fué nombrado el franciscano español fray Juan de Alburquerque, natural de la ciudad de ese nombre en Extremadura, que desde muchos años antes residía en Portugal y era acepto a la reina D.ª Catalina, hermana de Carlos V, mujer de Juan III. Consagrado en Lisboa el 13 de enero de 1538, partió ese mismo año a la India en la flota del virrey García de Noronha; llevaba consigo al maestre Diego de Borba, que el Rey enviaba de predicador, y fray Vicente de Lagos, franciscano, de la provincia

(55) SILVA REGO, pág. 294ss.

portuguesa de la Piedad, a la que también pertenecía el obispo. Con el vicario general Miguel Vaz formaron los cuatro el núcleo espiritual de la reforma cristiana y la vanguardia del Evangelio en la India; cuatro años después, en 1542, vendría a sumarse a ellos la acción evangélica de San Francisco Javier y los primeros jesuítas (56).

En cuanto al establecimiento de las órdenes religiosas, los franciscanos fueron los primeros misioneros del Asia portuguesa. Con la armada de Cabral el año 1500 fueron ocho, como antes queda dicho: se llamaban fray Enrique Soares de Coimbra, que iba de superior; fray Gaspar, fray Francisco de la Cruz, fray Simón de Guimares, fray Luis do Salvador, fray Maseo, fray Pedro Neto y fray Juan da Victoria; los cinco primeros eran predicadores, el sexto sacerdote y organista, el séptimo corista de órdenes sacras y el octavo, hermano. Pertenecían a la provincia de la Observancia. En Calicut y Cochín, después de la sublevación en que tres fueron muertos y varios heridos, cuidaban sobre todo de los portugueses, pero también intentaron la conversión de los hindúes residentes en la isla de Vaipún. Algunos otros religiosos debieron venir en las armadas de los años siguientes, uno o dos por año, y en la del virrey Francisco de Almeida fueron en mayor número.

Pero el establecimiento definitivo en la India para fundar una *custodia* es del año 1517, en que llegaron doce franciscanos con el comisario fray Antonio do Louro, antes mencionado; pertenecían también a la provincia de la Observancia. Los enviaba el Rey para que fundasen tres conventos por cuenta de la real hacienda, uno en Cochín, otro en Goa y el tercero en algún otro lugar conveniente que no se determinaba. El convento de Cochín lo fundó fray Antonio de 1518 a 1522 y estuvo dedicado a San Antonio; al principio no contaba más que con dos frailes. El año 1527 escribía al Rey fray Gonzalo de Lamego que de los trece frailes primeros habían muerto dos predicadores y seis habían regresado a Portugal; sin embargo, Cochín contaba con doce religiosos, varios de ellos admitidos en la India; este mismo año fué nombrado guardián fray Lorenzo de

(56) SILVA REGO, ibid.; EUBEL, ob. cit., 220; BARROS, IV, 622, nota; MAFFEI, f. 186v.

Gois. La fundación del convento de Goa es contemporánea. Fray Antonio de Louro había estado por primera vez en la India, de 1510 a 1512: iba destinado, al parecer, de misionero en Socotora, donde junto a la fortaleza portuguesa construída en 1507 se pensaba establecer un puesto de misión para atender a los cristianos de Santo Tomé que en ella habitaban. No se sabe cuánto tiempo permaneció en la isla él y otros frailes compañeros; pero el año 1510, dirigiéndose a la India, sucedió su naufragio y cautiverio en Cambaya antes referido. En Goa, adonde llegó el 19 de octubre de 1511, trató de establecer de asiento la orden franciscana; y volvió con su plan bien meditado a Portugal, donde obtuvo autorización del Rey y permiso de los superiores de la orden; finalmente el año 1517 regresó de nuevo a la India con los doce compañeros ya mencionados. No halló muchas facilidades en el gobernador Lope Soares de Albergaria, y a 4 de noviembre de 1518 escribía al Rey que el monasterio de Goa aún no lo había comenzado, aunque todo estaba presto para ello; añadía que en un año había bautizado en Goa con sus compañeros alrededor de 800 personas. El convento de Goa tuvo la advocación de San Francisco, y fray Antonio inició en él nuevos métodos de evangelización más serios y eficaces. Costeado por la real hacienda y por donativos particulares, duraron las obras hasta 1527; mucho más despacio iban las de la catedral de Santa Catalina, entonces todavía iglesia matriz; y quedó, según el testimonio de la cámara o cabildo de Goa, una de las mejores obras del reino, así por el número de buenos religiosos como por la magnificencia de los edificios; ese año contaba con 5 religiosos sacerdotes, 3 coristas, 4 hermanos y 2 novicios. Quedaban, pues, establecidos los dos conventos principales del plan real; el tercero lo pensaba fray Antonio fundar en Cananor o en Coulão, pero no llegó a hacerlo por entonces, si bien a la llegada de San Francisco Javier en 1542 estaba dándosele principio en Cananor. El primer guardián de Goa fué el mismo fray Antonio do Louro, y hasta el año de 1542 no parece llegó a establecerse jurídicamente la custodia franciscana de la India. Pudo influir en esta tardanza la escasez de religiosos, porque después de tres años les era lícito volver a Portugal, y los que de nuevo iban no igualaban el número de los muertos y los que regresaban. Comenzaron a admitir novicios del país y mestizos de portugueses e indias, pero esta conducta fué desaprobada por los

superiores de Portugal el año 1531, aunque siguieron dando el hábito a algunos con mucha selección (57).

Además de los franciscanos de la Observancia, fueron a la India el año 1538, con el obispo Juan de Alburquerque, otros distintos pertenecientes a la provincia de la Piedad, de la que el obispo había sido provincial; el principal fué fray Vicente Lagos, antes mencionado; el maestre Diego de Borba también lo había sido, pero estaba secularizado. El año 1546, después de estar ya en la India San Francisco Javier, fueron más religiosos de esta provincia franciscana, al mando de fray Antonio do Porto, y trabajaron en la conversión de los infieles de Baçaim. Eran reformados, y en Portugal les llamaba el pueblo *Capuchos* (58).

La orden de Santo Domingo también estuvo representada en la India desde los primeros años, como hemos ido viendo. El año 1503 parece que fueron cinco con Alfonso de Albuquerque; eran fray Domingo de Sousa, fray Rodrigo Homem, fray Juan do Rosario, fray Pedro de Abreu y fray Antonio da Mata. Fray Domindo de Sousa, como hemos visto, acompañó a Albuquerque en varias de su navegaciones y conquistas, y fué vicario general de Goa; fray Rodrigo Homem trabajó con los cristianos de Santo Tomé de Coulão; fray Juan do Rosario fué escogido por Albuquerque para compañero de Ruy Gomes de Carvalhosa, cuando lo envió de embajador a Persia. Poco tiempo después pasó a la India el primer obispo de anillo, don fray Duarte Nunes, que también era dominico. En 1519 y 1522 aparecen por las fortalezas de oriente otros dos dominicos, fray Luis da Victoria y fray Juan Caro; éste trabajó fructuosamente en doctrinar los recién convertidos de Cochín, y era además hombre docto en teología, cartografía y arte de navegar, y lo que es más curioso, en la disputa entre España y Portugal sobre la posesión de las Molucas, se declaró de parte de España, y por esta causa regresó a Portugal, donde siguió favoreciendo secretamente la causa española. Parece que era natural de Carmona (Sevilla). Más adelante vemos en la India otro dominico, fray Vicente de Laguna, notable predicador y dotado de ardiente celo apostólico. Otros dominicos debió haber por las posesiones portuguesas

(57) Silva Rego, 153ss., 246ss.
(58) MHSI, *Docum. Indica*, I, 19. Introducción.

de oriente, aunque como particulares, sin tener convento, que no se fundó hasta el año 1549, por fray Miguel Bermúdez, castellano. La capilla del Rosario de Goa estaba al cuidado de dominicos, y después de 1542, durante el gobierno de Martín Alfonso de Sousa, poco amigo de franciscanos, habiendo éstos amenazado con despoblar su convento de Goa, contestó el gobernador que se fuesen y lo entregaría a los dominicos, que eran sus amigos, porque decía que predicaban y hacían mucho fruto (59).

Viniendo a tratar del fruto de la predicación evangélica en la India, puede asegurarse que los resultados fueron importantes. Del trato con los portugueses y del medio ambiente por ellos criado, vinieron las conversiones entre hindúes y moros: los núcleos principales procedían de mujeres que mantenían trato ilícito con marinos y soldados, de comerciantes y gente de armas que arrendaban sus servicios a los extranjeros; los miembros de castas bajas y los esclavos abundaban, porque con el bautismo mejoraban de condición, pues Alfonso de Albuquerque mandaba dar a todos un cruzado y un vestido, y los esclavos obtenían la libertad. En cambio, los de castas nobles, como los brahmanes, rara vez se convertían, porque al bautizarse perdían su casta y se transformaban en *intocables,* que de todos eran despreciados y no podían transitar por los «caminos del Rey»; perdían además sus propiedades, haciendas y palmares. La política portuguesa fué por lo demás respetuosa con las instituciones de los pueblos sometidos o amigos, y no podía ser de otra manera, por ser ellos muchos y poderosos y los portugueses pocos: hacia 1520 sólo había en la India cinco o seis mil (60).

El fruto espiritual que se recogió fué considerable: el año 1514 el capitán de Cochín Pedro Mascarenhas escribía al Rey que el número de cristianos de dicha ciudad y sus contornos era de unos seis mil, y cada día se venían muchos a bautizar. El año 1510 se convirtió el encargado o superintendente del puerto, llamado *arel,* y con él toda su familia y criados, más de mil personas. Albuquerque, el año 1511, mandó que en las fortalezas viviesen en barrios separados cristianos y gentiles, como arriba queda referido, medida que aumentó las conversiones, por el afán de tratar y alternar con

(59) SILVA REGO, 272ss.
(60) SILVA REGO, 115ss.

los conquistadores. Sobre todo mujeres que buscaban a los portugueses con fines inconfesables, se bautizaron en esa ocasión cerca de 600, por ser así más aceptas a ellos; y a pesar de entrar en la fe por puerta tan falsa, salieron después buenas cristianas. Hacia 1520 la cristiandad de Cochín subía al número de diez o doce mil cristianos, sin contar los esclavos y criados de los portugueses. Así, lenta pero seguramente, se iba criando una masa cristiana capaz de hacerse respetar en medio de la sociedad hindú. En Goa los progresos de la fe fueron mayores, y era natural, porque mientras en las otras fortalezas los portugueses vivían como de prestado, aunque con el beneplácito y amistad de los reyes locales, Goa y las islas próximas eran territorio portugués, y pudo establecerse en todo su esplendor y plenitud la vida y civilización cristiana. Los principales artífices de la transformación fueron el vicario general Miguel Vaz y maestre Diego de Borba, antes mencionados, junto con el obispo Juan de Alburquerque. El año 1541 escribía al Rey Fernando Rodrigues de Castelo-Branco, que en Goa y las islas eran tantas las conversiones, que se habían destruído casi todos los pagodes o templos gentílicos. Para 1543 Miguel Vaz los había acabado de destruir; las tierras y rentas que poseían pasaron a servir de dotación a iglesias cristianas y al colegio de la Conversión de San Pablo (61).

Más o menos los progresos del cristianismo seguían parejos alrededor de todas las fortalezas portuguesas de la India. En las islas Molucas, por la distancia a que se encontraban de las autoridades portuguesas, los habían estorbado no poco la chusma de aventureros y aun algunos gobernadores indignos. Uno de éstos, Tristán de Ataide, capitán de Ternate en 1533, prevalido de dicha distancia y de la protección del gobernador de Malaca, Esteban de Gama, que era su pariente, había cometido tales excesos, que movió a alzarse en rebelión a ocho reyes indígenas, los cuales en la isla de Tidor se hicieron fuertes, con un ejército de 40.000 hombres entre moros y naturales de la tierra. Al principio de su mando dos naves de moros, llamadas *coracoras*, habían saqueado y destruído una ciudad en la isla del Moro (Halmaheira), por nombre Momoia; el rey de ella, que era gentil, pidió consejo a un portugués que por-

(61) Silva Rego, 129, 218ss.

allí andaba, llamado Gonzalo Veloso, y éste le ofreció la amistad de los portugueses y le persuadió se hiciese cristiano. Consintió el rey y con los principales de los suyos se fué a Ternate, donde un virtuoso sacerdote, por nombre Simón Vaz, lo catequizó y bautizó a todos con solemnidad. El rey se llamó D. Juan, y contento se volvió a Momoia acompañado del mismo Simón Vaz, el cual, en algún tiempo que allí permaneció, ayudado de otro sacerdote llamado Francisco Alvares, hizo cristianos a todos los moradores de la ciudad y otros lugares cercanos, derribando muchos templos idolátricos y purificando otros para convertirlos en iglesias. Pero no duró mucho tiempo la bonanza, porque, sobrevenida la rebelión general, a Simón Vaz lo mataron en la isla de Chiam, principal de las del Moro, y con él a otros cristianos. En Momoia D. Juan, abandonado de los portugueses que se pasaron al enemigo, se defendió con sus nuevos cristianos valientemente durante un día, aunque quedó muy herido y sin esperanza de socorro; por lo que al día siguiente, matando bárbaramente a su mujer y sus hijos con la errada intención de que después de su muerte no viniesen a poder de los moros y les hiciesen apostatar de la fe, se entregó a los enemigos, que le llevaron cautivo al rey de Gilolo, el cual, espantado de su valor, le dejó ir libre. El otro sacerdote, Francisco Alvares, estaba en Sugala, donde había bautizado algunos gentiles, y llegando las tropas de Gilolo, pudo escaparse con unos pocos portugueses en una coracora, pero, perseguido de las naves contrarias, pelearon bravamente, y Alvares recibió 17 cuchilladas; lo que le salvó fueron los ornamentos de decir misa que arrojó al mar, y por entretenerse los enemigos en la presa y ser ya de noche, pudo escapar y acogerse a la fortaleza portuguesa (62).

Por fortuna para las islas Molucas, a Ataide sucedió en la capitanía de Ternate Antonio Galvão, nombrado por Juan III, el cual salió de Cochín el 8 de mayo de 1536 y llegó a su puesto el 25 de octubre del mismo año. Iba bien provisto de armas, soldados y de herramientas para diversos oficios, y además llevó mujeres portuguesas para casarlas con soldados, a fin de tomar asiento firme en la tierra. A su llegada a Ternate los portugueses le recibieron como a salvador, de quien esperaban les librase de tantos enemigos que

(62) BARROS, IV, 363, 371ss.; MAFFEI, ff. 165-167.

por todas partes les rodeaban, y los clérigos le llevaron a la iglesia y cantaron el Tedeum. Galvão fué un gran gobernante: acabó con los abusos y demasías de su antecesor, trató con benevolencia a gentiles y moros, levantó el espíritu de los portugueses, bajó la tasa de los mantenimientos; para reforma de los clérigos, les entregó las constituciones del arzobispado de Lisboa, hechas por el cardenal infante D. Alonso, y para que todos viviesen en orden y policía promulgó los cinco libros de Ordenaciones de Portugal, y entabló la administración de justicia con un juez y dos almotacenes, que hasta entonces no los había habido. Con su buen gobierno y un valiente ataque a los levantados de Tidor, devolvió la paz y tranquilidad a las islas (63).

Acabadas las diferencias con los reyes, sabiendo Galvão que en las islas del Moro andaba un capitán levantado con armada de muchas barcas, mandó contra él a un clérigo, por nombre Fernando Vinagre, hombre audaz y valiente, con 40 portugueses, en unas coracoras que prestó el rey de Tidor. Vinagre buscó al adversario y le dió una batalla, en que lo mató a él y un hermano suyo, y la gente quedó desbaratada y huída. Entonces, trocada la espada por la estola, se quedó en la tierra, y con su predicación convirtió y bautizó a muchos infieles, cuyos hijos envió a Ternate, donde Galvão los mandó instruir en las cosas de la fe y enseñarles a leer y escribir. Este fué el principio del primer seminario que se tenga noticia hubo en el Asia portuguesa para instrucción de sus naturales, los cuales después sirviesen en la conversión de diversas naciones, predecesor de otros dos que se fundaron después en la India, uno en Cochín por fray Vicente Lagos, y otro el de la Conversión de San Pablo en Goa, de que antes nos hemos ocupado (64). Por el mismo tiempo mandó Galvão a Diego Lopes de Azevedo con una armada de 40 portugueses y 400 auxiliares de Ternate y Tidor, contra una flota poderosa de juncos que venía de Java, Banda, Macazar y Amboino. Azevedo los desbarató e hizo huir, con muerte de muchos, y en los juncos tomó armas y artillería que traían para socorrer a los moros. Fué la batalla frente a la isla de Amboino, y después de asentadas paces y amistad, hizo cristianos a tres lugares de dicha isla

(63) Barros, IV, 547, 548.
(64) Barros, IV, 561, 562; Maffei, ff. 170v, 171.

llamados Ativá, Matelo y Nucibel. Llegaron a la sazón a Ternate dos hermanos macazares, hombres nobles, que se hicieron cristianos, y vueltos a su tierra persuadieron a varios jóvenes que viniesen a Ternate. Galvão los metió en el seminario para que se instruyesen en la fe, y juntamente decidió enviar una expedición a tierra tan bien dispuesta. Fué al frente de ella Francisco de Castro, y con él dos sacerdotes. Los vientos arrojaron la nave más de cien leguas al norte a varias islas cercanas a Mindanao en las Filipinas, en las cuales cinco reyes con sus mujeres e hijos y mucha gente noble se hicieron cristianos. Castro tomó los hijos de muchos de ellos para el seminario de Ternate, y regresó sin poder llegar a los Macazares por los vientos contrarios (65).

7. *Política religiosa de Juan III. La Compañía de Jesús.*

De lo dicho hasta aquí quedan patentes los progresos que hizo la predicación del Evangelio en el Asia portuguesa: durante el reinado de D. Manuel fueron lentos, en tiempo de Juan III mayores, debido en buena parte a una más cuidadosa preocupación de la corte por la organización eclesiástica y el envío de misioneros. La empresa era en sí grandiosa y nobilísima, pero difícil; la oposición que Portugal encontró fué muy dura, por tratarse de estados que tenían su cultura y organización secular, y sobre todo por causa del Islam, en cuyas manos estaba el dominio de los mares y del comercio, y que había echado hondas y firmes raíces en los pueblos asiáticos. En el primer cuarto del siglo XVI pasaron a la India numerosos sacerdotes seculares, y también frailes de San Francisco y Santo Domingo, con alguno más trinitario o jerónimo; los cuales residían en las fortalezas portuguesas, acompañaban las expediciones marítimas y militares como capellanes y tenían como ocupación principal administrar los sacramentos a los portugueses y cuidar espiritualmente de ellos; pero la predicación de la fe a los gentiles sólo ocasionalmente se pudo atender, y con poca intensidad y método; ni el número de obreros evangélicos ni el estado de guerra casi continuo daban lugar a más.

Con el advenimiento al poder del rey Juan III en 1521, los

---

(65) BARROS, IV, 562, 563; MAFFEI, f. 171.

asuntos religiosos comenzaron a tomar mayor asiento, pasadas o aminoradas las primeras dificultades de la expansión y dominio político. El Rey conocía bien la situación moral y religiosa de sus dominios de oriente por las cartas y relaciones que le llegaban y por los informes orales de los que cada año volvían a Lisboa en las naves cargadas de especiería. La vida de los portugueses era en general muy libre y relajada, por el desquite de los trabajos de la guerra, por el trato y convivencia de moros y gentiles, por el lujo y placeres que traen consigo las desmesuradas riquezas y por el mismo temple y cielo de las regiones tropicales en que vivían. Los cristianos nuevos que se habían hecho alrededor de las fortalezas y entre esclavos de servicio, fuera del agua del bautismo poco más tenían de cristianos, y sus costumbres eran paganas como antes. Era necesario tomar más en serio la cristianización de la India: de cuando en cuando se enviaban predicadores que reformasen las costumbres de los portugueses; los sacerdotes y religiosos hacían lo que podían. Pero ¿cumplía el Rey con sus obligaciones de príncipe cristiano, y satisfacía al título de las concesiones pontificias, que únicamente en favor de la fe y culto divino, y la defensa y propagación del Evangelio, le daban el dominio de aquellos pueblos infieles? Juan III es nombrado en las crónicas portuguesas con el apelativo de rey *Piadoso,* y monarca piadoso y profundamente cristiano fué efectivamente, que en relación con las conquistas de oriente sintió viva la conciencia de encarnar en su persona un estado misionero.

Pero ¿dónde encontrar obreros evangélicos idóneos y en el número que requerían dominios tan dilatados? Portugal estaba escaso de ellos y carecía de buenos centros de alta cultura eclesiástica donde formarlos. Los predicadores sagrados tenían que ser llamados no pocas veces del extranjero; los estudiantes que querían hacerse hombres de provecho, acudían a las universidades de Alcalá o Salamanca, y a un buen grupo les costeaba el Rey becas de estudio en París. Solamente existía en Portugal la vieja Universidad fundada por el rey D. Dionís, que Juan III trasladó el año 1537 a Coimbra, la dotó de buenos edificios y se esforzó por modernizarla y elevarla a gran altura, para lo cual atrajo a ella, pagándolos muy bien, a los mejores maestros de matemáticas y medicina, derecho, teología y Sagrada Escritura que pudo encontrar, llamándolos de España.

Francia, Alemania e Italia; fruto de este mecenazgo fueron, entre otros, los españoles doctor Navarro, Azpilcueta de nombre, tío de San Francisco Javier, y años adelante el doctor Eximio, Francisco Suárez. Además fundó junto a ella varios colegios de estudiantes, conforme al patrón de los de la Universidad de París. En la mente del Rey la Universidad de Coimbra debía ser plantel de buenos y doctos eclesiásticos, no sólo para Portugal, sino también para proveer a las conquistas de Asia (66).

Ya antes queda referida la erección del obispado de Goa, y tuvo buen ojo el Rey al elegir la persona de fray Juan de Alburquerque, santo y celoso obispo que dirigió la vida católica y ejerció fructuosísimamente su ministerio en los dicieciséis años que estuvo en Goa, hasta su muerte, acaecida el 28 de febrero de 1553, tres meses escasos después de la de San Francisco Javier. Su compañero de hábito y ministerio, fray Vicente de Lagos, fundó en Cranganor un colegio para niños de los cristianos de Santo Tomé, conforme al modelo del de Antonio Galvão en Ternate, o el de la Conversión de San Pablo en Goa, pero dándole como a éste mayor alcance, hasta de elevar a los jóvenes hindúes al sacerdocio. En él pasó la mayor parte de su vida, rigiéndolo con mucho celo y prudencia, hasta que, viéndose cargado de años y sin quien continuase su labor, lo entregró el año 1552 a la Compañía de Jesús (67). El maestro Diego de Borba, natural de la villa de ese nombre en el Alemtejo, fué el principal autor y patrocinador del seminario de Goa para clero indígena, antes mencionado. Vistió en su juventud el hábito de franciscano *capucho* en Portugal, que después dejó y pasó a España, donde fué discípulo espiritual del B. Juan de Avila; pasado a Goa por predicador del Rey, pues sólo había dos o tres predicadores para toda la India, viendo el abandono en que estaban los gentiles, ideó fundar un seminario para jóvenes de diversas naciones, que bien criados en la fe y costumbres cristianas, pudiesen ser después catequistas y aun sacerdotes de sus connaturales. Comunicó su deseo con el vicario general de Goa, Miguel Vaz Coutinho, antes mencionado, quien lo aprobó plenamente; y con Cosme

---

(66) MAFFEI, f. 193ss.; FRANCISCO RODRÍGUES, S. I., *Historia da Companhia de Jesus na Assistencia de Portugal*, tomo I (dos vol.), Porto 1931, I, XLVIIss.

(67) BARROS, IV. 621, 622; MAFFEI, f. 186v; MHSI, *Ep. Xaver.*, II, 254, nota 14: de fr. Vicente Lagos.

Yáñez, rico portugués que ocupaba un alto puesto en la administración (68), a quien también le pareció excelente. Trataron entonces el negocio con Esteban de Gama, hijo del virrey almirante, a la sazón gobernador de la India, quien mandó poner por obra el piadoso proyecto, y concedió las tierras de los pagodes destruídos de Goa, que rentaban cerca de 2.000 ducados al año, para sustentación del colegio. Este se comenzó el día 10 de noviembre de 1541, y fué su primer rector el mismo maestre Diego, y el administrador de lo temporal Yáñez; se recibieron más de medio centenar de niños de diversas naciones, malabares, canarines de Goa, guzarates de Diu, de Pegú, Molucas, Macazar, China, Etiopía y cuatro cafres del sureste de Africa. Los fundadores le dieron la advocación de Colegio de Santa Fe, porque se destinaba a la conversión de los gentiles, y la iglesia la dedicaron a la Conversión de San Pablo apostól. El rey Juan III, enterado de esta provechosa obra, le concedió su aprobación y confirmó la aplicación de rentas hecha por Esteban da Gama (69). Su dirección pasó, como queda dicho, a la Compañía de Jesús, el año 1542.

Miguel Vaz había realizado el año 1537 una obra misionera de cierta importancia en la costa de Coromandel, llamada Pesquería, porque la había importante de perlas que abundaban en los ostrones de la orilla. Sus habitantes se llamaban paravas, gente miserable, ocupada en la pesquería de las perlas, a quien los moros sus vecinos hacían grandes insultos, quitándoles el fruto de su trabajo. Sucedió por este tiempo que los mencionados pescadores se sublevaron contra los moros y dieron muerte a algunos, por lo que, temiendo la venganza y que los exterminasen a todos, decidieron acogerse a la protección de Portugal, aconsejados de un portugués que andaba por allí, llamado Juan de la Cruz, el cual les dió esperanzas de que tal vez de esta manera la pesquería de las perlas, que antes hacían para los moros, sus señores, quedaría para ellos los paravas, si se hiciesen cristianos. Enviaron, pues, sus magistrados y principales a Cochín, y con la intervención de Miguel Vaz obtuvie-

---

(68) MANUEL TEXEIRA, S. I., *Vida del bienaventurado padre Francisco Javier*, Bilbao 1951, 52ss.; ALESSANDRO VALIGNANO, S. I., *Historia del Principio y Progreso de la Compañía de Jesús en las Indias Orientales*, ed. I. Wicki, S. I., Roma 1944, 51ss.: ambos dan el nombre de Yáñez por el portugués Anes.

(69) TEXEIRA, ibid., 52ss.; VALIGNANO, ibid., 51ss.; MAFFEI, f. 153.

ron del capitán y del mismo virrey, Nuño da Cunha, lo que pretendían; y fué efectivamente armada portuguesa, que libertó a los paravas de la opresión de los moros. Acompañó a la armada el mismo Vaz con otro sacerdote, y en breve tiempo bautizaron unos 20.000, que vivían en más de cincuenta poblados a lo largo de veinte o treinta leguas de costa; además obtuvieron la pesquería de perlas para ellos, sin haber de hacerla para los moros como antes. Bien es verdad que bautismo tan precipitado y por motivos más bien temporales era poco de fiar; pero lo peor fué que con la partida de Vaz, quedaron solos sin ningún sacerdote que completase la instrucción en la fe y les administrase los sacramentos.

La noticia llegó hasta Portugal y algo abultada: el doctor Diego de Gouveia, rector del colegio de Santa Bárbara en París y grande amigo de San Ignacio de Loyola, escribió el 17 de febrero de 1538 al rey Juan III, dándole cuenta de la naciente Compañía de Jesús y recomendándosela para la India; los pescadores bautizados por Miguel Vaz eran 60.000, según le comunicaba Jerónimo Osorio, y los nuevos sacerdotes agrupados en torno a Iñigo de Loyola serían muy apropósito para la propagación de la fe, que tan en sazón se presentaba (70). Y en el viaje de San Francisco Javier a la India, cuando quiso quedarse en la isla de Socotorá, los cristianos a donde le dijo el gobernador Sousa que quería enviarlo, y que entre ellos haría más servicio a Dios, como antes queda referido, eran estos paravas de la costa de Pesquería.

Resulta muy interesante que la política religiosa de Juan III parece que quiso fundarla en ultramar de manera importante a base de la Compañía de Jesús, que por esos años nacía y daba sus primeros pasos de vida apostólica por Italia, antes de recibir la aprobación pontificia en la bula *Regimini militantis Ecclesiae* de Paulo III, 27 de septiembre de 1540. Desde el primer momento fué el rey de Portugal Juan III gran amigo y protector de la naciente orden religiosa.

A San Ignacio de Loyola y el grupo de jóvenes estudiantes que se le juntaron en la universidad de París, le conocieron en la misma universidad varios portugueses, también estudiantes, que luego en Portugal ocuparon obispados y otros altos cargos, y ayudaron a

(70) RODRÍGUES, ob. cit., I, 218ss.

darlos a conocer en su tierra natal; tal Jerónimo Osorio, antes referido, obispo de Silves, que tuvo mucha entrada en Palacio; Antonio Pinheiro, obispo de Leiria; Manuel dos Santos, obispo de Targa, auxiliar de Evora, y, sobre todo, el doctor Diego de Gouveia, benemérito del renacimiento literario de Portugal, y que siendo rector del colegio de Santa Bárbara, había querido azotar a San Ignacio sin conocerle, quedando después de por vida su fidelísimo amigo y protector. Este doctor Gouveia tenía bien conocidas las intenciones piadosas de Juan III y sus deseos de formar buenos sacerdotes para ultramar, y que a este fin costeaba bolsas de estudio en París y otras universidades. El año 1538 tuvo noticias de los primeros éxitos apostólicos que por Italia recogía el grupo de compañeros de Ignacio de Loyola, a quienes tan bien conocía y aun miraba como cosa suya, por haber cursado los estudios en su colegio de Santa Bárbara. Conoció también entonces el suceso de la conversión de los cristianos paravas bautizados por Miguel Vaz, y creyó que haría buen servicio a su Rey recomendándoselos para que los enviase a la India. Le escribió, pues, la carta de 17 de febrero de 1538, a que antes nos hemos referido, en que hacía grandes elogios de los jóvenes sacerdotes: «Si estos hombres, decía, se pudiesen haber para la India, sería un bien inestimable»; están llenos de celo apostólico, hacen grandísimo fruto en Italia, el Papa les da extraordinarias muestras de favor: «Son hombres propios para esta obra, añadía, y si V. Alteza desea hacer lo que siempre mostró, crea que no podría más a pedir de boca hallar hombres tan aptos para convertir toda la India. Ellos todos son sacerdotes, y de mucho ejemplo, y letrados, y no piden nada.» Le indicaba después al Rey el modo práctico de atraerlos, por medio del embajador portugués en Roma, y dirigiéndose a Simón Rodrigues, uno de ellos que era portugués, y al mismo Ignacio y a Pedro Fabro, los cuales fácilmente convencerían a los demás (71).

Juan III, entretenido en otros muchos negocios de su vasto imperio, no se ocupó del que le proponía el doctor Gouveia hasta el año siguiente de 1539, en el que a 4 de noviembre escribió a su embajador en Roma, Pedro Mascarenhas, que procurase haber los nuevos clérigos para las misiones de Asia. «Porque mi principal

(71) RODRÍGUES, ibid., I, 204ss., 229, 230.

intento, decía el Rey, en la empresa de la India y en todas las otras conquistas ha sido siempre el acrecentamiento de nuestra santa fe católica...; he trabajado por haber letrados y hombres de bien, que hagan el oficio así de la predicación como de toda otra enseñanza necesaria a los que nuevamente se convierten... Y porque he sido informado que de París eran partidos ciertos clérigos, letrados y hombres de buena vida, los cuales por servicio de Dios han prometido pobreza y vivir solamente de las limosnas de los fieles cristianos, y que andan predicando por donde quiera que van, y hacen mucho fruto, y que su intención es de convertir infieles, y dicen que, placiendo al Santo Padre, sin cuyo mandado no harán nada, por haberse ofrecido a su obediencia, que ellos irán a la India...» Encarga después de este preámbulo a su embajador que averigüe qué hombres son éstos y dónde están, y cuál es su vida y costumbres, sus letras y su intención; y si son tales cuales le han informado, procure ganarles a todos para las conquistas de ultramar portuguesas, porque en ninguna parte podrán cumplir mejor sus deseos. Y si es necesario mandado del Papa, se lo pedirá en su nombre del Rey (72).

Mascarenhas conocía bien a San Ignacio de Loyola y sus compañeros; a Ignacio lo había tomado por confesor y le profesó siempre gran veneración. Acudió, pues, a ellos y los convidó a todos para las misiones de la India; los pidió también al sumo pontífice Paulo III. El Papa aprobó los piadosos designios del rey de Portugal, y dijo grandes alabanzas de los virtuosos clérigos; San Ignacio aceptó asimismo la jornada con mucho contentamiento. Solamente hubo desacuerdo en el número de los que habían de ir: el embajador quería por lo menos seis; Ignacio le contestó: «Jesús, señor embajador, si de diez van seis para la India, ¿qué queda para el resto del mundo?» Quedó, pues, convenido que irían dos. Fueron elegidos el portugués Simón Rodrigues y Nicolás de Bobadilla, castellano, que debían partir a Lisboa con el embajador el 15 de marzo de 1540. Pero Bobadilla estaba enfermo, y no pudiendo esperar el embajador, ni queriendo partirse sin ellos, le fué forzoso a San Ignacio sustituir a Bobadilla. Llamó entonces a Francisco Javier, y con la sencillez serena y majestuosa con que resolvía las

---

(72) RODRÍGUES, ibid., I, 217, 223.

mayores empresas, le habló de esta manera: «Bien sabéis, hermano maestro Francisco, que dos de nosotros han de pasar a la India por orden de Su Santidad, y que el P. Bobadilla, que para esta empresa estaba señalado, no puede partir por causa de su dolencia, ni el embajador por la prisa que le dan puede esperar. Dios quiere servirse en esto de vos, esta es vuestra empresa, a vos toca esta misión.» Francisco Javier, con la misma sencillez, pero con el corazón y el semblante llenos de alegría, por ver que se le cumplían sus ansias de apostolado, respondió: «Pues, sús, heme aquí aparejado estoy» (73).

Era el 14 de marzo de 1540, y al día siguiente emprendió Javier el viaje a Portugal por tierra en compañía del embajador; Rodrígues se había ido unos días antes por mar; salió de Roma el 5 de marzo y llegó en pocos días a Lisboa, donde por venir enfermo fué a posar en una quinta del embajador situada en las afueras, y el 17 de abril fué admitido a la presencia del rey Juan III, quien lo recibió con suma benignidad y quedó prendado de su conversación y de las noticias que le dió de la incipiente Compañía de Jesús. Javier, con el embajador, llegó a la corte portuguesa a fines de junio de 1540, después de más de tres meses de viaje. Era pasado el tiempo en que zarpaban de Lisboa las naves para la India y tenían que esperar a la armada del año siguiente. En estos meses de espera comenzaron los dos a ejercitar los ministerios acostumbrados de la Compañía, y fué tal la admiración que produjo su virtud y el fervor de su celo apostólico, que muchos quisieron que dejasen el camino de oriente y se quedasen en Portugal. Entre las personas que se les aficionaron en la corte estaban el Rey y la reina D.ª Catalina, hermana de Carlos V, con los infantes D. Luis y D. Enrique. Consultado San Ignacio respondió a sus compañeros que estuviesen a lo que el Rey mandase, pero juntamente apuntaba el pensamiento de que podía seguir Javier para la India y quedar Rodrígues en Portugal. Juan III perfeccionó entonces su pensamiento: sería mayor el fruto espiritual en la India si se fundase junto a su universidad de Coimbra un colegio que fuese seminario de misioneros de ultramar; Simón Rodrígues quedaría en este puesto de retaguadia tan necesario y Javier partiría a la India. Para el mes de octubre de 1540 la resolu-

(73) TEXEIRA, ob. cit., pág. 33; VALIGNANO, ibid.

ción la tenía ya firmemente tomada. Conforme a ella el día 7 de abril de 1541 se embarcó San Francisco Javier para el oriente en la armada del nuevo gobernador Martín Alfonso de Sousa y Simón Rodrígues se quedó en Portugal. El colegio de misiones de Coimbra fué pronto una realidad: el día 9 de junio de 1542 salía maestro Simón de Lisboa con doce compañeros para dar principio en Coimbra al célebre colegio de Jesús, el primero que tuvo la Compañía en todo el mundo y de donde periódicamente, como en oleadas sucesivas, salieron falanges innumerables de operarios evangélicos que predicaron la fe en todas las partes del mundo, en el Brasil, Congo, Etiopía, Ormuz y Persia, India, Ceilán, Malaca, Pegú y Birmania, islas Molucas, China y Japón (74).

F. MATEOS, S. I.

(74) RODRÍGUES, ob. cit., 256ss., 302ss.

San Francisco Javier

El hombre y el Santo

Difícil es el arte de la miniatura: difícil concentrar en un mellallón que no llena la mano una fisonomía y un alma. Y si esa fisonomía y alma hinche con su grandeza los ámbitos del mundo, apretujarla en pocas líneas, sin que mengüe su intensidad o se desfigure en la estrechez del molde, muy hábil ha de ser el artífice que salga con el empeño.

Pues así es el caso de Javier: a su ancho corazón resultó chico el Oriente descubierto por las naos de Vasco de Gama y se corrió a las últimas regiones conocidas, y soñó con el reino del Preste Juan y con las Indias españolas, y cayó a las puertas de la China, golpeándolas con su crucifijo; su celo por la gloria de Dios y salud de los infieles no sosegó hasta que la calentura lo puso inerte; cabían en él cristianos viejos y neófitos, negros y amarillos, príncipes y parias, los universitarios japoneses y los pescadores de Malavar. Animo de explorador y constancia de colono: sabio con los letrados, rudo con los idiotas, adalid con la soldadesca, mareante con los pilotos, Nuncio papal y mozo de mulas; en contemplación perenne y en movimiento continuo; predicador en la Corte de Lisboa, y esclavo de los dolientes en el hospital; trueno en el púlpito contra los vicios... y casamentero de mancebas, o mirón apacible, y aun parte de tahures y aun metido en el azar del caer los dados. Resbalábanle por de fuera las ocupaciones; lo sustancial ponialo en la conquista de las almas, y las buscó donde estuviesen, en los palacios o en las chozas, en las iglesias de Goa o en las boncerías

del Japón, o los prostíbulos, que tales semejaban las casas de algunos capitanes y mercaderes de los que tropezó en sus rutas. Tierno como un niño y osado como un lobo de mar; humilde con los humildes, altivo con los soberbios. Facetas todas de su alma, que de por sí cada una requiere capítulos y han de estrecharse en breves páginas.

Del santo hablaré poco; porque esta su condición es más conocida, y porque la virtud no puede despegarse, ni en la vida ni en su pintura, de la naturaleza. No es corona o manto que se ciñe y endosa en ocasiones y que el curioso o crítico puede estudiar de por sí en el joyero o guardarropa, con abstracción de quien los luce. El santo es el hombre cabal en su vida, en su ajetreo de cada día y de todo el día, grande o menudo, de resonancia o de silencioso pisar; santo es quien fomenta dentro de sí lo bueno que Dios puso en su alma y en su cuerpo, y lo encamina, en sus manifestaciones todas, a servir, hacer reverencia y alabar a su Criador, como aprendió Javier en los Ejercicios de aquel pobre colegial de Santa Bárbara en París. A más santo, más hombre, más racional, más conforme al principio y fin de su naturaleza sublimada por la gracia a lo sobrenatural.

El santo, pues, Javier ha de buscarse, o lo voy yo a buscar, en Javier hombre; y más que en sus empresas, más que en los ímpetus ardorosos y en sus impaciencias divinas de alto vuelo, fruto de pausadas consideraciones, en los perfiles delicados, en los lances de la vida ordinaria, que sorprenden la persona y la dibujan en su espontaneidad, como es, no como se prepara ante los pinceles. Un poco anecdóticamente. Lograremos fotografía casera, familiar, no de parada ceremoniosa: quizás así consiga algo nuevo en asunto generalmente sabido. De ordinario nos servirán sus cartas escritas al correr de la pluma, entre las urgencias de las ocupaciones y el ajetreo de los viajes, con la ingenuidad de quien conversa con amigos del alma.

* * *

Se crió Javier en un remanso patriarcal: al castillo antes guerrero, después desmochado en sus torres y almenas por la política, llegaban los rumores de conjuras con que los partidarios de la dinastía francesa intentaron sacudir el yugo castellano. Rumores allí

tristes, porque traían nuevas de sus hermanos huídos por defender lo que creían lealtad; rumores cuajados en represalias, en cortes de la hacienda, en desmoronarse del solar. La piedad de su madre se acrecentó en la desventura y se infundió suave y hondamente en el corazón del niño, que alegraba con sus risas y juegos el cuadro entenebrecido. Su tío el célebre doctor Navarro, escribió más tarde: «No cabía imaginar más rectitud, más alegría, más encanto: robábales el corazón a amigos y extraños.» Entre el fragor de las luchas y ante el ejemplo de sus hermanos que lo incitaban a buscar lauros militares, su genio pacífico inclinábase a las glorias incruentas del saber. Sólo en una ocasión, a lo que sabemos, empuñó las armas, a los doce años, persiguiendo a los pastores de Roncal que atravesaban sus tierras y descaradamente negaban el derecho tradicional del pasaje. Decididamente su inclinación iba por las alturas de la paz: tras las glorias ganadas en las lides científicas, con los alicientes de renombre y cátedras, como el pariente Martín de Azpilcueta; de cargos palaciegos, como su propio padre; de beneficios eclesiásticos pingües... Y a París se fué, armería real de esas batallas.

Y en aquel tráfago, donde reñían la escolástica y el Renacimiento, donde entre los oropeles de éste se deslizaba astuta la herejía (recuérdese la frase del P. Bobadilla: *qui graeciabant lutheranizabant*), donde las travesuras de la mocedad se corrían a liviandades, cayó Javier con su gallarda presencia, sus humos de noble, sus ambiciones, ganosas de sobresalir: lo primero, en lo exterior y fácil; compróse caballo, alquiló mozo y lozaneó grandemente en juegos de agilidad y garbo; y en administrar con largueza los dineros que, arrebañando las arcas, antaño llenas, le enviaba su madre. Para pedir es la carta primera de él conservada; de seguro la habían precedido otras con igual cantilena, la sabida de todos los estudiantes de entonces y ahora. Y se asustaron en su casa de la prodigalidad, y pensaron en traérselo. Es posible que la pintaran de color recargadamente negro; quizás con toques que horrorizaron o sobresaltaron la cristiandad familiar: que acompañaba a los que de noche saltaban las paredes del Colegio, acaudillados por el maestro, para andarse por burdeles; que se trataba con herejes; que se tiznaba la limpieza de su fe. Y lo supo él. Y al mancebo galán y divertido, mas recio en su fe y cuidadoso de su castidad, alborotósele la sangre y escribió una cláusula que no esperábamos de un discípulo

(lo era ya) de Iñigo, de quien había vuelto las espaldas a los halagos de honras y riquezas: que los santos no se hacen de golpe. Eso vendrá cuando, sangrante la herida que mató su cuerpo y su apostolado, exclama: «Véngome de mis enemigos haciéndoles bien: el castigo de Dios vendrá». En París, la reacción fué: «Señor (escribe a su hermano): Los días passados estubo en esta Universidad el Rdo. P. Fr. Vear, el qual me dió a entender ciertas quejas que V. merced de mí tenía; las quales me contó muy a largo; y a ser ello assí como él me lo dió a entender, en sentirlo v. merced tanto, es señal y argumento muy grande del amor y affición muy entrañable que me tiene.—Y lo mucho, que yo, señor, en esta parte sentía era considerar la mucha pena que v. merced rescivía, por informaciones de algunos malos hombres de ruín porte: a los quales a la clara desseo mucho conocer, para darles el pago que merescen. Y porque acá se me hazen todos mui amigos, esme difícil saber quién es: y Dios sabe la pena que passo en diferirles el pago de la pena que merescen; mas sólo esto me da consuelo, que *quod differtur, non aufertur*», o sea: ya les llegará su San Martín (1). No les llegó, porque antes llegó la victoria total de la gracia: el rendirse por completo, y con todas sus consecuencias, a los hachazos: «*¿Quid prodest homini...?*»

Cuenta el doctor Navarro, primo de Javier, que el Rey Católico dijo de los Azpilcuetas y Javieres, los antepasados y parientes próximos de Francisco, reacios a romper con la dinastía francesa de los Albret: «Cuando me juren vasallaje, no hay que pensar en que falten a la fidelidad jurada» (2). Les costó jurarla; y sólo al rendirse Fuenterrabía en 1524, sus hermanos se convencieron de que la lucha era inútil y que su honor quedaba a salvo: y no hubo más conspiraciones ni intentonas contra la incorporación del reino a España. Lo que respecto del rey terrenal a sus hermanos, acaeció a Javier respecto del Rey celestial. Su conquista costó a Iñigo más pláticas, más oraciones y penitencias que los demás compañeros. Hasta dar el sí definitivo, hasta rendirse al capitán que en Pamplona se rindió a sus hermanos. Pero la rendición fué completa, para siempre: desde que con todo el ímpetu de su alma ge-

(1) *Epistolae*, I, 9.
(2) A. Brou, S. J., *Saint François Xavier*, I, París 1912, 19.

nerosa repitió aquel pleito homenaje de caballero a lo divino a su Rey crucificado: «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los sanctos y sanctas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra sanctíssima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado»; desde ese arranque que tantas santidades ha cimentado, las ansias de honores y adelantamientos se truecan en ansias de servir en los hospitales; la cédula que lo nombra beneficiado de Pamplona, por él solicitada, llega tarde: no la da por recibida; sus devaneos juveniles los frenan y castigan los ayunos imprudentes, los cordeles apretados que por poco le gangrenan brazos y muslos. Con impaciencias de alcanzar cumbres por el atajo, a la propuesta de su elección para las Indias, le basta con decir: «Pues, sus, heme aquí».

El manantial de la alegría se negó a los cauces lodosos, pero siguió llenando los puros, máxime en las expansiones caseras, en el trato sobrenatural que unía a los compañeros agrupados en torno al hidalgo vizcaíno, cuya sombra o cuyas luces borraban fronteras, entonces tan erizadas de rencores; franceses, portugueses, saboyanos, italianos, españoles. Es de sentir no se conserven las pláticas familiares, los desahogos entre los hielos de Saboya y Suiza, al amor de la lumbre en los mesones, de aquel grupo medio estudiante medio clérigo, con su zurrón de piel cruda en bandolera, su rosario al cuello, su avanzar decidido, como de quien va «a reformar alguna provincia», según los calificó un labriego. Que no todo era orar ni discurrir empresas a lo divino. Al igual que más tarde en Roma: la seriedad de San Ignacio creo la han recargado exageradamente; había sitio cabe él y en sus labios para la alusión regocijada: «Maestro Ignacio: ¿por qué muchas de mis cartas se han quedado sin contestación»—«Echad la culpa a Javier (era secretario provisional): se le engarabitan los dedos de frío y no se acuerda que el fuego se hizo para calentarlos.» A buen seguro que Javier, si estaba presente, no se calló: su ingenio vivo le pondría en la boca la excusa, ingenua y caritativa. Un historiador yanqui, al narrar el cariño y ardor mal disimulado con que Javier describe la afición de los japoneses a las armas y su estima

de la honra sobre las riquezas y su lealtad de los vasallos a sus señores, apunta agudamente que bajo la sotana del misionero se escondía un hidalgo español (3). Mucha verdad: quedaban en él (¿y por qué arrancarlos, si no eran malos?) los sentimientos de la sangre; la tendencia caballerosa a la gloria militar de quien descendía de estirpe guerrera y nació en castillo fronterizo; la fidelidad con que sus hermanos defendieron la causa de los reyes navarros. Pero el hidalgo español tenía otras virtudes: la largueza en favorecer al menesteroso, la gratitud noble, el amor a los suyos, el reconocer las calidades del contrario; y vestíalo todo con los arreos de la cortesanía y el discreteo apacible; tan en su punto en los estrados palaciegos bajo el jubón de seda, como en las batallas bajo el arnés.

Y así fué nuestro santo: bajo la ruín sotanilla remendada gustaba de donaires cortesanos, suaves, de los que provocan la sonrisa, no la carcajada. En sus cartas asoman: quiere con ellas suplir las conversaciones con sus hermanos. Ya desde Lisboa, en vísperas del embarque, describe sus compañeros de jornada: Mansilla «desea mucho, si por ventura allá no lo ordenaren, que le enviásedes una dispensación que extra tempora, en tres fiestas se pudiese ordenar, *ad titulum voluntariae paupertatis et sufficientissimae simplicitatis*, y supla su mucha bondad y santa simplicidad lo que por letras no alcanza: porque, si hubiera tanto conversado con Bobadilla cuanto con Cáceres, pudiera ser que se le hubiera apegado más de una conversación que de la otra, y así agora no nos viéramos en estos trabajos, porque echara las velas de la Escritura, revesando ciencia» (4). Los trabajos entre las aspiraciones y la ninguna preparación, dígase entre paréntesis, crecieron en la India; ordenóse el Mansilla y no faltó quien culpara de ello veladamente al Santo: el Padre Lanceloti lo escribía a San Ignacio: «Neque scit [Mansilla] legere officium quod quotidie solvere tenetur, nec videtur posse discere tantum ut aliquando sciat celebrare. Nescio quo titulo praemotus fuerit ad ordines sacras... Dominus parcat illis qui illi dederunt ordines. Bene dixi ego Episcopo quomodo ordinabat homines tam rudes. Dixit ille: Non sunt doctiores: ¿quid

(3) C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan*, Berkeley 1951, 36.
(4) *Epistolae*, I, 87.

remedii?» (5). Para los pescadores del Malavar poca ciencia se requería: con que enseñaran las oraciones y aprendieran la fórmula válida de los sacramentos, satisfacíase el Santo. Como que propuso a San Ignacio, y más de una vez, admitiese en la Compañía, para las misiones, sujetos sin letras, aunque no supiesen enseñar sino que Cristo es Redentor (en lo que encerraba evidentemente lo preciso de necessitate medii) (6). Y no exigían mucho más a veces en la misma Roma... Pero a lo que íbamos: Javier, al escribir su carta, sonreíase pensando en la sonrisa que al leerla en el recreo después de comer, había de sacar la pintura del pobre candidato y la alusión a la ciencia exuberante de Bobadilla.

La edificación que sus cartas promovían entre los jesuítas (y entre otros, ya lo veremos) no se estorbaba con la nota regocijante o la alusión aguda, a veces pudorosamente velada: «Cuando me dan aviso [en las aldeas malaváricas] de algunas idolatrías que se hacen fuera de los lugares, ayunto todos los muchachos del lugar y voy con ellos adonde hicieron los ídolos; y son más las deshonras que el diablo recibe de los muchachos que llevo, que son las honras que sus padres y parientes les dan al tiempo que los hacen y adoran. Porque toman los niños los ídolos y los machacan menudos como ceniza; y después escupen sobre ellos, y con los pies los huellan, y después otras cosas que, aunque no parece bien nombrarlas por sus nombres, es honra de los muchachos hacerlas a quien tiene tanto atrevimiento de hacerse adorar por sus padres» (7).

Pues los entusiasmos por la evangelización agradábanle y los fomentaba: soñaba con ellos, con escribir al Papa y a las Universidades, y dar voces en favor de las almas perdidas por falta de maestros; pero recelábase de fervores novicios, de más hoja que raíces: «Témome (previene a los estudiantes de lo que podría ser) que algunos vendrán de Coimbra con estos fervores, y cuando se encrespe el mar quisieran por ventura hallarse más en la santa compañía de Coimbra que no en la nao: hay fervores que se apagan

(5) *Documenta Indica*, I, 138.

(6) En esto corrigió el Santo su modo de pensar. En las instrucciones al P. Barceo, le escribe: «Andaréis con aviso de no ordenar de sacerdote a ninguno que no tenga letras bastantes y vida probada de muchos años, pues tanto lo prohibe el Padre Ignacio» (*Epist.*, II, 419).

(7) *Epistolae*, I, 165.

antes de llegar a la India» (8). Esta tierra «más es para mancebos que para viejos; aunque para los viejos holgantes, buena es» (9).

Era médico de la casa en Roma un médico español, y debió tentarse de cambiar tierras; Javier le envía recuerdos de modo delicado: «Del doctor Iñigo López tengo por averiguado que no terná dicha en curar, si del todo se ausentase, a no poder socorrer al estómago del Padre Iñigo y a la meraquía de Bobadilla» (10). Y en otra: «Deseo saber nuevas del doctor Iñigo López, si anda en mula; porque si atagora anda a caballo, como cuando yo lo dejé, grande enfermedad y flaqueza es la suya, pues con tantos médicos y medicinas no acaba de curar y andar a pie» (11). Sospecho la presunta enfermedad ser de ostención, y los médicos y medicinas, el trato con los Padres.

Otro émulo de Mansilla topó en Goa, francés de nación; y acaso el parlar la lengua patria, allí casi sin uso, lo hizo intimar con el Santo. Desde el Japón le envía saludos, con su pizquilla de sorna: «Al Padre francés daréis mis encomiendas, y decirle heis de mi parte que, pues es vicario de Nuestra Señora de la Luz, que tome mucha luz para sí, porque al tiempo que yo le conocí poca tenía» (12). Si es que no lo interpretamos en metáfora, como la enfermedad del físico.

Conocíase la opinión de que gozaban él y sus hermanos en la Corte, y acosábanlo con recomendaciones, que él caritativamente escribía, endosando la encomienda a su gran amigo el Padre Simón Rodríguez, pero dorándole el engorro graciosamente: «Son tantos los que me piden cartas para vos, y yo tan deseoso de escribiros, por creer que la consolación que siento en escribirlas, tendréis vos en leerlas...» (13). «El portador de la presente suplicóme mucho que le diese una carta para vos [el P. Simón Rodríguez]... Yo digo ansy, que Jurdán Garro acertaría más en andar en requirimientos con Dios, para alcanzar perdón de sus pecados, de lo que anda requeriendo sus servicios con el Rey. Y si allá le pudiéredes favorecer, aconsejándole a ser frade más que a que torne

(8) *Epistolae*, II, 198.
(9) *Epistolae*, I, 135.
(10) *Epistolae*, I, 88.
(11) *Epistolae*, I, 260.
(12) *Epistolae*, II, 119.
(13) *Epistolae*, II, 65.

a ser lascarín a la India, hareys una obra mucho más pía, que será ganarle un ánima perdida. Todavía en satisfacción de sus servicios para poder bebir en Portugal, por amor de nuestro Señor que le ayudeys» (14). Recomiendo la fórmula para sacudirse solicitadores importunos: aconsejarles se retiren a un Noviciado...

Otro ejemplo de recomendaciones que en más de un lance deberíamos poner ante los ojos: Avisa al P. Simón Rodríguez: «A ninguno de nuestros amigos consintáis venir a la India con cargo u oficio del Rey; porque de ellos cabe decir *deleantur de libro viventium et cum justis non scribantur*. Por prendas que tengáis de su virtud, si no están confirmados en gracia, como lo estuvieron los apóstoles, no esperéis han de ser como deben; está por acá tan en uso el faltar, que no veo esperanza de remedio; todos tiran por el camino del *rapio, rapis*. Espantado estoy del arte con que los que de ahí vienen hallan tantos modos, tiempos y participios de este verbo *rapio rapis*. Y son de tan buena presa, que jamás aflojan lo que una vez han apañado. De aquí sacaréis cuán mal van despachados para la otra vida los que vienen con semejantes oficios» (15). Recomendarles, pues, para que los logren, es despacharle billetes para el infierno.

Aun los consejos a sus amigos los engalana sabrosamente. A un mercader, don Pedro de Silva: «Si v. merced hiciera confianza de mí, nombrándome factor de la hacienda que envíe a estas partes, le prometo una cosa: ganancia por encima del ciento por uno, por arte que ningún capitán de Malaca hasta ahora ha seguido: que será repartirlo todo a los pobres que se han de hacer cristianos; y la ganancia, bien a seguro y sin riesgo, pues no hay duda que a quien da uno por Cristo en esta vida, le aguardan más de ciento en la otra. Pero recelo no es esta la ganancia que v. m. codicia: este mal hay en los capitanes de Malaca, que no gustan de tamaños bienes» (16).

A otro: «Mucho holgara de verme con v. m. antes que se partiera a China, para encomendarle una mercancía muy preciosa, harto olvidada de quienes mercadean en Malaca o China: se llama la tal mercancía conciencia del alma. Conócenla tan poco en estas

(14) *Epistolae*, II, 56.
(15) *Epistolae*, I, 282.
(16) *Epistolae*, II, 230.

partes los mercaderes, que se imaginan perdidos si usan bien de ella» (17).

A Javier se debe la institución de los catequistas, hoy universal: necesitaba en las aldeas de la Pesquería y Malavar quien supliese sus ausencias, juntase los neófitos al rezo, bautizase en caso de necesidad y no dejase morir agostada la semilla que el apóstol sembraba a todo correr de un lugar a otro; buscó, pues, algunos cristianos viejos, de buen vivir y bastantemente instruídos, llamados *canacapaoles;* pero había que procurarles sustento y que no se divirtiesen a los afanes de la vida ordinaria. Y averiguó se recaudaba una renta copiosa, con título de «chapines de la Reina», y propuso al gobernador la cediese para los canacapaoles, que él se encargaba de recabar la aprobación real. Escribió, pues, a la Reina no lograría chapines tan seguros para caminar al cielo como las oraciones de los neófitos, principalmente de los niños que morían, y eran los más, bautizados (18).

Envía a Malaca dos compañeros que abren escuela; y la razón, entre otras, es quitar la afición a pleitos, que mamaban con la leche: «Por allá, como v. m. sabe, todo es leer por pleitos, y los hijos de los portugueses, a fuerza de leer pleitos y más pleitos de Malaca, quedan hechos malaqueses» (19).

El donaire es sutil, se pierde de fino; la delicadeza y cortesanía es transparente. No hay una sola carta suya donde la solicitud por el bien espiritual no rebose; el recuerdo oportuno, la gratitud, el cariño. Desde Bolonia, en su viaje a Portugal, escribe a San Ignacio: «A madama Faustina Ancolina daréis mis encomiendas, y decidle cómo he dicho una misa por su Vincencio y mío, y que diré mañana otra por ella, y que tenga por cierto que yo nunca me olvidaré della cuando estuviere en las Indias. Y de mi parte, Micer Pedro, hermano mío carísimo, hacedle memoria que me tenga la promesa que me hizo de confesarse y comunicarse, y que me haga saber si lo ha hecho, y cuántas veces. Y si quiere hacer placer a Vincencio, suyo y mío, decidle de mi parte que perdone a los que

---

(17) *Epistolae,* I, 438.

(18) P. Manuel Texeira, S. J., *Vida del Bienaventurado Padre Fr. Francisco Javier,* Bilbao 1951, 70.

(19) Texeira, *Vida,* 111.

mataron a su hijo, pues por ellos Vincencio ruega mucho en el cielo» (20).

El embajador Mascareñas colmólo de atenciones en el viaje a Lisboa; Javier, en las cartas que iba enviando a Roma, se los pagaba con elogios a su cristiandad y caballero porte. Ya al despedirse de Europa, da la última pincelada a su gratitud, envolviéndola en galantería con los Padres Jayo y Laínez: «Viendo cuán vuestro es, me tiene obligado los días que yo viviere ser suyo» (21).

Llegado a las Indias, pondera los favores y cristiandad del gobernador, y llama a sus hermanos en ayuda para reconocerlos: «El señor gobernador a lo que creo, os escribe; y aunque no os conoce de vista, es mucho vuestro devoto y de todos los de la Compañía. No dexeis de escribirle y mandarle un par de rosarios de cuentas, unas para su mujer y otras para él, con todas las gracias e indulgencias que de Su Santidad pudiéredes alcanzar... En esto recibirá el señor gobernador gran caridad de vos, y pensará de mí que algún crédito tengo con vos si, por escribiros yo de su parte, alcanzáredes de Su Santidad estas gracias» (22).

Y en otra, dando por cierto que el amor de sus hermanos tomaría como propios los favores por él recibidos: «Si de mi parte pensara que hay necesidad de rogaros que no olvidéis de él (el gobernador de la India, Martín Alfonso de Sosa) en vuestros devotos sacrificios, encomendároslo ía, como a mi propia ánima, por serle yo tanto en obligación; obligóme a ser tan suyo su virtud, y también ser él tan mío... Y si de él en algún tiempo me olvidase, lo que nunca Nuestro Señor permita, paréceme que por solo este descuido Dios Nuestro Señor me había de castigar, por ofendello con tan grave pecado de ingratitud» (23).

El capitán de Malaca lo avía de barcos y todo lo demás cumplidamente, para la jornada al Japón: «Jamás podremos pagar lo mucho que le debemos; no haría más si fuésemos hermanos suyos. Por amor de Nuestro Señor que Vuestra Alteza se lo pague por nosotros» (24). En cambio, cuando el sucesor de Silva estorba

---

(20) *Epistolae*, I, 31.
(21) *Epistolae*, I, 86.
(22) *Epistolae*, I, 137.
(23) *Epistolae*, I, 133.
(24) *Epistolae*, I, 118

su viaje a China y troncha las esperanzas que lo empujaban a la empresa que él soñaba definitiva para la conversión del mundo oriental, su pluma se moja en lágrimas y sangre. Habíase arruinado en los preparativos del viaje y embajada Diego Pereira; y el Santo le escribe transido de pena y rebosante de gratitud: «Pues vuestros pecados y los míos han sido tan grandes que por ellos Dios Nuestro Señor no quiso servirse de nosotros; a nadie culpemos sino a nuestros pecados. Los míos son tan sin medida, que han bastado a acabarme a mí y destruíros a vos. Con mucha razón, señor, podéis querellaros de mí, que os destruí a vos y cuantos van en vuestro navío; os acabé, señor, con gastos de cuatro o cinco mil pardaos, que a mis ruegos gastasteis en presentes para el Rey de China, y por remate ahora la nao y toda vuestra hacienda. Ruegoos, señor, os acordéis de que mi intención siempre fué de serviros, como lo sabe Dios Nuestro Señor y vuestra merced. Si así no fuese, moriría yo de pena. Ruegoos, señor, no vengáis donde estoy, por no acrecentarme el dolor que tengo, pues en verdad lo siento crecer cada vez que me viene a la memoria ser la causa de vuestra destrucción. Me voy para que la gente no me vea llorar, si me dicen que os destruí» (25).

* * *

En los procesos de canonización uno de los testigos, a la pregunta de si el santo en sus maneras y conversación fué humilde y sencillo, responde: «Nunca he conocido hombre más abierto, franco y cordial; conversaba gustoso con buenos y malos, así que todos lo amaban y se rendían a lo que les pedía. De advertírsele alguna preferencia, fué con los mayores pecadores» (26). Lo confirma el Padre Valiñano: Era tanta su afabilidad, «que aun los hombres metidos en grandes vicios, que aborrecen el trato de justos y religiosos, conversaban y trataban con el Padre Maestro Francisco de buena gana; y así los yva él aprovechando, que en breve tiempo se hallavan muy trocados de lo que primero eran» (27). Por su con-

(25) *Epistolae*, II, 461.
(26) BROU, *Saint François Xavier*, I, París 1912, 419.
(27) A. VALIÑANO, *Historia del principio y progreso de la Compañia de Jesús en las Indias Orientales*, Roma 1944, 18.

dición alegre, nada asustadiza ni mojigata, y principalmente por celo. Si los empecatados lo huían y él no se les arrimaba, la puerta a la exhortación no se abría. Dolíanle, cómo no, ver y oír pecados, pero no lo alborotaban; rostro serio, palabra amorosa, era la reacción: «Yendo en las embarcaciones, nos dice el P. Manuel Teixeira, su compañero en muchas, aunque viese cosas malas no las reprendía con rigor, mas tomando amistad con los culpados, los venía a convencer de la culpa; de manera que ellos mismos procuraban la enmienda» (28). Sentencia suya es, que experimentó en sí y en otros: «De saber ganar las voluntades de los oyentes depende el fruto de la predicación» (29).

Comenzó en el viaje a las Indias y siguió después. En las horas muertas de la navegación, entonces más que ahora, el matatiempo más usual eran y son los naipes, o los dados: sobre un tonel armábase la tabla, y los pobretes a quienes la fortuna se mostraba hosca, correspondían a sus desvíos con reniegos, que pluguiese a Dios no acabaran en blasfemias. A tanto de seguro no osaban presente el misionero; y Javier íbase a la descuidada por entre el cordaje y los estorbos de cubierta acercándose a los tahures, los cuales, por respeto, disimuladamente escondían los naipes sebosos o retiraban los cubiletes. —«Prosigan vs. mr., que eso no lo prohibe Dios: soldados son, no frailes, y algún entretenimiento han de buscar en estos ocios forzados. Mejor es jugar que murmurar.» Y llegó a más: a prestar dinero al perdidoso, que renegaba de su suerte... y de Dios que la consentía. Con el dinero recobró lo perdido; y Javier, con el favor ganaba la puerta al consejo y a la plática, que de ordinario terminaba a la noche en la confesión (30). Y llegó a más: a tomar parte en el juego, claro, sin el interés de la apuesta. El capitán Diego de Noroña oye ponderar la virtud del Nuncio Apostólico, convertido en paje de escoba y cocinero para sí y enfermero con los dolientes. —¿Quién es el P. Francisco? —Aquél. Y le señalan un clérigo entretenido en jugar con un soldado de ruín fama (31). Por cierto que con un jugador obró uno de los milagros que de él se cuentan: necesitaba dote para casar

(28) Texeira, *Vida*, 137.
(29) *Epistolae*, II, 334.
(30) *Epistolae*, I, 160.
(31) Brou, *Saint François Xavier*, I, 966.

a una doncella en peligro; acudió a su bienhechor Pedro Velho, quien cabalmente estaba jugando al ajedrez. —¿Y le parece a V. Paternidad buena coyuntura para pedir su dinero a quien trata de ganar el ajeno?—. —Para hacer obra de caridad no hay coyuntura mala—. —Pues sea como queréis: tomad la llave de mi cofre y sacad lo que necesitéis. Tomóla el santo, socorrió la necesidad, y la devolvió. Al tornar a casa el Velho quiso saber la cantidad sustraída: el talego de escudos estaba como antes. Buscó a Javier: —¿Cuánto me habéis tomado? —Trescientos cruzados. —Pero si no falta nada: cierto, Padre Francisco, poca confianza me mostráis; yo os di la llave para que tomarais cuanto quisierais. —Pedro Velho —contesta Javier—, yo os certifico en nombre de Dios que nunca en vuestra vida os veréis en apuros; en la hora de la necesidad, si viniere, no os faltarán fiadores (32).

* * *

Y fué más lejos, mucho más lejos, en este ganar voluntades para ganar almas. Y no debió de costarle poco a él, tan limpio, meterse por ciénagas a tender la mano a los encenagados.

En la India dos mandamientos de la ley de Dios andaban en olvido; los que en todo tiempo y lugar, pero allí peor: el sexto y el séptimo. Ya le oímos a Javier los mil modos gramaticales ignorados por Nebrija que añadieron al *rapio, rapis*... Pues de la castidad no se perdió el nombre; pero al vicio contrario lo vistieron de tales arrequives, o de tal modo se acostumbraron a su fealdad los ojos, que ni la reparaban: como ni reparan en el bocio o en el *carate* las gentes entre quienes abundan. La escasez de mujeres portuguesas dificultaba los matrimonios: los ejemplos de musulmanes e indios polígamos, la compra de esclavas y el casi nulo cultivo religioso por falta de clero, rompieron las maniotas a la pasión, que saltó desbocada sobre las leyes de Dios y del Rey; el número de mancebas se acompasó muchas veces al caudal para comprarlas o mantenerlas; no había otro tope.

Javier disimuladamente forma el censo de los enredados; se los hace encontradizo; algunas palabras de interés, un saludo cor-

(32) Brou, *Saint François Xavier*, II, 344.

tesano, lo que basta al gorrón pegajoso para declararse amigo y llegarse a la hora de comer: o lo invitaban, o se invitaba. Y el fidalgo tan orondo de que *el gran Padre, el Padre santo,* honrara su mesa; orondo y receloso de que descubriese el gatuperio. Ninguna se dejaba ver; el Padre Francisco alababa el aliño de la mesa, la sazón de las viandas, y pedía saliese la cocinera para felicitarla y agradecerla, porque el verle el talle y figura le podía servir en su plan. Si asomaba una, enhebraba la conversación como si no sospechase. Y se despedía cortés, dejando caer al descuido una sentencia que removiese la paz de la charca. Y así, hasta ganarse la amistad. Y entonces venía lo que nos dicen los historiadores primitivos: «Agora se convidava con uno, agora con otro, yendo a comer a sus casas con mucha familiaridad; y alabando mucho los guisados y platos que le davan, mostrava holgar con ellos, y preguntava quién avía sido la cozinera de aquellos manjares, y después dezía al huesped que la hiziesse venir allí; y luego que ella parecía, le mostrava alegría y alabava la comida y los guisados que hazía, diziéndola que fuesse sancta, la mandava tornar a su lugar y despedía. Otras vezes dezía al huésped que le mostrasse su casa, que la quería ver: y no dexava canto que no escudriñase, preguntando qué moça era la que allí estava, y de qué nación era la otra, mostrando contentarle todo; y tratava con ellos con tanta familiaridad como si fuera entre soldados un soldado, y un mercader entre mercaderes; que no solamente los portugueses, más aún sus mancebas y criadas, amavan mucho al Padre y holgavan que fuese a comer a sus casas, porque los favorecía y mostrava amarlos a todos: y después de les tener assí ganadas las voluntades, a uno dellos dezía que aquella moça que tenía era muy gentil muger y hermosa, que merecía ser muger de qualquier hombre honrrado; y yendo con la plática adelante, al cabo concluía con dezir que, pues ella era tal y él la amava tanto, para qué era vivir con ella en tanta ofensa de Dios y perdición de sus almas, pudiéndola tener por su muger con honestidad y sanctidad; y desta manera convencido, lo movía a casar con ella. A otro dezía todo lo contrario: que para qué era tener en su casa a una negra tan suzia como era aquella moça que tenía, de lo qual se reyan y hazían burla los portugueses, viviendo él con ella metidos en tantos pecados; que mucho mejor sería proveerse de otra moça conveniente a él, y si él quería, él le daría una muy virtuosa y hermosa, que era para ser muger de qualquier rey; y

desta manera saldría él de pecado y ampararía aquella huérfana, haziendo una cosa honrrada, como también avía hecho fulano, dexando sus negras y casándose con otra. A otros que estavan más indispuestos, con los quales no podía alcançar luego lo que quería, dezía que para qué quería tantas mancebas en casa, las quales no le servían para más que destruirle su salud y facerlo caer en diversas dolencias, y no hazían sino pelear entre sí y tener inquieta la casa, dándole muchos gastos; que ya que no las podía dexar todas, a lo menos que por amor de él dexase una o dos; y después, tornando a comer a sus casas y a tratar con ellos, les tornaba a rrogar que dexassen otra, para que no se ofendiesse tanto a Dios, y assí uviesse misericordia dellos; pues aunque quedavan en pecado con una sola, más parecía flaqueza que malicia...» Con el despeje y una sola, el golpe final del matrimonio se venía por su pie (33). ¡Quién imaginara a Javier, el puro aun entre las incitaciones de condiscípulos y maestro en París, de casamentero, de alabador de las gracias, acaso discutibles, de las mancebas hindúes!

Uno de esos casos en particular narra el P. Texeira: «Cuentan de uno a quien quitó siete mancebas juntas; y fué que como él fuese chetín (que en nuestra lengua es mercader), el cual, como fuese rico y soltero, servíase de muchas criadas de buen parecer, las cuales él tenía en su casa, usando mal de ellas. El Padre tomó por medio un domingo, acabando de predicar, hacerse su convidado, como lo acostumbraba a hacer con semejantes personas. El mercader aceptó el convite, ora fuese por vergüeza, ora haciendo de la necesidad virtud. Llevando, pues, al Padre a su casa, iba con temor, porque las criadas habían de servir a la mesa, lo cual él tenía de costumbre; mas el Padre lo aseguró bien con la obra; porque viniendo las criadas a traer los manjares a la mesa, el Padre las alababa mucho, preguntando a cada una de ellas cómo se llamaba, de qué tierra y nación era, cuánto había que era cristiana, haciendo mucho caso de la respuesta que a cada una de estas cosas daban, yendo con esto asegurando al mismo mercader y descubriendo el campo y reconociendo a cada una de ellas. El mercader, como vió tanta afabilidad en el trato del Padre, y que no se extrañaba de ver las criadas, ni le hablaba nada de ellas, se aseguró de manera que

(33) VALIÑANO, *Historia*, 91.

lo convidó otras muchas veces, yendo siempre el Padre procediendo según el modo más arriba dicho. Mas después que tuvo el campo descubierto y el mercader asegurado y ganado por amigo, supo de él a cuáles de las criadas estaba más aficionado, y le dijo que para qué quería tantas criadas, y que bien sería echase algunas de casa. Hízolo así el mercader, y de aquella vez echó la una; y la otra vez que el Padre vino a comer a su casa, echó otra; y de esta manera, una a una, las echó a todas, tocándole Nuestro Señor para que se arrepintiese de sus pecados y se confesase; y a las criadas. todas juntas, encaminó en el servicio de Dios» (34).

El lance, muchas veces repetido, según la voz de los contemporáneos, es para mí la señal más evidente de aquella suavidad humana y divina, de aquel agrado apostólico, hecho soldado con los soldados, mercader con los mercaderes, iba a decir enamorado con los enamorados, para que el enamorado, el mercader y el soldado hallaran en su caridad la senda de volver a Cristo. La impaciencia en acometer, que parece la nota de su carácter, es aquí la sesuda y sosegada estrategia de poner cerco e ir ganando avanzadillas hasta que el enemigo caiga: y el enemigo unas veces era la lujuria, otras la hipocresía de los brahmanes o la soberbia de los bonzos, que iban a buscar al predicador desarrapado y hambriento para discutir doctrinas nuevas, para declararle secretos de sectas, para llenar el vacío del alma que flota entre las nubes del budismo o las fantasmagorías de las metamorfosis indostánicas.

* * *

El trotamundos (en la acepción física y social del vocablo, pues en sus andanzas inacabables por Europa, Africa y Asia fué soldado, mercader, esclavo, religioso, opulento y mendigo) Méndez Pinto refiere un lance en que la persuasión colectiva o la obediencia a la palabra de Javier salvó la ciudad de Malaca. En los primeros días de octubre de 1547 acometió de improviso la ciudad una armada poderosa del rey de Achén; resistióse el asalto, y el enemigo se retiró, no deshecho, antes orgulloso y seguro de que no le seguirían, pues había incendiado las naves portuguesas surtas en el puer-

(34) Texeira, *Vida*, 136.

to, y envió una carta insolente al capitán; Javier pasa mientras la leían en corro; pregúntanle qué hacer, y responde que armar naves y perseguir al mahometano: idea plausible e irrealizable, pues sólo se contaba con cuatro fustas podridas; el Padre replica: «Si en sólo eso se repara, corra por mi cuenta el aderezo; por defender la honra de mi Jesús y de mi rey, si fuere menester, iré yo mismo a pelear con los infieles en compañía de estos siervos de Dios, mis hermanos.» El brío del apóstol, quizás levantada su expresión sobre lo justo por el fantaseoso cronista, enciende los ánimos; al adobar las maltrechas naves no hallan en las atarazanas ni un clavo, ni una brizna de estopa, ni un jeme de vela: el desaliento cunde. Javier pasea los ojos por la gente, distingue varios capitanes de mar, y uno por uno les va diciendo: «Hermano, cumple a la honra de Dios que vos toméis a cuenta el flete y equipación de aquella fusta» (señalándola con el dedo). «Y con esta blandura fué repartiendo las fustas, y ellos las recibían con tanto gusto que bien se echaba de ver que era obra de Dios aquella. Con una envidia santa trabajaban unos y otros en el reparo..., y tanta prisa se dieron todos, que lo que parecía imposible en un mes, aunque estuviesen los materiales a mano, no lo estando, se acabó dentro de cinco días.» Y las fustas salieron a la mar, y a los dos meses, predicando Javier, interrumpe el sermón para decir: «Rezad un Pater noster y Ave María por la victoria que Dios nuestro Señor dió en esta hora a nuestra armada contra los enemigos de nuestra santa fe católica» (35). Esta milagrosa revelación es de lo más atestiguado entre los prodigios del Santo.

Así fué Javier: tierno, delicado, afable, alegre de suyo, triste por la compasión del afligido. Sus cartas tienen el aire de conversaciones íntimas, en que tan pronto se desbordan las ansias misioneras o el amor profundo, fraternal, a sus hermanos de Orden, como se entretiene en describir sierras y volcanes o tornados del Maluco, montes o arenales, o la curiosidad del macho cabrío, que a la vez engendra y «da cada día una escudilla de leche... Yo por mis manos propias le saqué una vez leche, no creyendo que era verdad»; como en pintar boncerías y costumbres japonesas; sin prisas cuando las faenas no apretaban; con billetes de mando en

(35) *Peregrinación Oriental*, 398.

las urgencias. Siempre cortesano en el modo, eficaz en la exhortación, suave en gobernar, manso en reprender. Y si por ventura alguna vez se precisaba la severidad y rigor, una palabra final convertía en miel el acíbar. Al P. Gonzalo Rodríguez le pone delante algunas faltas y quejas de él llegadas sobre apego a vanidades y buen nombre: «A muchos despedí de la Compañía, después que llegué del Japón, por hallarlos tocados de este vicio; andad la barba sobre el hombro, no hagáis por donde seáis despedido. Para vivir humildemente en nuestra Compañía, acordaos cuánto más necesitáis vos de ella que ella de vos... Estas reglas os escribo por el amor que os tengo y el bien que os deseo, y también por ciertas cosas acá llegadas, que no son de mucha humildad, obediencia y edificación...» Pero el amargor de la reprensión y el desmayo de ver al descubierto sus flaquezas, desaparecen con el final de la carta: «Os escribo así como a hombre de virtud sólida para caer en la cuenta y recibirla bien, no como a hombre flaco de quien yo no fiase. Dad, pues, gracias a Dios que tal os hizo y os fortaleció para holgaros más de ser amonestado y reprendido que engañado con condescendencias» (36).

Con dos faltas no podía: la dureza de juicio contra la obediencia y el buscar la estimación de los seglares. Por ellas despidió de la Compañía a muchos, y de los por otro lado beneméritos: al P. Mansilla, su compañero de los albores de la Misión, gran operario en la Pesquería; al P. Antonio Gómez, enviado desde Portugal como Vicesuperior de la Orden. A los tocados del mal aplicaba remedios duros, que o sanaban o ponían fuera; al P. Gaspar Barceo dice entre las instrucciones para gobernar: «Con las personas de las que tenéis ahí que notareis de tendencias vanas u orgullo o desprecio de la obediencia, con los tales habeos más por vía de severidad que de afabilidad, imponiéndoles alguna penitencia. Y advertid que los tales no vean que pasáis de ligero sus desobediencias; porque ninguna cosa engríe tanto a los súbditos rebeldes como conocer a sus superiores flojos o temerosos en imponer castigo a quienes los desacatan o desobedecen...» (37). Pero aun en las penitencias, aun los castigos duros como la expulsión, dábalos, digámoslo, endulza-

(36) *Epistolae*, II, 326.
(37) *Epistolae*, II, 415.

dos con caridad. El P. Antonio Gómez la recibió tan humilde, que logró ser readmitido en Roma. Mansilla, en el proceso de beatificación del Santo, atestiguó sus virtudes, que no lo hiciera mejor en la Compañía.

Pero sigamos.

Más duro, durísimo podría decirse, trató al P. Alfonso Cipriano: había recibido Javier quejas de que el buen Padre andaba en pleitos con el vicario de Meliapor, falta que aborreció sobremanera; y sin preámbulos ni paños calientes, aplica el cauterio: «Bien mal habéis cumplido los avisos que os di sobre el modo de portaros en Santo Tomás; a las claras se echa de ver lo poco que se os pegó del trato con nuestro bienaventurado Padre Ignacio. Muy mal me parece andaros en dimes y diretes con el Vicario; siempre ha de asomar vuestra condición recia, y lo que hacéis con una mano, lo estropeáis con la otra», etc.; y en el etcétera póngase la orden de, apenas recibida la carta, irse al vicario y de rodillas pedirle perdón y besarle la mano en prenda de obediencia y respeto: «y más me consolaría si le besaseis los pies». Y la certidumbre de que, si presente se hallase, no le admitiría explicaciones ni disculpas, y que sólo intentarlas le sería de gran desconsuelo. La fraterna de un Superior, como para amilanar; y de un Santo, como para meter el resuello en el alma. Maciza, aunque bronca, era la virtud del P. Cipriano; pero de seguro conforme leía cambiaba de colores. Y de seguro estalló en sollozos con la postdata: «Oh Cipriano!, si supiésedes el amor con que os escribo estas cosas, de día y de noche os acordarais de mi, y por ventura lloraráis al acordaros del amor grande que os tengo; y si los corazones de los hombres se pudiesen ver en esta vida, creed, hermano mío Cipriano, que os veríais claramente en mi ánimo. Todo vuestro sin poderme nunca olvidar de vos, *Francisco*» (38).

Añádanse los resplandores de su virtud, que no podía esconderse ni a los ojos cegatones o entenebrecidos; la austeridad, tan al revés de otras, en vivir de legumbres, sin carne, ni pescado, ni vino; en caminar descalzo y a pie en los arenales hirvientes del Malavar o los hielos nipones; la caridad que lo ataba junto al lecho o yacija de los apestados, o lo empujaba en frágiles barcuchos

(38) *Epistolae*, II, 389.

por entre tempestades, para socorrer a los neófitos fugitivos en islotes desiertos; la fama de sus milagros, agrandada por la fantasía popular (39); el enfrentarse solo, por defender sus aldeas cristianas, con hordas de salteadores, o meterse arriscadamente entre los antropófagos de Nasalon o entre los cazadores de cabezas de Amboino; el tesón de atajar codicias y reprimir abusos contra los pobres; la urgencia en evangelizar medio en negro y medio en portugués como él llamaba sus conatos aprendices en las lenguas indígenas; la sumisión a los superiores eclesiásticos y civiles; su cortesía con todos; su misericordiosa afabilidad con los pecadores; en una palabra, su apostolado íntegro, en extensión e intensidad, lo hicieron el hombre más amado de su tiempo en Oriente. Los paravas le tienden por alfombra sus mantos y lo llevan en hombros a la iglesia (40); en Maluco, «por evitar lloros y plantos de mis devotos, amigos y amigas, en la despedida, me embarqué quasi a media noche: esto no me bastó para los poder evitar, porque no me podía esconder dellos» (41). En Malaca sus cartas del Japón se reciben con volteo de campanas y procesión (42).

Y al tornarse él, la nao portuguesa se engalana con flámulas y gallardetes, y dispara sus cañones, «y nosotros (escribe uno de los testigos) tan contentos con nuestro huésped, como si lleváramos el navío cargado de plata» (43). El propio Santo, aun violentando su modestia, reconoce esa estima general, y se la escribe al Rey, en alabanza de sus vasallos: «Cierto, señor, que puedo decir a V. A. con verdad que nunca hombre vino a la India que tantas mercedes y honras recibiese de los portugueses como yo» (44).

* * *

(39) Los historiadores modernos descartan unos y disminuyen el número de otros, de los que se atribuían. «Más que añadir, hemos cuidado de suprimir varios hechos que corren en las biografías del Santo» (ASTRAIN, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, I, 492.

Es ley universal: cuando la historia rebasa los límites de lo ordinario, nace a su alrededor la leyenda.

(40) *Epistolae*, II, 254.

(41) *Epistolae*, I, 384.

(42) *Documenta Indica*, II, 199.

(43) MÉNDEZ PINTO, *Peregrinación Oriental*, 411.

(44) *Epistolae*, II, 84.

Nombre ilustre y consiguiente honra alcanzaron muchos portugueses allá: Alfonso de Alburquerque, Pedro Noreña, Alfonso de Silva, los héroes de Camoens, los defensores numantinos de Diu, los que con frágiles naos, a miles de leguas de la metrópoli y de socorro que no fueran sus espadas y sus bríos, fundaron el Imperio portugués, arrancándolo, trozo a trozo, de los reyes hindúes, defendiéndolo del poder del turco. La fama y honra de Javier vuela más alto: es fama y honra de santidad; es, como escribe al Rey el franciscano Vicente Lagos, «candela que alumbra a la India toda y alarga su luz y calor a todo el Oriente» (45). Y el P. Enrique Henríquez, al saber volvía del Japón: «Sabía Dios cuán necesario era él en estas partes para nosotros [los jesuítas], para los portugueses, para los cristianos y para la conversión de los gentiles. No se puede bien escribir cuán amado es de todos el Padre, ni en qué opinión es tenido, *propter magna opera quae operatur. Dominus conservet eum et vivificet eum* (46). Y el P. Luis Frois: «El P. Maestro Francisco, según el sentir general y lo que cada uno de él pensamos, es tan singular en la virtud y tan ponderado en sus obras, y tan encendido en el celo porque el servicio, gloria y honra de Dios sea aumentado por esta Compañía del Nombre de Jesús, que creemos no ordena ni dispone cosa alguna para su multiplicación y conservación que primero no le haya sido revelada de la providencia divina y no la haya él rumiado muy sosegadamente en su pecho» (47). Y el Obispo de Goa, el franciscano español Fr. Juan de Alburquerque: «El P. Maestro Francisco, sea o no superior, no debe salir de los términos de la India, por el mucho amor que todos le tienen y su fama; y nosotros vivimos únicamente del aroma de sus virtudes: los talentos que él tiene, Dios los dará a otros en el Japón (48).

* * *

(45) *Documenta Indica*, I, 453.
(46) *Documenta Indica*, II, 309.
(47) *Documenta Indica*, II, 450.
(48) *Documenta Indica*, II, 243.

El dicho del celoso Prelado nos da pie a una disgresión: Se ha zaherido en Javier su afán andariego; el correr a donde le decían se abría tajo a la predicación, dejando a medio sazonar la cosecha sembrada y a riesgo de malograrse. Con la extensión inacabable de la India ante los ojos, y los muchísimos millones de gentiles y mahometanos al alcance, ¿por qué y para qué andarse en busca de otras tierras y otras almas, arriesgando la vida, desperdiciando, en el caso más venturoso, el tiempo de los viajes, o sea, la mitad del año? Es mucha verdad que de los diez años en la India únicamente cinco empleó en la predicación directa. Esa inquietud, ese correr tras lo nuevo, tras los peligros de adentrarse entre bárbaros, con barniz o sin él, la traducía Tomás Lobo en carta a Juan III: «Ho Padre Mestre Francisco sempre anda buscando trabalhos omde receba martyrio por terras extranhas, e agora diz que querer ir a Japao» (49). Que deseara el martirio, sí lo creo; que no se asustaba, de salirle al paso, mucha verdad: en esa contingencia se puso cien veces, y como deber ineludible; y a las ponderaciones de los peligros de las islas del Moro, responde: «Yo por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal por socorrer la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro» (50). Que lo buscase directamente, no parece: y la razón está en su mismo celo; cada martirio de apóstol es un apóstol menos, el corte del caño que lleva las aguas regeneradoras: el misionero va a misionar, no a morir, aunque reciba la muerte alborozado, si Dios la manda o la permite. Es lo que los gobernadores de Filipinas objetaban a los frailes que de contrabando se iban al Japón a morir en las hogueras: no los envió el Rey a eso, sino a predicar, cosa allí entonces imposible; y no obstante la abundancia espléndida en número y méritos, de laureles, con sólo quebrar el arcaduz de los misioneros, se murió aquella cristiandad, que tan vivaz y pujante nació. Pues recelando cayera Javier en los peligros a que su ardor lo arrastraba, y quedase sin recoger la mies de la India, abogaban muchos por que se atasen los bríos apostólicos. «Mestre Francisco fora muito bem estar nesta terra neste tempo e em todo outro, por sua grande vertude e efficacia», escribía al Rey Cosme Aves (51). Los jesuítas,

(49) *Documenta Indica*, I, 271.
(50) *Epistolae*, I, 325.
(51) *Documenta Indica*, I, 213.

algunos, añaden otra razón y de peso, como que hizo fuerza a San Ignacio, que la aprobó, ya tarde (52). Javier era el Superior de la Compañía en Oriente, y mal podía regirla a distancia: «El Maestro Francisco desde donde anda, mal puede proveer a lo de acá; lo mismo haría si estuviese en Roma; de este Colegio bien poco se le alcanza; nunca se avino a permanecer aquí: sin duda lo arrastra el espíritu de Dios a aquellas partes.» Son palabras del P. Lanciloto a San Ignacio (53). La confianza en su santidad y el fruto de sus excursiones contenía las plumas de otros y las detiene antes de escribir reparos: «O Padre Mestre Francisco estao daqui a duas mil legoas: chama se Maluco aquella terra... Foy pera lá mui instigado do Spiritu, segundo o que ca screveo quando se partio... Grande hé o fruyto que o Senhor por elle teem feyto nas partes onde andou...» (54). «Del P. Maestro Francisco nos logramos poco en este Collegio [Goa], porque no es en él descansar, posto que tuviese grandes deseos de nos consolar (55).

Javier miraba de otra manera: su misión, más que en evangelizar directa, personalmente, la creía en desbrozar el camino a sus hermanos: distribuir los que, en creciente número, llevaban las flotas; y para acertar en la elección de lugares y personas, creía necesario conocer por sí las calidades, esperanzas, estorbos: el estudio del general antes de señalar a cada cuerpo su sitio y cometido en la batalla; abría, pues, la ruta, consideraba por sus ojos el campo; y la experiencia de unos meses le daba seguridad de acierto en la selección de las personas y en los avisos con que los pre-

---

(52) «Hame parecido también cosa açertada que ayais ymbiado allá y a la China a Mtro. Gaspar y otros; y aunque si vos mesmo abreis ydo a la China (donde dezis teneis ánimo de yr, si no os estoruan las cosas de la India) lo tendré por bueno, persuadiéndome que es la eterna sapientia la que os guía: todavía, a lo que acá se puede entender, juzgo yo que será más seruido Dios N. S. de vuestra persona, si abreis quedado en la India, imbiando otros, y endereçándolos para que hagan lo que vos avíades de hazer; porque desta manera hareis en muchas partes lo que por vuestra persona haríades en una» (*Monumenta Ignatiana. Epistolae et Instructiones*, V, Matriti 1907, 149). Esta carta del 28 de junio de 1553 llegó a la India muerto ya Javier. En ella el Santo fundador lo llamaba a Roma, para la aprobación de las Constituciones de la Compañía y, según algunos, para hacerlo General de la Orden. La noticia de su venida alborotó las cortes de Lisboa, Madrid y Roma, donde le preparaban recibimiento triunfal (Brou, II, 390).

(53) *Documenta Indica*, I, 141.

(54) *Documenta Indica*, I, 154. El P. Henriquez a los Hermanos de Coimbra.

(55) *Documenta Indica*, I, 553. P. Baltasar Gago.

venía. Ya lo advirtieron los historiadores contemporáneos, los que harto mejor que los críticos de ahora palpaban el método y resultados. Así, el P. Texeira: «Esto se notó en él, que casi a todas las partes adonde envió Padres de la Compañía, primero fué él a ellas, y conforme a la disposición que había en la tierra y ocupaciones que en ella sentía ser necesarias, enviaba los sujetos» (56). Y el P. Valiñano: «Fueron todas estas misiones tan acertadas, que en todos estos lugares fué la Compañía cresciendo con el crédito y fruto que agora vemos» (57). No hay sino reparar en las cualidades que requiere en los misioneros para la Pesquería y el Japón: para los rudos parás, pocas letras se necesitan; para los japoneses, hombres curtidos en las Universidades, que dominen la Dialéctica, que entiendan hasta de *esfera*, como él dice, para satisfacer la curiosidad de aquel pueblo avispado y confundir los sofismas de los bonzos. Y hasta «vengan bien providos de vestidos de panas de Portugal y de calzado, porque aquí morremos de frío (58).

Sin experiencia propia, anduviera ciego en la selección. Más aún: su conducta ni la proponía ni la quería en otros: al partir para China, nombra vicario suyo en el gobierno de la India al Padre Gaspar Barceo, y conociendo su arrebatado celo—parecido al suyo propio de Javier—le ordena no salir de Goa en tres años; transcurridos, puede salir a visitar las Misiones (59).

Al morir dejaba establecida la Compañía en Ormuz, Bazain. Tana, Goa, Cochín, Coulón, Travancor, Pesquería, Sto. Tomé, Malaca, Maluco y Japón. Y al recuento añade el P. Valiñano: «Y cierto, es cosa que espanta considerar la grandeza de su corazón, pues a él sólo parescían pocas y pequeñas todas estas empresas, las quales a nosotros, agora, que passamos de trescientos de la Compañía, nos parescen tantas y tan grandes que nos hazen muchas vezes temer y dudar, si las hemos de poder llevar adelante» (60).

Largo ha sido el paréntesis, pero no estorba; como indiqué, esa inquietud javeriana algunos escritores modernos no la atribu-

---

(56) *Vida*, 115.
(57) *Historia*, 117.
(58) *Epistolae*, II, 220.
(59) TEXEIRA, *Vida*, 298.
(60) *Historia*, 189.

yen ni a inspiración de Dios, como los que la veían de cerca, ni al modo prudencial de considerar, en su calidad de Superior, no tanto el gobierno menudo y cotidiano de los súbditos, sino la más estratégica dispersión para la conquista espiritual, dirigida por la experiencia propia. Afán imprudente, desasosiego de quien lo abarca todo sin afianzar nada; y veleidad más que aguante en la labor; eso se ha llegado a decir. Que Dios y el Santo los perdone.

Y tampoco es verdad anduviera siempre con hormiguillo en los pies: de los cinco años en que se calcula su evangelización directa, personal, uno lo pasó entero en la Pesquería; en Tuticorín cuatro meses; en el Japón dos años bien cumplidos. Generalmente no cambiaba de campo antes de ver en el otro la siembra en esperanzas y la fe con raíces sólidas.

Ni bautizaba con regadera, ni a la buena de Dios; y si es verdad que le acaecía muchas veces tener los brazos cansados de bautizar, antes se le había cansado la garganta y secado la boca de repetir con los catecúmenos el Credo y los Mandamientos y la exhortación en lengua indígena sobre lo que quiere decir cristiano, y cielo e infierno (61). Dejaba doctrina acaso poco extensa, pero en lo sustancial, sólida; la que, corriendo los años, y él ya muerto, puso en los labios de los malavares réplica contundente a las insinuaciones protestantes: «El Padre Francisco nos enseñó lo que creemos: vosotros decís que es falso. Pues haced más milagros que él: aquí resucitó cinco o seis muertos: resucitad vosotros doce; curad a todos nuestros enfermos; llenad nuestros mares de peces... y entonces hablaremos» (62). O la del cacique neófito de Amboino, a los musulmanes: «Soy un pobre nacido en las selvas, y no os sabré declarar quién es Dios y en qué consiste ser cristiano; pero una cosa sé: y es que el Padre Francisco me enseñó ser cosa buena morir por Jesucristo» (63).

* * *

Y tornando a lo que íbamos, aquella mansedumbre alegre con los pecadores, aquel ganarse voluntades por las buenas, no ha de

(61) *Epistolae*, I, 168.
(62) SCHURHAMMER, *Vida*, 382.
(63) Ib., 381.

imaginarse índole floja, acomodaticia, que no riñe porque huye. Cuando de su persona se trataba, la humildad encogía sus bríos naturales; y en Malaca sufre los insultos calumniosos de Ataide, que en ellos esconde su codicia y su pertinacia en estorbar la embajada de China; y en el Japón aguanta las pellas de lodo y los zapatos viejos que le tiran al pasar. Pero cuando se atravesaban los intereses de Dios y se requería freno a las desvergüenzas, su frente se alzaba, su mano se endurecía, y de su lengua brotaban voces que metieran la inquietud hasta en los oídos reales. En la Pesquería cundió la borrachera hasta en las mujeres; el Santo ausente las cura con la medicina del látigo y señala alguacil que las vigile, prometiéndole una cantidad por cada una sorprendida con el jarro dentro o fuera. «A los patangatins [mandoncillos de aldea] les diréis que cambien de costumbres; si no, a todos los tengo de mandar presos a Cochín, y no verán más a Punicale, pues a ellos se les deben todos los desaguisados que ahí se cometen» (64).

En Malaca excomulga al Capitán y sacude el polvo de los zapatos al salir: a la altivez samurais de los japoneses, despreciadores de los extranjeros, y consiguientemente de su doctrina, por acreditar ésta, responde con altivez; y manda al H. Juan Fernández, su intérprete: —Si os tutean, tuteadlos—. En el gobierno de sus súbditos es padre, y padre queridísimo; es la nota más tierna y aparente en sus cartas, así como la correspondencia de los súbditos, para quienes era, según el Padre Barceo: «O nosso charissimo pastor a quem seguimos asy na obediencia, doctrina e exemplos, no qual, bendito seja Jesu, temos bem que aprender ate a morte» (65). Pues que se atravesara algo que comprometiese la fama de la Compañía, la eficacia de sus ministerios, la médula de su vida: el castigo no tardaba más de lo que el Santo en saber la culpa. Si eran roces con los oficiales del Rey o los Vicarios, no se andaba en averiguaciones; en virtud de santa obedienca, si era preciso, ordenaba pedirles perdón de rodillas; si la dureza de juicio o el miedo a las penalidades descantillaban la obediencia, cortaba por lo sano y despedía de la Orden: así a su primer compañero Mansilla, que se resistió a ir al Maluco; así al Padre Antonio Gómez, gran predi-

(64) *Epistolae*, I, 192.
(65) *Documenta Indica*, I, 597.

cador, gran privado del Virrey y gran estorbo para la gobernación de las casas de Goa; y no hubo ruegos que lo doblegaran. Todos necesitamos de la Compañía, declaraba; y la Compañía, de ninguno.

A Juan III, tan su devoto, tan bienhechor de la Compañía, y cabalmente porque lo amaba y le deseaba todo bien, acaso nadie habló con la entereza y valentía de Javier: en denunciar escándalos y solicitar castigos, y en meter miedos a la conciencia real: «Pido a V. A. por amor de Dios reciba estas letras con la sanísima intención y sincerísima verdad con que las escribo. Es a saber, pido y demando a V. A., sin otro interés que el de la gloria de Dios y deseo de descargar vuestra real conciencia, que no se contente con encomendar por sus cartas a los Ministros den favor a las cosas del servicio de Dios, sino que las recomendaciones vengan bien robustecidas con castigos ejemplares. Porque mucho temo que cuando la Divina Majestad llame a V. A. a su tribunal (lo que acaecerá el día menos pensado, sin que haya modo de esquivarlo), no oiga de su boca irritada: ¿Por qué no castigaste a tus vasallos, los que en la India me eran contrarios, y guardabas toda la severidad para los defraudadores de tu hacienda? Ni veo, Señor, de qué os servirá entonces la excusa de que cada año en vuestras cartas encomendábais el divino servicio; porque os replicará que los desobedientes, impunes se quedaban a ciencia y paciencia de V. A.: y en cambio castigábais severamente a los descuidados en recoger la real hacienda» (66). Y en otra: «Perdóneme V. A. le hable tan claro, porque a ello me obliga el amor desengañado que le tengo, como si mirara el juicio de Dios, que nadie, por poderoso que sea, puede huir. Yo, Señor, conociendo bien lo que aquí pasa, no espero se hayan de cumplir en la India mandatos ni provisiones enviadas en favor de la cristiandad: y así me voy como huyendo al Japón, por no perder más tiempo del pasado. El Padre Fray Juan lleva ciertos apuntamientos de estos cristianos desamparados del cabo de Comorín. Sea V. A. padre de ellos, pues murió Miguel Vaz, que lo era muy verdadero» (67). Y aprieta más en otra carta, descendiendo a normas punitivas que el Rey amenace y cumpla. Descargue en el Gobernador su conciencia en punto a las conver-

(66) *Epistolae*, I, 251.
(67) *Epistolae*, II, 61.

siones: exíjale sobre los demás que en la India estuvieren, inclusos los religiosos, cuenta de los convertidos cada año, y de los medios que se emplean en aumentarlos, como la cosa que el Rey más mira. «Y si lo contrario hiciere, y el Gobernador no acrecentare, y mucho, nuestra santa fe, pues en su mano está el quererlo, prométale con juramento solemne que, cuando torne a Portugal, le tomará toda su hacienda, dándola por perdida, para las obras de la santa Misericordia [institución de caridad en todas las ciudades de la India], y además lo meterá en cadena por muchos años, desengañándolo que no se le admitirán excusas, pues no lo son las que dan de no hacerse muchos cristianos. No puedo decir cuanto sé en esta parte, por no apenar a V. A. ni apenarme a mí con la memoria de cosas pasadas y presentes, sin ver remedio. Si el Gobernador se persuade con certidumbre que V. A. habla verdad y ha de cumplir el juramento, la isla de Ceilán será cristiana en un año...» (68). Creía el Santo, y la creía con razón, una sentencia entonces y ahora muy olvidada: que el pecado consentido por quien debe y puede atajarlo, pasa del pecador al consentidor, y a ambos mancha por igual. «Es muy gran pecado no dar castigo al que lo merece, principalmente al que con su mala vida sirve de escándalo público» (69). Por ello en Malaca, cuando Ataide impide la embajada que había de abrir al Evangelio las puertas de China, Javier, por vez primera, exhibe su título de Nuncio Apostólico y declara excomulgado al ruin capitán: «Nunca aconsejaré a ningún obispo que excomulgue; pero nunca dejaré de declarar excomulgado a quien lo esté.»

El, tan paciente con otros pecados, se sublevaba contra quienes a fuerza de rapiñas y escándalos cerraban la puerta de la fe a los gentiles o remecían la no bien firme cristiandad de los neófitos. Escribe al Padre Mansilla: «A Cosme de Paiva ayudaréis a descargar su conciencia de los muchos robos que ha cometido en esta costa, y de los males y muertes de hombres que por su mucha codicia se hicieron en Tutucurim: y más, lo aconsejaréis, como amigo de su honra, devuelva el dinero que tomó de los que mataron a los portugueses, pues es cosa tan fea vender por dinero la sangre de

(68) *Epistolae*, I, 406.
(69) *Epistolae*, I, 251.

los portugueses; y no le escribo, porque no espero enmienda de él. Y así le diréis de mi parte que lo prevengo he de escribir al Rey sus maldades, y al señor Gobernador, para que lo castigue; y al Infante don Enrique, que por vía de Inquisición persiga a quienes se ensañan con los convertidos a nuestra santa ley: por tanto, que se enmiende» (70). Y más aún se escandecía ante los ojos cerrados aposta para no ver y castigar. Ese pecado, omisión y escándalo, puede decirse el único que revolvía su alma y la ponía en tedio de vivir y de trabajar, porque no iban contra él, sino contra el Evangelio. Porque no hay celo que no se subleve ante la cobardía en sofrenar a quienes, siendo por su condición criados del padre de familia, siembran la cizaña entre el trigo de la heredad y estorban o deshacen la labor de los siervos fieles, con gravísimo daño de la predicación y consiguiente salvación de gentiles y neófitos. De esa ralea tropezó el Santo muchos, en la India, y los delató, como vimos, osadamente; y no veía se pusiera coto a los desmanes. «Por no oír estas cosas, y también por irme adonde deseo, a la tierra del Preste [Juan], adonde tanto servicio se puede hacer a Nuestro Señor, sin que nadie nos estorbe ni persiga, no será mucho si tomo un barquichuelo y me voy, sin más esperar, a la India» (71). Verdadero martirio eran para él los escándalos oficiales, digámoslo así, cometidos impunemente por los representantes del Rey. Había aguantado mucho de eso el dominico Fr. Juan de Villar del Conde y se fué en busca de remedio a Portugal. El Santo lo recomienda al Rey: «Le debe V. A. agradecer los muchos trabajos que en estas partes de la India se ha tomado en servicio de Dios y descargo de la real conciencia; porque siendo, como son, grandes los trabajos corporales y muchos y continuos, no admiten comparación con los del espíritu, en ver los malos tratamientos que los capitanes y oficiales reales hacen a los que se van convirtiendo, en vez de ayudarlos: estas penas son incomportables y casi un género de martirio ver arrasar lo que con tanta fatiga se sembró... El Rey de Ceilán, con el favor de V. A., hace todo el mal que puede. Esta es la verdad, y pésame de escribirlo, porque la experiencia nos hace recelar que seguirá V. A. favoreciéndolo más que a los frailes que en su tierra trabajan. La experiencia nos dice también que V. A.

(70) *Epistolae*, I, 287.
(71) *Epistolae*, I, 235.

será poderoso en la India para apropiarse todas las riquezas de ella, pero no lo es para amparar la fe de Cristo... Yo, Señor, porque veo lo que pasa, y no confío se hayan de complir en la India mandatos y provisiones que se den en favor de la Cristiandad, por eso me voy como huyendo al Japón, para no perder más tiempo aquí» (72).

* * *

El celo y aun la santidad se visten de gracia, conquistadora de voluntades, si asientan en natural alegre, servicial, discreto: hay virtudes que repelen, por hoscas, o por irse pregonando en su tiesura parienta del farisaico, «no soy como los demás hombres», o timidez, que teme romperse al roce de los otros. Por algo Santa Teresa no quería santidades encapotadas. El Padre Francisco iba por rutas contrarias, y quería fuesen los suyos. Al P. Barceo recomienda: «Conversaréis con todos con un rostro alegre, no retraído ni *carruncudo,* porque si os vieren apesadumbrado y triste, muchos de miedo se dejarán de aprovechar con vuestro trato; por tanto, sed afable y benigno, y las representaciones en particular hacedlas con amor y gracia, sin que noten en vos os aborrecen quienes os hablan y conversan (73). Pero la familiaridad fácilmente toca en el escollo opuesto: en deslizarse hasta lo bajo, donde quizá se mueve la otra parte: en perder la autoridad que ha de envolver la advertencia paternal, en no mantener sólidos los hitos de la prudente separación entre el apóstol y sus oyentes.

Y de lo dicho acaso se le ocurra a alguien que así acaeció a Javier, mirón de juegos, jugador él tal vez con soldados y mercaderes de vida ancha, casamentero y encarecedor de hermosuras que habían sido ganchos de perdición. Ciertamente no a todos han de recomendarse o permitirse semejantes tretas apostólicas. A él dieron magníficas conquistas, porque las regulaba una prudencia singular, aun en lo humano. De sus cartas pueden espigarse normas que darían para un tomito, *Vademecum* del misionero o simplemente del director espiritual por de fuera.

La primera, ganarse las voluntades: de los de arriba. Es ley suya

(72) *Epistolae,* II, 161.
(73) *Epistolae,* II, 93.

ordenar a todos la cortesía y obediencia a los vicarios y capitanes: habían de empezar por visitarlos y ofrecérseles: sinceramente, no a modo de ganzúa. Y lo ordenaba en virtud de santa obediencia, como punto de suma importancia. Y no toleraba deslices en ello; lo vimos en la fraterna al Padre Cipriano; ni aunque para conservar la paz hubiesen de cortarse algunos ministerios, que prometían mayores frutos: «Mirad que holgaré más del fruto señalado en media línea sin escándalo, que del significado en línea entera con algún escándalo» (74). Habíale a él ido muy bien con la norma, y la cumplía invariablemente. Al llegar a Goa de sus andanzas, la primera visita fué al hospital; la segunda, al Vicario; después a franciscanos y dominicos, y luego... a su Colegio (75). El Padre Texeira no dejó de advertirlo: «Había Nuestro Señor comunicado al Padre Francisco esta virtud y don particular, que humillándose y rindiéndose de corazón a todos, todos se le rendían y su entregaban a su voluntad» (76). Conquistar el amor era el primer paso, e insustituíble, para conquistar las almas de los portugueses y de los gentiles, y no se cansaba de repetirlo. Al Padre Barceo: «Seréis muy obediente en gran manera al Padre Vicario; y apenas llegaréis [a Ormuz] iréis a besarle la mano, con las rodillas en el suelo, y de su licencia confesaréis y predicaréis y por ninguna cosa quebraréis con él, esforzándoos en ser muy su amigo... Serviréis, en lo posible, a la Misericordia y seréis muy amigo de los hermanos... Al capitán obedeceréis en gran manera, humillándoos mucho ante él; y no rompáis con él, aunque veáis hace malas obras. Y cuando sintiéredes que es muy amigo vuestro, con mucho amor, doliéndoos de su alma y honra, con mansedumbre y rostro alegre, le diréis lo que a sus espaldas murmuran de él...» (77). Al P. Mansilla: «Ruégoos encarecidamente que con esa gente, digo con los principales, y después con todo el pueblo, que os hayáis con mucho amor; porque si el pueblo os ama y está a buenas con vos, haréis gran servicio a Dios: sabed sobrellevar sus flaquezas con mucha paciencia; que si ahora no son buenos, día vendrá en que lo sean. Habeos con ellos como un buen padre con

(74) *Epistolae*, II, 325.
(75) Texeira, *Vida*, 177.
(76) Ib., 50.
(77) *Epistolae*, II, 87, 91-92.

malos hijos, y no os canséis ni desistáis por muchos males que en ellos viereis, pues Dios Nuestro Señor, a quien ellos y nosotros ofendemos, no se cansa de hacernos mercedes y beneficios.» Al Padre Cipriano: «Sobre todo os pido que con el Vicario, Padres, Capitanes y personas que tiene cargo en la tierra no andéis en desazones públicas, aunque veáis cosas que os parecen mal: remediad las que buenamente pudiereis y no os pongáis en lance de echarlo todo a rodar, y con desavenencias perder lo que la mansedumbre y humildad hubiese ganado» (78). Y esto tanto con los de fuera como con los de casa. Al Rector del Colegio de Goa: «Holgaría de saber que todos los Hermanos de la Compañía os aman mucho...; porque no me satisface saber que los amáis, sino entender que ellos os aman» (79).

Pero asentado en esta firme base, planeaba el edificio con entera minuciosidad. Andrés de Figueredo avisa al Rey desde la Pesquería: «El Maestro Francisco, cuando pretende algún favor de los gobernadores para estos cristianos, lo traza consigo, y luego lo va a platicar con los capitanes de esta costa, y los tantea si les aplace; porque son ellos de tal calidad que por nada se enfurruñan; y con su beneplácito se logra, y sin él, no... (80). En el Japón entiende la conveniencia o, mejor, necesidad, si la Misión ha de perpetuarse, de que se funde allí una factoría portuguesa; las naos de comercio serán el único puente por donde los Padres se comuniquen. Escríbeselo al Gobernador de Malaca y le incluye lista de mercancías que allí se despacharán. «La experiencia de lo que veo en la India me dice que por solo amor de Dios no han de mandar navío con los Padres sin otro respeto. Bien podrá ser me engañe, y ojalá así sea.» Y azuza la codicia del gobernador insinuándole puede beneficiar con el cargo y la ganancia a un su pariente o amigo (81). Los avisos al Padre Gaspar Barceo, a que arriba aludí, descienden a menudencias prácticas: que las limosnas no las dé por sí a los pobres, sino a la cofradía de la Misericordia, que las repartirá; de lo contrario, el confesonario se le convierte en cita de pedigüeños; que se mire mucho en el tomarse confian-

(78) *Epistolae*, II, 391.
(79) *Epistolae*, II, 226.
(80) *Documenta Indica*, I, 162.
(81) *Epistolae*, II, 223.

zas de conversación. «Andaréis con aviso de que todas las personas con quien tratéis, sean o no muy amigos, os hayáis con ellas como si algún día se os hubiesen de trocar en enemigos: ello os servirá para edificarlos y para confundirlos al tiempo que se declaren contra vos»; que se guarde de reprender en público y en sermones a quienes tengan cargos de gobierno, «porque estas personas se engallan pronto y antes se empeoran que se enmiendan con tales reprensiones»: que en el preguntar en el confesonario a quienes manejaron caudales del Rey, ponga toda diligencia en que le digan si de ellos se aprovecharon para ganancias propias, a las claras o solapados; porque fácilmente hay obligación de restituir: que no reciba quejas contra el capitán ni oiga las peticiones de hablarle para remediarlas; sus ocupaciones han de ser espirituales, no agencia de negocios: que antes de meterse a predicar o confesar, estudie los tratos y modo de comerciar allí, para entender lo lícito o lo ilícito: que se guarde de recibir a ciegas donaciones y legados; atan mucho, si hay que reprender a los donantes: como de amistades no bien probadas; a veces se busca el trato del predicador o confesor, para amortiguar sus amonestaciones (82). Y así va siguiendo, en lo espiritual y social o político, como entonces se decía. Lo grande y lo chico no se le escapa: las providencias para socorrer a los paravas, refugiados en islotes peñascosos, sin víveres ni agua: las recomendaciones de que pongan vigías y escuchas para prevenir las algaras de los bagodas: el encargar que los cálices de los que vayan al Moluco sean de cobre, que no tienten la codicia de los rateros; el excusar gastos no precisos hasta pagarse las deudas del Colegio de Goa, y sacudirse los moscones que acuden lloriqueando sus apuros: buscar lavanderos y hortelano: mirar mucho los que se admiten en la Compañía, y despedir sin remisión a los que no cuadran con su espíritu.

Hasta las lejanías de aquellas regiones se corrió el eco de algunas polémicas que por entonces, y con más resonancias después, entre los religiosos antiguos y los jesuítas excitaron algunas novedades de la Orden de San Ignacio, allá más expuestas a enturbiar la paz y meter cizaña, por lo heterogéneo de los habitantes. El Padre Francisco señala normas que, de seguirse por todos y en todos los púl-

(82) *Epistolae*, II, 86.

pitos y cátedras, hubieran ahorrado disgustos: «Con los reverendos Padres y frailes de San Francisco y Sto. Domingo guardarán siempre gran amistad los de ese Colegio [Goa]; evitareis desavenencias; principalmente en los sermones guardaros de decir cosa que el pueblo puede recibir escándalo o desedificación. Digan ellos lo que les de a sentir su caridad; vosotros cumpliréis con callar y prevenir escándalo del pueblo. Y si vieredes que se siguen ofensas de Dios de sus opiniones contrarias a las vuestras, habladlo con el señor Obispo, a fin de que os mande juntar en su casa a unos y a otros, y ponga mano, y haga cómo cesen las desavenencias: y esto, sin que el pueblo se entere hay cosa de escándalo, pues ellos y nosotros buscamos lo mismo, que es la gloria de Dios y el bien de las almas. Obrad, pues, de arte que ni Dios sea ofendido ni las almas desedificadas. Visitadlos de tiempo en tiempo, para que la caridad se conserve y crezca» (83). Y lo que dice del púlpito, lo extiende a conversaciones.

El trato con mujeres era allí más vidrioso por la inmoralidad casi recibida y por ser generalmente indígenas y aun cristianas nuevas. No se las converse sino en público: si por fuerza hubiere que ir a sus casas, sea en compañía del marido o de quien las haya a su cargo: no se pierda tiempo con ellas, ni aun con pretexto de fruto espiritual; más se logrará tratando con los maridos, que, concertados, concertarán toda la familia. Si consultan sobre separarse, naturalmente disuádanlo, y busquen el arreglo más con el marido; si alegan que separadas se darán mejor a la devoción, no curen de tales devociones; ni en público echen la culpa al marido, aunque la tenga; y esto lo repite: «Mirad que os vuelvo a decir que en público no echéis la culpa al marido, aunque la tenga: porque las mujeres son tan indomables, que buscan ocasiones para dejar mal al marido, despreciar a sus maridos, alegando el parecer de religiosos... Y aunque ellas sean inocentes, no se lo digáis, ni deis por buenas sus excusas: declaradles la obligación de sufrir a sus maridos, a quienes más de una vez habrán desacatado»..., etc., etc. (84).

De estas instrucciones dió muchas: andaban los Padres solos

---

(83) *Epistolae*, II, 425.
(84) *Epistolae*, II, 432.

o casi solos; su formación no estaba aun robustecida por la práctica, ni las Constituciones de San Ignacio promulgadas. Los avisos del Santo habían de suplir. Por eso ordena al Padre Barceo los repase cada semana.

* * *

Tenemos ya el hombre. Para de él subir al Santo nos bastará penetrar en el móvil de sus impulsos, en el espíritu que diferencia y distancia el valor desesperado de un bandolero, que defiende su vida contra la policía, y al héroe que la expone por la alteza de su causa: la ambición de un Corso, salteador de coronas, del Rey humano que dibuja San Ignacio como esbozo de Cristo: la codicia arrastrada a los peligros por la *auri sacra fames*, y ese mismo afán de aventuras por los estímulos del celo. Igualmente tormentoso se mostraba el mar a los mercaderes portugueses o corsarios chinos que a Javier; y de las olas, los unos salieron mercaderes y piratas; el otro, apóstol. Y porque el motivo era más alto y más fuerte, donde los unos temblaban, Javier iba sereno. Con serenidad que no excluía, antes domeñaba las flaquezas de la carne. Pondéranle los riesgos de su expedición a las islas del Moro: riesgos de naufragio, riesgos de ponzoña, riesgos de las azagayas de sus habitantes. Y Javier recuerda un latín mil veces oído y meditado en la paz de su recogimiento: meditado, entendido, deseado y pedido a Dios como máxima merced. Llega el trance, y se repite, *si licet parva componere magnis*, la contraposición entre el *baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor donec perficiatur*, y el *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste*. Que también Cristo, verdadero hombre, sintió temblarle y encogérsele el corazón ante la cellisca de los azotes y la Cruz. Javier escribe a los Padres de Roma: «Por ser la tierra de Omoro muy peligrosa, por quanto la gente della es muy llena de traición, polla mucha ponçoña que dan en el comer y bever, por esta causa dexaron de ir aquella tierra de Omoro personas que mirassen por los christianos. Yo, por la necessidad que estos christianos de la isla del Moro tienen de doctrina spiritual y de quien los bautize para salvación de sus ánimas, y también por la necessidad que tengo de perder mi vida temporal por socorrer la vida spiritual del próximo, determino de me ir al Moro, por socorrer *in spiritualibus* a los christianos, offrecido a

todo peligro de muerte, puesta toda la sperança y confiança en Dios Nuestro Señor, desseando de me conformar según mis pequeñas y flacas fuerças con el dicho de nuestro Redemptor y Señor, que dize: «*Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam.*» Y aunque sea fácil de entender el latín y la sentencia en universal, deste dicho del Señor, quando el hombre viene a lo particular, para disponerse a determinar de perder la vida por Dios, para allarla en el, offreciéndose casos peligrosos... házese tan oscuro, que el latín, siendo tan claro, viene a oscurecerse; y en tal caso me parece que sólo aquél lo viene a entender, por más docto que sea, a quien Dios N. S. por su infinita misericordia lo quiere en casos particulares declarar» (85). Esa misericordia infinita cayó sobre él; rechaza los contravenenos, que juzga desconfianza en Dios; y promete, si le niegan navío, echarse a nado y a nado llegar a aquellas islas, que deben llamarse, dice, «las islas de esperar en Dios». Igual ánimo, porque las dificultades no aparecían menores, en su jornada al Japón: anduvo indeciso largo tiempo; mas conocida la voluntad de Dios «paréceme, escribe, que si dejara de ir, sería peor que los gentiles de allá» (86). La entrada en China, sin los resguardos de la embajada que le quitó la codicia de Ataide, era muerte o cárcel segura. Javier lo sabe: «Corremos grandísimo riesgo de ser cautivos; pero consolámonos pensando que mucho mejor es ser cautivo por amor de Dios, que ser libres por huir los trabajos de la cruz» (87). La carta iba en el último correo que despachó.

No se le habían embotado los aceros, ni eran fervores novicios los que sintió al pisar tierras indostánicas. Si en el último correo escribió como vimos, en el primero, al llegar a Goa y contar los trabajos del viaje, dice: «Tomándose estos trabaxos por quien se debrían tomar, son grandes refrigerios y materia de muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la Cruz de Cristo nuestro Señor descansan, viniendo en estos trabaxos, y mueren quando dellos huyen... ¡Qué descanso vibir muriendo cada día, por yr contra nuestro propio querer, buscando *non quae nostra sunt,*

(85) *Epistolae,* I, 325.
(86) *Epistolae,* II, 148.
(87) *Epistolae,* II, 512.

sed quae Iesu Christi!» El hambre, la sed, los calores, el andar descalzo y haraposo, las caminatas continuas, el no hallar tiempo ni para cumplir con el Breviario, y enronquecer a puro predicar: cuanto fuera desgastarse, matarse en servicio de Dios y de las almas, eso no lo consideraba trabajo, antes recreo. «Si contentamiento ay en esta vida, éste se debe dezir. Muchas vezes me acaesce oir dezir a una persona [a sí mismo] que anda entre estos christianos: ¡Oh Señor! No me deis muchas consolaciones en esta vida; o ya que las dais por vuestra bondad infinita y misericordia, levadme a vuestra sancta gloria, pues es tanta pena bivir sin veros después que tanto os comunicáis interiormente a las criaturas» (88).

Cuenta un peligro de naufragio entre el Cabo de Comorín y Malaca y los sustos de ir el navío tropezando en escollos: «Y tomándolos por solo su amor de Dios, creen sin duda los que se hallan en ellos que todo lo criado está a obediencia del Criador, conociendo claramente que son mayores las consolaciones en tal tiempo que los temores de la muerte, dado que el hombre acabasse sus días. Y fenecidos los trabajos y acabados de passar los peligros, no sabe el hombre contar ni escrevir lo que por él passó al tiempo que estava en ellos, quedando una memoria imprimida de lo pasado, para no cansar de servir a tan buen Señor» (89).

En vísperas de embarcarse para el Japón escribe a su gran amigo el Padre Simón Rodríguez: «Espántanse mucho todos mis devotos y amigos de que emprenda un viaje tan largo y peligroso. Y yo me espanto más de ellos en ver su poca fe, pues Dios Nuestro Señor tiene mando y poder sobre las tempestades del mar de China y del Japón, las mayores hasta ahora experimentadas: poderoso es sobre vientos y bajíos, que hay muchos, a lo que dicen, donde se pierden muchas naves: poder ha Dios Nuestro Señor sobre todos los ladrones del mar, de los cuales hay tantos que ponen pavor: y son estos piratas muy crueles en dar maneras de tormentos y martirios a los que prenden, sobre todo a los portugueses. Como Dios Nuestro Señor tenga señorío sobre todos ellos, de nadie he miedo, sino de Dios, que quiera castigarme por negligente en su

(88) *Epistolae*, I, 127, 175.
(89) *Epistolae*, I, 327.

servicio e inhábil e inútil para extender el nombre de Jesucristo entre las gentes que no lo conocen. Todos los demás miedos, peligros y trabajos que me cuentan mis amigos, los tengo en nada: únicamente me asusta el temor de Dios» (90). Iguales sentimientos en la intentona de meterse en China desprovisto del amparo que la embajada deshecha podía prestarle: ponderábanle el riesgo de que el pescador chino o por temor a la ley o por codicia lo arrojase al mar: y en el caso más favorable, que al pisar tierra lo metiesen en cadenas, que sólo le quitarían a su cuerpo descabezado. Y veía él que las ponderaciones de los amigos consejeros no exageraban. Y escribía al Padre Francisco Pérez en octubre de 1552, en vísperas, como si dijéramos, de su tránsito: «Nosotros, considerando estos peligros del alma, que son mucho mayores que los del cuerpo, hallamos que es más seguro y cierto pasar por los peligros corporales, antes de ser comprendidos delante de Dios en los peligros espirituales; de manera que por cualquier vía estamos determinados a ir a la China.»

Y tan en nada tenía los riesgos temporales, que los pone ante los ojos de los futuros predicadores como incentivo de su vocación; por descontadas da las privaciones y los afanes: «Estas partes son muy trabajosas, por causa de las grandes calmas, y muchas partes faltosas de buenas agoas: son los mantenimientos corporales pocos, y son solos, sin haber otros, arroz, pescado y gallinas, sin haber pan ni vino ni otras cosas que en esas tierras hay...» Y lo más recio, y se lo pone como merced de Dios, es «verse en peligro de muerte; y esto no se puede evitar sino pervirtiendo la orden de la charidad; y guardándola, an de passar por ellos, acordándose que nascieron para morir por su Redemptor y Señor» (91).

Llevar de continuo tragada la muerte, y tragada porque ha de administrarla la mano paternal de Dios, explica el carácter recio del Apóstol: donde entra la gloria divina, ni los trabajos ni la muerte pesan.

* * *

Ancora firme la de Javier: robustecida con un calabrote cuyo trenzado, por de casa, conocía él de filamento duro: Oigámoslo:

---

(90) *Epistolae*, II, 65.
(91) *Epistolae*, I, 258.

«Estando en la mayor fuerça de la tormenta, me encomendé a Dios Nuestro Señor, començando de tomar primero por valedores en la tierra todos los de la bendita Compañía de Jesús, con todos los devotos della. Y con tanto favor y ayuda entreguéme todo en las devotísimas oraciones de la esposa de Jesu Christo, que es la sancta madre Iglesia, la cual delante de su esposo Jesu Christo, estando en la tierra, es continuamente oyda en el cielo. No me descuidé de tomar por valedores todos los sanctos de la gloria del paraíso, començando primero por aquellos que en esta vida fueron de la sancta Compañía de Jesús, tomando primeramente por valedora la beata ánima del Padre Fabro, con todas las demás que en vida fueron de la Compañía. Nunqua podría acabar de escrevir las consolaciones que recibo quando por los de la Compañía, así de los que viven como de los que reynan en el cielo, me encomiendo a Dios Nuestro Señor... Muchas vezes Dios Nuestro Señor me tiene dado a sentir dentro en mi ánima, de quántos peligros corporales y spirituales trabajos me tiene guardado por los devotos y continuos sacrificios y oraciones de todos aquellos que debaxo de la bendita Compañía de Jesús militan...» (92).

Este amor y estima a la Orden recién fundada, el recuerdo de la hermandad que en París ató a aquellos hombres de distintas lenguas y pueblos en un solo corazón, es uno de los toques más delicados en el esbozo de Javier: cariño pudoroso, que se recata de extraños y se desborda entre las paredes domésticas: quiero decir, en las cartas escritas únicamente para sus hermanos. El grupito de ocho estudiantes, islote del maremagnum parisiense, labrados a cincel por la paciente mano del más pobre y de apariencia más ruin de entre ellos, sillares del gran edificio que planeaba, conocíanse muy a fondo: sus grandes letras, sus mayores bríos para empresas de la gloria de Dios, bríos, hasta que Javier se separó, encerrados en los hospitales de Italia, y prontos a abrirse paso en las cortes de Europa, entre los sabios de Trento, entre los predicadores rurales o ciudadanos; la simiente de mostaza del voto de París extendía ya sus ramas de Flandes a Lisboa, de Roma al Oriente. Y Javier conocía y sentía el alma del Fundador trasvasada a sus hijos; y el arranque que llevó a los pies del Pontífice a siete, ahora multipli-

(92) *Epistolae*, I, 393.

cado en cientos, hueste aguerrida en las luchas de la Iglesia, operarios infatigables en redimir cautivos del pecado y llevar la luz del Evangelio hasta los confines de la idolatría. Al amor de camaradería o al calor sobrenatural del puñadito que cabía en ruin casa, se añade la hoguera de la gloria de Dios que extiende y aviva la Compañía de Jesús; y todo el afecto de su corazón endiosado se vuelca en el instrumento providencial de tanto bien: en el amor de la Compañía cifra y resume los tres amores: de su padre y hermanos en Cristo; de la salud de las almas; de Dios, blanco de todo. Si ha habido jesuíta que más haya estimado y querido a su Madre, Dios lo sabe: nosotros sí sabemos que en manifestarlo, Javier va en cabeza.

Y primero al Fundador, en quien reconocía la mano de Dios para sacarlo de sus vanidades: con paciencia, con toques de amistad fina, con el machaqueo, no importuno, del Evangelio.

El agradecimiento, la veneración y el amor al Santo rebosan en sus cartas. Desde la primera que se conoce suya, de presentación y recomendación, cuando Iñigo volvió enfermo a España desde París: «Y porque v. merced a la clara conozca quánta merced nuestro Señor me ha hecho en haver conoscido al señor Maestre Iñigo, por ésta le prometo mi fe que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le devo, assí por haverme favorescido muchas vezes con dineros y amigos en mis necessidades, como en haver él seído causa que yo me apartasse de malas compañías, las quales yo por mi poca experiencia no conoscía. Por tanto suplico a v. m. le haga aquel recogimiento que me haría a mi misma persona... Y suplícole muy encarescidamente no deje de comunicar y conversar al señor Iñigo, y creerle en lo que le dixere; porque con sus consejos y conversaciones crea que se hallará muy bien, por ser él tanto una persona de Dios y de tan buena vida...» (93). Lástima no sepamos nada de las conversaciones entre don Juan de Azpilcueta e Iñigo de Loyola; tenían mucho y bueno que contarse: desde Pascua de Pentecostés de 1521, en que Iñigo sostenía la resistencia del castillo y Juan atacaba entre los franceses, hasta de los planes de Javier, tan callados en la carta. Quizá don Juan apuntó al beneficio recién logrado para su hermano en la Catedral de Pamplo-

(93) *Epistolae*, I, 10.

na, y quizá Iñigo con plácida sonrisa disimuló lo que sabía y lo que de él pensaba Javier.

Viene en Roma la elección para la India y el ¡Sús, heme aquí! Y antes de ponerse en camino escribe y deja al Padre Laínez sus votos y su voto en la elección de Superior para la non nata Orden: «Me paresce, hablando conforme segunt mi contientia, que sea el perlado nuestro antiguo y verdadero padre Don Ignacio, el qual, pues nos junctó a todos no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar, y gobernar y augmentar de vien en mejor» (94). *Verdadero padre*: ese apelativo le dará siempre con leves cambios: único padre, el Gran Padre, Padre carísimo, mi santo Padre en Cristo, Padre único de mi alma. Le escribe de rodillas (95). Si ha de encomendar la obediencia, que sea como si lo mandase el Padre Ignacio en persona. Si reprende, lo más duro está en las frases: —Poco se os pegó de la conversación de nuestro bienaveturado Padre Ignacio...; no os acordáis ni hacéis cuenta de sus virtudes, por las cuales Dios le dió tanta autoridad con las gentes» (96).

Volvía Javier del Japón, henchido de esperanzas por la conversión de aquel gran pueblo; en Malaca lo esperaba una carta de San Ignacio, y la contestación es un abrirse Javier en recuerdos tiernísimos, más propios, diríamos, de una monja que de aquel varón curtido por los vientos de mares tempestuosos, de nieves, de hambres, de peligros a cada paso: «Verdadero Padre myo: Una carta de vuestra santa Charydad rescyby en Malaqua agora quando venía de Japón; y en saber nuebas de tan desseada salud y vyda, Dios nuestro Señor sabe quán consolada fué my ánima. Y entre otras muchas santas palabras y consolacyones de su carta, ley las últymas, que dezyan: «Todo vuestro, syn poderme olvydar en tyempo alguno, Ignacio.» Las quales, assy como con lágrymas ley, con lágrymas las escrybo, acordándome del tyempo passado, del mucho amor que syempre me tuvo y tyene, y tambyén consyderando cómo de los muchos trabajos y pelygros del Japón me lybró Dyos nuestro Señor por la intercessyón de las santas oracyones de

(94) *Epistolae*, I, 26.
(95) *Epistolae*, II, 27.
(96) *Epistolae*, II, 389.

vuestra charidad... Escríbeme v. s. charidad quántos desseos tyene de me ver, antes de acabar esta vyda. Dios Nuestro Señor sabe quánta impressyón hycieron estas palabras de tan grande amor en my ánima, y quántas lágrymas me cuestan las vezes que dellas me acuerdo: y en me parecer que puede ser, me consuelo, pues a la santa obedientya no ay cossa imposyble.»

Uno de los atractivos humanos de la jornada a la China, que nunca falta algo de eso en las empresas más altas, era el rumor de que desde allí podía caminarse por tierra a Palestina: y la posibilidad de que caminando Ignacio desde Roma y Javier desde el celeste imperio, se juntasen en la Santa Casa de Jerusalén. Javier se deja arrastrar por el deseo, y promete describir largamente el viaje.

Dios no quiso conceder a los dos santos ese consuelo. La obediencia en que Ignacio mandaba a Javier tornar a Europa, llegó tarde.

Del Padre bajó el amor a los hermanos, a la Compañía. El mayor encarecimiento será copiar unas pocas frases suyas: «Las recreaciones que en estas partes tengo son en recordarme muchas vezes de vosotros, charísimos Hermanos, y del tiempo que por la mucha misericordia de Dios Nuestro Señor os conoscí y conversé.» Sin cansarse pide noticias de todos: de los de París, de los de Roma, de sus trabajos en Portugal, España, Italia, Flandes; noticias menudas, de las que llenan la vida y suplen la presencia. Y el día que llegaban cartas—una vez por año, si los correos tenían suerte—, era día de fiesta. El Santo no se recataba en sus afectos: besaba las cartas, interrumpía la conversación de los recién idos con preguntas sobre todos y sobre todo, como niño a quien alborozan las noticias de su madre y se la representan delante de los ojos. «Siendo tan conformes en mi amor y espíritu, si no me engaño, no causa desamor ni descuido en los que en el Señor se aman, la distancia corporal, pues quasi siempre nos vemos, y a mi parecer, dado que familiarmente, como solíamos, no nos converssemos, pero esta virtud tiene la mucha memoria de las noticias pasadas, quando son en Christo fundadas, que quasi suplen los efectos de las noticias intuitivas» (97). Soñaba con ellos: lo que galanamente escribe des-

(97) *Epistolae*, I, 272.

de el Japón, par explicar preguntas de los curiosos japoneses (98). Si arreciaban las penas y trabajos, el consuelo era soltar la imaginación, que volase a Roma, y con pensar andaba entre hermanos, el alma se serenaba.

El P. Pablo del Valle escribe al Colegio de Coimbra sus primeras impresiones de la India. A poco de llegar lo destinaron al Cabo de Comorín, y en la ciudad de Cochín encontróse con el Padre Francisco, cuya fama en Portugal y en la India encendía ansias de conocerlo: «¡Quién pudiese declara la gloria que mi alma sintió! No sé cómo lo diga sino por estas palabras tibias: *Vere, vere, vere servus Dei est iste, et nunquam inveni similis illi* (99). Por cierto, hermanos, que no digo hablarle, mas sólo verlo hinche a los hombres de un deseo de servir a Dios tan odorífico, que no se puede declarar.» Bonito testimonio, que traigo como introducción a lo que sigue y ahora nos hace al caso. Llevábale Valle una carta del Padre Simón Rodríguez: «Holgóse mucho de verme; y quiere tanto al Padre Maestro Simón, que no cesaba en hablarme de él, besando muchas veces su carta y su firma; su boca no para de decir: ¡Alabado sea Jesucristo!, con tanto fervor que lo pone a quienes lo oyen» (100). «En Malaca me dieron muchas cartas de Roma y Portugal; con las quales tanta consolación recibí y recibo todas las vezes que las leo, y son tantas las vezes que las leio, que me parece que estoi yo allá o vosotros, charíssimos Hermanos, acá do yo estoy, si no corporalmente, saltem in spiritu» (101). Y va más lejos, a estilo de enamorado: «Para que jamás me olvide de vosotros, por continua y special memoria, para mucha consolación mía, os hago saber que tomé de las cartas que me escrivistes vuestros nombres escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de professión que hize, y los llevo continuamente conmigo, por las consolaciones que dellos recibo. A Dios N. S. doy las gracias primeramente, y después a vosotros, Hermanos y Padres suavísimos, pues os hizo Dios tales que tanto me consolaes llevando vuestros nombres» (102). Y los guardaba mejor guarda-

---

(98) *Epistolae*, I, 172.

(99) Al buen Padre lo arrastró el sonsonete del texto escriturario, y tropezó con la gramática. *Non est inventus similis illi in gloria.* Eccles. 44, 20.

(100) *Documenta Indica*, I, 432.

(101) *Epistolae*, I, 300.

(102) *Epistolae*, I, 330.

dos aun: «Si los coraçones de los que en Christo se aman se pudiessen ver en esta presente vida, creed, Hermanos míos carísimos, que en el mío os veríades claramente; y que si no os conocyésedes, mirándoos en él, sería porque os tengo en tanta estima, e vosotros por vuestras virtudes teneros en tanto desprecio, que por vuestra umildad dexaríades de os ver y conocer en él, y no porque vuestras ymágenes no estén ymprimidas en mi alma y corazón» (103).

Afecto y estima de subidos quilates sobre el cariño natural: nacidos de amor a Dios en sus reflejos: y Javier los creía ver en sus hermanos, sin excepción.

Una de sus grandes consolaciones fué saber la confirmación apostólica de la Orden, «que en mis días vi lo que tanto desseé... Gracias sean dadas a Dios Nuestro Señor para siempre, pues tuvo por bien de manifestar públicamente lo que en oculto a su siervo Ignacio y Padre nuestro dió a sentir» (104). Tan alta pone la santidad de la Compañía, y la obligación que consigo trae, que el remate y compendio de las Instrucciones dadas al Padre Barceo las cifra así: «Os encomiendo sobre todo que os miréis vos a vos mismo, y que os acordéis sois miembro de la Compañía» (105). Porque la ama intensamente, no sufre en ella ni faltas que la enajenen voluntades o la desprestigien, y expulsa sin compasión, a quien desmerece o, sencillamente, a quien no está contento, porque la Compañía es Compañía de amor: «E no recibáis nunca en la Compañía personas de poca sustancia, flacos o para poco; porque la Compañía no necesita sujetos de esa calidad, sino los de ánimo para mucho y de partes aventajadas» (106).

* * *

Este es el retrato de Javier: esbozo rudo más bien, por lo tosco de los pinceles y desmaño del artista. Aun en estos rasguños rompiéndolos, rebasándolos, asoma su espíritu de caballero, su alma de niño, su corazón gigante. Amado de los hombres y de Dios, sembrador impaciente, porque, a semejanza de San Pablo, no sosegaba

(103) *Epistolae*, II, 212.
(104) *Epistolae*, I, 175.
(105) *Epistolae*, II, 160.
(106) *Epistolae*, II, 401.

mientras no viese la tarea cumplida: la tarea de meter a Cristo en aquel mundo pagano. Apóstol y maestro e incitador de apóstoles. No pudo ejecutar sus planes de predicar por sí la Cruzada apostólica en las Universidades europeas; lo que estorbó la muerte, hiciéronlo sus cartas y la fama de su evangelización y milagros: en virtud de ellas, comenzó el torrente inexhausto de misioneros que se lanzaron y lanzan tras sus huellas a sembrar y recoger la mies en los hórreos del Padre Celestial, atando muchas gavillas con guirnaldas de martirio. En el Japón antaño, y en China antaño y ahora: la China que cerró a él sus puertas y que no le permitió entrar, hoy las abre para desterrar los apóstoles. El odio comunista más ateo que los seguidores de Buda y Confucio, y más hábil en el arte diabólico de combatir a Cristo.

C. BAYLE, S. I.

Los viajes de Javier

Fecha memorable la del 7 de abril de 1541. En dicho día, tras largos meses de espera bien aprovechados en aprender y ejercitar la lengua portuguesa, parte del puerto de Lisboa rumbo al Oriente el hombre que por sus viajes y empresas apostólicas conquistará y ganará en buena lid el sobrenombre de Apóstol de las Indias. Me refiero a San Francisco Javier, quien, en la fecha indicada, celebraba el 35 aniversario de su venida al mundo en el castillo de Javier de Navarra, que deberá precisamente su celebridad a que en él naciera y abriera los ojos a la luz del mundo y de la fe el gran misionero indiano.

Cómo ha llegado a la capital y corte portuguesa; sus andanzas anteriores como estudiante en París; su alistamiento entre los discípulos de San Ignacio de Loyola; su ida a Venecia con ánimo de trasladarse a predicar el Evangelio y propagar la fe cristiana entre los gentiles y mahometanos de Tierra Santa; sus entrenamientos apostólicos en los diversos puntos de Italia; su elección providencial para la empresa misionera del Oriente; su mismo viaje desde Roma a Portugal, a pie y caballero en una mula durante «más de tres meses» ocupados en el ministerio sacerdotal, con muchos trabajos en caminos y posadas a la vez que agasajado y regalado por su acompañante el embajador portugués de Roma, cuyos regalos puede sufrir pensando en las penalidades que le aguardan en la India... (1):

(1) Cartas de San Francisco Javier a San Ignacio de Loyola, desde Bolonia a 31 de marzo y desde Liboa a 15 de julio de 1540. *Epistolae S. Francisci Xaverii aliaque ejus scripta* (Epist. Xav.), I, Romae 1944, 30 y 39.

todas estas cosas no interesan aquí. Nuestro modesto trabajo sobre los viajes de Javier, como contribución al Cuarto Centenario de la muerte del Santo, comienza con la salida de Lisboa en el día, mes y año que van en cabeza.

Afortunadamente para nosotros que vivimos en el siglo XX, los veleros y carracas portugueses del siglo XVI no tenían ningún parentesco, ni en comodidad ni en rapidez, con nuestros modernos vapores y acorazados, y mucho menos con los potentes aviones —aunque no sean supersónicos—que hoy surcan el espacio y que en pocos días—cuando no se cuenta por horas—nos trasladan a los más distantes puntos del globo.

Carretas en el mar pudieran decirse aquellas que condujeron a Javier en sus viajes, comparadas con los medios de transporte de que hoy disponemos. Por eso, a varios siglos de distancia, podemos seguirlas paso a paso, sirviéndonos de lo que el Santo dejó escrito en sus cartas y llenando las lagunas con lo que dicen sus biógrafos, o con las relaciones que de parecido viaje hicieron otros misioneros que siguieron la misma ruta e itinerario (2).

* * *

Europa encontró el Asia por medio de Portugal. Desde que en 1498 el navegante Vasco de Gama entró en la India, puede decirse que Portugal comenzó la conquista del Océano Indico, continuada por Albuquerque y seguida por otros marinos y comerciantes lusitanos que, desde Lisboa hasta Nagasaki en el Japón, establecieron una serie de factorías, una sólida cadena que unió al Occidente con el Oriente. La conquista del mar estaba asegurada y con

---

En las citas de las cartas de San Francisco Javier usaremos indistintamente, bien los tomos 67 y 68 de *Monumenta Historica Societatis Jesu*, editados por los Padres de la Compañía G. Schurhammer e I. Wicki, o bien los que con el título de *Documentação para a Historia das Missoēs do Padroado Portugues do Oriente*, Lisboa, I-VII, 1947-1952, publica el P. Antonio da Silva Rego.

(2) Aparte de las cartas del Santo y de otros misioneros de su época, nos sirve de guía la obra del P. FRANCISCO APALATEGUI S. J.: *Empresas y viajes apostólicos de San Francisco Javier*. Madrid 1920. De los biógrafos, seguimos principalmente al P. MANUEL TEIXEIRA S. J. en *Vida del bienaventurado Francisco Javier*. Edit. «El Siglo de las Misiones». Bilbao 1951. En los datos y noticias generales de los viajes a la India durante los siglos XVI y XVII, nos servimos de la versión española de FÉLIX ALFREDO PLATTNER: *Jesuitas en el mar*. Buenos Aires 1952.

ello el comercio de las estimadas especias del Maluco y de los productos exóticos de la India. Le quedaba a Portugal otra tarea más importante aun: la propagación de la fe y la organización de la Iglesia en las costas que sus marinos habían conquistado. También esta labor la llevaron a cabo sus misioneros, y es esta una gloria que nadie podrá regatear al pequeño estado europeo. Lo mismo que para el comercio de las especias, los puertos de Mozambique y Melinde en Africa; Socotora, Ormuz, Goa, Colombo y Malaca en el Océano Indico; Amboino y Ternate en el Pacífico; Macao y Nagasaki en el Mar de la China serán los puntos estratégicos para la estructuración de la Iglesia y para la labor misionera de los portugueses.

Portugal domina en el mar; el interior de los continentes, cuyos contornos van bojando sus naves, no parece interesarle, o mejor aun, no quiere echar sobre sus hombros una empresa imposible de realizar. «Los portugueses en estas partes—escribía Javier a San Ignacio—no señorean sino el mar y los lugares que están a la orilla del mar; de manera que en la tierra firme no son señores, sino en los lugares en que ellos viven» (3). De aquí proviene el dicho: «echad del mar a los portugueses y morirán como peces».

Descubierta la ruta marítima hacia el Oriente, Lisboa llegará a ser la única puerta abierta que allá conduzca, y el Rey de Portugal tendrá la llave de todo el poder secular y religioso. Sin su licencia y beneplácito ninguna embarcación que no sea de la flota real portuguesa podrá surcar los vastos y espaciosos mares africanos y asiáticos; ningún misionero podrá subir a esas naves y trasladarse al Asia sin especial permiso de la Corona portuguesa.

Una sola vez en cada año, alrededor de la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, 25 de marzo, gran parte de los habitantes de Lisboa se dirigía a la ermita de Nuestra Señora de Belén situada cerca de la desembocadura del Tajo. Coincidía la entrada de la estación primaveral con la salida de los galeones que hacían el viaje a la India, a cuya partida asistía el pueblo como en magna procesión a decir adiós y desear un feliz viaje a los que zarpaban. Nunca faltaron entre ellos sacerdotes que, en calidad de capellanes de los barcos o de misioneros destinados a la India, subían a bordo

(3) PLATTNER, *Jesuítas en el mar*, 34-35.

de aquellas *arcas de Noé* que durante largos meses constituirían su mundo y su patria. Por el tiempo en que embarcó San Francisco Javier, los veleros que hacían tan larga travesía no pasaban de 100 a 120 toneladas de desplazamiento. Nada de extraño que toda incomodidad tuviese allí su asiento. A buen seguro que no eran de los peores los camarotes asignados a los misioneros y, no obstante, todas las relaciones de aquel tiempo están acordes en afirmar la indecible estrechez del lugar que se les adjudicaba. Escuchemos a un misionero: «Vivíamos distribuídos en tres camarotes: cuatro Padres en la proa, cinco arriba del timón y dos junto al mástil. De esta manera nos hallábamos alojados con cierta comodidad. Con tal que nos sentásemos en el suelo, teníamos la ventaja de no golpearnos la cabeza contra los tirantes del techo cuando el barco se balanceaba o el mar se embravecía. Hubiera sido un lujo el estar de pie por mucho tiempo o sentarse en un sillón, pues aquí los enanos triunfan sobre los gigantes.» Y otro escribe: «Era alarmante la falta de higiene y la insalubridad de las alcobas, donde la tripulación dormía apiñada entre la mercaduría y el equipaje, como arenques en barril. En estos lugares el techo era a veces tan bajo, que un hombre no podía incorporarse. Cualquier rincón utilizable se destinaba para algún pasajero.»

La compañía que el misionero llevaba en el viaje era de lo más heterogénea que se puede imaginar. Al lado de los capitanes y marineros, de los ricos-hombres y fidalgos portugueses que eran allá destinados con algún oficio, de los comerciantes y traficantes en especias, «iba una chusma salvaje, indómita y dispuesta a toda clase de fechorías». Solía mandarse a la India, o a algunos de los puertos conquistados por Portugal, a los criminales para quienes la horca hubiera sido acaso el mejor premio y galardón de sus travesuras. Buen campo de apostolado para el sacerdote celoso, y más si se tiene en cuenta que se iniciaba el viaje casi siempre en Cuaresma, tiempo de confesiones y de cumplir con el precepto pascual. Debía luchar el misionero contra el vicio de las maldiciones y de la blasfemia, y esto apenas ponía el pie en el barco. «Luego que salimos de Lisboa comenzamos a reprender las blasfemias en los marinos, lo que nos ocasionaba en algunas circunstancias no pocos empujones y malas respuestas...» (4). Un Jesuíta, viajero en uno de estos

(4) Relación del viaje del Hno. Manuel Teixeira en carta dirigida a sus

barcos a la India, resumía así su vida a bordo: «Escuché trescientas confesiones pascuales de mis compañeros de viaje, envié a cuatro de ellos a la eternidad..., celebré novenas... Con la ayuda de Dios suprimí un motín estallado a bordo, libré de la cárcel a un capitán inocente, impedí duelos, reconcilié a muchos enemistados, hice imposible algún asesinato y hasta admití en nuestra Compañía a un joven que me lo pedía con insistencia» (5). Estas o parecidas labores, aparte del cuidado de los enfermos, el prepararse la comida, que era asunto particular del viajero, así como el lavarse cada uno su ropa junto a la borda del navío, consumían el tiempo que duraba el viaje desde la salida de la barra de Lisboa hasta la llegada a Goa en la India.

I. DESDE LISBOA A LA INDIA

(7 de abril de 1541 a 6 de mayo de 1542)

1. *El viaje hasta Mozambique.*—En el *Santiago,* uno de los navíos surtos en el puerto de Lisboa, sube a bordo San Francisco Javier el 7 de abril de 1541. Antes de la partida había recibido de manos de Don Juan III, Rey de Portugal y señor del Patronato Portugués, cuatro Breves pontificios que le daban el nombramiento y los poderes de Nuncio Apostólico del inmenso Oriente lusitano. No era nuncio en la acepción modera de la palabra, con residencia fija y el poder de representar a la Santa Sede cerca de algún gobierno civil. La Nunciatura de Javier consistía en ir a los fieles católicos de Oriente por mandado del Papa, en establecer el primer contacto con otros pueblos, sobre todo con los cristianos separados de Etiopía y con naciones de gentiles. Al mismo tiempo partía como Legado del Papa ante «David, el famoso Rey de Etiopía, y ante todos los Príncipes y Señores de los mares Rojo, Pérsico y Pacífico, en las provincias y lugares de ambos lados del Ganges y allende el Cabo que se ha llamado de Buena

---

compañeros de Coimbra desde Goa, a 15 de noviembre de 1551. *Documentação...*, V, Lisboa, 30 ss.

(5) PLATTNER, *Jesuítas...*, 42.

Esperanza y tierras adyacentes» (6). En esta misión pontificia de Javier ven algunos un motivo para sus numerosos viajes por el Oriente (7).

Del lugar que cupo al Santo en el navío no tenemos exacta noticia. Hemos de creer y suponer no sin fundamento que sería confortable en lo posible. Es el mismo Rey de Portugal quien se preocupa de ello cuando escribe al Veedor de la Real Hacienda, anunciándole la ida del Maestro Francisco (así se le conoce y llama en todos los documentos) y de su compañero Micer Paulo a la India, encargando que prepare embarcación y agasajo para los dos, para Pedro Maldonado que va al cuidado de ellos y dos mozos a su servicio. Le avisa que ordene dar dos vestidos a cada uno, uno para el mar y otro para la India; los libros que crea necesarios; cosas de botica y lo que juzgue conveniente para su mantenimiento (8). De ello, en cierto modo, acusa recibo Javier cuando, escribiendo a San Ignacio antes de la partida, le dice: «Micer Paulo y un otro portugués y yo partimos esta semana a las Indias... Envíanos el Rey muy favorecidos y nos ha mucho encomendado al Visorrey que este año va a las Indias, en cuya nao vamos nosotros, y muéstranos mucho amor, tanto que hasta nuestra embarcación él no quiere que otro entienda si él no, y de las cosas necesarias para el mar ha tomado cargo de proveernos hasta ponernos a su mesa» (9).

Propio es de los viajes las tiernas despedidas; modelo de ellas pudiera ser la que hace Javier a San Ignacio en esta carta, la última que escribió en Europa: «De acá no hay más que haceros saber de cuanto estamos para embarcar. Cesamos rogando a Cristo nuestro Señor nos dé gracia de vernos y juntarnos en la otra vida corporalmente, pues en ésta no sé si más nos veremos, así por la mucha distancia de Roma a la India, como por la mucha mies que allá hay sin irla a buscar a otra parte. Y quien primero fuere a la

---

(6) En J. SCHURHAMMER S. J., *San Francisco Javier. Esbozo de su vida.* Edic «El Siglo de las Misiones», Burgos 1922, 42.

(7) Vid. J. WICKI, S. J., *S. Francisco Xavier; as suas viagem e metodos missionarios,* en BROTERIA, LV, Lisboa 1952, 6.

(8) Lisboa, 14 de febrero de 1541. *Documentação,* III, Lisboa 1950, 24-25.

(9) De Lisboa, a 18 de marzo de 1541. *Epist Xav.,* I, 79 ss. Dedúcese claramente de aquí que la partida estaba fijada para antes del día en que se verificó. El Virrey o Gobernador de la India, en cuya compañía hizo el Santo el viaje, era D. Martín Alonso de Sousa.

otra vida y allá no encontrare al hermano que ama en el Señor, ruegue a Cristo nuestro Señor que a todos allá en su gloria nos junte» (10).

Apenas perdida de vista la barra de Lisboa, comienza para los pasajeros indianos la gran aventura, una lucha larga y dura con el mar, un peligroso juego con la muerte. Solía durar el viaje hasta Goa alrededor de los seis meses; pero esto era cuando las naves salían de Lisboa en marzo. A poco que demorasen la partida, se veían precisados a invernar en Mozambique, no pudiendo llegar a Goa hasta el año siguiente. Tal ocurrió a las naves que formaban la flota en que hizo el viaje el Maestro Francisco. Con dos pinceladas nos describe el Santo el trayecto desde Lisboa a Mozambique: «...partimos a 7 de abril del año 1541. Anduve por la mar mareado dos meses, pasando cuarenta días en la costa de Guinea, así en grandes calmas como en no ayudarnos el tiempo...; los trabajos eran de tal calidad, que yo no me atrevería un solo día por todo el mundo... sino sólo *propter Deum*... Viniendo por el mar prediqué todos los domingos y aquí en Mozambique las veces que podía...» (11). La llegada a Mozambique tuvo lugar a fines de agosto: duró la primera etapa del viaje a la India cerca de cinco meses (12).

Los sufrimientos, penalidades y trabajos que de ordinario acaecían en este trayecto los sintetiza así el historiador P. Valignano: «Los peligros y trabajos que en esta navegación se padecen son muy grandes y espantosos, así por el enfadamento de pasar tanto tiempo en el mar, como por los grandes temores y muchas incomodidades que se pasan. La primera incomodidad es de los lugares y cámaras; porque, aunque las naos son grandes y poderosas, como van cargadas de mercadurías y de gente, y de grandísima quantidad de agoa y mantenimiento, que basten para viaje tan largo, quedan los lugares tan estrechos, que la gente común va toda desacomodada, durmiendo y estando todo el día y toda la noche al sol y al frío en el convés de la nao; y la gente noble tiene unas camaritas tan estrechas y baxas y pequeñas que apenas pueden caber en

(10) *Epist. Xav.*, I, 82.
(11) Mozambique, 1.º de enero de 1542. *Epist. Xav.*, I, 91 ss.
(12) TEIXEIRA, *Vida*, 41.

ellas» (13). Nada, pues, de extraordinario que ya los primeros días y semanas en aquellos barcos inestables fueran penosos para los hombres que, como Javier, eran de tierra adentro, y muy natural de que muy pocos se libraran de pagar su óbolo estomacal al océano y que pronto semejaran, más que hombres, cadáveres ambulantes. Otra de las inmodidades, la segunda que apunta el mencionado historiador, era la de los mantenimientos, que solían consistir en carne de cerdo salada, arroz y bacalao. Se llevaban también aves, pero éstas se reservaban para los enfermos que nunca faltaban, y en número considerable. Pudiera citarse como ejemplo de un viaje con suerte y feliz, además de rápido, el que en 1550 hizo el marino Diego Botelho Pereira, quien, habiendo salido de Lisboa el 23 de marzo, «por haber tenido buenos vientos y no ser difícil el gobierno de la nave, llegó a la India el 20 de octubre. Pues, no obstante, se hace notar en su descripción que sufrieron mucho los tripulantes «por la mucha falta de agua, vino y mantenimientos, y que llegaron a la meta con cuarenta o cincuenta enfermos y siete u ocho hombres fallecidos (14).

Era otra incomodidad la de «los vestidos, que en tan larga travesía se rompen y consumen», lo que hacía que al llegar a la primera escala del viaje parecieran todos mendigos andrajosos (15). Arreciaban los sufrimientos al entrar en la zona ecuatorial, por causa de la falta de viento, o de las *calmerías*, como dice el P. Valignano (16). Cuarenta días escribe Javier que duró su espera en la costa de Guinea. Otro testigo presencial del paso por esta zona asegura: «Nada existe que sea más inestable que el aire, pero aquí el aire es la inestabilidad misma. Hay aquí ahora una calma tan grande que uno se maravilla, y media hora más tarde no se ve ni se oye nada más que tormentas con los más horrendos truenos y relámpagos. Instantes después vuelve la tranquilidad; luego se levanta una tempestad, y así todos los días. Algunas veces el viento es tan impetuoso que todo cuanto podemos hacer es recoger velas. Los mástiles y vergas parecen quebrarse y el barco a punto de hundirse.

---

(13) ALEXANDRO VALIGNANO, S. J., *Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en las Indias Orientales (1542-1564)*. Roma 1944, 10 ss.
(14) *Documentação*, V, 24-25.
(15) VALIGNANO, *Historia*, 12 s.
(16) *Ibid.*, 13.

EUROPA
ASIA
LISBOA
ESPAÑA
ATLANTICO
OCEANO
1541
AFRICA
SOCOTORA
Goa
INDIA
MELINDE
1542
MOZAMBIQUE
OCEANO INDICO
VIAJES DE JAVIER
LISBOA-GOA
7 DE ABRIL DE 1541
6 DE MAYO DE 1542

Ese eterno cambio nos causa más sufrimientos que los mismos temporales...» En esta zona «el calor es tan enorme y agobiador que no parece posible calor más grande. Casi todos los víveres se echan a perder. El agua se pudre y se apesta, llenándose de grandes gusanos. Toda la carne y los pescados se pierden por salados que estén para su conservación. La manteca se derritió y se volvió líquida como el aceite. Las velas de sebo se escurrieron. Las naves se rajaron en la parte no sumergida en el agua. La pez y el alquitrán se deshicieron en todas partes. Fué tan imposible permanecer en la bodega, como es imposible existir en un horno.» Añádase al calor la lluvia, que tanto ayuda a la putrefacción y descomposición de todo: «Los chaparrones son tan peligrosos y pestíferos, que de no lavar uno muy a menudo sus vestidos y secarlos al sol, éstos se le pudren pronto y atraen un sinnúmero de sabandijas y gusanos. Esta es una de las mayores molestias del viaje.» Consecuencia de todo ello, junto con la falta de higiene, imposible de guardar en aquel abigarrado conjunto de hombres, aves y alimentos, la fiebre y la peste con todas sus secuelas. Es un Hermano francés el que escribe, refiriéndose a la zona ecuatorial: «Reinaba en el barco un desorden inimaginable. La gente que vivía apiñada entre las mercaderías vomitaba por acá y por allá, ensuciándose mutuamente... Ya no se oía otra cosa que los gritos y gemidos de los que estaban agonizando por la sed y el hambre; maldecían la hora en que habían subido a bordo y blasfemaban contra su padre y su madre, de tal manera que todos parecían estar fuera de sí y deseperados, por efecto del increíble calor... En esa emergencia la gente robaba, uno al otro, el último trago de agua potable; así que los débiles perecían porque no había quien les ayudara, ni el padre al hijo, ni el hermano al hermano: tan grande era el ansia de cada uno por conservar su vida con un poco de agua» (17).

Este sufrimiento, el de la falta de agua, le considera el mayor de todos el P. Valignano, quien afirma que en gran parte del viaje «es pútrida y hedionda y tenían que poner un lienzo a las bocas de las vasijas para poderla beber» (18). Otro misionero anterior había es-

(17) PLATTNER, *Jesuítas*, 43-47.
(18) VALIGNANO, *Historia*, 13.

crito que «el vino y el agua son de tal calidad, que uno al servirse no debe mirarlos, ni olerlos, ni acercárselos siquiera a la nariz».

Las descripciones de viajes a la India hechos por los misioneros durante los siglos XVI al XVIII demuestran que apenas hubo barco que se salvara de las fiebres de la zona ecuatorial (19). Ya Javier nos lo da a entender en la mencionada carta a sus compañeros de Roma, cuando dice que tomó a su cargo en Mozambique el cuidado y la asistencia de «los pobres dolientes que venían en el armada», con quienes se ocupaba «en confesarlos, comulgarlos y ayudarlos a bien morir». El mismo nos habló antes de sus padecimientos durante la travesía, en la cual se había empleado en los más penosos menesteres y, al decir de sus biógrafos, había cedido en favor de los enfermos el camarote que le ofrecieron, ocupado todo el día en la asistencia espiritual de la tripulación. Eran pasados cuatro meses desde la llegada a Mozambique cuando escribe la primera carta y aun confiesa no poder extenderse en la escritura «por cuanto la enmerdad no lo sufre», y añade que aquel día—1.° de enero de 1542—le «sangraron la setena vez y se halla en mediocre disposición». Tantos y tales fueron los sufrimientos, que sólo por amor de Dios pueden sobrellevarse, decía el Santo, y este amor de Dios y el ejemplo de Javier dieron ánimo a otros muchos misioneros que siguieron sus huellas y sus ejemplos. Pudiera aducirse como prueba la relacion que el primer biógrafo del Santo, el P. Manuel Teixeira, escribía desde Goa a sus compañeros de Coimbra, en la carta arriba citada: «...Los Padres y Hermanos estuvieron algunos días mareados. No habiendo tormentas decía un Padre misa los domingos y días festivos; otro predicaba por las noches; un Hermano era enfermero; tenían los enfermos poco que comer y el Hermano pedía por la nave, y le daban cajas de mermelada y otras cosas necesarias para el sustento; otro enseñaba la doctrina...» (20). Como se ve, el ejemplo de Javier había cundido y las mismas escenas se repetían en todos los viajes.

Los estragos que la peste hacía en la zona de que venimos hablando no se reducían solamente a la marinería y gente plebeya que llenaban los barcos. Con frecuencia eran los misioneros quienes en-

(19) VALIGNANO, *Historia*, 15-16.
(20) *Documentação*, V, 30 ss.

contraban su tumba en el espacioso Océano a causa de las fiebres. El Santo Juan Brito perdió a dos compañeros en el viaje: «Tuve que pasar—dice—por una gran enfermedad en el viaje. La bondad de Dios quiso que me salvase. Mis dos compañeros sucumbieron a la peste. Yo, como único sacerdote a bordo, tuve que soportar el peso del trabajo y de la preocupación. Todo lo tuve que aguantar en ese barco: enfermedad, hambre, sed, frío, tempestades y preocupaciones de toda clase» (21).

Los siguientes datos estadísticos demuestran bien a las claras y muy elocuentemente lo que significaba la primera etapa del viaje a la India, antes de doblar la punta de Africa. A principios del siglo XVIII, cuando los barcos habían más que duplicado el tonelaje y seguridad, respecto a lo que ocurría cuando viajaba Javier, informa un misionero que hubo, después del paso del Ecuador, 200 enfermos, de los que 111 murieron. En otro barco de 300 pasajeros, 70 se hallaban enfermos a la altura de la línea; antes de llegar a Goa murieron 82 (22). Añádase a esta tribulación la que consistía en la falta de médicos a bordo, y que, cuando los había, no conocían generalmente para la fiebre otro remedio que la sangría y las purgas, que frecuentemente aumentaban los dolores y apresuraban la muerte de los pobres apestados.

Pasada la zona ecuatorial o de las calmas, llegaba en algunas semanas la flota al Cabo de las Tormentas, como Bartolomé Díaz, su descubridor en 1486, denominó al Cabo de Buena Esperanza, que dobló Vasco de Gama en 1497. Lo primero que notaban los viajeros, según las relaciones, era un terrible frío que sucedía al calor sofocante de los trópicos. Son muchas las escenas descritas que allí se desarrollaron a causa de los temporales, que en aquella latitud eran impresionantes y que en muchas ocasiones obligaban a los navíos a acercarse a las costas de América y a torcer el rumbo de la navegación. El sabio Jesuíta P. Riccioli decía ya del famoso Cabo que «se hundieron allí tantas naves que la gente denominaba a toda aquella región el cementerio de los barcos». El mismo autor observa como dato curioso y que refleja hasta qué punto convenía tal denominación al Cabo de Buena Esperanza que una nave cons-

(21) PLATTNER, *Jesuítas*, 47.
(22) PLATTNER, *Jesuítas*, 47-48.

truída en Bazaim (India) aguantó el viaje a la India por seis veces, cuando por lo común y generalmente apenas si resistían dos o tres veces tan penosa travesía. Son asimismo elocuentes los datos que apunta el autor que vamos siguiendo: «En los sesenta años comprendidos entre 1580 y 1640, se perdieron setenta de los 323 barcos que habían salido de Lisboa rumbo a la India, sin tener en cuenta los perdidos durante el regreso, apenas un poco menos peligroso. Entre 1579 y 1591 veintidós barcos naufragaron en la travesía de Portugal a la India (23).

Sin mayores dificultades pasamos con Javier el temido Cabo de Buena Esperanza, que lo fué sin duda para nuestro viajero, y henos ya bordeando la costa oriental del Africa bañada por el Océano Indico, testigo de tantas proezas del Santo. Aunque nada en concreto sabemos, fuera de lo general de predicar, confesar y atender a los enfermos, en este trayecto hasta Mozambique, no se crea por ello que el Indico se presentaba al navegante como un balsa de aceite. Que no lo era nos lo dirá, por vía de ejemplo, el misionero P. Trigault, que informa de su paso por aquellas costas: «En la ruta de Mozambique tuvimos que soportar dos fuertes temporales mucho más peligrosos que todos los anteriores. Durante dos noches el viento cambia sin cesar treinta y siete veces en cada una de ellas. Los marinos, que tan a menudo tuvieron que cambiar las velas, acabaron por quedarse sin fuerzas, abatidos y vencidos por la fatiga. La proximidad de los peligrosos escollos aumentó el miedo y la angustia de todos. Cuanto más experto uno era, tanto mayor angustia lo apresaba. El Capitán mismo no pudo contener las lágrimas. Nos confortó algo la circunstancia de que la plomada no tocaba fondo ni a doscientas brazas de profundidad. En aquel instante yo tampoco tenía conciencia de mí mismo; no tenía miedo y permanecía todo el tiempo frío como un guijarro, considerándome indigno de morir en el servicio de Dios...» (24). Un botón de muestra como el que pudieran presentarse muchos.

Por fin, después de cinco meses por el mar, llegamos a Mozambique, escala obligada en la ruta a la India. Este lugar de Mozambique, adonde arribó la flota en que iba Javier a fines de agosto de

(23) PLATTNER, *Jesuítas*, 54-55.
(24) PLATTNER, *Jesuítas*, 57-58.

1541, no se refiere a la vasta comarca del Africa Oriental que comprende todas las posesiones portuguesas del mismo nombre situadas entre el territorio de Tanganica, el Protectorado inglés de Nasalandia, la Rodesia, la Unión Sudafricana y el Océano Indico. La Mozambique santificada con la presencia de Javier durante más de medio año se refiere nada más que a la islita de este nombre, «la más pequeña de todas las islas habitadas del mundo», que por aquel entonces se reducía a un fortín con una pequeña guarnición, bajo el mando de un gobernador que administraba al mismo tiempo las factorías situadas en la costa. «En el puerto natural, que ofrecía buena protección, veinte barcos grandes encontraban buen y seguro tenedero. Era esta la única causa por la que había cobrado tanta importancia ese aburrido sitio, donde para el colmo abundaba la fiebre, debido a su situación en una costa cubierta por exuberante selva virgen. La mortalidad en este cementerio de los portugueses superaba aún la observada en los barcos. Ya Francisco Javier tuvo que enterrar aquí a ochenta de sus 500 a 600 compañeros de viaje. Se lee en un informe: «Es increíble qué cantidad de gente muere aquí en el transcurso de un solo año. No pocas veces sucedió que toda la tripulación y guarnición del fortín, a excepción de muy pocos, fué arrebatada por la muerte de un año a otro.» Se comprende, pues, que todas las flotas trataran de esquivar aquel paraje o salir de él lo más pronto posible cuando los vientos forzaban a entrar en él; pero cuando el viento era contrario, no quedaba otra elección que la de permanecer allí por varios meses hasta que el monzón diese la vuelta.

Cerca de siete se vió precisado a permanecer Javier en aquel inhospitalario lugar, y en bien pocas palabras nos relata él mismo su vida durante tan largo tiempo: el cuidado espiritual y temporal de los enfermos, la predicación cuando la propia enfermedad se lo permite. Oigamos sus palabras escritas después de su llegada a la India: «Antes que pudiésemos pasar a estas partes de la India, llegamos a una isla que se llama Mozambique, donde invernamos cinco naos muy grandes con mucha gente, en la cual isla estuvimos seis meses... En esta ínsula hay un lugar de portugueses y otro de moros de paces. Adoleció mucha gente el tiempo que aquí estuvimos; murieron algunos ochenta hombres. Nosotros posamos siempre en el Hospital con los enfermos, teniendo cargo de ellos. Micer

Paulo y Mansilla ocupábanse *circa temporalia*, y yo en confesar y comulgar de continuo, no pudiendo acabar de cumplir con todos. Los domingos solía predicar; tenía mucho auditorio, por estar el señor Gobernador presente. Era muchas veces importunado de ir a confesar fuera del Hospital, y no podía dejar de ir cuando algún hombre de manera estaba enfermo, o en otra cualquiera necesidad se ofreciese; de manera que no faltaron ocupaciones espirituales todo el tiempo que estuvimos en Mozambique. El señor Gobernador y todos los nobles nos mostraban mucho amor y voluntad, y toda la gente de guerra, y por la gracia de Dios nuestro Señor, con edificación de todos ellos estuvimos en aquella isla por espacio de seis meses» (25).

2. *De Mozanbique hasta la India.*—Desde Mozambique hasta la India necesitaba normalmente la flota portuguesa unas cuatro semanas. La ruta que seguían las naos era, primero, rumbo al Norte, sin alejarse mucho de la costa africana, para torcer después en dirección Este, camino de la India. El barco que condujo a Javier debió salir de Mozambique a fines del mes de febrero del año 1542. Había muchos enfermos a la sazón en Mozambique y, a instancia del Gobernador Martín Alonso de Sousa, quedaron a su cuidado los dos compañeros del Santo, Micer Paulo y Mansilla, mientras que nuestro apóstol partió solo en un galeón para atender en el viaje «a su Señoría, por cuanto él venía mal dispuesto, para confesarlo hallándose en necesidad». Es el mismo Santo quien da noticia de que las otras «cinco naos mediado marzo partieron, de las cuales la principal se perdió; la gente casi toda se salvó; perdióse cerca de tierra; era nao muy rica; traía muchas mercaderías; era nao de 700 toneles y más».

Su viaje lo encontramos descrito en la carta primera desde la India a sus compañeros de Roma: «De Mozambique a Goa pusimos más de dos meses; pasamos por una ciudad de moros...; llámase la ciudad Melinde, en la cual el más del tiempo suele haber mercaderes portugueses.» Un gran consuelo para el Santo ver allí «una gran cruz de piedra, dorada, muy hermosa. En verla Dios nuestro

(25) De Goa, a 20 de septiembre de 1542. *Epist. Xav.*, I, 120.

Señor sabe cuánta consolación recibimos, conociendo cuán grande es la virtud de la cruz, viéndola así sola y con tanta victoria entre tanta morería...». Bajó a la ciudad con motivo de enterrar a uno de los viajeros muertos en el galeón y cambió impresiones con algunos moros.

«De esta ciudad de Melinde—prosigue Javier en la mencionada carta—viniendo nuestro camino para la India, fuimos a dar a una isla grande de 25 ó 30 leguas, la cual se llama Socotora...» Dos veces bajó Javier a la isla y es increíble el cúmulo de datos que aporta sobre sus habitantes, «cristianos al parecer de ellos», sobre sus costumbres religiosas y, sobre todo, de su ignorancia en punto a la religión que se dicen profesar. «Las veces que fuí a estos lugares—prosigue Javier—bauticé muchos muchachos», de lo que se holgaban sus padres y se esforzaban en obsequiar al apóstol con lo poco que tenían. Instábanle a que se quedase entre ellos, y lo hubiera hecho Javier si el Gobernador se lo hubiese consentido. «Y porque a esta isla vienen turcos, y no es habitada de portugueses, y por no me dejar en peligro que me llevasen preso los turcos, no quiso el señor Gobernador que quedase en aquella ínsula de Socotora, diciéndome que me había de enviar a otros cristianos que tienen tanta o más necesidad de doctrina que los de Socotora, donde haría más servicio a Dios nuestro Señor.»

Desde Socotora, isla adyacente a la costa oriental de Africa, cerca de la entrada del Golfo de Adén, partió Javier surcando casi en línea recta el Mar Arábigo hasta llegar a la costa occidental de la India. Las primeras aves marítimas que después de tantos peligros, de tan largos meses de viaje anunciaban la cercanía de la tierra india, causarían sin duda indescriptible alegría entre los pasajeros. Al fin, en un viaje de por lo menos seis meses, los más de siete, ocho y hasta de trece y más como en el caso de nuestro misionero, surgía al frente una franja verde, la costa, y al fondo, a lo lejos, la larga muralla de una alta cordillera de color azul apagado: la India, la tierra de sus ensueños. Pronto se vislumbraba una ciudad, con murallas, torres, astilleros, con palacios e iglesias: Goa, «la Roma del Oriente», la meta del viaje a la India, punto de partida para las misiones de más allá; para Javier, puesto de mando y cuartel general, desde donde dirigirá y librará las grandes batallas contra el paganismo.

Goa, arrancada hacía treinta años a los hijos del Profeta por el gran Albuquerque, con su catedral y convento de Padres Franciscanos, sus iglesias y capillas, era la famosa corte del Oriente portugués, residencia del Gobernador real y sede del venerable obispo Franciscano español, Alburquerque, a la que estaban subordinadas todas las demás tierras, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta las Islas Molucas.

«Llegamos a la ciudad de Goa a 6 de mayo de 1542», escribe Francisco Javier con los primeros barcos que desandan el camino con dirección a Europa. «Loado sea Dios nuestro Señor—exclama—, pues fué servido hacerme tanta merced que navegando por el señorío de los peces hallase a quien su palabra manifestase y el sacramento de la confesión, no menos necesario que en la tierra administrase... Los trabajos de tan larga navegación, cuidado de muchas enfermedades espirituales, no pudiendo hombre cumplir con las suyas, habitación de tierra tan sujeta a pecados de idolatría y tan trabajossa de habitar, por las grandes calmas que hay en ella; tomándose estos trabajos por quien se deberían tomar, son grandes refrigerios, materia para muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la Cruz de Jesucristo nuestro Señor descansan viniendo en estos trabajos, y mueren cuando de ellos huyen o se hayan fuera de ellos...» (26). Así resume Javier todos sus trabajos y penalidades del viaje desde Lisboa hasta la India. Un historiador de la Compañía describe este viaje y refiriéndose a San Francisco Javier dice que «más parecía un grumete de la nao que un hombre de tanto crédito...» y que «la mayor parte del tiempo de esta navegación tuvo por cama una maroma y por cabecera un áncora del galeón» (27).

II. EN LA INDIA

(6 de mayo de 1542 a agosto de 1545)

Los sueños de Javier se han convertido en realidad; la mies se extiende inmensa ante su vista. Y comienza su obra de apostolado. Casi cinco meses, desde su llegada hasta fines de septiembre, dura

(26) Ibid. *Epist. Xav.*, I, 122 ss.
(27) VALIGNANO, *Historia*, 18 ss.

su estancia en Goa. He aquí resumidas sus actividades de este tiempo: «Aquí en Goa—son palabras del Santo—posé en el Hospital; confesaba y comulgaba a los enfermos que allí estaban; eran tantos los que venían a confesarse, que si estuviera en diez partes partido, en todas ellas tuviera que confesar. Después de cumplir con los enfermos, confesaba por la mañana a los sanos que me venían a buscar; y después de mediodía iba a la cárcel a confesar a los presos... Después... tomé una ermita de Nuestra Señora, que estaba cerca del hospital, y allí comencé a enseñar a los muchachos las oraciones, el credo y los mandamientos; pasaban muchas veces de trescientos los que venían a la doctrina cristiana...; habité aquí todo el tiempo que estuve. Los domingos y fiestas predicaba en aquella ermita, después de comido, a los cristianos de la tierra un artículo de la fe; iban tanta gente que no cabían en la ermita. Los domingos iba fuera de la ciudad a decir misa a los enfermos del mal de San Lázaro; confeselos y comulguelos todos cuantos en aquella casa había; prediqueles una vez; quedaron muy amigos y devotos míos...» (28).

En estas ocupaciones estaba cuando, a ruegos del Gobernador, parte a fines de septiembre en dirección al Cabo de Comorín, a 200 leguas de Goa. Allí, en las estériles arenas de la costa de la Pesquería, vivían en unas treinta aldeas los Paravas, pescadores de perlas en su mayoría, quienes, bautizados algunos años antes, no conservaban de cristianos sino el nombre. Antes de partir escribe Javier sendas cartas a sus compañeros de Roma y a San Ignacio contando sus aventuras del viaje hasta la India, sus impresiones de la tierra y exponiendo las necesidades que exigen más pronto remedio: la principal, la escasez de operarios evangélicos. Ha probado ya el Santo lo rudo de la misión, y esto le obliga a decir a San Ignacio que no es aquella tierra «sino para hombres de gran complexión y no de mucha edad; más es para mancebos que no para viejos» (29)

En la Costa de la Pesquería, nuevo campo de operaciones del Maestro Francisco, un arenal solitario, expuesto a los ardores del sol en una extensión como de 200 kilómetros a contar desde el Cabo

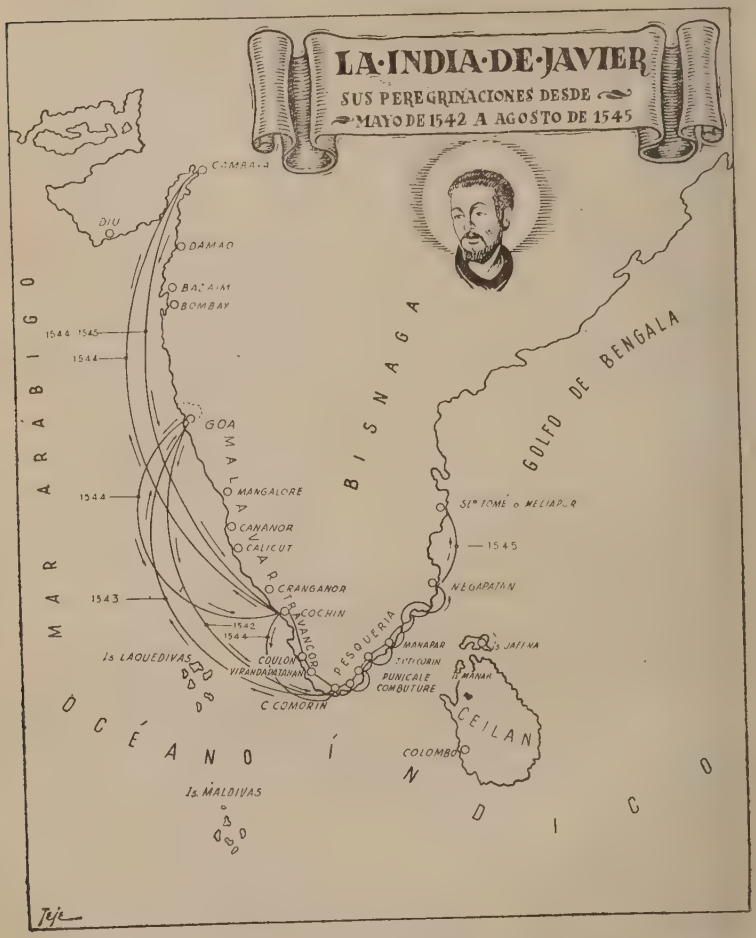
(28) *Epist. Xav.*, I, 126.
(29) *Epist. Xav.*, I, 135.

de Comorín hacia el Norte por la parte oriental de la Península indostánica, entre las selvas de cocos por un lado y por el otro la inmensidad de los mares. Como unas treinta aldeas distribuídas a lo largo de la costa constituían la población, formada de pescadores, entre los cuales—escribe el Santo—«no habitan portugueses por ser la tierra muy estéril en extremo y paupérrima». Tuticorín es el pueblo mayor y principal de la costa; le siguen en importancia Punicale, Manapar, Combuturé y otros (30). El viaje desde Goa a estos parajes no podía hacerse sino por mar, y así lo hizo Javier, acompañado de tres seminaristas naturales de la costa como intérpretes: «llevo conmigo tres de aquella tierra; los dos son de epístola y evangelio; saben la lengua portuguesa muy bien y más la suya natural; el otro no tiene sino órdenes menores». El caso es que a 28 de octubre escribe ya al fundador de la Compañía desde Tuticorín: «Venimos por lugares de cristianos...» que, «por no tener quien les enseñe en nuestra fe, no saben de ella más que decir que son cristianos. En estos lugares, cuando llegaba, bautizaba a todos los muchachos que no estaban bautizados, de manera que bauticé una gran multitud de niños», que «no me dejaban—continua diciendo—ni rezar mi oficio, ni comer, ni dormir, sino que querían les enseñase algunas oraciones». En un pueblo de gentiles reza el Evangelio sobre una mujer parturienta en peligro de muerte; bautízala, la sana, bautiza al niño, a toda la familia después y en seguida al pueblo entero, grandes y pequeños. «Acabado esto vine mi camino para Tuticorín», donde es recibido «con mucho amor y caridad por los de este lugar» (31).

No es de mi incumbencia narrar los progresos hechos por el Santo en la Costa de la Pesquería ni los métodos misionales empleados en la obra de su apostolado. Trato solamente de seguirle en sus viajes allí donde cree que su deber o su celo le reclaman. Por eso me limito a indicar que por espacio de dos años, con muy pequeños paréntesis, permaneció aquí nuestro apóstol, trabajando sin tregua ni descanso, recorriedo sin parar la costa de uno en otro pueblo, primero solo, luego con algunos auxiliares, en pobre vestido talar destrozado, a veces con los pies desnudos sobre la ar-

(30) Comunicaba estos datos el P. Enriquez a sus compañeros de Coimbra, a 6 de diciembre de 1547. En MHSJ, *Documenta Indica*, I, Roma 1948, 225.
(31) De Tuticorín, 28 de octubre de 1542. *Epist. Xav.*, I, 147 ss.

diente arena, sin miedo a los abrasadores rayos del sol, contento con el escaso alimento de los pescadores que «viven de las solas riquezas del mar», por habitación sus incómodas chozas de barro,



por lecho la ardiente tierra, enseñando por doquier a niños y a adultos, asistiendo con especial cuidado a los enfermos, socorriendo o buscando socorros para los menesterosos, dirimiendo contiendas,

animando a los buenos, castigando a los malos como médico y juez, pastor y padre; sin olvidarse de aquellos que como a superior le deben obediencia, a quienes con sus frecuentes cartas enseña, anima, corrige y manda; en una palabra, hecho todo para todos como otro San Pablo.

Como ya hemos dicho, dos años dura la estancia de Javier en la Pesquería, que es donde estricta y propiamente hablando ejercitó el Santo de un modo continuo y estable el cargo de misionero. Al cumplirse el primer año, octubre de 1543, vuelve a Goa, con el fin de unirse a sus dos compañeros Micer Paulo y Mansilla y para buscar recursos para mantener a sus *canacapoles* o catequistas. A su arribo a Goa recibe un gran consuelo: la primera carta de San Ignacio y de sus compañeros de religión, que le comunican la elección del santo Fundador en General de la Compañía y la profesión de todos en manos de éste. Según los biógrafos, Javier hizo la suya en esta ocasión en manos del Obispo de Goa, Fray Juan de Alburquerque. La copia de su profesión y las firmas de las cartas de su superior y compañeros—lo dice el Santo más adelante—le acompañarán siempre, las llevará junto al corazón en sus peregrinaciones.

Esta estancia de Javier en Goa apenas si dura dos meses. A fines de diciembre emprendía el regreso hacia su amada Costa de la Pesquería, esta vez acompañado de Francisco Mansilla, que durante largo tiempo compartirá los trabajos y las alegrías del apostolado. A su paso por Cochín comunica a los compañeros de la Ciudad Eterna en una larga, hermosa e importantísima carta un resumen de sus trabajos del pasado año: primero, trasladar las oraciones en lengua malabar, y después de «sabidas de coro—habla Javier—iba por todo el lugar con una campana en mano reuniendo todos los muchachos y hombres que podía, dos veces al día...»; se sirve de los niños para atraer y enseñar a los mayores, para derrocar y reducir a ceniza los ídolos doquiera que los haya. Tan copiosa y abundante es la mies que «muchas veces—dice—me vienen pensamientos de ir a los estudios de esas partes dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos». Y eso

que—prosigue más adelante—«es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra por donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el credo y los mandamientos y otras oraciones..., con una amonestación que sé en su lengua...; y hay día que bautizo todo un lugar, y en esta costa donde ando hay treinta lugares de cristianos...». Habla de los brahmanes, «la gente más perversa del mundo», y de sus conversaciones con ellos. Y termina diciendo que «son tantas las consolaciones que Dios nuestro Señor comunica a los que andan entre estos gentiles convirtiéndoles a la de fe de Cristo, que, si contentamiento hay en esta tierra, éste se puede decir». Su recreo en medio de tantos trabajos y continuas ocupaciones, pensar, acordarse de su hermanos de la Compañía (32).

Por febrero de 1544 comienza la segunda etapa de la predicación de Javier en la Pesquería. Si de todo el año anterior no conocemos escrito alguno del Santo, a partir de esta fecha su relativamente frecuente correspondencia, sobre todo con Mansilla, nos permite ir siguiendo sus pasos y movimientos como a través de un diario. La mayor parte de sus cartas están fechadas en Manapar, pueblo de la Pesquería, que es donde se desenvuelve los primeros meses de este año. Más adelante, su campo de acción se extenderá también a la otra parte, a la izquierda del Cabo de Comorín, a la costa de Travancor, habitada asimismo por pescadores llamados Macúas, cuyas ciudades o pueblos más importantes son, de Norte a Sur, Cranganor, Cochín, Coulón y Virandapatanán.

Muchos y muy grandes trabajos, dificultades y contradicciones ponen a prueba su espíritu; el mayor sufrimiento, no obstante, que se deja entrever y se adivina en las cartas de todo este año es la soledad: así parece declararlo la insistencia con que habla del consuelo que le proporcionan las cartas que recibe y el deseo rayano en machacón de entrevistarse con su compañero de fatigas apostólicas, Francisco Mansilla. A éste encargó Javier de las aldeas del Norte de la Pesquería, reservándose para sí la región de Manapar y el distrito Sur hasta el Cabo de Comorín.

Sigámosle en sus correrías. La primera carta de las dirigidas a

(32) Cochín, 15 de enero de 1544. *Epist. Xav.*, I, 160 ss.

Mansilla la firma Javier en Punicale a 23 de febrero, de paso para Manapar (33), desde donde a 14 de marzo, sabedor de algunas idolatrías de los neófitos, le aconseja «que os hayáis con esa gente como un padre bueno con malos hijos» (34). «Sobrelleva con paciencia las flaquezas de los cristianos»; así amonestaba en carta un día a Mansilla; pero como al día siguiente le contasen la violencia cometida por un portugués contra un indígena, hirvióle en las venas la sangre de español y navarro y le escribía: «No sé qué hacer sino que no perdamos más tiempo estando entre gente que no tiene cura, y todo esto por falta de castigo... Por no oír estas cosas y también por ir a donde deseo, a la tierra del Preste, donde tanto servicio se puede hacer a Dios nuestro Señor sin tener quien nos persiga, no será mucho que tome aquí en Manapar un tone y me vaya a la India sin más tardar» (35). Y es que le duelen como si fueran hechos a él los agravios que por parte de los portugueses se hacen a los indios cristianos (36).

Como indicamos arriba, es rara la carta en que no demuestre sus deseos de entrevistarse con Mansilla: lo expresa en carta de 8 de abril fechada en Manapar, cuando, entre otras instrucciones, le aconseja y manda que bautice a todo el que no esté bautizado, pues «si el agua no va al molino, el molino no va al agua» (37); lo repite a 23 del mismo mes desde Livar, no obstante que tiene entonces consigo al sacerdote indígena Francisco Coelho, su ayudante por algún tiempo en la Pesquería (38); desde Nar, a 1.° de mayo, manifiesta otra vez el deseo de trasladarse pronto a Punicale, donde está Mansilla, y gozar con su compañía, tanto más que ha estado «cuatro o cinco días con fiebre continua y dos veces sangrando», si bien se encuentra ya mejorado (39). Con fecha 14 de dicho mes le escribe desde Tuticorín: «Dios sabe cuánto más holgaría de estar con vos algunos días, que no de quedarme en Tuticorín; mas como es necesario estar aquí por algunos días para apaciguar esta gente,

(33) *Documentação*, III, 71.
(34) *Epist. Xav.*, I, 191.
(35) De Manapar, a 11 de septiembre de 1554. *Epist. Xav.*, I, 235. El *tone* era una embarcación pequeña de los pescadores Paravas.
(36) Manapar, 27 de marzo; a Mansilla. *Documentação*, III, 77-78.
(37) *Documentação*, III, 86.
(38) *Documentação*, III, 88-89.
(39) *Documentação*, III, 90.

pues es tanto servicio de Dios nuestro Señor, consuélome en estar donde a Dios nuestro Señor más sirva... En acabando las cosas de aquí os iré a ver, porque más deseo estar con vos de lo que os figuráis» (40).

En el mes de junio de este año de 1544 arreciaron los trabajos y los sufrimientos del apóstol, a quien su celo por la gloria de Dios y su amor por los nuevos cristianos hacen que se multiplique sin descanso y sin rendirse a la fatiga. El día 11 escribe desde Virandapatanán (41); el sábado 14 llega a Manapar; de paso por Combuturé le dieron nuevas de que los cristianos de Cabo Comorín están en gran peligro, y el lunes, día 16, parte desde Manapar en su ayuda (42). Las tropas del Naih de Madura, los feroces Badagas en sus caballos veloces como el viento, cayeron de improviso sobre el Cabo de Comorín, saqueando y matando a los indefensos cristianos. En las desiertas rocas del mar, adonde perseguidos se habían refugiado, morían los infelices de hambre y de sed. El camino por tierra estaba ocupado por el enemigo; el viento del Sur imposibilitaba el viaje por mar. El Maestro Francisco quiere visitarles y prestarles auxilio. Hizo cargar de víveres veinte tones o barquichuelos de pescadores y los empujó hacia el tormentoso mar. Pero fué en vano. Ocho días enteros estuvieron luchando él y sus remeros en continuo peligro de la vida con el viento y las olas; mas, por fin, hubieron de volverse. El Santo se fué en seguida por tierra a sus atribulados hijos, sin miedo a los ejércitos enemigos que espiaban por todas partes, y permaneció entre ellos consolándoles y ayudándoles hasta que quiso Dios poner fin a la prueba, haciendo que volvieran grupas los Badagas (43). Dejemos la palabra al Maestro para que nos cuente en la persona de Mansilla lo que estos sucesos hicieron sangrar su corazón y, de paso, veamos y penetremos más hondo en sus prodigiosas actividades: «Os encomiendo—escribe desde Virandapatanán a 23 de junio—que continuamente andéis discurriendo y peregrinando por esta costa de lugar en lugar...; que en ningún lugar estéis de asiento, mas que andéis siempre por todos ellos, como yo hacía cuando ahí estaba y

(40) *Epist. Xav.*, I, 203.
(41) *Documentação*, III, 93.
(42) *Documentação*, III, 94-95
(43) SCHURHAMMER, *San Francisco Javier*, 60.

ahora hago acá por donde ando, sino que al presente estoy sin intérprete, y por aquí veréis la vida que llevo y las pláticas que hago. Bautizo todavía los niños recién nacidos, porque para esto no he menester intérprete, y los pobres sin él me muestran sus necesidades...» Y añade: «Yo me parto para el Cabo de Comorín con veinte tones o embarcaciones de mantenimientos a socorrer a aquellos pobres cristianos que, con miedo de los Badagas infieles y sus grandes enemigos, se metieron en lo alto de la mar y están allá puestos en grande peligro entre las rocas y peñas del Cabo al sol, padeciendo grandísima hambre y sed y muriendo algunos de ellos, que es para tener compasión. Encomendadnos a Dios» (44).

Ocho días después escribía desde Manapar con el resultado del viaje. «Dios nuestro Señor sabe los trabajos que pasé en este viaje. Fuí a socorrer los cristianos con veinte tones, pues están huídos de los Badagas en los arrecifes del Cabo de Comorín, muriendo de hambre y de sed; fueron los vientos tan contrarios que ni a remo ni a sirga pudimos llegar al Cabo. Amansando estos vientos tornaré otra vez y haré lo que pudiere para ayudarlos; es una pena, la mayor del mundo, ver cómo están aquellos cuitados cristianos en tantos trabajos; muchos vienen cada día a Manapar robados y pobres que no tienen qué comer ni qué vestirse...» Encarga se hagan colectas en favor de aquellos pobres infelices y termina su carta: «Ocho días estuve en el mar, y bien sabéis qué cosa es esta en tones con vientos tan fuertes como fueron» (45).

Un mes era pasado desde esta última carta cuando comunicaba a Mansilla haber ido por tierra a Cabo Comorín a visitar y auxiliar a los cristianos víctimas de los Badagas. Cuadro desolador el que describe: hambrientos todos ellos; pobres ancianos sin fuerzas para andar y moverse; muertos abandonados por los caminos; mujeres a quienes llegaba la hora y se veían precisadas a parir en el campo y sin asistencia alguna (46), y lo peor de todo que la desencadenada tormenta no había pasado. Pocos días después aconseja a su hermano de religión tener navíos prestos para lanzarse a la mar con los cristianos, apenas le vayan a visitar los Badagas, de quienes ha recibido noticias que se aprestan a repetir los desmanes y barbari-

(44) *Epist. Xav.*, I, 207.
(45) *Documentação*, III, 96-97.
(46) De Manapar, a 1.º de agosto. *Documentação*, III, 98-99.

dades cometidas en el Cabo en Tuticorín, donde está Mansilla. Su fin principal, el de estos guerreros, es hacer cautivos, por los que más tarde exigirán caros y buenos rescates; de ahí el consejo de Javier de dejarlos el campo libre, porque los indefensos y desarmados Paravas no estaban en condiciones de poder hacerlos frente (47). Y, en efecto, dos semanas después caían los Badagas sobre Tuticorín. El pueblo fué presa de las llamas, y los mismos portugueses que allí estaban, que no sólo los indios, muertos de hambre y de sed, yacían en las islas solitarias en medio del mar donde habían huído con los cristianos, y allí necesitaron del Padre, que fué para ellos el único amigo y salvador. Sus escritos de este tiempo reflejan el sentimiento y preocupación en que le tienen los terribles y luctuosos sucesos de Tuticorín y la suerte que hayan podido correr sus cristianos, a quienes encarga a Mansilla que vaya a socorrer con embarcaciones llevando agua y víveres abundantes (48). A 20 de septiembre se halla el incansable misionero en Tuticorín ocupado en consolar a los Paravas. Tan pobre, solo y falto de consuelo se halla que hasta un cocinero que le haga la comida se ve precisado a pedir a Mansilla que le envíe (49). Nada de extraño que su corazón se sintiese oprimido de dolor bajo el peso de tan dura cruz, aumentado ahora por la ingratitud de los portugueses, a quienes había socorrido y acaso había reprendido ásperamente su conducta con los indígenas en aquellas tristes circunstancias. Esto le obliga a decir, escribiendo a Mansilla, que se encomienda muy de veras «y más que nunca a las oraciones de los niños de Punicale para que nuestro Señor nos socorra, pues en esta tierra no tenemos ahora otro que nos socorra sino El. Confiésoos—añade—que a veces me enfada el vivir y me parece mejor morir por favorecer nuestra santa fe y ley que vivir viendo tantas ofensas de Dios como cada día se ven, sin poderlas remediar; y por no verlas ni oirlas deseé ya irme a tierra del Preste, donde tanto servicio se puede hacer a nuestro Señor sin tener quien nos estorbe ni persiga» (50).

Pero tras la noche tormentosa comienza un amanecer de luz.

(47) *Ibid.* 3 de agosto. *Documentação,* III, 100-101.
(48) De Manapar, a 19 de agosto; de Punicale, a 29; de Alendale, a 5 de septiembre; de Trichandur, a 7; y de Manapar, los días 10, 11 y 12. *Documentação,* III, 102-122.
(49) *Documentação,* III, 123.
(50) De Manapar, a 10 de noviembre. *Epist. Xav.,* I, 242.

Los pescadores Macúas de Travancor, vecinos de los Paravas, pedían misioneros. El Maradjá o Rey de Travancor, oprimido por los Pulas y Badagas, había hecho llamar al gran Padre de los Portugueses, a fin de alcanzar así el auxilio de sus compatriotas. En pago del servicio daba libertad para que se predicase el cristianismo, y Javier parte en seguida para aquel territorio. «Yo me parto para la costa de Travancor...; voy por tierra hasta el Cabo visitando los lugares de los cristianos y bautizando a los recién convertidos...» Conjúranle sus Paravas a que no vaya, y menos por tierra, pues le esperaba una muerte segura de manos de los brahmanes; pero más que el miedo puede en él el celo por la conversión de las almas, y marcha a través de los dominios de sus rabiosos enemigos paganos, confiado en las oraciones de los niños de la doctrina, a quienes se encomienda, «porque con tales ayudas—escribía—no tengo miedo de los temores que me ponen los cristianos de que no vaya por tierra...» (51).

Y parte el apóstol; llega a Travancor, se da a correr de pueblo en pueblo a lo largo de la costa, donde era acogido con júbilo por los pobres pescadores. Ante turbas inmensas proponía los principales artículos de la fe y moral cristianas; hacíales asentir a ellas en alta voz y luego los bautizaba y mandaba destruir los ídolos y los templos en que los veneraban. En poco más de un mes bautizó de este modo casi toda la costa: «más de diez miel almas»—son palabras suyas—. Jamás había visto semejante cosecha. Por eso, a su arribo a Cochín, podía escribir a su compañero de tareas misioneras: «A 16 del mes de diciembre llegué a Cochín; antes que llegase bauticé a todos los macúas pescadores que viven en el reino de Travancor, y Dios sabe cuánto holgara de volver luego para acabar de bautizar los que quedan» (52). Pero no; otra ocupación perentoria se lo impide: otra cosecha mayor aún de almas habían madurado para el cielo. Al Norte de los Paravas, los pescadores Careas de Careapatán y Manar habían abrazado el cristianismo en número de varios centenares. Su soberano el Rey de Japnapatán les intimó

(51) *Ibid. Epist. Xav.*, I, 241. Sobre los peligros que suponía viajar por tierra en aquellos territorios y por aquella época, pueden consultarse las relaciones de los misioneros Juan Núñez, Enriquez y Baltar Núñez en *Documentação*, V, 1951, 6-7; 20-21; 45 ss.

(52) De Cochín, a 18 de diciembre de 1544. *Epist. Xav.*, I, 244.

bajo pena de muerte la vuelta al paganismo. Los buenos neófitos se resistieron con tesón a cumplir esta orden, y por ello, en número de seiscientos cristianos, fueron inmolados en aras de la fe. Un hermano del tirano asesino huyó de la corte y prometía a los portugueses hacer cristiano al país si se le ayudaba a alcanzar el poder. El conocimiento de estas noticias puso alas en los pies de Javier, que abandona la hermosa tarea de la conversión de Travancor por parecerle «que es más servicio de Dios ir donde está el señor Gobernador para negociar el castigo del Rey de Japnapatán. Se entera de que el Gobernador, Martín Alonso de Sousa, está en Cambaya, en la costa occidental, al Norte de la Península Indica, y allá va: «Partiré a Cambaya de aquí a dos o tres días en un catur muy bien equipado; espero tornar muy pronto con todo despachado conforme al servicio de Dios.» Antes de marchar no olvida encargar a Mansilla que visite a los cristianos nuevos de Travancor para que la tarea por él comenzada vaya adelante (53).

A mediados de enero de 1545 está de vuelta Javier en Cochín. Emplea algún tiempo en escribir largamente al Rey de Portugal, Don Juan III, que lo es también de aquellos territorios del Oriente; a San Ignacio, a sus compañeros de Roma y al Superior de Portugal, P. Simón Rodríguez. En estas cartas, de fecha 20 y 27 de enero, resume Javier los resultados de su apostolado en la India y aporta datos importantísimos sobre aquellas misiones. En la carta a San Ignacio insiste sobre todo acerca de la escasez de operarios evangélicos para un campo de siega tan grande y espacioso y, como quien sabe por experiencia los trabajos que allí se pasan y experimentan, insinúa e insiste una y otra vez sobre las dotes corporales y de espíritu que han de adornar a los misioneros que pasen y sean destinados a aquellas partes: «que sean para muchos trabajos corporales, porque estas partes son muy trabajosas, por causa de las grandes calmas, y muchas partes faltas de buenas aguas; son los mantenimientos corporales pocos, y son sólo, sin haber otros, arroz, pescado y gallinas, sin haber pan, ni vino, ni otras cosas de que en esas tierras hay mucha abundancia» (54).

A partir de estas fechas es muy escasa la correspondencia de Javier, no tanto—así creemos—porque no escribiera, cuanto porque

(53) *Ibid. Epist. Xav.*, I, 245.
(54) De Cochín, a 27 de enero de 1545. *Epist. Xav.*, I, 258 ss.

sus escritos no han llegado hasta nosotros. Apenas cuatro cartas en todo el año 1545. Los primeros meses de este año los pasó sin duda misionando como de costumbre en las costas de Travancor, Cabo de Comorín y de la Pesquería. En el mes de abril pasó a Ceilán, donde se detuvo muy poco tiempo (55), y de aquí a Negapatán, lugar donde, con fecha 7 de dicho mes, escribe la última de sus cartas al compañero Francisco Mansilla (56). Cuando aquí llega, viene ya madurando en su espíritu una nueva aventura, una nueva empresa misionera de la que ha anticipado ya alguna noticia en sus cartas a Europa. Allá en el lejano Oriente blanqueaba la mies para la siega. Tres reyes de Macasar, recién convertidos, pedían sacerdotes. A millares suspiraban sedientos por las aguas del Bautismo; y el Islam pugnaba por ganarlos para sí con palabras y con la espada... Por otra parte, le detienen en la India el caso del Rey de Japnapatán, que a la postre no pudo llevarse a feliz término y por permisión de Dios fué más bien un fracaso, y, sobre todo, la defensa y la conservación de los cristianos recién convertidos. Javier duda aún qué camino tomar. Al escribir a Mansilla, lo mismo que en otras ocasiones, le dice que holgara más de verle que de dirigirse a él por escrito, con el fin de informarle ampliamente cómo se ha de haber en la Costa. «Esto os digo—y aquí se ve al Santo en la duda, sí, pero más inclinado hacia lo que supone llevar el nombre de Jesús a nuevos pueblos—, esto os digo, porque no sé hasta ahora lo que será de mí...; en esta vida debemos ser peregrinos para ir a todas partes donde podamos servir más a Dios...» En fin, durante el mes de mayo pensará si se determina o no a ir a Malaca, en cuyo caso se lo comunicará (57).

Para esto, para pensar y meditar despacio sobre la conveniencia de acometer la nueva empresa y aventura, la Providencia le proporciona un alto en sus correrías apostólicas: «En Nagapatán estuve algunos días y los vientos no me dieron lugar para volver al Cabo de Comorín; entonces me vi forzado de ir a Santo Tomé.» Cerca de cuatro meses estuvo aquí el Santo, en Santo Tomé o Meliapur, retirado a solas con su Dios, conversando de cosas divinas

(55) TEIXEIRA, *Vida*, 85; VALIGNANO, *Historia*, 73-74.

(56) Fué despedido más tarde de la Compañía por desobediencia a San Francisco Javier, que le mandaba pasar al Maluco.

(57) En *Documentação*, III, 161-164.

sin cejar en la conquista de las almas (58) y preparándose para su viaje al Oriente. Sí, porque la resolución definitiva no se hizo esperar. Ya a 8 de mayo escribía desde aquí a los Padres de Goa: «En esta santa casa—la de Gaspar Coelho, párroco de Santo Tomé—tomé por oficio ocuparme en rogar a Dios nuestro Señor me diese a sentir dentro de mi alma su santísima voluntad, con firme propósito de cumplirla y con firme esperanza de que *dabit perficere qui dederit velle*. Quiso Dios, por su acostumbrada misericordia, acordarse de mí, y con mucha consolación interior conocí y sentí ser su voluntad el que yo vaya a aquellas partes de Malaca... Estoy tan determinado a cumplir lo que Dios me dió a sentir en mi alma —añade más adelante—que de no hacerlo me parece que iría contra la voluntad de Dios, y que ni en esta vida ni en la otra me haría merced; y si no fueran navíos de los portugueses este año para Malaca, iré en algún navío de moros o de gentiles. Tengo tanta fe en Dios nuestro Señor..., por cuyo amor solamente hago este viaje, que, aunque de esta costa no fuese este año navío ninguno y partiese un *catamarán*, iría *confidenter* en él, toda mi esperanza puesta en Dios» (59).

III. EL VIAJE A LAS MOLUCAS

(Agosto de 1545 a enero de 1548)

Hasta mediados de agosto de 1545 permaneció Javier en su retiro de Santo Tomé. Por estas fechas abandona las costas de la India y emprende el primero de sus grandes viajes hacia el Extremo Oriente, de donde no regresará hasta principios del año 1548: más de dos años en continua brega con las olas del mar y con las que en el mundo nuevo y desconocido que visita levantaban, por una parte, las riquezas y sus inseparables compañeras la codicia y la licencia de costumbres; por otra, la barbarie y la ignorancia en que el Islam tenía postrados a los pueblos orientales. Los viajes rumbo

(58) Aquí trocó de «soldado del mundo en soldado de Cristo» al mercader Juan de Erio, que durante mucho tiempo le acompañó en sus viajes. Narra esta conversación en su carta desde Malaca, a 10 de noviembre de 1545. *Epist. Xav.*, I, 300.

(59) *Epist. Xav.*, I, 292 ss.

a estos pueblos solían comenzar en el mes de mayo, que es cuando soplaban en aquella dirección los vientos, debiendo atravesar en toda su amplitud el Golfo de Bengala y entrando después en el extenso Estrecho de Malaca, en el que la navegación, según las relaciones de entonces, era de lo más difícil que puede darse (60). En él volvían a encontrar los viajeros procedentes de Europa el cinturón ecuatorial de las calmas y tempestades con sus enormes precipitaciones, donde, a veces, un repentino cambio de viento les hacía perder en pocas horas lo que habían ganado en distancia durante varios días de navegación. Estaba este importante Estrecho bajo la fortaleza de la ciudad de Malaca, que más tarde cedió su importancia estratégica a la cercana ciudad de Singapur. El puerto de Malaca tenía la inestimable ventaja de que en cualquier época podían salir o entrar en él los barcos sin dificultad. Sin embargo, con frecuencia debían esperar allí durante bastante tiempo, pues los navíos que procedían del Oriente no podían zarpar rumbo a la India hasta el próximo monzón cuando no llegaban antes de Navidad; desde la India podían llegar dos veces al año.

Tocaba ya a su fin el mes de septiembre cuando Javier arribó por primera vez a Malaca. «Ha mes y medio que llegué a Malaca —escribe desde aquí a 10 de noviembre a sus compañeros de Portugal—, donde estoy esperando monzón para ir a los Macazares» (61). Le ha acompañado en su viaje Juan de Eiro, el comerciante a quien en Santo Tomé convenció con sus predicaciones que sobre las mercaderías terrenas están las espirituales, consistentes en servir a Dios. La ciudad de Malaca, conquistada en 1511 por Alonso de Albuquerque, era la llave del comercio del Oriente y, porque allí se amontonaban las riquezas de todos aquellos países, era a la vez un foco de corrupción y desenfreno. La espera de Javier en Malaca se prolongó por espacio de tres meses; su vida aquí no difiere de la que le hemos visto llevar hasta ahora. Confiesa, predica, enseña las oraciones a los niños; pero su principal y mayor ocupación consiste—son sus palabras—«en sacar las oraciones del latín en lenguaje en que los macazares se puedan entender; es cosa muy trabajosa no saber la lengua» (62). Más tarde confesará cuán

(60) PLATTNER, *Jesuitas*, 68.
(61) *Epist. Xav.*, I, 299.
(62) *Epist. Xav.*, I, 299.

provechoso le fué haber empleado el tiempo en este menester, pues si bien en cada una de las islas del Maluco se usaba lengua distinta, era el Malayo la general que todos entendían (63).

Antes del arribo de Javier a Malaca había partido para Macazar un sacerdote con el fin de tantear el terreno y ver la disposición en que estaba aquel territorio para recibir la enseñanza del Evangelio. Las noticias que llegaban ahora de Macazar no eran nada halagüeñas y, al poco tiempo, vinieron nuevas a Malaca del fracaso de aquella misión. Pero allá lejos, más al Oriente, en la Isla de Amboino, por un conjunto de circunstancias que no nos atañen, habían quedado muchos neófitos en completo abandono. Allí decide ir el Maestro Francisco para tomarlos a su cargo y ver, como Superior que es, las esperanzas que prometía para fundar una misión: «determiné de partir para otra fortaleza del Rey, llamada Maluco, y es la última de todas» (64). En efecto, las Molucas eran el fin del mundo, y Ternate, juntamente con Amboino, el último baluarte del poderío portugués. Más allá de él, los lusitanos no tenían ganas ni fuerzas para emprender nada. Con razón dirá más tarde Javier que «nunca estuvo tan alejado de todo auxilio humano».

Con dirección a las Molucas parte Javier del puerto de Malaca el día de la Circuncisión del Señor, 1.° de enero de 1546. Transponiendo el laberinto de las islas de Sumatra con sus innumerables escollos y piratas, bordeando la de Java por el mar del mismo nombre al Sur de la de Borneo, pasando por delante de Macasar y dejando atrás los mares de Sonda y de Banda, se dirige más al Este hasta dar vista a la Isla de Amboino, donde desembarca a mediados del mes de febrero. Era Amboino, Amboina o Ambueno—que con estos nombres se la designa—una de las Islas Molucas o de la Especería descubiertas por los marinos portugueses en el año 1511. Están situadas estas islas entre las Filipinas, Célebes, Nueva Guinea y Australia y forman un Archipiélago que se divide en dos grandes grupos: el del Norte, que comprende las Islas de Gilolo, Ternate, Tidor y el grupo de las Obi; y el del Sur, al cual perte-

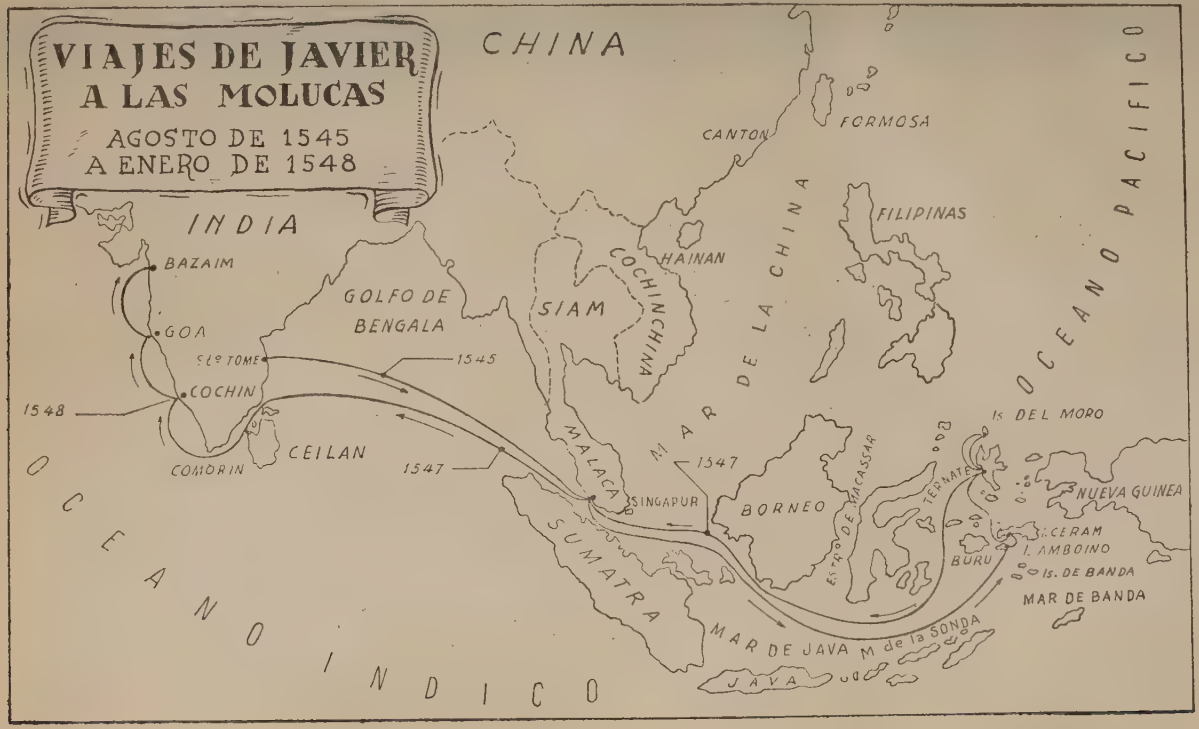
(63) «Cada isla de éstas—escribía el Santo desde Amboino—tiene lengua por sí, y hay isla que casi cada lugar de ella tiene lengua diferente: la lengua malaca, que es la que se habla en Malaca, es muy general por estas partes.» Amboino, 10 de mayo de 1546. *Epist. Xav.*, I, 333.

(64) *Epist. Xav.*, I, 322.

necen las de Burú, Cerám, Amboina y el grupo de Banda. Aun cuando no en extensión, eran las de mayor importancia comercial las de Ternate, Banda y Amboino. A esta última, donde está la capital de las Molucas del mismo nombre que la isla, es a donde primero se dirige San Francisco Javier.

Del viaje hasta aquí, comprendido el trayecto entre la India y Malaca, escribió el Santo: «En muchos peligros me vi en este viaje del Cabo Comorín para Malaca y Maluco, así entre tormentas del mar como entre enemigos. En uno especialmente me hallé en una nave en que venía de 400 toneladas: con viento recio navegamos más de una legua, tocando siempre el timón en tierra. Si llegamos a acertar en todo este tiempo con algunas piedras, la nave se hubiera deshecho, o si hubiéramos hallado menos agua en una parte que en otra, la nave hubiera quedado en seco. Muchas lágrimas vi entonces en la nave...» Y continúa haciendo hermosas reflexiones sobre los peligros del mar para concluir que sobrellevados y padecidos por Dios causan mayor consuelo que los mismos temores de la muerte (65). Pero, como veremos, más que los peligros del viaje, que no asustaban a Javier, serán las dificultades, al parecer insuperables, que esperan al misionero en las Islas Molucas: enormes distancias de isla a isla, el infranqueable matorral de las montañas, el clima insalubre del trópico, la alimentación insuficiente, etc., y más difíciles aún que los sufrimientos corporales las torturas espirituales: el desaliento frente a la falta de disciplina de los portugueses, la inhumana barbarie de los insulares y, sobre todo, el aislamiento en que debía encontrarse en aquella remota y apartada región. He aquí la descripción que al poco tiempo de su llegada hacía Javier sobre su nuevo campo de apostolado. Primero, por lo que se refiere a lo que pudiéramos llamar topografía: «Estas partes del Maluco—dice—todas son islas, sin ser descubierta hasta ahora tierra firme. Son tantas estas islas que no tienen número y casi todas están pobladas; por falta de quien les requiera que sean cristianos dejan de serlo...» Y más adelante añade: «Estas islas son templadas y de grandes y espesas arboledas; llueve muchas veces. Son tan altas y trabajosas de andar, que en tiempo de guerra suben a ellas para su defensa, de manera que son sus fortalezas.

(65) *Epist. Xav.*, I, 326.


VIAJES DE JAVIER
A LAS MOLUCAS
AGOSTO DE 1545
A ENERO DE 1548
CHINA
INDIA
BAZAIM
GOA
S.to TOME
COCHIN
COMORIN
CEILAN
GOLFO DE
BENGALA
1548
1545
1547
1547
SIAM
COCHINCHINA
HAINAN
CANTON
FORMOSA
FILIPINAS
MAR DE LA CHINA
OCEANO PACIFICO
MALACA
SINGAPUR
SUMATRA
BORNEO
Estr.o DE MACASSAR
TERNATE
Is. DEL MORO
NUEVA GUINEA
CERAM
I. AMBOINO
Is. DE BANDA
MAR DE BANDA
BURU
MAR DE JAVA
M. de la SONDA
JAVA
OCEANO INDICO

No hay caballos ni se puede andar a caballo por ellas. Tiembla muchas veces la tierra y el mar...; muchas de ellas echan fuego de sí...» Veamos ahora la pintura y descripción de sus habitantes: «Los gentiles de estas partes son más que los moros; quiérense mal los gentiles y los moros; los moros quieren que los gentiles o se hagan moros o sean cautivos, y los gentiles no quieren ni ser moros ni menos ser cautivos; si hubiese quien les predicase la verdad, todos se harían cristianos, pues más quieren los gentiles ser cristianos que moros...» En punto a costumbres, escribe Javier: «La gente de estas islas es muy bárbara y llena de traición; es más baja que negra, gente ingrata en grande extremo .. Hay islas en las cuales se comen unos a otros... Es tan bárbara esta gente que hay islas donde demanda un vecino a otro (cuando quiere hacer una fiesta grande) su padre, si es muy viejo, prestado para comerlo, prometiéndole que le dará el suyo cuando sea viejo y quisiere hacer algún banquete...» (66).

Pues aquí y con tal compañía inicia el apóstol indiano su obra de evangelización. Primero en Amboino, donde visita, doctrina y conforta a los indígenas de siete pueblos de la isla que vivían huídos en las escarpadas montañas por temor a los musulmanes. Pasa luego a la de Cerám, cuyos poblados más importantes recorre sembrando la semilla de la divina palabra. En el viaje a esta isla ponen los biógrafos de Javier la escena del Crucifijo del cangrejo, aquel que se le cayó o arrojó al mar para calmar una tormenta y a los pocos días un cangrejo sacaba a la playa donde el Santo hacía oración. Al regresar a Amboino se encuentra con la flota portuguesa de Fernando de Sousa, compuesta de ocho navíos, en los que llevaban prisioneros a los supervivientes de la expedición española que, bajo el mando de Ruy López de Villalobos, había venido de Méjico para colonizar las Filipinas. «Fueron tantas—escribe—las ocupaciones espirituales con esta armada, en tres meses que aquí estuvieron, así en continuas confesiones como en predicarles los domingos, y hacer paces, y visitar a los enfermos, confesándolos y ayudándolos a bien morir, que me faltaba tiempo para cumplir con todos, de manera que no me faltaron ocupaciones, así en cuaresma como fuera de ella...» No lo dice el Santo, pero bien podemos suponer el gran consuelo y

(66) *Epist. Xav.*, I, 331-332.

alegría que tuvo al cambiar sus saludos y abrazos con aquellos derrotados españoles, sus compatriotas, entre los que iban cuatro religiosos Agustinos, a quienes especial y encarecidamente recomienda a sus hermanos de Goa que favorezcan, «mostrándoles mucho amor y caridad, porque son personas tan religiosas y santas que todo lo bien agasajado merecen» (67). Con ellos iba también el sacerdote Cosme de Torres, a quien «en la primera vista»—como testificará él más tarde—le ganó para la Compañía y había de ser su compañero en el viaje al Japón (68).

Desde Amboino, donde permanece tres meses corridos (probablemente hasta fines de mayo o principios de junio de 1546), se dirige Javier al Maluco, a la Isla de Ternate, donde durante otros tres meses enseña la doctrina, predica y administra los Sacramentos, ganándose en breve los corazones de todos: «quiso Dios nuestro Señor que en los portugueses de esta ciudad y en la gente natural de la tierra, así cristianos como infieles, en poco tiempo *inveni magnam gratiam coram oculis eorum*»; y consiguiendo con su predicación que «por los playas los niños, y en las casas, de día y de noche, las niñas y mujeres, y en los campos los labradores, y en la mar los pescadores, en lugar de vanas canciones cantaban santos cantares, como el credo, pater noster, Ave María, mandamientos, obras de misericordia, la confesión general y otras muchas oraciones, todas en su lenguaje, de manera que todos las entendían, así los nuevamente convertidos a nuestra fe como los que no lo eran» (69).

Al Nordeste del Maluco, «como a 60 leguas», había una isla o un grupo de ellas, las del Moro, cuajadas de piedras preciosas: almas de hombres que se habían bautizado en gran número, pero que «por muerte de los clérigos que los bautizaron quedaron desamparados y sin doctrina... Eran pasados muchos días que no eran visitados, así por estar muy apartados de la India como por haber muerto los naturales de la tierra un Padre que allá fué». Historias aterradoras contaban al Maestro Francisco sus amigos del Maluco

(67) *Epist. Xav.*, I, 343.
(68) FRANCISCO MATEOS, S. J., *Compañeros españoles de S. Francisco Javier*, en MISSIONALIA HISPANICA, IX, 1952, 347 ss.
(69) Desde Cochín, a 20 de enero de 1548, a sus compañeros de Roma. *Epist. Xav.*, I, 375 ss.

sobre los peligros de muerte que ofrecían a cada paso aquellas islas: «y por ser la tierra del Moro muy peligrosa, por cuanto la gente de ella es muy llena de traición, por la mucha ponzoña que dan en el comer y beber..., muchos de mis amigos y devotos procuraron conmigo que no fuese a tierra tan peligrosa. Yo, agradeciéndoles mucho su amor y buena voluntad, por no cargarme de

miedo sin tenerlo, y más por haber puesto toda mi esperanza en Dios, por no perder nada de ella, dejé de tomar los defensivos que con tanto amor y lágrimas me daban, rogándoles que en sus oraciones tuviesen memoria de mí, que son los más ciertos remedios contra ponzoña que se puede hallar...», y así, dice, «determiné de irme al Moro por socorrer *in spiritualibus* a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios nuestro Señor, deseando conformarme, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de nuestro Redentor, que dice: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam, qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam*; y aunque sea fácil de entender el latín y la sentencia en universal de

este dicho del Señor, cuando el hombre viene a particularizarlo para disponerse a determinar de perder la vida por Dios para hallarla en El, ofreciéndose casos peligrosos, en los cuales probablemente se presume perder la vida, sobre lo que se quisiere determinar, hácese tan oscuro, que el latín, siendo tan claro, viene a oscurecerse; y en tal caso sólo aquél me parece que lo viene a entender, por más docto que sea, a quien Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, lo quiere en casos particulares declarar. En semejantes casos se conoce la condición de nuestra carne, cuán flaca y enferma es» (70).

Déjase ver en estas palabras un vivo retrato del temple y del espíritu que animaba al santo apóstol del Oriente. Cristo le llamaba y él obedecía: nada le importa perder la vida temporal por socorrer la espiritual de su prójimo. Parte Javier hacia las islas del Moro y allí está durante los tres últimos meses del año, visitando de pueblo en pueblo a los abandonados isleños, en la soledad de aquellas selvas primitivas, acaso acechado por los espías del sultán mahometano de Gilolo, los temibles tábaros, «los cuales ponen toda su felicidad en matar los que pueden, y dicen que muchas veces matan sus hijos y mujeres, cuando no hallan qué matar»; rodeado de falsos amigos, privado de todo auxilio humano, pero bañado en torrentes de consuelo. «En pocos años perdería uno allí la vista con tantas lágrimas de consuelo», escribe a los suyos de Roma, y añade: «Nunca me acuerdo de haber tenido tantas y tan continuadas consolaciones espirituales como en estas islas, con tan poco sentimiento de trabajos corporales, andar continuamente en islas enemigas y pobladas de amigos no seguros, y en tierras que de todos los remedios para las enfermedades corporales carecen, y casi de todas ayudas de causas segundas para conservación de la vida. Mejor sería llamarlas islas de esperar en Dios que no islas del Moro» (71). Recuerda de su estancia en estas islas un gran temblor de tierra acaecido mientras celebraba la santa Misa el día de San Miguel: «...tembló tanto la tierra—dice—que tenía miedo que cayese el altar»; y pone una peregrina y curiosa explicación: «por ventura San Miguel, por virtud divina, a los demonios de aquellas partes,

(70) A los compañeros de Europa, desde Amboino, a 10 de mayo de 1546. *Epist. Xav.*, I, 324.

(71) De Cochín, a 20 de enero de 1548. *Epist. Xav.*, I, 379-380.

que impedían el servicio de Dios, los ponía y mandaba que se fuesen al infierno» (72).

¿Pasó San Francisco Javier desde las Islas del Moro o desde el Maluco a Mindanao, y, por lo tanto, puede afirmarse que estuviese el Santo en Filipinas? Así lo creen muchos historiadores, y no sólo Jesuítas, sino también de las Ordenes religiosas que más tarde evangelizaron el Archipiélago Filipino. Sin duda que el Santo tuvo conocimiento y noticias de aquellas islas en sus conversaciones con los Agustinos, con quienes se encontró en Amboino, que le dirían de su arribo a la Isla de Leite, que llamaron *Filipinas* en honor del joven príncipe de España que fué después Felipe II; le contarían las aventuras de la armada de Villalobos desde su salida de Nueva España hasta encontrarse con él; de su estancia en Mindanao, donde predicaron y bautizaron un niño, y de cómo la denominaron *Caesarea Caroli* en memoria del Emperador Carlos V. Todo esto creemos que no lo ignoró San Francisco Javier. ¿Cómo, pues, no iba a hacer algua alusión a su estancia o paso por estas islas? Y, sin embargo, tal alusión no la encontramos en ninguna parte de sus escritos, en los que, por otro lado, señala el tiempo que estuvo en los distintos sitios en que misionó. Me limito, pues, a decir aquí que no consta por las cartas de San Francisco ni por las relaciones de sus contemporáneos que el Santo estuviera en Filipinas; que a mi juicio carecen de fundamento las aseveraciones de los historiadores que lo afirman, y que mientras no se me demuestre lo contrario, no creo que el gran Apóstol del Oriente pisase tierra filipina.

Después de tres meses en las Islas del Moro, y por consiguiente a principios del año 1547, regresó Javier a sus cristianos del Maluco, con quienes permanece hasta terminar la Cuaresma, ocupado de continuo en atender espiritualmente y por igual a los portugueses que allí residían y a los naturales de la tierra. Su celo le lleva a predicar también en la misma corte del Rey de Ternate, mahometano, que le «mostraba mucha amistad, en tanto que los moros principales de su reino se lo tenían a mal». Al final de esta su segunda estancia en el Maluco se muestra Javier satisfecho del «mucho fruto, así en los portugueses y sus mujeres e hijos como en los cristianos de la tierra». En cuanto al Rey o Sultán, «deja—escribe

(72) *Ibid.*, 380.

el Santo—de ser cristiano por no querer dejar los vicios carnales, y no por ser devoto de Mahoma...; porque tiene cien mujeres principales y otras muchas menos principales» (73).

«Acabada la Cuaresma, con mucho amor de todos, así de cristianos como de los infieles», parte el Santo para Malaca. «Cuando me partí de Maluco, por evitar lloros y gemidos de mis devotos, amigos y amigas, en la despedida, me embarqué casi a media noche. Esto no me bastó para poder evitarlos, porque no me podía esconder de ellos; de manera que la noche y el apartamiento de mis hijos e hijas espirituales me ayudaron a sentir alguna falta, que por ventura mi ausencia les podría hacer para la salvación de sus ánimas» (74). He copiado sus palabras para que se vea bien claro lo humano, bondadoso y paternal del corazón de Javier, del que parece dejar una buena parte en el Maluco.

Del trayecto hasta Malaca, dice: «Por la mar no me faltaron ocupaciones, y en unas islas en que hallé cuatro navíos—de portugueses, suponemos—estuve con ellos en tierra 15 ó 20 días, donde les prediqué tres veces, confesé a muchos e hice muchas paces» (75).

Su arribo a Malaca debió acaecer por junio o julio de 1547. Allí se encontró con los Padres Juan de Beira, Ribero y el Hermano Nicolás, con quienes conversó y se consoló durante un mes, hasta que en agosto partieron ellos para el Maluco, adonde iban destinados por el Santo. El, Javier, queda tres meses más en Malaca esperando el tiempo de navegación para la India y, como siempre, dado de lleno a la predicación de la doctrina cristiana, a administrar sacramentos y a dirimir contiendas y rencillas de los portugueses. A esta ocupación se añade otra en los últimos días que está en la ciudad: ha conocido al japonés Angero, que le informa ampliamente de su tierra, y he aquí al Santo pensando y meditando de continuo en la conveniencia de ir allá a predicar la fe. Apenas de regreso en la India escribía ya a sus hermanos de Europa: «Paréceme, por lo que voy sintiendo dentro de mi ánima, que yo o alguno de la Compañía antes de dos años iremos a Japón, aunque sea viaje de muchos peligros, así de tormentas grandes como de ladrones chinos, que andan por aquel mar a hurtar, donde se pierden

(73) *Ibid.*, 383-384.
(74) *Ibid.*, 384.
(75) *Ibid.*, 388.

muchos navíos» (76). La salida de Malaca rumbo a la India debió ser ya entrado noviembre. El día 13 de enero de 1548 desembarca Javier en Cochín.

De esta última etapa del viaje de regreso a la India, o sea desde Malaca, conserva Javier un recuerdo que cree digno de transmitir a sus hermanos de Italia: «En este viaje de Malaca para la India pasamos muchos peligros de grandes tormentas, tres días y tres noches, mayores de los que nunca vi en el mar. Muchos fueron los que lloraron en vida sus muertes, con prometimientos grandes de jamás navegar si Dios nuestro Señor de ésta les librase. Todo lo que pudimos echar en la mar echamos por salvar las vidas...» Mientras tanto Javier permanece sereno. A todos consolaba, alentaba y oía en confesión. Y cuando en las tinieblas y soledad de la noche arreciaba más la tormenta, el apóstol, encerrado en su camarote, postrábase ante la imagen de Jesús Crucificado; tomaba por valedora e intercesora a la gloriosa Virgen nuestra Señora, «pues en el cielo donde está todo lo que a Dios nuestro Señor pide, le otorga»; se encomendaba a todas las jerarquías angélicas, a todos sus hermanos de la Compañía y... «halleme tan consolado en esta tormenta y creo que más de lo que fuí después de ser libre de ella» (77).

IV. EN LA INDIA POR SEGUNDA VEZ

(13 de enero 1548 a 25 de abril de 1549)

Tenemos de nuevo a Javier en la India. Su primera ocupación, apenas descansado de su larga expedición a las Molucas, con todos sus peligros de muerte y sus duros trabajos de apostolado, es dar cuenta a sus hermanos de Europa, a San Ignacio, al Rey de Portugal de los frutos cosechados en tan larga jornada, de las necesidades, tanto de orden espiritual como temporal, que se deben remediar en el Oriente. Esto lo hace en Cochín, donde firma sus cartas a 20 de enero. De estas cartas están tomados la mayor parte de los datos y noticias de su viaje. De Cochín pasó a Goa, de donde hace

(76) *Ibid.*, 390 ss.
(77) *Ibid.*, 393.

ya tres años que está ausente; llega a esta ciudad el día 20 de marzo (78). Nueve días después marcha hasta Bazaim para entrevistarse con el nuevo Gobernador, D. Juan de Castro, que por los días en que el Santo estaba en Meliapur había llegado a la India para suceder a Martín Alonso de Sousa. A los pocos días vuelve Javier a Goa, donde «el Señor Gobernador me mandó que pasara el invierno...»—así escribía el 8 de abril a su amigo Diego Pereira—, «y no he podido menos de obedecer a su Señoría, aunque mis deseos eran de ir a Cochín y de allí al Cabo de Comorín, donde están mis compañeros» (79). Se hallaba el Gobernador enfermo y deseaba ardientemente tener el consuelo de ver a su lado al Santo misionero a la hora de su muerte. El Señor le concedió esta gracia singular y señaladísima. Asistido por el Padre entregó a Dios su alma el día 6 de mayo, el mismo en que seis años atrás pisara Javier por vez primera la tierra de la India. «Dió su espíritu al Señor con tantas muestras de justo—escribía algunos meses más tarde Francisco a San Ignacio—, que a mi juicio voló al cielo, y si no, no sé lo que será de mí» (80).

Después de la muerte del Gobernador y recibido que hubo a los Padres que aquel año vinieron de Europa, que fué a 20 de agosto, marchó el Maestro Francisco a visitar a los cristianos de Cabo de Comorín y a sus queridos pescadores paravas y macúas. Con ellos y ayudando a los misioneros permanece los últimos meses de aquel año. En enero de 1549 fija su residencia en Cochín para allí preparar su segundo viaje al Oriente, esta vez al Japón, idea fija que no ha abandonado desde que tuvo noticias de aquella tierra en Malaca y después de haber conocido al japonés Angero, el cual, venido a la India con otros dos compañeros de la misma nacionalidad, impuesto en la doctrina cristiana y más que suficientemente instruído, ha dejado de ser Angero para llamarse Pablo de Santa Fe y marchar en compañía de Javier para llevar a sus compatriotas la fe de Cristo. Esta idea de la ida al Japón rezuma en todos los escritos del Santo durante la segunda estancia en la India y, cuando

---

(78) Carta del P. Cosme de Torres, 25 de enero de 1549, en *Documentação*, IV, 260.

(79) *Epist. Xav.*, I, 435 ss.

(80) 28 de octubre de 1548. *Epist. Xav.*, I,

la decisión está ya tomada, se lee en casi todas las cartas de los compañeros de misión. Copio con gusto algunos párrafos, en los que, además, se destaca la fama de Javier en la India y el concepto que de él tenían formado sus súbditos.

Desde Travancor y refiriéndose a Javier hace la siguiente pintura del Santo el P. Baltasar Núñez, escribiendo a sus compañeros de Portugal: «Debéis saber que es hombre ni muy bajo ni muy alto...; su andar en buena manera, de modo que no se le siente; su rostro descubierto, los ojos siempre llenos de agua y la boca con sonrisa de pocas palabras que mueven a llorar. Es tanta su fama y ejemplo que por toda esta India se conoce, y aquel que más es su amigo puede decirse más bienaventurado... El Señor obra por él maravillas... Ahora se va al Japón en abril de 1549, que es un viaje de año y medio de camino, lleno de muchos trabajos» (81).

El P. Enriquez, en carta a San Ignacio, dice del P. Maestro Francisco que «aquel dicho de San Pablo, *omnibus omnia factus sum ut omnes lucrifacerem*... él, cuanto puede y *supra quam dici potest* trabaja de lo cumplir. No podré yo por pena escribir a V. R. la fama que el P. Maestro Francisco tiene en la India. Toda la gente tiene al Padre por hombre santo. No está en lugar a do no tenga siempre ocupaciones demasiadas, y tanto que se tiene por dichoso el que le puede hablar...» (82).

Elogios parecidos son los que hace el P. Pablo Camerte cuando se comunica con el Superior de Lisboa, P. Simón Rodríguez: «Del P. Maestro Francisco no tengo palabras para declarar las infinitas mercedes que Dios le hace y el favor y gracia que pone en sus predicaciones. Los jóvenes de ambos sexos, esclavos y esclavas, están perdidos por él... Parece que nos va a dejar por no ser dignos nosotros de tanto bien. Tiene voluntad de ir al Japón...» (83).

En muchos peligros de muerte se vió el Santo, no sólo cuando viajaba por mar, sino también en tierra, por parte de sus irreconciliables enemigos los brahmanes y mahometanos. A uno de estos últimos se refería sin duda el holandés P. Barceo cuando desde Goa escribía a los religiosos de la Compañía en Coimbra: «Se corrió por aquí que había muerto el P. Maestro Francisco, diciendo

(81) De Travancor, a 18 de noviembre. *Documentação*, IV, 1950, 122-124.
(82) De Bombay, a 31 de octubre de 1548. *Documentação*, IV, 86.
(83) De Goa, a 1.º de diciembre de 1548. *Documentação*, IV, 146.

géneros de muertes crueles que le dieron. Hizo esta nueva mucho sentimiento en devotos de esta tierra, que son casi todos, queriendo algunos buscar su cuerpo para lo canonizar, diciendo que aunque les costase treinta mil ducados lo habían de hacer... Mas luego el Señor nos mandó consolar por dos Padres que vinieron del Cabo de Comorín, adonde dexaron al P. Francisco, el cual fué allá rescebido de aquellos cristianos de la tierra con grandísima alegría y fiesta, echando ropas por donde había de pasar y que lo llevaron en brazos a la iglesia. Y de ahí a poco tiempo nos tornó a ver, y luego se fué para Cochín. Esperamos que torne en fin de febrero, porque tenemos por cierto que irá al Japón» (84).

Tan cierto, que ya por aquellas fechas andaba despidiéndose de los Padres misioneros y de los cristianos de la India y a mediados de enero de 1549 escribía a San Ignacio y a los Padres de Portugal anunciando la de su salida y diciendo quiénes serían sus compañeros de viaje: «Partiremos con la ayuda de Dios en este mes de abril de 1549.» Llevará consigo al P. Cosme de Torres, valenciano, «que acá entró en la Compañía»; a Pablo de Santa Fe y a otros dos japoneses que trajo de Malaca. Más tarde agregó a la expedición al Hno. Juan Hernández. En la carta a San Ignacio escribe que «habrá de Goa a Japón mil y trescientas leguas o más», pero no se asusta; por lo contrario, «nunca podría acabar de decir—escribe—cuánta consolación interior siento en hacer este viaje, por ser de muchos y grandes peligros de muerte, de grandes tempestades, de vientos, de bajos y de muchos ladrones: cuando de cuatro navíos dos se salvan, es grande acierto. Yo no dejaría de ir a Japón por lo mucho que tengo sentido dentro de mi ánimo, aunque tuviese por cierto que habría de verme en los mayores peligros que nunca me vi, por cuanto tengo muy grande esperanza en Dios nuestro Señor que en aquellas partes se ha de acrecentar mucho nuestra santa fe» (85). Y al P. Simón Rodríguez de Lisboa le añade: «Espántanse mucho todos mis devotos y amigos de que haga un viaje tan largo y peligroso; yo me pasmo más de ellos al ver la poca fe que tienen, pues Dios nuestro Señor tiene mando y poder sobre las tempestades del mar de China y de Japón, que son las mayores

(84) De Goa, a 13 de diciembre de 1548. *Documentação*, IV, 168-169.
(85) Cochín, 12 de enero de 1549. *Epist. Xav.*, II, Roma 1945, 10-12.

que hasta ahora se han visto, y poderoso sobre todos los ladrones del mar, que hay tantos que es cosa de espanto; y son estos piratas muy crueles en dar mucho género de tormentos y martirios a los que cogen, principalmente a los portugueses. Como quiera que Dios nuestro Señor tiene poder sobre todos éstos, de ninguno de ellos tengo miedo, sino de Dios, que me dé algún castigo por ser negligente en su servicio, inhábil e inútil para acrecentar el nombre de Jesucristo entre las gentes que no lo conocen. Todos los otros miedos, peligros y trabajos que me dicen mis amigos, tengo en nada: solamente me queda el amor de Dios; porque el temor de las criaturas se extiende hasta donde les da lugar el creador de ellas» (86). ¿Loco? Sí, pero con la locura de la cruz y del amor de Dios que no conoce trabas ni dificultades, que no sabe de límites ni fronteras...

V. SEGUNDO VIAJE AL ORIENTE: EL JAPON

(25 de abril de 1549 a 24 de enero de 1552)

Despedido de sus hijos y compañeros y dádoles las recomendaciones y avisos oportunos, el 25 de abril de 1549 embarca Javier en Cochín con rumbo al Japón (87). Treinta y cinco días después, «el último día de mayo», pisaba la tierra firme de Malaca y era recibido «con mucha alegría y contento de grandes y pequeños» de la ciudad. «Trajimos muy buen tiempo—escribe desde aquí el Santo—, sin tormentas que nos dieran enojo y sin que los aquenos nos molestasen.» El día de la Santísima Trinidad, 16 de junio, predica Javier en la catedral de Malaca con motivo de una primera misa, la del P. Alfonso Castro, «cosa que hasta ahora nunca se había visto», y con ésta y otras novedades que escribe el día de la festividad del Corpus, 20 de dicho mes, comunica cómo no habiendo navío de portugueses que vaya al Japón, el Gobernador de Malaca, D. Pedro de Silva, les ha arrendado o alquilado «un junco de un chino

(86) Cochín, 1.º de febrero. *Epist. Xav.*, II, 65.

(87) «Primero que se partiese visitó los Padres y Hermanos todos por las tierras donde estaban. A su despedida todos nos queríamos ir en su compañía...» El P. Baltasar Gago a los hermanos de Coimbra. Goa, 14 de octubre de 1549. *Documentação*, IV, 324.

por nombre Ladrón, gentil, casado, el cual se comprometió a llevarnos al Japón», obligado por el Gobernador a dejar en fianzas su esposa y su hacienda (88). Para D. Pedro de Silva, que no sólo busca la embarcación, sino que además la provee de todo lo necesario con espléndida generosidad y costea el viaje, la estancia de los misioneros en el Japón, la construcción de una capilla, amén de mandar muchos obsequios para el Emperador del Japón, a fin de que no ponga obstáculos a la predicación de Javier, pide éste al Rey de Portugal una merecida recompensa (89).

Por fin, en vísperas de una empresa de la que no se sabe si volverá, se abre Javier y se despide tiernamente de aquellos a quienes se siente tan unido: son San Ignacio y el P. Simón Rodríguez. A aquél, sobre todo, declara Francisco el caudal de motivos sobrenaturales que le impulsa en sus acciones y las «intenciones, voluntades y fines» que persigue con su ida al Japón. Le anuncia, finalmente, que está fijada la salida de Malaca para la víspera o el día de San Juan, 24 de junio, «a vista de la China, sin tomar tierra ni puerto alguno...; dicen los pilotos que del 10 al 15 de agosto del mismo año llegaremos a Japón» (90). Escribía ésto Javier el día 22 de junio de 1549.

Y el día 24 de dicho mes y año, según lo previsto, enfilaba la proa del junco chino la salida del puerto de Malaca rumbo al país del sol naciente. Dejamos la palabra a Javier en la relación de este viaje: «El día de San Juan, en la tarde del año 1549, nos embarcamos para venir a éstas en un navío de un mercader chino gentil, el cual ofreció al capitán de Malaca traernos a Japón; y partidos, haciéndonos Dios mucha merced, dándonos muy buen tiempo y viento, como en los gentiles reina mucho la inconstancia, comenzó el capitán a mudar de parecer en no querer venir a Japón, deteniéndose sin necesidad en las islas que hallaba.» Dos cosas dice el Santo que le causaban profundo sentimiento: ver que no se aprovechaba el buen tiempo y que si se acababa el monzón sería forzoso esperar un año entero en China, y las continuas idolatrías y sacrificios que el capitán y los gentiles hacían al ídolo que llevaban, al

(88) A los Padres de Goa, desde Malaca, a 20 de junio. *Epist. Xav.*, II, 111.
(89) *Ibid.*, *Epist. Xav.*, II, 117-118.
(90) *Epist. Xav.*, II, 145-153.

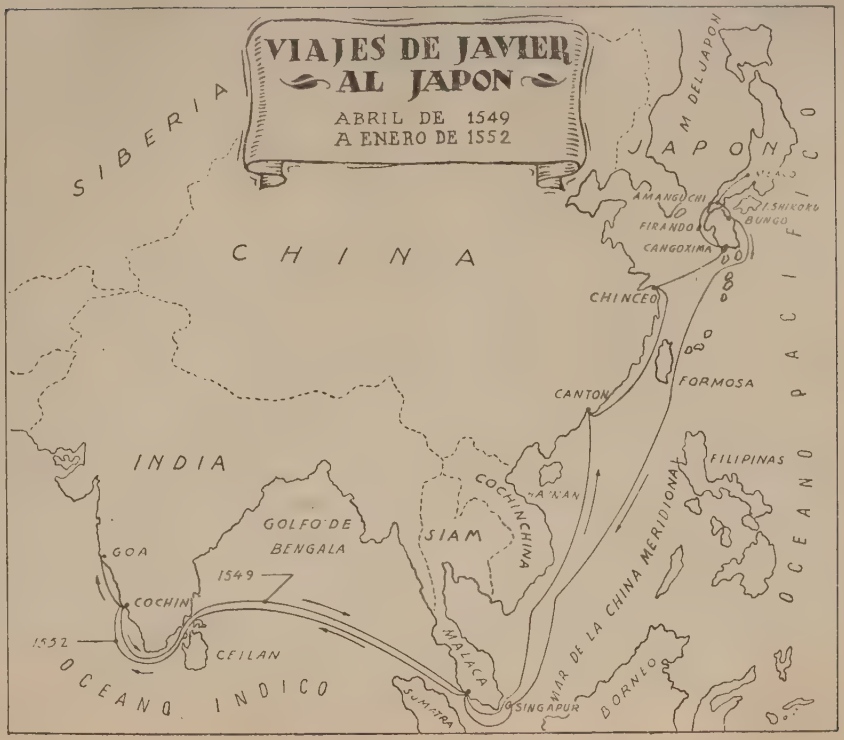
cual consultaban con suertes a menudo si la navegación sería próspera o adversa.

«A cien leguas de Malaca—prosigue el Santo—, camino de la China tomamos una isla, en la cual nos apercibimos de timones y de otra madera necesaria para las grandes tempestades y mares de la China. Después de hecho ésto echaron suerte haciendo primero muchos sacrificios y fiestas al ídolo, adorándolo muchas veces y preguntándole si teníamos buen tiempo o no; y salió la suerte que habíamos de tener buen tiempo y que no aguardásemos más, y así levamos las anclas y nos dimos a la vela todos con mucha alegría, los gentiles confiando en el ídolo que llevaban con mucha veneración en la popa del navío con candelas encendidas, perfumándole con olores de palo de águila, y nosotros confiando en Dios, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su Hijo, por cuyo amor y servicio veníamos a estas partes para acrecentar su santísima fe.»

«Viniendo nuestro camino comenzaron los gentiles a echar suertes y a hacer preguntas al ídolo, si el navío en que íbamos había de tornar de Japón a Malaca, y salió la suerte que iría a Japón, mas que no tornaría a Malaca; y de aquí acabó de entrar desconfianza en ellos para no ir a Japón, sino invernar en la China aguardando otro año. Ved el trabajo que podíamos llevar en esta navegación, estando al parecer del demonio y de sus siervos si habíamos de venir a Japón, pues los que regían y mandaban el navío no hacían más de lo que el demonio por sus suertes les decía.»

«Viniendo despacio nuestro camino, antes de llegar a la China, estando junto a una tierra que se llama Cochinchina, la cual es ya cerca de China, nos acontecieron dos desastres en un día, víspera de la Magdalena [21 de julio]. Siendo los mares grandes y de mucha tormenta, estando surtos, aconteció por descuido la bomba del navío estar abierta, y Manuel China, nuestro compañero, pasar por ella, y al balanceo grande que dió el navío, no pudiéndose tener, cayó por la bomba abajo. Todos pensábamos que era muerto por la caída grande que dió y también por la mucha agua que había en la bomba. Quiso Dios nuestro Señor que no muriese: estuvo gran espacio la cabeza y más de la mitad del cuerpo debajo del agua, y muchos días doliente de la cabeza de una herida grande que se hizo; de manera que lo sacamos con mucho trabajo de la bomba sin dar cuenta de sí en buen espacio de tiempo... Acabando de curarlo, continuando la tormenta grande que hacía, meneándose mucho

el navío aconteció una hija del capitán caer en el mar; y por ser los mares tan bravos no pudimos valerle, y así en presencia de su padre se ahogó junto al navío. Fueron tantos los lloros y voces de aquel día y noche, que era una piedad muy grande ver tanta miseria en las almas de los gentiles y peligros de las vidas de todos los que en aquel navío estábamos. Pasado ésto, todo aquel día y noche sin reposar, hicieron los gentiles grandes sacrificios y fiestas al ídolo, matando muchas aves, dándole de comer y beber; y en las suertes que echaron preguntáronle la causa porque su hijo murió: salió la suerte que no muriera ni cayera en el mar si nuestro Manuel que cayó en la bomba muriera. Ved en qué estaban nuestras vidas, en suertes del demonio y en poder de sus siervos y ministros...» Hace el Santo a continuación atinadas reflexiones sobre las tentaciones del demonio, que se vencen con la confianza puesta en Dios, y continúa: «Tornando ahora a nuestro viaje, amansando los mares, levamos anclas y nos dimos a la vela... y en pocos días llegamos a la China, al puerto de Cantón. Todos fueron de parecer de invernar en el dicho puerto...; nosotros solamente se lo contradecíamos con ruego y con algunos temores y miedos que les poníamos delante, diciéndoles que escribiríamos al Capitán de Malaca, y que diríamos a los portugueses cómo nos traían engañados, y que no cumplían con nosotros lo que prometieron. Quiso Dios nuestro Señor ponerles en voluntad de no quedar en las islas de Cantón, y así levamos las áncoras y fuimos camino de Chinceo [Shanghai?], y en pocos días, con buen tiempo que siempre Dios nos daba, llegamos a Chinceo, que es otro puerto de la China; y estando ya para entrar con determinación de invernar, por cuanto se iba acabando el monzón para venir a Japón, vino una vela a nosotros, la cual nos dió nuevas cómo había muchos ladrones en aquel puerto y que éramos perdidos si entrábamos en él. Con estas nuevas que nos dieron y ver nosotros dos navíos chinceos que estaban a una legua de nosotros, viéndose el capitán en mucho peligro de perderse, determinó no entrar en Chinceo; y el viento era por la proa para tornarnos otra vez a Cantón, y servíanos a popa para venir a Japón; de manera que ni el demonio ni sus ministros pudieron impedir nuestra venida, y así nos trajo Dios a estas tierras que tanto deseamos. Llegué el día de Nuestra Señora de Agosto del año 1549, y sin poder tomar otro puerto de Japón venimos a Cangoxima, que es la tierra de Pablo


VIAJES DE JAVIER
AL JAPON
ABRIL DE 1549
A ENERO DE 1552
SIBERIA
CHINA
JAPON
M. DEL JAPON
AMANGUCHI
FIRANDO
I. SHIKOKU
BUNGO
CANGOXIMA
CHINCEO
FORMOSA
CANTON
INDIA
COCHINCHINA
HAINAN
FILIPINAS
GOLFO DE BENGALA
SIAM
GOA
1549
COCHIN
1552
CEILAN
MALACA
MAR DE LA CHINA MERIDIONAL
OCEANO PACIFICO
OCEANO INDICO
SUMATRA
SINGAPUR
BORNEO

de Santa Fe, donde todos nos recibieron con mucho amor, así sus parientes como los que no lo eran...» (91).

¡Japón! Mundo nuevo y peregrino. Gentes y costumbres raras y extrañas. Nueve años antes habían llegado a aquellas tierras, compuestas por cerca de cuatro mil islas, marinos portugueses. Ahora era Javier, quien, en un pequeño junco chino, sin más compañía de europeos que dos españoles, quiere acometer la conquista para Cristo. Si no lo consigue plenamente, nadie podrá arrebatarle la gloria de haber abierto los surcos y depositado en ellos la semilla de la divina Palabra. De sus gentes, de los japoneses, escribía Javier a los pocos meses de su llegada que «es la mejor hasta ahora descubierta, y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses» (92). Pero sigamos al Santo a través de sus caminos por el Japón.

Desde el 15 de agosto de 1549 hasta el 15 ó 16 de noviembre de 1551 son dos años y tres meses que dura la permanencia de Javier en el imperio del sol naciente. Su intención—lo repite en varias de sus cartas—hubiera sido ir directamente a Meaco o Miyaco, capital entonces del reino nipón. Los vientos le llevaron a Cangoxima, ciudad situada al Sur de la Isla Kiu-Siu, y aquí gasta un año entero en aprender la lengua e ir trasladando en ella las oraciones cristianas, mientras Pablo, el compañero japonés, convierte a la fe a sus parientes y amigos. «Ahora estamos entre ellos—escribía a 5 de noviembre del primer año—como unas estatuas, que hablan y platican de nosotros muchas cosas, y nosotros por no entender la lengua callamos» (93). En carta de la misma fecha al Gobernador de Malaca, después de mostrarle agradecimiento por su generosidad y comunicarle su llegada, lamenta la muerte en su infidelidad del chino Ladrón que les llevó hasta allí en su navío (94).

La relación, bastante detallada, de sus trabajos en el Japón, la encontramos en la extensa carta a sus compañeros de Europa, cuando ya está de regreso en la India y próximos a partir los navíos que han de llevar sus noticias: «En dicho lugar [Cangoxima] es-

(91) De Cangoxima, a 5 de noviembre de 1549, escribiendo a sus compañeros de Goa. *Epist. Xav.*, II, 179-212.
(92) *Ibid.*, 186.
(93) *Ibid.*, 201.
(94) *Epist. Xav.*, II, 228-231.

tuvimos más de un año, ocupado el tiempo en aprender la lengua y en traducir en ella algunas cosas de nuestra santa fe... Cerca de 600 personas abrazaron la fe de Cristo en Cangoxima... Pasado el año, y visto que el señor de la tierra no era contento de que la ley de Dios fuese en aumento, nos fuimos a otra tierra.» Queda en Cangoxima el japonés Pablo de Santa Fe. Javier, en compañía de los dos españoles P. Cosme de Torres y Hno. Juan Hernández, se embarca en septiembre de 1550 y se dirige hacia el Norte de la isla pasando por delante de Nagasaki. Hacen escala en la pequeña Isla de Firando, donde son bien recibidos por el señor de ella, y en pocos días «se hicieron cerca de cien personas cristianas» por la predicación de los misioneros. «En este tiempo—nota Javier—ya uno de nosotros sabía hablar japón, y leyendo por el libro... con otras prácticas que hacíamos se hacían muchos cristianos.» Queda a cargo de los nuevos convertidos el P. Cosme de Torres, y «Juan Fernández y yo—continúa diciendo—fuimos a una tierra... la cual por nombre se llama Amanguchi», donde predican «por muchos días por las calles y plazas y casas», con mucho contento de algunos y con sobra de burlas, irrisiones y escarnios por parte de otros, hasta que, «visto el poco fruto..., determinamos ir a una ciudad, la más principal de todo el Japón, la cual por nombre se llama Meaco». El viaje hasta aquí lo hacen en parte por tierra y navegando otro tiempo por el Mar Interior del Japón. «Estuvimos en el camino dos meses; pasamos muchos peligros en el camino por causa de muchas guerras que había por los lugares donde íbamos. No hablo de los grandes fríos que en aquellas partes de Meaco hace y de los muchos ladrones que hay por el camino» (95).

No quiere hablar Javier; pues dejemos la palabra a su compañero el P. Cosme de Torres, que trae en una de sus cartas la relación de este viaje del Santo desde Amanguchi a Meaco y regreso. «Partióse—dice—el P. Maestro Francisco con el Hermano Juan Hernández de Firado (donde me dejó a mí para tener cuenta con los cristianos que allí había) a fin de octubre, cuando comienzan los grandes fríos de esta tierra; mas ni ésto, ni el temor de la gente no conoscida, ni los muchos peligros y trabajos que había de pasar por mar y por tierra, ni los ladrones que se encuentran en

(95) Cochín, a 29 de enero de 1552. *Epist. Xav.*, II, 254-279.

muchas partes, pudieron tanto con el P. Maestro Francisco que le estorbasen el tomar este camino, en el cual por espacio de cuatro meses que gastaron discurriendo por muchas partes de la tierra, padescieron tantos trabajos que mal se pueden entender; porque muchas veces pasaron por debajo de las cubiertas de las barcas por no ser conoscidos y otras muchas fueron por mozos de espuelas con algunos caballeros, corriendo al galope por no errar el camino, llegando muchas noches a las posadas muertos de hambre y de frío, mojados, sin hallar en ellas ninguna consolación; y muchas veces por las grandes nieves y fríos se les hinchaban las piernas, y resbalando por la aspereza del camino, y llevando su hatillo a cuestas, caían con él; y en los lugares y ciudades adonde llegaban eran apedreados muchas veces de los muchachos por las calles y plazas; y finalmente, en cuanto iban por tierra, siempre caminaban a pie, cargados con su hatillo, y muchas veces descalzos, pasando por muchos y grandes ríos con tamaños fríos...» (96).

Llegaron a Miyako nuestros viajeros a principios del año 1551. Trabajan lo indecible e importunan para entrevistarse con el Rey y pedirle licencia para predicar la buena nueva, pero cuando se percataron de que tal entrevista es imposible de lograr y de que «se esperaba mucha guerra... y que no estaba pacífica la tierra para manifestarse la ley de Dios», decide Javier desandar el camino, que supone otros dos meses de peligros y sufrimientos.

Al regreso de Miyako, y antes de entrar de nuevo en Amanguchi, dirigióse Javier a la Isla de Firando con el fin de recoger los obsequios traídos de Malaca para el Rey del Japón y unirse al P. Cosme de Torres que allí había quedado. Juntos los tres españoles, van a Amanguchi por marzo o abril de 1551, obsequian con ricos presentes al señor de la tierra y reciben en cambio no sólo licencia y permiso para predicar la doctrina cristiana, sino también «un monasterio a manera de colegio para que estuviesen en él» (97).

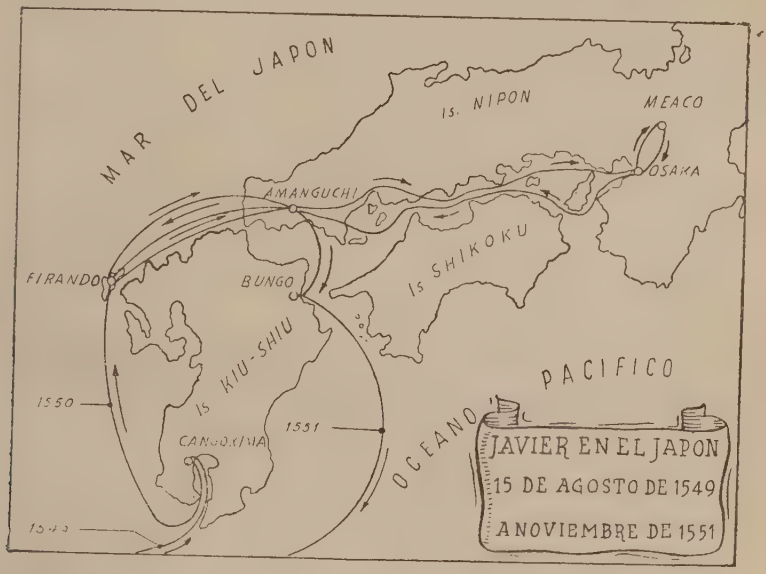
Alrededor de cinco meses duró la predicación del embajador de Cristo, Francisco Javier, en Amanguchi. Su labor aquí pudiera resumirse en las palabras que más adelante dirigiera a San Ignacio y

---

(96) VALIGNANO, *Historia*, 173-174.

(97) Sobre la estancia de Javier en Yamaguchi o Amanguchi, descripción del Japón de aquel entonces, etc., cf. MOISÉS DOMENZAIN, S. J., *El Japón, su evolución, cultura, religiones*. Madrid 1942, 23-65.

al P. Simón Rodríguez sobre las cualidades, dotes y virtudes de que debían estar adornados los misioneros destinados al Japón: «Han de ser más perseguidos de lo que piensan...; importunados de visitas y preguntas a todas las horas del día y parte de las de la noche y llamados a casa de personas principales, de lo que no se puede excusar; no han de tener tiempo para orar..., ni para ningún recogi-



miento espiritual; no pueden decir misa...; para rezar su oficio les ha de faltar tiempo y aun para comer y dormir. Son muy importunos, principalmente con estranjeros, que los tienen en poca cuenta y siempre hacen burla de ellos...; han de pasar grandes fríos; no hay que comer sino arroz... Y la mayor prueba de todas es los continuos y evidentes peligros de muerte» (98). Para soportar todas estas calamidades, indica al P. Simón Rodríguez la conveniencia de que «los que allá han de ir, allende de tener mucho espíritu, es necesario que tengan grandes disposiciones y recias complexiones» (99).

(98) A S. Ignacio. De Cochín, a 29 de enero de 1552. *Epist. Xav.*, II, 288.
(99) De Cochín a 30 de enero. *Epist. Xav.*, II, 297-301.

Estando en Amanguchi recibe Javier una carta del principal de Bungo, ciudad al Nordeste de la Isla Kiu-Siu; en ella le ruega que se traslade a Bungo, «porque había llegado una nave de portugueses a su puerto y le importaba hablar con él». Deja el Santo en Amanguchi al P. Cosme y al Hno. Hernández y se dirige él a Bungo, donde fué agasajado por el señor de la ciudad y grandemente consolado con la presencia de los portugueses. Acaecía esto a fines de septiembre de 1551. Llegan noticias hasta él de la lucha civil que se ha desencadenado en Amanguchi y sufre y pena Javier por la suerte que pueden correr sus dos compañeros. Le tranquiliza la promesa del Duque de Bungo de que los favorecerá y velará por ellos. «De Bungo—escribe, sin ir a Amanguchi y, por consiguiente, sin poderse despedir de los dos misioneros, sus compañeros de apostolado en el Japón—, determiné venir a la India en una nave de portugueses, para verme y consolarme con los Hermanos de la India y para llevar Padres de la Compañía a Japón, tales cuales la tierra los requiere» (100).

Partió del Japón el Santo a mediados de noviembre de 1551. Con fecha 24 de diciembre escribe desde Singapur al P. Superior de Malaca diciéndole que hace treinta y nueve días que salió del Japón y anunciándole la próxima llegada a aquella ciudad, donde arribó a los tres o cuatro días (101). Es recibido aquí con grandes muestras de júbilo y apenas si se detiene para instruir a sus súbditos sobre lo que han de hacer en su ausencia, y «porque estaban ya las naos a pique de partirse, se tornó luego a embarcar para la India» (102). Nada en concreto nos dice de este último viaje; eso sí, apunta la fecha de su llegada a la India: «Llegué a Cochín a 24 de enero de 1552, donde fuí recibido por el señor Virrey con mucho agasajo.»

VI. LOS ULTIMOS DIAS DE JAVIER EN LA INDIA

(24 de enero a fines de abril de 1552)

«Porque llegué a Cochín en tiempo que las naves estaban para partir, y las visitas de los amigos eran tantas, que me interrumpían

(100) De la carta de Cochín de 29 de enero a los compañeros de Europa. En ella condensa Javier toda su labor en el Japón. *Epist. Xav.*, II, 254-279.
(101) *Epist. Xav.*, II, 239-240.
(102) TEIXEIRA, *Vida*, 175.

el escribir, va esta carta escrita muy deprisa, las cosas no puestas por orden y las razones faltas; recibidme la voluntad. De Japón hay tanto que escribir que sería nunca acabar...» Así se expresaba Javier al final de la larguísima carta dirigida a sus hermanos de Europa, apenas puesto el pie en la India esta tercera vez (103). Más doloroso para su corazón que todos los trabajos de sus peregrinaciones son las faltas de disciplina religiosa que encuentra a su regreso, lo que le obliga a decir escribiendo al P. Simón Rodríguez: «Nuestro Señor sabe cuánto siento verme forzado a despedir algunos de la Compañía; y lo que sobre todo siento que los que tenía por pilares muy fijos, hállolos muy diferentes de lo que pensaba: Dios nuestro Señor sabe si siento más algunas cosas que acá hallo, de lo que siento los trabajos que tengo pasados en este camino... (104). Y al P. Pablo Camerte de Goa le escribe: «Pensaba hallar acá algún consuelo después de los muchos trabajos que tengo llevados, y en lugar de consuelo hallo trabajos que asaz me atribulan, como son demandas y desavenencias con el pueblo que causan poca edificación. En cuanto a la obediencia, me parece, a lo que tengo alcanzado después de que llegué, que hay poca o ninguna: loado sea Dios por todo» (105).

Corría el mes de febrero cuando el Santo pasó de Cochín a Goa. Nos describe su llegada un testigo presencial: el P. Manuel Teixeira, primer biógrafo de San Francisco Javier y a la sazón novicio en aquella ciudad. «Después de desembarcado, antes que fuese a nuestro Colegio, fué primero a visitar los hospitales y los demás religiosos de la ciudad, como acostumbraba él a hacerlo. Después de esto se vino a casa, donde estaban los Padres y Hermanos esperándole a la puerta con grandísimo deseo de verle, y llegando a ellos los abrazó a todos con el amor, caridad y afabilidad acostumbrada.» Hace a continuación el P. Teixeira un acabado retrato del Santo y añade: «Tenía muy particular cuidado de los enfermos..., como mostró luego que allí llegó, porque luego que acabó de abrazar a los Hermanos, preguntó si había enfermos en casa. Respondiéndole que sí, los fué luego a visitar, antes de entrar en su aposento... En esta su llegada a Goa fué visitado de mucha gente de

(103) Cochín, 29 de enero de 1552. *Epist. Xav.*, II, 279.
(104) Cochín, 30 de enero. *Epist. Xav.*, II, 297-301.
(105) De Cochín, 4 de febrero. *Epist. Xav.*, II, 310 ss.

aquella ciudad por la mucha devoción y amor que todos le tenían, los cuales él recibía con mucha afabilidad y comedimiento, yéndolos (luego que le llamaban) a hablar; de manera que algunas veces dejó seis o siete veces de rezar una de las horas que había comenzado por ir a recibir y hablar a los que le venían a buscar, y otras tantas veces la tornó a comenzar, con tanta devoción como si hasta entonces hubiera estado en oración» (106).

Los dos meses que estuvo en Goa los aprovechó el Santo en dejar ordenadas y previstas las cosas de la Compañía, en destinar misioneros, recibirlos a todos, dar pláticas espirituales e incluso en dejar asegurada la sucesión de los Superiores (107); pero, sobre todo, se dedicó a preparar el postrero de sus viajes. Este, el último de sus viajes al Oriente, lo tenía ya planeado Javier antes de regresar a la India. Mientras navegaba del Japón a Malaca en la nave de su amigo Diego Pereira, una nueva idea había germinado en su mente, había concebido en su alma un plan grandioso. Un mensaje del Rey de Portugal al Rey de la China sería bien recibido en Cantón. Con el embajador que llevara el mensaje iría él como mensajero de Cristo. De aquí que apenas llegado a la India escribiera a San Ignacio: «Si acá en la India no hubiere algunos impedimentos que me estorbaran la partida, este año de 52 espero ir a la China por el grande servicio de Dios nuestro Señor que se puede seguir así en la China como en Japón; pues sabiendo los Japones que los Chinos reciben la ley de Dios, han de perder más presto la fe que tienen en sus sectas» (108). Apenas transcurridos dos meses desde que esto escribiera se dirige de nuevo por carta al Santo Fundador, y en ella el «hijo menor en destierro mayor»—que así se firma— le dice: «Dentro de seis días, si Dios quiere, tres de la Compañía... partiremos para la China» (109).

Todo estaba listo para el viaje. El Gobernador se había mostrado propicio para la embajada, y no sólo dado un mensaje en nombre del Rey de Portugal para el de la China, sino que también había prestado su ayuda para todo con gran entusiasmo y magnanimidad. El embajador, por indicación de Javier, será Diego Pereira, quien,

---

(106) TEIXEIRA, *Vida...*, 178
(107) *Documentação*, V, 132-133.
(108) Carta de 29 de enero. *Epist. Xav.*, II, 291 ss.
(109) En Goa, a 9 de abril. *Epist. Xav.*, II, 371 ss. Es ésta la última de las cartas de Javier a San Ignacio.

además de la nave, ofreció para la empresa toda su hacienda. Lo comunica Javier al Rey de Portugal poco antes de la partida: «...escribo de Goa, estando para partirme a la China con un Hermano de la Compañía y con Diego Pereira que va a aquellas partes por embajador de V. A., con un gran presente de ricas piezas, y entre ellas una que no tiene precio y que nunca le fué enviada de ningún rey ni señor, que es la fe de Jesucristo nuestro Redentor, presente que V. A. le envía, que si él lo conociera lo estimara más que ser rey de la China tan poderoso como es... El embajador va a asentar las paces entre V. A. y el Rey de la China; nosotros, siervos de V. A., vamos a pregonar la guerra entre los demonios y aquellos que los adoran...» (110).

«Poco antes de la partida—escribía el Rector de Goa—no dejaba de hacer alguna plática espiritual todas las noches. Nombró Provincial al P. Gaspar Barceo, dándole todos sus poderes, y fué el primero en postrarse ante él de hinojos y darle la obediencia. Hecho esto y después de despedirse de sus hermanos de religión con una fervorosa plática, exhortándoles a perseverar fieles a su vocación con profunda humildad y, sobre todo, con pronta y rendida obediencia, les abrazó a todos con lágrimas en los ojos y se embarcó en el puerto de Goa el jueves de la semana de Pasión (feria 5.ª de Endoenças) (111). Hizo la acostumbrada escala en Cochín, donde, a 24 de abril, escribe los últimos avisos y disposiciones para el Padre Barceo (112) y, cumplidas todas sus obligaciones, se embarca en el navío «Santa Cruz», de Diego Pereira, que le conducirá a la meta de sus anhelos.

VII. RUMBO A LA CHINA

(Abril a Diciembre de 1552)

En poco más de un mes recorre Javier por quinta y última vez los cuatro mil doscientos kilómetros que separan a la India de Malaca. Sus oraciones apaciguan en este viaje una gran tempestad, y cuando en el mar renace la calma anuncia a sus combarcanos que

(110) Goa, 14 de abril de 1552. *Epist. Xav.*, II, 352.
(111) *Documentação*, V, 236-239.
(112) *Epist. Xav.*, II, 437-443.

otra tormenta no menos grande les espera en la ciudad a que se dirigen: la peste está haciendo estragos en Malaca (113). Llega a esta ciudad en la primera quincena de junio. Cuando seis semanas después salía de este puerto con dirección a la China, dejaba devorados allí los sinsabores más grandes y amargos de toda su vida. Así lo confesaba el Santo escribiendo desde Singapur al Superior de la India, P. Barceo: «No podríais creer cuán perseguido fuí en Malaca...» (114). ¿Qué le había ocurrido?

Don Alvaro de Ataide había logrado el mando de la flota y del puerto. La envidia se apoderó de él al saber que Pereira iba como embajadador del Rey a la China, y en uso y abuso de sus facultades le prohibe seguir adelante, sin que puedan nada para ablandar su corazón las súplicas de Javier, quien, a trueque de ellas, recibe los más groseros insultos y es objeto de las más burdas calumnias y persecuciones por parte de los secuaces de Ataide (115). Ni el temor al castigo del Rey de Portugal, ni las mismas excomuniones del Papa con que el Santo le amenazó lograron intimidar al impío don Alvaro: el Padre podía marchar, pero Pereira debía quedarse. El sentimiento y angustias de Pereira debieron destrozar el noble y sensible corazón de Javier, que sin salir aun de la ciudad escribe a su querido amigo: «Pídole que no venga donde yo estoy por no acrecentar la pena que tengo; pues de nuevo se acrecientan mayores tristezas acordándome que yo os arruiné; y me voy a la nave para estar allí, para que no me vean en casa los hombres con lágrimas en los ojos, diciéndome que yo os perdí; y si mi intención no me salvara, de pena moriría...» Se firma en esta carta: «vuestro triste y desconsolado amigo» (116). Agotados todos los recursos para ganar el obstinado ánimo de don Alvaro de Ataide, cuando Javier se ha convencido de que todo es en vano y que, por lo tanto, se venían a tierra todo sus planes, se suspendía la embajada y China seguiría cerrada a la luz del Evangelio y sin esperanza alguna en lo humano, se decide a marchar él solo; pero antes, usando de su potestad de Nuncio Apostólico, lanza la excomunión contra don Alvaro de

(113) TEIXEIRA, *Vida...*, 202 ss.
(114) A 21 de julio de 1552. *Epist. Xav.*, II, 470.
(115) *Procesos varios de la vida, virtudes y milagros de San Francisco Javier*, en FERNANDO MARÍA MORENO, S. J., *Cartas y Avisos espirituales de San Francisco Javier*, Madrid 1944, 439 ss.
(116) Malaca, 25 de julio. Epist. Xav., II, 467-468.

Ataide por impedir aquella jornada (117). Más tarde, incluso ordenará al P. Francisco Pérez, Superior de Malaca, que abadone aquella ciudad por haber resistido a la gracia de Dios y haberse hecho complice de la inicua conducta de don Alvaro (118).

En la nave de Diego Pereira y con tripulación de don Alvaro de Ataide parte Javier hacia mediados de julio del puerto de Malaca con dirección a la China. El día 21 de dicho mes escribe al P. Barceo desde el Estrecho de Singapur: «Yo voy a las islas de Cantón desamparado de todo favor humano, con la esperanza de que algún moro gentil me llevará a la tierra firme de la China..., porque la embarcación que tenía para ir a tierra firme impidióla Don Alvaro forzosamente...; Alvaro Ferreira va conmigo y Antonio China...; ambos están enfermos de fiebre, que llevo mayor trabajo y cuidado con ellos de lo que podía escribir...» (119). Al día siguiente y desde el mismo lugar comunicaba a Diego Pereira, a quien le es imposible olvidar: «La pena que de vos llevo... y la memoria que continuamente tengo de ver que quedáis en tierra tan insana, me hace tener más cuidado de vuestra merced... Todos en esta nave por su respeto me hacen mucha honra y merced, dándome lo necesario muy en abundancia, así para mí que voy sano como para los enfermos que de ahí embarqué, los cuales por la misericordia de Dios se van siempre hallando peor; Dios sabe los cuidados y trabajos que me dan: loado sea Dios por todo en los cielos y en la tierra...» No olvida el Santo que, aun desbaratada la embajada a la China, debe a Pereira la nave en que viaja y que uno de los fines de la embajada era rescatar a los portugueses cautivos de los chinos, y añade: «Si Dios me llevase a la China, como espero que me llevará, yo diré a los portugueses la obligación en que están para con vuestra merced, y de su parte daré los recados a todos ellos, dándoles cuenta de los muchos gastos que tiene hechos para redimirlos y dándoles esperanzas de que para otro año será, si Dios fuere servido...» (120).

La travesía de Malaca a Sanchón fué buena. A fines de agosto

---

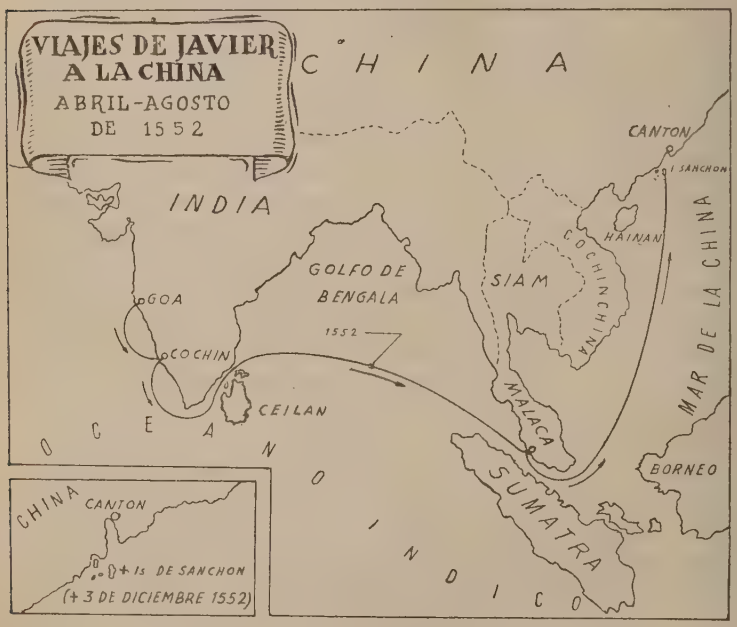
(117) Véase el *Manifiesto* de Javier por el que pide al Vicario de Malaca un traslado de sus facultades de nuncio, en virtud de las cuales excomulga al Capitán Mayor D. Alvaro. En *Epist. Xav.*, II, 454-456.

(118) Desde Sanchón, a 22 de octubre. *Epist. Xav.*, II, 495.

(119) *Epist. Xav.*, II, 471 ss.

(120) *Epist. Xav.*, II, 485-487.

llegó San Francisco Javier a esta isla, que «está a treinta leguas de Cantón», de donde «acuden muchos mercaderes... a hacer negocios con los portugueses». De su vida y ocupaciones en aquella isla daba cuenta a los dos meses al Superior de Malaca, P. Francisco Pérez: «Luego que llegamos a Sanchón hicimos una iglesia y dije misa todos los días, hasta que enfermé con fiebres; estuve enfermo quin-



ce días... Acá no faltarán ocupaciones espirituales, como en confesar, y visitar a los enfermos, y hacer amistades...» Y tocante a su entrada en la China dice: «Trataron diligentemente los portugueses... por ver si algún mercader de Cantón me quisiera llevar; todos se excusaron diciendo que ponían sus vidas y haciendas en gran riesgo si el Gobernador de Cantón supiese que me llevaban... Plugo a Dios nuestro Señor que se ofreciera un hombre honrado, morador de Cantón, a llevarme por doscientos cruzados en una embarcación pequeña donde no hubiese otros marineros sino sus hijos y mozos, para que el Gobernador de Cantón no viniese a saber por

los marineros quién era el mercader que me llevara, y más, se ofreció a tenerme en su casa tres o cuatro días escondido, y luego ponerme un día al amanecer en la puerta de la ciudad con mis libros y otro hatillo, para ir de allí luego a la casa del Gobernador y decirle cómo venimos para ir adonde está el Rey de China, declarándole cómo somos mandados por su Alteza para declarar la ley de Dios...» La bondad y sencillez del Santo le hacen creer en la honradez del mercader chino. No opinaban lo mismo algunos de los portugueses de allí, que le aconsejaban y ponían a su consideración dos grandes peligros: «el primero es—escribe Javier—que el hombre que nos lleva, después que le fueren entregados los doscientos cruzados, nos deje en alguna isla desierta o nos arroje al mar...; el segundo es, que si nos llevare a Cantón y fuéremos ante el Gobernador, que nos mandará azotar o encarcelar...; pues tanto prohibe el Rey que los extranjeros entren en su tierra sin su chapa...» Conocemos cuáles son los principios del Santo; fiel a ellos, encuentra que «es más seguro y más cierto pasar por los peligros corporales, antes que ser comprendidos delante de Dios en los peligros espirituales; de manera que por cualquier vía estamos determinados a ir a la China» (121). Ante el riesgo de que le cautiven, «nos consolamos—dice—pensando que es mucho mejor ser cautivos por sólo amor de Dios, que libres por huir de los trabajos de la cruz» (122).

Y con esta determinación y la espera «de día en día» de que llegará el mercader chino que le llevará a Cantón—lo repite hasta la saciedad y con tozudez machacona hasta en la última de sus cartas de 13 de noviembre—, Javier se va quedando solo y desprovisto de todo cuanto le puede servir de consuelo. La prueba dura y larga a que es sometido su apostólico y ardiente celo va desprendiendo de las cosas de la tierra el corazón del Santo, haciéndole buscar únicamente su consuelo en Dios y en conformarse con su divina voluntad. «Hallé que Antonio no servía para intérprete—escribe—porque se le olvidó hablar chino...», y le despidió, teniendo que procurarse otro para el viaje proyectado. El Hermano Alvaro Ferreira, a quien

(121) De Sanchón, a 22 de octubre. *Epist. Xav.*, II, 493-497.
(122) Al P. Francisco Pérez, a 12 de noviembre. *Epist. Xav.*, II, 509-512.

intimidaron los tormentos que le esperaban en la cárcel de Cantón, se negó a seguirle. Y así, cuando a mediados de noviembre salió un navío para Malaca, le envió despedido para la India. En la carta comunicando esta noticia al P. Pérez de Malaca, se le va instintivamente la pluma a reflejar el dolor que laceraba su alma por el infeliz suceso del Hermano que le falló a la hora del combate: «A Ferreira le despedí de la Compañía, por cuanto no era para ella...» (123). Los portugueses que están en la isla van emigrando a medida que se echa encima el invierno y comienzan a soplar los vientos glaciales de Norte. «Ya pasó el tiempo en que deseaba vivir más que ahora», estampa Javier casi al fin de la última de sus cartas (124). Y, sin embargo, continúa esperando con grandes ansias y deseos al mercader con quien tenía concertado el paso a la China. «Pero—habla el P. Teixeira, primer biógrafo del Santo—determinando Nuestro Señor darle el premio de tantos y tan grandes trabajos, como por su amor y servicio había padecido, ordenó de él otra cosa; porque, partidos para la India todos los navíos que en aquel puerto estaban, y los más de los portugueses que allí había..., quedó este bienaventurado varón en tierra, sin tener algunas veces quien le diese lo necesario, tanto que llegó a decirme algunas veces—lo dice el intérprete chino Antonio de Santa Fe, que lo acompañó hasta la última hora—que fuese a pedir por amor de Dios a los portugueses que allí quedaban alguna cosa para comer, padeciendo gran falta de lo necesario. Con esto y con el continuo trabajo que cada día tenía, y con las grandes ansias de verse en Cantón, vino a adolecer un lunes, acabando de decir la misa por un difunto a los 20 de noviembre...» (125). Fué la última misa de San Francisco Javier. Pocos días después, en las primeras horas del sábado día 3 de diciembre del año 1552, en la isla y puerto de Sanchón, en una casa o cabaña de paja, ajena, con el nombre de Jesús en los labios, terminaba su carrera, ponía fin y sello a sus peregrinaciones de diez años, el Santo Apóstol de las Indias y Patrono de las Misiones Católicas, San Francisco Javier. «No se puede creer que un

(123) *Epist. Xav.*, II, 516.
(124) Sanchón, 13 de noviembre de 1552. *Epist. Xav.*, II, 521.
(125) TEIXEIRA, *Vida...*, 230.

hombre de carne pudiese sufrir los trabajos que de él se dice padecía en las tierras adonde llegaba, y se ve por la muerte temporal que fué en el reino de la China, donde estaba en una isla desierta al tiempo de fallecer, en una cabaña de tierra y ramos de árboles, tan desamparado de consolaciones del mundo como abastecido de las del Señor» (126).

MANUEL MERINO, O. S. A.

(126) El Hno. Brandao a los Jesuítas de Portugal. Goa, 23 de diciembre de 1554. *Documentação*, V, 383.

Javier, misionero

En fecha reciente se ha dicho, y repetido una vez más, que San Francisco Javier es el mayor apóstol de los tiempos modernos (1). Una afirmación de esta naturaleza, además de ser de índole muy delicada, es susceptible de rectificación si no va precedida o acompañada de la correspondiente demostración documental, cosa que ignoro se haya hecho hasta ahora. Pero no intento abordar en estas páginas semejante estudio, sino fijar mi atención preferente en las gentes que le cupieron en suerte y destacar los frutos de conversión obtenidos valiéndome de su correspondencia epistolar.

En uno de los artículos precedentes se ha fijado el campo de su apostolado y en otro se describen sus andanzas y peregrinaciones por todo él con nimios detalles. Pero, indudablemente, esto no basta para medir la magnitud de su esfuerzo misionero y ponderar en sus justos límites la profundidad de su penetración y los resultados obtenidos. En el orden lógico de las ideas, a la exposición del medio geográfico debe seguir el estudio de las condiciones morales de los habitantes que poblaban aquellos extensísimos territorios; pues si precisos son los conocimientos geográficos de los países donde operó, lo son aún mucho más los que se refieren a las gentes que actuaban en él al tiempo de su llegada. Quiérese indicar con ello que la psicología de las gentes juega un papel importantísimo, sino decisivo, en toda obra de apostolado. Y es evidente que para llegar a ese conocimiento no basta un contacto superficial, sino que se

(1) ANGEL SANTOS, S. I., *Dos Javieres en la India*, en *Miscelánea Comillas*, XVIII, 1952, 29.

precisa de un roce constante, y sólo se adquiere mediante un ahincado estudio o larga observación: no es cosa de un momento, ni de un día. Es labor de paciencia y de años, pero imprescindible, absolutamente necesaria, si se quiere profundizar en el alma de las masas con miras a su conversión.

Y a Javier no le podemos suponer con ninguna preparación especial a este respecto ni cuando recibió la orden de traslado de Roma a Portugal, ni cuando se embarcó en Lisboa para la India, ni a su llegada a Goa, porque no se estilaba semejante capacitación en aquellos tiempos, ni la misionología había abierto aún sus cátedras de formación misionera. Ese conocimiento lo fué adquiriendo poco a poco, primero por referencias indirectas y luego por propia experiencia una vez en contacto con las gentes. Prueba evidente de ello es que en un principio no asoma esa comezón científica en su correspondencia y sí una honda preocupación ante la incertidumbre de su paso a la India. Lo que sobresale y destaca con fuerza incontenible en sus cartas anteriores al embarque, es un sano y esperanzador optimismo nacido de los informes que iba recibiendo de quienes alli habian estado muchos años. Y este es, a mi juicio, un punto que bien merece unas líneas de exposición pues ha de contribuir poderosamente a deslindar campos y a situar en sus justos términos la misión que se le había confiado en la India.

1.—Optimismo y esperanzas.

Con un optimismo ilimitado y plena confianza en el éxito final de su empresa recibió Javier la investidura de misionero y hacia fines de junio de 1540 se presentaba en Lisboa para preparar desde alli su viaje a la India. Pero, iniciados o insinuados apenas en la corte por el ejercicio de su ministerio, tal estima les cobraron todos, que a punto estuvieron de que los dejaran en tierra. Sólo habían transcurrido unos días de su llegada a Lisboa, cuando Simón Rodríguez, en carta a San Ignacio, le ponderaba así el fruto que estaban cosechando entre gentes de toda clase: «Todos se aquejan porque habemos de ir a las Indias, algunos por sí mismos, otros por el bien común, pensando que más fruto podríamos hacer acá... Ya nos habló el predicador del Rey para no irnos y para quedar acá, y que Su Alteza mandaría al Papa suplicando que asi lo tuviese por bien... Todo el mundo nos querría tener en su casa

y darnos lo necesario, y tánto, que es cosa de loar a Dios. Aqui dijo una persona al Rey que nos hiciese Obispos y que nos mandase a las Indias». Pero, en medio de aquella aceptación general y a pesar del extraordinario bien que estaban haciendo, «todavía stat firmum fundamentum, el cual de allá trujimos, mandados de Su Santidad para llevar el nombre del Señor coram regibus y predicarle a aquellos que no le conocen» (2).

Por su parte Javier, coincidiendo con estas expresiones de Rodríguez, escribía en su primera carta fechada en Lisboa el 23 de julio de 1540: «De acá os hago saber cómo hay muchas personas devotas nuestras, y tantas, que tenemos mucho trabajo en no poder cumplir con todas, por ser ellas personas de cualidad y por no tener tiempo». Se refiere a la entrevista tenida con los Reyes y al mucho amor y afecto que les demostraron, y añade que «procuran acá muchas personas conocidas nuestras de impedir nuestra partida para las Indias, pareciéndoles que acá haremos más fruto en confesiones, particulares conversaciones, Ejercicios Espirituales, en ministrar los Sacramentos y exhortando las personas a las frecuentes confesiones y comuniones, y en predicar, que si fuésemos a las Indias. Procura el confesor del Rey y el predicador que no va[ya]-mos, sino que quedemos acá, diciendo que haremos más fruto». Esta fué la aceptación con que fueron recibidos los primeros jesuítas en Portugal.

Pero, indudablemente, el pensamiento de Javier más estaba en la India que en Lisboa para entonces, ni la aceptación que aquí tenían sus predicaciones, ni el extraordinario fruto que hacían en las almas fueron bastante para entibiar su objetivo principal y primero. Prueba de ello son estas expresiones suyas consignadas en la misma carta: «Cosa es para maravillar el fruto que dicen que habemos de hacer en las Indias; y esto dicen personas que han estado allá muchos años, por ver la gente muy aparejada para recibir la fe de Cristo nuestro Señor, diciendo que si este modo de proceder, tan remoto de toda especie de avaricia tenemos allá, como lo tenemos acá, que no dudan sino que en pocos años convertiremos dos o tres reinos de idólatras a la fe de Cristo cuando en nosotros vieren y conocieren que no buscamos otro sino la salud de las

(2) Carta del P. Simón Rodrigues al P. Ignacio de Loyola, Lisboa, junio de 1540 (*Epistolae*, I, 35).

ánimas. Grande es la esperanza que acá nos dan los que han estado muchos años en las Indias del fruto que allá habemos de hacer en servicio de Dios nuestro Señor» (3).

Así concebía Javier en lontananza su nuevo campo de apostolado y este optimismo inicial y altamente esperanzador le acompañará a lo largo de su vida misionera y le llevará a exhalar su postrer aliento a las puertas de la gran China, cuando en otro cualquiera hubiese cedido su lugar a un negro pesimismo ante los escasos frutos de la India y del Japón.

El 26 de julio del mismo año persistía aún la incertidumbre en torno a su viaje, pues «el Obispo, amigo nuestro, nos ha dicho que el Rey no está del todo determinado para enviarnos a las Indias, pareciéndoles que acá no menos serviremos a nuestro Señor que allá». Pero, aun cuando la aventura de la India le atraía irresistiblemente, su ánimo se mostraba indiferente para aceptar la solución que dictase la superioridad, ya que «si quedáremos, haremos algunas casas los que fuéremos, y para quedar hallarse ían más que para ir; y si fuéremos y Dios nuestro Señor nos diere algunos años de vida, haremos con la ayuda de Dios algunas casas entre los indios y negros» (4). Sin embargo, dentro de esta conformidad, no dejaban de hacer uso de los medios humanos a su alcance para realizar su objetivo aprovechándose del favor que les prestaban dos Obispos, interesados en su viaje, por parecerles que allí habían de convertir algunos reyes. «Acerca de las Indias—escribía Rodríguez a San Ignacio el 8 de octubre—Mastro Francisco y yo andamos algo solícitos para non nos ser impedida la ida; mas il Rey no quiere, según lo que intendimos, porque dice que somos muy necesarios para su corte; y le hicieron hablar, y no pudimos aún saber nadia. Dios nuestro Señor ordene tudo para más su servicio, pois él sabe nuestra voluntad y nuestro deceyo ser adonde más posamos alabar su nombre. Mandadnos vuestro juicio acerca de este negocio» (5).

En cuanto a Javier, podemos asegurar que la idea de las Indias

---

(3) Carta de Javier a San Ignacio y Bobadilla, Lisboa, 23 de julio de 1540 (*Epistolae*, I, 40-43).

(4) Carta de Javier a San Ignacio y Pedro Codacio, Lisboa, 26 de julio de 1540 (*Epistolae*, I, 49).

(5) Carta de Simón Rodrigues a San Ignacio y Codacio, Lisboa, 8 de octubre de 1540 (*Epistolae*, I, 63).

persiste viva en toda su correspondencia de esta época. Así, en carta del 22 de octubre, suplica a San Ignacio: «por amor de nuestro Señor, que con toda brevedad posible nos enviéis nuestro despacho del Breve para las Indias, porque el tiempo se va ya acercando»; y una nueva corriente de optimismo habrá cruzado por su mente e inundado su corazón de apóstol con sólo pensar «que habemos de hacer mucho fruto» (6).

Por fin, resueltas a medias las dificultades que a su partida se oponían, el tan suspirado viaje va a convertirse en consoladora realidad. Así se lo anuncia a San Ignacio en carta del 18 de marzo de 1541, con el consiguiente alborozo por su parte y una nueva crecida en el ancho cauce de su optimismo, un tanto contenido hasta entonces por la incertidumbre: «Micer Paulo y un otro portugués y yo partimos esta semana a las Indias y, según la mucha disposición que hay en aquellas tierras para convertir ánimas, a lo que nos dicen todos los que han estado allá muchos años, esperamos en Dios nuestro Señor que habemos de hacer mucho fruto». A mayor abundamiento, iban muy favorecidos del Rey y recomendados por éste de modo particularísimo al nuevo Virrey, que partía con ellos, y en cuya nao habían sido acomodados los misioneros. Le daba todas estas noticias para que supiese que «mucho fruto podemos hacer entre aquellos reyes gentiles, por el mucho crédito que un Visorrey tiene en aquellas partes». Por si todo esto fuese poco y para que las velas de su optimismo sin límite acabaran de desplegarse por completo, el Virrey le había dicho «este otro día que en la India, en una isla de solos gentiles, sin mixtura de moros ni judíos, que habíamos de hacer mucho fruto», y él no ponía dificultad en que tanto el Rey de aquella isla como su gente se hiciesen cristianos.

Ante tan halagüeñas perspectivas, se concibe perfectamente el júbilo con que estamparía Javier estas expresiones: «Creo que Dios nuestro Señor, por la mucha fe de algunas personas que de nosotros tienen acá alguna opinión, y por la necesidad que tienen de nuestros pequeños y flacos servicios gentes que *Deum ignorant et demonia collunt*, no podemos dubitar, puesta toda nuestra esperanza en Dios, sino que habemos de servir a Cristo nuestro Señor y ayudar nuestros prójimos trayéndolos a verdadero conocimiento de la fe». Y

(6) Carta de Javier a los Padres Codacio y San Ignacio, Lisboa, 22 de octubre de 1540 (*Epistolae*, I, 68).

para que el acierto fuese más seguro y mayor el éxito, no duda en pedirle, por amor y servicio de nuestro Señor, «que nos escribáis para el marzo que viene, cuando partirán las naos de Portugal para la India, muy a largo de las cosas que allá os pareciere acerca del modo que debemos de tener entre los infieles» (7). Y una vez más le insistirá diciendo: «Mirad en ello lo que os parece, porque os hago saber que creo que se ha de hacer mucho fruto en las Indias, según todos los que allá han estado muchos años dicen».

Pero como pudiera suceder que todas estas prematuras y escasamente fundamentadas esperanzas se convirtiesen en el mayor de los fracasos al contraste con la realidad, «de allá, de las Indias, os escribiremos muy a largo tuviendo experiencia de lo de allá». Cierto que de mucho les podía servir el favor del Virrey en la ardua empresa, «porque allá, con aquellos reyes que tienen paz con el Rey de Portugal, tiene mucho crédito con ellos» (8); pero nunca estaría de más tomar por anticipado toda suerte de precauciones y asesoramientos para verse libre, en un momento dado, de cualquier responsabilidad y precaverse de toda tacha de impremeditación y ligereza en una empresa de tal envergadura.

Y con esto creo haber captado el objetivo primordial del apostolado de Javier en la India. Iba en busca de idólatras, de infieles y gentiles, de gentes que *Deum ignorant et demonia colunt,* para exponerles la doctrina salvadora del Evangelio; iba en calidad de apóstol de los gentiles y con carácter de verdadero misionero. A esto fué, ante todo y sobre todo. Para ejercer el ministerio entre los portugueses y demás cristianos nativos, bien estaba en Lisboa o en cualquiera otra parte de Europa. Pero, desgraciadamente, a esto último se redujo su labor principal y en ello pasó los mejores años de su vida misionera, como podrá comprobarse leyendo cualquier biografía del Santo.

Acorazado con ese sano y santo optimismo, y alentado por esa inquebrantable esperanza embarca Javier en Lisboa el 7 de abril de 1541, y a los pocos meses le tenemos ya a las puertas de su nuevo y suspirado campo de apostolado, en Mozambique, después

(7) Carta de Javier a San Ignacio y Juan Coduri, Lisboa, 18 de marzo de 1541 (*Epistolae,* I, 79-81).

(8) Carta de Javier a los Padres Claudio Jaio y Diego Lainez, Lisboa, 18 de marzo de 1541 (*Epistolae,* I, 89).

de una penosísima travesía, con el cuerpo sangrado por septena vez y en mediocre disposición (9).

No hacen a nuestro intento los detalles referentes a su larga y penosa navegación, ni la actividad desplegada en mar y tierra con los dolientes y sanos de la tripulación, pues toda esa labor cae fuera del alcance de nuestro estudio, en cuyas páginas pretendo centrar tan solamente la faceta de su apostolado específicamente misionero, es decir, el desarrollo entre infieles propiamente dichos.

A su llegada a Mozambique continuaba aún su ilusión primera de hacer mucho fruto entre infieles, pues el Gobernador le había dicho «que tiene esperanza muy grande en Dios nuestro Señor, que a donde nos ha de mandar se han de convertir muchos cristianos» (10); pero, hasta entonces, los gentiles no se habían puesto a tiro de su celo, aun cuando en el extremo meridional de aquella ciudad había un lugar de moros de paz. Mientras llegaba esa ocasión, por tanto tiempo suspirada, Javier seguirá prestando sus servicios espirituales a los dolientes de la armada, que no eran pocos ni le dieron escaso trabajo, y cosechando abundantes y consoladores frutos. No tardarían en presentarse las primeras escaramuzas con los gentiles.

2.—Entre los mahometanos de Melinde y Socotora.

De Mozambique a Goa Javier tarda más de dos meses, y en el camino pasa por una ciudad de moros, llamada Melinde, los cuales eran también de paz y se entendían bien con los portugueses. Melinde es una ciudad colocada sobre la planicie de la costa, «formaba una colonia de risueño aspecto por el conjunto de sus bien construídas casas de piedra, sus mezquitas y minaretes, y su palacio real con amplios jardines y bosques de cocoteros sobre la playa. Las clases más elevadas vestían el traje de árabe; las mujeres andaban cubiertas hasta los ojos, y el vulgo lo formaban los esclavos negros, ceñidos únicamente de un paño a la cintura» (11).

Aquí entabla Javier sus primeras relaciones con los infieles propiamente dichos, primero de una manera indirecta. Bajó a enterrar

(9) Carta de Javier a sus compañeros de Roma, Mozambique, 1 de enero de 1542 (*Epistolae*, I, 91-93).
(10) *Ibídem*, 92.
(11) SCHURHAMMER, *Vida de San Francisco Javier*, Bilbao 1947, 89.

a un hombre de los que habían muerto en el galeón y con este motivo «se edificaron los moros de ver el modo de proceder que tenemos los cristianos en soterrar los finados». Más tarde tendrá también ocasión de trabar un amigable diálogo con uno de los moros más honrados de la ciudad, quien le preguntó si nuestras iglesias eran muy visitadas y los cristianos muy fervorosos en la oración, lamentándose por su parte de que entre ellos se perdía mucho la devoción y no precisamente por falta de mezquitas, pues en la ciudad había nada menos que diecisiete, sino porque a ellas acudía muy poca gente, no siendo visitadas más que tres. El moro se le mostró muy confuso por no saber de dónde procedía aquella pérdida tan alarmante de la piedad musulmana y le parecía que tamaño mal no podía proceder sino de algún grave pecado. Sobre el resultado final de la entrevista escribe el Santo: «Después que hubimos razonado un gran pedazo, él quedó con un parecer, yo con otro; de manera que no quedaba satisfecho de lo que le dije: que Dios nuestro Señor, siendo en todas sus cosas fidelísimo, no descansaba con infieles, y menos con sus oraciones, y que ésta era la causa por qué Dios quería que la oración entre ellos se perdiese, pues de ella no era servido».

Cierto día, en una de sus frecuentes andanzas por la ciudad, tropezó con otro moro «muy docto en la secta de Mahomet, el cual era caíz, *id est*, maestro, estaba en aquella ciudad, el cual decía que si dentro de dos años Mahomet no viniese a visitarlos, que no había de creer más en él ni en su secta». Y apostilla Javier: «propio es de infieles y grandes pecadores vivir desconfiados; merced es que nuestro Señor les hace sin ellos conocerla» (12).

En el camino de Melinde para Goa dieron en la isla de Socotora, «tierra desamparada y pobre». En ella no se cogía trigo, ni arroz, ni millo, ni vino, ni fruta. Era muy estéril y seca. Abundaban, sin embargo, los dátiles y de ellos se hacía el pan que se comía en la tierra. Había mucho ganado y las gentes se mantenían de leche, dátiles y carne. Era tierra de grandes calmas. La isla estaba dominada por un Jeque mahometano, con unos treinta de los suyos.

En cuanto a sus habitantes, dice el Santo que eran cristianos «al parecer de ellos» y que por tales se tenían, preciándose mucho

(12) Carta a sus compañeros de Roma, Goa, 20 de septiembre de 1542 (*Epistolae*, I, 122-23).

de ser cristianos en los nombres y así lo demostraban. «Es gente muy ignorante, no saben leer ni escribir, ni tienen libros ni escrituras». En una palabra, eran hombres de poco saber, pero tenían a gala el decir que eran cristianos. Tenían sus iglesias, cruces y lámparas. En cada lugar había su caciz; «éste es como clérigo entre nos». La pintura que de ellos nos hace Javier merece los honores de una recordación literal: «No saben estos cacices—escribe—ni leer ni escribir, ni tienen libros ni escrituras. Estos cacices saben muchas oraciones de coro. Van a la iglesia a media noche, y a la mañana, y a hora de vísperas y a la tarde a hora de completas, cuatro veces al día. No tienen campanas; con los palos llaman a la gente, como hacemos nosotros en la Semana Santa. No entienden los mismos cacices las oraciones que rezan, porque no son en su lengua. Creo que son en caldeo. Yo escribí tres o cuatro oraciones de estas que ellos rezan. Fuí dos veces a esta ínsula. Son devotos de Santo Tomé, dicen ellos que son de los cristianos que hizo Santo Tomé en estas partes. En las oraciones que rezan estos cacices dicen algunas veces *alleluia, alleluia,* casi así pronuncian la *aleluya* como nosotros. Estos cacices no bautizan, ni saben qué cosa es bautizar».

Pero aún fué más lejos la curiosidad de Javier por conocer las peculiaridades de aquellas gentes. En efecto, dice que presenció el rezo de unas vísperas de un caciz y nos las describe así: «Detúvose una hora en decirlas. Nunca otro hacía sino incensar y rezar. En todo tiempo incensaba». Y cierra sus observaciones sobre ellos diciendo que eran casados y grandes ayunadores, y que cuando ayunaban no comían pescado, ni leche, ni carne: «antes se dejarán morir». Ayunaban dos cuaresmas y una de ellas duraba dos meses. Los que no eran cacices, si durante estas cuaresmas comían carne, no entraban en las iglesias, ni éstas eran frecuentadas por las mujeres en ese período.

¿Qué disposiciones ofrecían aquellas gentes para el bautismo? Javier nos asegura que las veces que fué a la isla bautizó muchos muchachos y que sus padres y madres holgaban mucho de que los bautizase, rogándole con encarecimiento para que se quedase con ellos, y que todos, grandes y pequeños, se harían cristianos. La ocasión se ofreció tentadora para el Santo y solicitó del Gobernador el correspondiente permiso para hacerlo así, «pues hallaba *messem tam paratam*»; pero como aquella isla era frecuentada de turcos y no estaba habitada de portugueses, «por no dejar en peligro que me

llevasen preso de los turcos, no quiso el señor Gobernador que quedase en aquella isla de Zocotora, diciéndome que me había de enviar a otros cristianos, que tienen tanto o más necesidad de doctrina que los de Zocotora, donde haría más servicio a Dios nuestro Señor».

Pero, ¿eran tan optimistas, en realidad, las perspectivas que allí se ofrecían al catolicismo? Así parece desprenderse a primera vista de las frases copiadas, pero el siguiente caso, harto significativo al respecto, parece indicar todo lo contrario, al menos en lo que a los moros se refiere. Cuéntanos el Santo que en aquel lugar vivía una mora, madre de dos hijos pequeños, a quienes quiso bautizar, pensando que no eran hijos de moros; pero ellos «fueron huyendo de mí a su madre, y dijéronle cómo yo los quise bautizar; y ella vino llorando a mí, que no los bautizase, porque ella era mora y no quería ser cristiana, ni menos quería que sus hijos lo fuesen». De este mismo parecer eran los llamados cristianos de la tierra, quienes se apresuraron a advertirle que no los bautizase, «porque ellos no eran contentos que moros fuesen merecedores de ser cristianos, ni habían de consentir que lo fuesen». Y Javier no tiene otro comentario para su actitud que decir: «Es gente muy enemiga de moros» (13).

El día 6 de mayo de 1542 es la fecha de su llegada a Goa. Por aquel entonces la cristiandad de la India y las misiones entre infieles de aquellas partes ofrecían un cuadro triste y desolador (14); y la misma capital, aunque en apariencia cristiana, dejaba no poco que desear desde el punto de vista religioso, pues muchos de sus habitantes «vivían unidos con mujeres o esclavas del país; la recepción de los Sacramentos sólo se practicaba durante el tiempo de Cuaresma, y la ignorancia religiosa era muy grande, ya que se bautizaba a los naturales y a los esclavos casi sin ninguna instrucción, y los infieles vivían con los cristianos en confusa mezcolanza» (15).

Cuatro meses aproximados dura la estancia de Javier en Goa, y aun cuando en sus alrededores no faltaban gentiles en quienes ejercitar su celo, prefirió limitarlo a los cristianos, ya que su predilección especial iba para ellos. Para atender a los 20.000 paravas bautizados, pero sin ninguna instrucción religiosa, le mandaba ex-

(13) *Ibidem*, 123-28.
(14) SCHURHAMMER, *Vida*, 94-101.
(15) SCHURHAMMER, *Vida*, 103.

presamente el Gobernador al Cabo de Comorín; pero su celo abarcaría también, con más o menos intensidad, a los gentiles, según advertía en carta del 20 de septiembre a sus compañeros de Roma: «Ahora me manda el señor Gobernador para una tierra donde todos dicen que tengo de hacer muchos cristianos». Su nuevo destino distaba de Goa doscientas leguas y le acompañaban tres cristianos de aquella tierra, peritos en lengua portuguesa, dos de ellos ordenados de mayores y el tercero de menores. Javier partía lleno de gozo y muy esperanzado de que, placiendo a Dios y contando con el favor y ayuda de las devotas oraciones de sus compañeros de Roma, no le había de faltar su santísima gracia «para que acá, en todas partes, mucho le sirva». Pero le preocupaba su nuevo destino, y como no quería exponerse a un fracaso, no duda en pedirles orientación y consejo sobre el modo de haberse con aquellos gentiles y moros, «pues, por medio de vosotros, espero que el Señor me ha de dar a entender el modo que acá tengo de tener en convertirlos a su santa fe» (16). Veamos, pues, su actuación

3.—Entre los pescadores de perlas.

Existían allí unas treinta aldeas de pescadores, formadas por miserables chozas de barro cubiertas de hojas de palma y cobijadas a la sombra de árboles de extensas ramas. Las principales de todas ellas eran Manapar, con su cercano santuario indú de Trichendur, centro de peregrinaciones; Punicale y Tuticorín. Sus habitantes eran los paravas o pescadores de perlas; su talle esbelto, musculoso, de oscura piel y de rasgos casi europeos. Tanto los hombres como las mujeres vestían únicamente un largo paño blanco que les colgaba de la cintura; el cabello, negro como la pez, lo llevaban amontonado y como formando un solo nudo; de sus orejas pendían pesados adornos de oro que les llegaban hasta los hombros. Así eran los paravas de la Pesquería al tiempo de Javier (17).

Y fué la Pesquería, indudablemente, uno de los puntos de la India donde el Santo hizo obra de más profunda penetración y apostolado, sobre cuyo extremo nos ha dejado muy estimables noticias en su carta del 28 de octubre de 1542, suscrita en Tuticorín.

---

(16) Carta a sus compañeros de Roma, Goa, 20 de septiembre de 1542 (*Epistolae*, I, 126-28).

(17) SCHURHAMMER, *Vida*, 110

En cuanto al estado de la cristiandad en aquellas partes nos da esta mísera y paupérrima ídea: «Los cristianos de estos lugares, por no haber quien los enseñe nuestra fe, no saben más de ella que decir que son cristianos; no tienen quien les diga misa, ni menos quien los enseñe el Credo, Pater Noster, Ave María, ni los mandamientos.» Su labor consistió, pues, en regenerar con las aguas bautismales a cuantos no lo estuviesen, sobre todo a los niños, «de manera que bauticé una grande multitud de infantes, quid inter dextram et sinistram intersit ignorantes». Y fué tal la afición que le cobraron a las primeras de cambio, que no le dejaban rezar el oficio, ni le daban tiempo para comer y dormir, urgiéndole en todo momento para que les enseñase algunas oraciones. Entonces recordó el Santo aquello de que «talium est regnum celorum» y comprendió también que no podía negarse, sino impie, a sus súplicas; y los fué adoctrinando, empezando por la confesión del Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por lo demás, conoció en ellos grandes ingenios y se dió cuenta de su disposición para recibir la fe, teniendo por muy cierto «que, habiendo quien se la enseñe, serían muy buenos cristianos».

En una de sus frecuentes correrías llegó a un lugar de gentiles, donde no había un solo cristiano ni se habían querido hacer cuando sus vecinos se convirtieron, poniendo como pretexto ser vasallos de un señor gentil, el cual se oponía a su conversión al cristianismo. Allí mismo y en aquella circunstancia halló a una mujer enferma con dolores de parto desde hacía tres días y con señales evidentes de próximo y funesto desenlace. Para ayudarla a salir del apuro los gentiles no habían cesado de invocar a sus divinidades, pero éstas se habían mostrado sordas hasta el momento «por ser omnes dii gentium demonia». Compadecido Javier de tamaña ceguera y dándose cuenta de la apurada situación de la desventurada mujer, fuése hacia su casa con uno de los Padres que le acompañaban y entrando en ella comenzó a invocar confiadamente a Cristo, mientras su compañero la iba proponiendo las verdades de nuestra fe. La improvisada y rudimentaria catequesis produjo resultados inmediatos, pues la enferma, movida por la gracia, vino a creer en los artículos de la fe, y al ser requerida por Javier si quería ser cristiana, respondió que de muy entera voluntad quería serlo. Acto seguido se rezaron los Evangelios, «los cuales creo que en aquella casa nunca fueron dichos», y la bautizó. Poco después daba felizmente a luz el

fruto de sus entrañas; bautizó a su marido, hijos e hijas y, finalmente, al recién nacido y a los demás de la casa. Fué muy sonado por el lugar lo que el Santo había obrado allí.

Pero su apostolado entre gentiles no se limitó a esta escena aislada. Javier quiso profundizar un poco más en el surco abierto en aquella gentilidad y fué a requerir a los principales del lugar para que abrazasen la ley de Dios y creyesen en Jesucristo, su Hijo, en quien sólo estaba la salvación. Sin embargo, su requerimiento no tuvo por entonces el resultado apetecido, pues se limitaron a responderle que sin licencia de su señor no se atrevían a hacerse cristianos. Pensaron acaso que, ante aquella evasiva, Javier desistiría del empeño, pero a éste le faltó tiempo para ir a entrevistarse con un criado del señor, de quien obtuvo esta interesante confesión: que el ser cristiano era cosa buena y que por su parte podían hacerse cuantos quisiesen. Esto bastó para que se bautizasen los principales y después de ellos «lo más del lugar, así grandes como pequeños», excepto el cuitado que les dió tan buen consejo, que no lo quiso tomar para sí, según comenta el Santo (18).

¿Cuál fué el volumen de conversiones operadas por Javier en los cuatro meses que permaneció en la Pesquería? Por una parte, consta que halló cerca de 20.000 paravas convertidos, y se sabe también que para fines de 1544 en Travancor había bautizado 10.000 macuas: «Nuevas de estas partes de la India os hago saber cómo Dios nuestro Señor movió, en un reino donde ando, mucha gente a hacerse cristiana; fué de manera que en un mes bauticé más de 10.000 personas» (19). El P. Francisco Henriques, en carta fechada en Cochín el 13 de enero de 1548, dice que en Travancor había más de 25.000 almas, y que casi todas hizo cristianas el Padre Maestro Francisco (20). Para el año de 1552 se contaban de 40 a 50.000 cristianos (21).

Pero sea cualquiera la densidad real de las conversiones obradas por Javier en la Pesquería, es indudable que allí amarilleaba

---

(18) Carta a San Ignacio de Loyola, Tuticorín, 20 de octubre de 1542 (*Epistolae*, I, 146-51).

(19) Carta a sus compañeros de Roma, Cochín, 27 de enero de 1545 (*Epistolae*, I, 273).

(20) Carta del P. Francisco Henriques, S. J., a Simón Rodrigues, Cochín, 13 de enero de 1548 (ANTONIO DA SILVA REGO, *Documentação para a história das missões do Padroado Portugués do Oriente*, IV, Lisboa, 1950, 11).

(21) *Epistolae*, I, 161, nota 6.

ya una copiosísima mies, y que si no se cosechaba más fruto era por falta de brazos: «El fruto que se hace en bautizar los niños que nacen y en enseñar los que tienen edad para ello, nunca os podría acabar de decir...; muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen.» Y era tal la angustia que esta falta de brazos producía en el corazón de Javier, que más de una vez se sintió tentado «de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos... Estuve cuasi movido de escribir a la Universidad de París, a lo menos a nuestro Maestre de Cornibus y al doctor Picardo, cuántos mil millares de gentiles se harían cristianos si hubiese operarios para que fuesen solícitos en buscar y favorecer las personas qui non quaerunt quae sua sunt, sed quae Jesuchristi. Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra, donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el Credo y mandamientos en su lengua de ellos, y las otras oraciones, con una amonestación que sé en su lengua, en la cual les declaro qué quiere decir cristiano, y qué cosa es paraíso y qué cosa infierno...; hay día que bautizo todo un lugar, y en esta costa donde ando hay 30 lugares de cristianos» (22). En cuanto al número de niños bautizados antes de que perdiesen la inocencia y que luego fallecieron dice que fueron más de mil (23).

Pero no todo se desenvolvía con la placidez y facilidad que parece traslucirse de las anteriores líneas, ni su apostolado careció de graves dificultades y serios contratiempos.

Tuticorín, por ejemplo, «era una ciudad en su mayor parte pagana. Por todos lados tropezaba Javier en ella con los brahmanes, orgullosos de su casta, que actuaban como sacerdotes de los paganos y llevaban un cordón sagrado al pecho, y en la frente las señales blancas y coloradas, o solamente blancas, de su dios. Sobre el fondo verde de los árboles se erguían por doquier las torres de sus

---

(22) Carta a sus compañeros de Roma, Cochín, 15 de enero de 1544 (*Epistolae*, I, 166-68).

(23) *Ibidem*, 176-77.

pagodas o templos paganos. Aquí y allá se tropezaba con las repugnantes imágenes de sus ídolos, pintados con trazos de color rojo y rociados del maloliente aceite de coco. A la vera de los caminos, a la sombra de los bosques sagrados, o bien escrutando amenazadores desde la oscuridad de los templos, asomaban aquellas masas de barro blanco y rojo chillón: caballos de arcilla, placas de piedra con serpientes sagradas o con la figura de un panzudo dios-elefante, toros, vacas sagradas, monos, dioses y diosas de muchas cabezas y brazos, objeto todo ello de la veneración de aquel pueblo descarriado. Su vida estaba asimismo dominada por la superstición pagana. Ofrecíanse a los ídolos gallinas y cabras para aplacar su ira. En las enfermedades se llamaba también a los brahmanes o a los bailarines del diablo, con el fin de indagar la voluntad de los dioses. Cada día se daba la señal en el templo cuando los dioses recibían su sustento, y los días de fiesta se los conducía en estruendosas procesiones por las calles» (24).

Este es el reverso de la medalla que ofrece el apostolado fácil de Javier entre los cristianos de la Pesquería, y a él vamos a prestar una atención especial en estas páginas porque ha de iluminar no poco la faceta que estudiamos.

4.—En la lucha con los brahmanes.

Es un hecho evidente que el principal estorbo que halló Javier en la Pesquería para la conversión de los infieles era el influjo de los brahmanes. Había, en efecto, entre los gentiles de aquellas partes una generación llamada brahmanes, sobre quienes se sustentaba toda la gentilidad, y venían a constituir el mayor y más serio obstáculo que se oponía a los rápidos avances del catolicismo. Pudiera afirmarse que pensando en ellos había escrito el salmista aquello de «de gente non sancta, ab homine iniquo et doloso eripe me».

Según Javier, los brahmanes estaban encargados de la guarda de las casas donde tenían sus ídolos y era la gente más perniciosa del mundo, gente que nunca decía verdad y siempre andaba discurriendo cómo mentir sutilmente y engañar a los pobres simples e ignorantes, haciéndoles creer que los ídolos comían y pedían que

(24) SCHURHAMMER, *Vida*, 112-13.

les llevasen a ofrecer ciertas cosas que no eran otras sino las que ellos, los brahmanes, fingían y necesitaban para mantener sus casas, mujeres e hijos. Para que el engaño resultase más completo, dos veces al día y con gran estrépito de atabales comían los brahmanes, dando a entender al pueblo que eran los ídolos quienes lo hacían. Y era tal su interés y preocupación por las cosas de esta vida, que antes de que les faltase lo necesario daban a entender a los simples que los ídolos estaban muy enojados con ellos porque no les llevaban lo que por ellos les pedían, amenazándoles de que si no les proveían de lo necesario o les habían de matar, darles enfermedades o mandar los demonios a sus casas. Lo que bastaba para que, atemorizados con semejantes amenazas y creyendo en su sencillez que así les había de suceder, se apresurasen a llevarles cuanto les pedían bajo el pretexto de que era para sus dioses.

Eran los brahmanes hombres de pocas letras, y lo que les faltaba de virtud teníanlo de iniquidad y maldad en grande aumento. Javier llegó a comprenderlos perfectamente, se enteró de todas sus interioridades y tretas y, en cuantas ocasiones se le presentaron, trató de desenmascararlos ante sus seguidores para contrarrestar así su pernicioso preselitismo. Pesábales mucho de que Javier descubriese sus maldades y manifestase en público lo que en secreto le confesaban, pues ellos no tenían otro patrimonio sino aquellos ídolos de piedra, de los que vivían fingiendo mentiras. Por lo demás, todos estaban íntimamente convencidos de que el Santo sabía mucho más que todos ellos juntos, y por ello buscaban su amistad y le hacían presentes con la mira puesta en que no descubriese sus secretos, y aún se atrevían a manifestarle sin recato ni reparo alguno que ellos bien sabían que no había sino un solo Dios, a quien rogarían por él. Pero Javier, en pago de todas estas consideraciones y confianzas, les decía lo que le parecía, y en sus conversaciones con el vulgo, «que por puro miedo son sus devotos», les manifestaba sus engaños y burlas «hasta que canso; y muchos, por lo que les digo, pierden la devoción al demonio y se hacen cristianos. Y si no hubiese brahmanes, todos los gentiles se convertirían a nuestra fe».

Las casas donde vivían los brahmanes y tenían sus ídolos recibían el nombre de pagodas, y todos los gentiles de aquellas partes eran de muy pocas letras, si bien para mal sabían mucho.

¿Cuáles fueron los resultados de sus prédicas y de su intimidad

con ellos? Javier nos lo da a entender con muy pocas palabras y es estilo casi telegráfico: «Sólo un bragmane, después que estoy en estas partes, hice cristiano. Es mancebo muy buen hombre. Tomó por oficio enseñar a los muchachos la doctrina cristiana.» Fuera de esto, nada. Y no fué seguramente porque se pusieron pocos al alcance de su celo. Pero estaban aún verdes para la recolección.

En sus andanzas apostólicas para visitar los lugares de los cristianos le aconteció con frecuencia tener que pasar por muchas pagodas, y una vez pasó por una «donde había más de 200 bragmanes, y viniéronme a ver; y entre otras muchas cosas que pasamos demandéles una cuestión, y era que me dijesen qué les mandaban sus dioses e ídolos, en los cuales adoraban, que hiciesen para ir a la gloria». Suscitóse entre ellos gran altercado sobre quién le respondería, y después de no poco discutir comisionaron a uno de los más ancianos; y el viejo, que lo era de más de ochenta años, comenzó por requerir al Santo que primero le dijese él lo que mandaba el Dios de los cristianos que habían de hacer. Pero Javier, entendiendo su ruindad, se abstuvo de decirle nada hasta que él lo hiciese para obligarle así a manifestar sus ignorancias. Respondióle, por fin, el viejo que dos cosas le mandaban hacer sus dioses para ir donde ellos estaban: no matar vacas, en las cuales ellos adoraban, y hacer limosnas a los brahmanes que servían a las pagodas.

Oída la respuesta y pesándole mucho de que los demonios estuviesen tan enseñoreados de aquellas pobres gentes, levantóse Javier y recitó a grandes voces el Credo y los mandamientos de la ley de Dios en la lengua de ellos, e hízoles una razonada amonestación sobre qué cosa eran el paraíso y el infierno, y quiénes iban a uno y otro lugar. Tal fué el efecto que su declaración produjo en los oyentes que, al fin de la plática, los brahmanes le dieron grandes abrazos y confesaron públicamente que el Dios de los cristianos era el único y verdadero, pues sus mandamientos eran tan conformes a toda razón natural. Ello no obstante, cabe afirmar de ellos que salieron vencidos, pero no convencidos, en aquella ocasión, ni era fácil que así fuese, ya que los intereses materiales que defendían pesaban mucho más en sus inteligencias y corazones que las razones aducidas por el Santo.

Por lo demás, esta disputa inicial sólo sirvió para despertar en ellos el espíritu de lucha, y trataron de ver la manera de salir airo-

sos de su adversario. Para ello le preguntaron si nuestra alma moría juntamente con el cuerpo, así como moría el alma de los brutos. Dióle Dios tales razones al Santo y tan conformes a la capacidad de ellos, que les demostró con toda evidencia la inmortalidad del alma humana, de lo que mostraron mucho placer y contentamiento. Y es que «las razones que a esta gente idiota se han de hacer—escribe—no han de ser tan sutiles como las que están escritas en doctores muy escolásticos».

Una nueva derrota nada suponía para los brahmanes, y con machacona insistencia le demandaron que les dijese por dónde salía el alma a un hombre cuando dormía, y si cuando soñaba estar en una tierra con sus amigos y conocidos, era que su ánima iba allá dejando de informar el cuerpo. Pero aún le preguntaron más: que querían saber de él si Dios era blanco o negro, «por la diversidad de colores que veían en los hombres, y como todos los hombres de aquella tierra eran negros, pareciéndoles bien su color, decían ser negro, y así los más de sus ídolos eran negros» porque les untaban muchas veces con aceite. «Feden tanto—escribe Javier—, que es cosa de espanto; son tan feos, que en verlos espantan.»

Habiendo satisfecho con suficiencia y plenitud a cuantas preguntas le hicieron, Javier trató de ahondar lo más posible en el alma de los infatuados brahmanes hasta llegar a la anhelada conclusión de que abrazasen la religión cristiana, pues conocían suficientemente su doctrina, pero le «respondían lo que muchos entre nosotros suelen responder: ¿qué dirá el mundo de nosotros, si esta mudanza de estados hacemos en nuestro modo de vivir?, y otras tentaciones en pensar que les ha de faltar lo necesario». A esto venían a parar invariablemente los sudores de Javier y en esto se resolvían sus pláticas y razonamientos más claros y fervorosos.

En cuanto a la ciencia y capacidad intelectual de los brahmanes nos dice que halló uno que sabía alguna cosa por haber estado en unos estudios muy nombrados. Procuró verse con él y tuvo manera de conseguirlo. Y de la entrevista sacó nuevas e interesantísimas luces para llegar a un conocimiento más cabal sobre el modo de ser y obrar de los brahmanes, pues le comenzó por comunicarle, con el mayor secreto, por supuesto, que la primera cosa que hacían los que enseñaban en aquellos estudios era «dar un juramento, a los que van a aprender, de nunca decir ciertos secretos que enseñan: y a mí este bragmane díjome estos secretos en grande secreto, por

alguna amistad que conmigo tenía». Uno de ellos era este: que nunca dijesen que había un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, el cual estaba en los cielos, y que él adorase este Dios y no los ídolos, que eran demonios. Confióle también que en sus escrituras constaban los mandamientos y que la lengua que en aquellos estudios se enseñaba era entre ellos como entre nosotros el latín. ¿Pero no sería todo esto una pura superchería e invención forjada por el instruído brahmán para engañar al confiado misionero? Parece que no, y prueba de ello es que le recitó muy bien los diez mandamientos, cada uno con una breve declaración. Es más, éstos, que se decían sabios y acaso lo eran, guardaban los domingos, «cosa para no se poder creer», y en ellos decían muchas veces esta sencilla oración: «Adórote, Dios, con tu gracia y ayuda para siempre», y la decían «muy paso y baixo» por guardar el juramento hecho. También le manifestó que la ley natural les prohibía tener muchas mujeres, y que en sus escrituras constaba que había de venir tiempo en que todos habían de vivir debajo de una misma ley, y que en aquellos estudios se enseñaban muchas encantaciones.

Como se ve, la compenetración de ambos llegó a la mayor intimidad. Justo y natural parecía, pues, que el Santo correspondiese por su parte a la confianza que le demostró el brahmán al descubrirle las interioridades más secretas de su doctrina. Y a ello le requirió amablemente el brahmán, prometiéndole por anticipado el secreto, en la creencia de que Javier se pagaría de su reserva. Mas éste le puso como primera condición que le prometiese todo lo contrario, es decir, «de no tener en secreto las cosas más principales que de la ley de los cristianos le diría»; y sólo cuando así se lo hubo prometido, le dijo y declaró muy a su placer estas palabras de capital importancia en nuestra ley: «Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit», las cuales escribió el brahmán en su lengua juntamente con la declaración que de ellas y del Credo le hizo el Santo. Y lo que comenzó por la satisfacción de una curiosidad mutua, a punto estuvo de concluir en verdadera catequesis del presunto neófito cuando éste le confió a Javier que cierta noche había soñado que había de ser cristiano y compañero suyo, rogándole que le hiciese cristiano con ciertas condiciones, «las cuales, por no ser honestas y lícitas, dejé de hacer». Y comenta el Santo: «Espero en Dios que ha de ser sin ninguna de ellas.» La historia nada nos dice

sobre si se cumplió o no esta esperanza del Santo, pero sí nos hace saber que habiéndole aconsejado Javier que enseñase a los simples que adorasen un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, él «no lo quiere hacer» por el juramento que tenía hecho y por temor de que el demonio lo matase (25).

Así y con estos frutos termina el apostolado de Javier entre los infieles de la Pesquería. Tampoco serán más abundantes los que cosechó

5.—Entre los gentiles de las Molucas.

Hacia el mes de agosto de 1545 debió salir Javier para Malaca, desde donde fecha su primera carta el 10 de noviembre, diciéndonos que «ha mes y medio que llegué a Malaca, donde estoy esperando monzón para ir a los Macasares», para donde partiría, siendo Dios servido, «de aquí a un mes y medio». Distaban los Macasares más de mil leguas de Goa, y acerca de ellos le habían informado que era tierra dispuesta para hacerse mucha gente cristiana, pues carecían de casas de ídolos y no había personas que los moviesen a gentilidad. Adoraban al sol cuando lo veían, pero no había otra religión de gentilidad entre ellos. Por lo demás, era gente que siempre estaba de guerra unos con otros (26). No le faltaron ocupaciones allí, no siendo la menor la de sacar las oraciones del latín en lenguaje que en los Macasares se pudiese entender. Era «cosa muy trabajosa no saber la lengua».

Como estas rápidas impresiones eran de segunda mano, promete escribir «muy largamente de la gentilidad de los Macasares» para el año próximo (27), promesa que al parecer quedó incumplida, ya que no hallamos referencias posteriores en su correspondencia epistolar. Lo que sí consta es que, por el momento y porque las nuevas que de allí recibió no fueron satisfactorias, desistió de aquel viaje y resolvió salir para Amboino, donde había muchos cristianos y buena disposición para hacerse más (28). Aquí perma-

(25) Carta a sus compañeros de Roma, Cochín 15 de enero de 1544 (*Epistolae*, I, 170-74).

(26) Carta a sus compañeros de Europa, Malaca, 10 de noviembre de 1545 (*Epistolae*, I, 298-99).

(27) *Ibidem*, 301.

(28) Carta a sus compañeros de Goa, Malaca, 16 de diciembre de 1545 (*Epistolae*, I, 308).

neció tres meses, al cabo de los cuales salió para la isla del Moro, cuyos cristianos tenían gran necesidad de doctrina espiritual y de quien los bautizase para la salvación de sus almas, «y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal por socorrer a la vida espiritual del prójimo». Su gente era muy llena de traición, por la mucha ponzoña que daban en el comer y beber, a cuya causa habían dejado de ir allá personas que mirasen por ellos.

Las partes del Maluco «todas son islas, sin ser descubierta hasta ahora tierra firme». Eran tantas aquellas islas, que no tenían número, y casi todas estaban pobladas. Sus naturales, «por falta de quien les requiera que sean cristianos, dejan de lo ser. Si hubiese en Maluco una casa de nuestra Compañía, sería mucho el número de la gente que se haría cristiana».

Por allí abundaban más los gentiles que los moros, y unos y otros se entendían mal entre sí: «los moros quieren que los gentiles o se hagan moros o sean sus esclavos, y los gentiles no quieren ni ser moros ni menos ser sus cautivos. Si hubiese quien les predicase la verdad, todos se harían cristianos, porque más quieren los gentiles ser cristianos que no moros». Y Javier, ante su impotencia y falta de operarios para segar tanta miés, manifestará una vez más su angustia de apóstol al decir que «por falta de quien les predique la verdad, dejan estos moros de ser cristianos». Entre las disposiciones que manifestaban para abrazar el cristianismo, la que más sobresalía era que no sabían cosa ninguna de su secta perversa. Antes de un mes esperaba ir a una isla donde se comían unos a otros, cuando se mataban en guerra, y todos sus habitantes se querían hacer cristianos (29).

En torno al proceso de su mahometización apunta Javier que «de 70 años a esta parte se hicieron moros, que primero todos eran gentiles», y que dos o tres cacices que vinieran de la Meca convirtieron gran número de gentiles a la secta de Mahoma.

Estos trazos incompletos, consignados al correr de la pluma, adquieren una caracterización más acusada y fuerte en estas otras frases: «La gente de estas islas es muy bárbara y llena de traición. Es más baza que negra, gente ingrata en gran extremo. Hay islas

(29) Carta a sus Compañeros de Europa, Amboino, 10 de mayo de 1546 (*Epistolae*, I, 310-35).

en estas partes en las cuales se comen unos a otros; esto es, cuando unos con otros tienen guerra y se matan en pelea, y no de otra manera. Cuando mueren por enfermedad, dan por gran banquete las manos y carcaños a comer. Es tan bárbara esta gente, que hay islas donde demanda un vecino a otro (cuando quiere hacer una fiesta grande) su padre, si es muy viejo, emprestado para comer, prometiéndole que le dará el suyo cuando fuere viejo y quisiere hacer algún banquete.»

Como a simple vista se advierte, no debía ser muy apetitoso el apostolado entre semejantes gentes; y, sin embargo, Javier pensaba en ir antes de un mes a una isla donde se comían unos a otros y se hacían préstamos de los viejos para celebrar sus comilonas. Aparte de esto, se cometían abominables pecados de lujuria, «cuales no podríades creer, ni yo me atrevo a escribir» (30).

¿Qué medios de apostolado se le ocurrieron a Javier para intentar en firme la conversión de aquellas gentes? Ante todo, que pasase allí mayor número de operarios evangélicos, y luego el establecimiento de «una casa de nuestra Compañía» en Maluco, en la seguridad de que «sería mucho el número de la gente que se haría cristiana»; por lo que se había resuelto a tratar en firme de «cómo en este cabo de mundo de Maluco se hiciese una casa por el mucho servicio que a Dios nuestro Señor se haría» (31). Pero, posiblemente, estas bellas esperanzas no pasaban de ser una utopía forjada por su imaginación en abierta pugna con la realidad, al menos por lo que a los moros se refiere, y acaso también a los gentiles.

Para completar el cuadro conviene recoger algunas interesantes referencias acerca de las condiciones que ofrecían las islas del Moro para el desarrollo normal y un tanto cómodo del apostolado católico. «Estas islas—escribe el Santo—son muy peligrosas por causa de las muchas guerras que hay entre ellos. Es gente bárbara, carecen de escrituras, no saben leer ni escribir. Es gente que dan ponzoña a los que mal quieren, y de esta manera matan a muchos. Es tierra muy fragosa, todas son sierras y mucho trabajosas de andar. Carecen de mantenimientos corporales. Trigo, vino de uvas no saben qué cosa es. Carne ni ganados ningunos hay, sino algunos

(30) *Ibidem*, 331.
(31) *Ibidem*, 328.

puercos por grande maravilla. Puercos monteses hay muchos. Muchos lugares carecen de agua buena para beber. Hay arroz en abastanza y muchos árboles que se llaman zagueros, que dan pan y vino, y otros árboles que de su corteza hacen vestidos, con que todos se visten... Hay en estas islas una gente que llaman tavaros. Son gentiles, los cuales ponen toda su felicidad en matar los que pueden, y dicen que muchas veces matan sus hijos o mujeres cuando no hallan qué matar. Estos matan muchos cristianos» (32).

Extraño sería que entre tanta barbarie y maldad no hubiese ninguna cosa buena y en medio de tan densa oscuridad no iluminase siquiera un rayito de luz que alentara la esperanza de mayores y más sazonados frutos para el Evangelio.

En las Molucas fué realmente escaso el cosechado. Es cierto que Javier predicó la fe entre los musulmanes, pero lo es también que ellos permanecieron ostinados en su error, ni aún quisieron oirle. En la islita de Nusalaut, habitada de gentes feroces, semejante a los de los bosques de Baranula, que en sus guerras devoraban los cadáveres de los enemigos, muertos a golpes por ellos, hizo lo propio, pero también éstos se hicieron sordos a la voz de Dios, y sólo un joven se resolvió a seguir al Padre y recibir el bautismo.

Los habitantes de Ternate eran una mezcla de alfures y advenedizos malayos. Su traje consistía en un taparrabo, la chaquetilla y una banda blanca o roja sobre la frente rodeándoles la cabellera pendiente hasta los hombros. Su religión era el islam, pero sobrecargado por las supersticiones de su ideología pagana. Aquí tuvo al menos el consuelo de bautizar a Naichile, madre del difunto rey Don Manuel, mujer muy reverenciada en toda la isla por su virtud y conocimiento de la religión mahometana (33).

Del Rey del Maluco nos dice que era moro y vasallo del de Portugal y que dejaba de ser cristiano, no precisamente por ser devoto de Mahoma, sino por no querer dejar los vicios carnales en que vivía metido. No tenía otra cosa de moro sino el haber sido circuncidado de pequeño y de grande ser cien veces casado, porque tenía cien mujeres principales y otras muchas secundarias. Sin embargo, mostraba mucha amistad al Santo, mientras por ello era

(32) Carta a sus compañeros de Roma, Cochín, 20 de enero de 1548 (*Epistolae*, I, 379-80).
(33) SCHURHAMMER, *Vida*, 162-66.

criticado y mirado con malos ojos por los principales del reino. Y hasta deseaba que Javier fuese su amigo dándole esperanzas de que algún día se haría cristiano, pues que cristianos y maros tenían un sólo Dios y tiempo llegaría en que todos fuesen unos. Holgaba mucho de que le visitase, pero nunca pudo acabar con él para que se hiciese cristiano. Por lo demás, los moros de aquellas islas no tenían doctrina de la secta de Mahoma, carecían de alfaquíes y los que lo eran sabían muy poco y casi todos eran extranjeros (34).

A esto o poco más se reduce la actividad del Santo entre los infieles de las Molucas.

Terminada la prolongada gira por el Extremo Oriente, Javier partió para Malaca donde se detuvo cuatro meses esperando tiempo bonancible para navegar hacia la India. Allí le sorprendieron con la gran noticia, facilitada por ciertos mercaderes portugueses, «hombres de mucho crédito», de la existencia de unas islas muy grandes, de poco tiempo a esta parte descubiertas, las cuales se llamaban las islas del Japón donde, según parecer de aquéllos, se haría mucho fruto en acrecentar nuestra santa fe, más que en ningunas otras partes de la India, por ser ella una gente deseosa de saber en gran manera, cualidad de la que carecían los gentiles de la India (35).

No deja de extrañarnos un poco este rápido e inesperado viraje de pensamiento de Javier respecto a los infieles o gentiles de la India. Hasta este momento había abrigado verdaderas y firmes esperanzas de que entre ellos cosecharía abundante y sazonado fruto de conversiones si lograba aumentar el número de operarios y establecía una casa de la Compañía en el apartado mundo del Maluco, pues sus cualidades naturales le parecían aptas para abrazar sin grandes esfuerzos el cristianismo. Pero desde que en Malaca le hablan los portugueses de las gentes del Japón y de su abierta disposición para recibir la fe, Javier parece transportado a otro mundo; ya nada quiere saber de la India, ni de sus habitantes, tan al alcance de sus manos para compartir con ellos sus sudores sin exponerse a una nueva aventura problemática. Son muy reveladoras a este propósito las siguientes frases estampadas en carta dirigida a San Ignacio y fechada en Cochín el 12 de enero de 1549: «Por la experiencia que

(34) Carta a sus compañeros de Roma, Cochín, 20 de enero de 1548 (*Epistolae*, I, 385-86).
(35) *Ibidem*, 390.

tengo de estas partes veo claramente, Padre mío único, que por los indios naturales de la tierra no se abre camino cómo por ellos se perpetúe nuestra Compañía, y que tanto durará en ellos la cristiandad cuanto duráremos y viviremos los que acá estamos o de allá mandáredes». ¿No viene a ser esta una palmaria confesión del escaso fruto cosechado y de las pocas esperanzas que abrigaba de alcanzarlo más adelante? Pero su pesimismo adquiere aún un tono más subido cuando en líneas más adelante escribe: «Los indios de esta tierra, asi moros como gentiles, son muy ignorantes todos los que hasta ahora tengo visto» y «son de esta calidad: por sus grandes pecados no son nada inclinados a las cosas de nuestra santa fe, mas antes les aborrece mucho y les pesa mortalmente cuando les hablamos y rogamos que se hagan cristianos, de manera que al presente consérvanse los cristianos que están hechos» (36). Hasta ahora no le habíamos visto expresarse asi al Santo, ni hablar con tanta crudeza de sus infieles de la India. Es la primera vez que aflora a los puntos de su pluma la sombra del pesimismo. ¿Qué se había hecho, pues, de aquel alegre y esperanzador optimismo de los días iniciales de su ministerio y de la halagüeña perspectiva que le ofrecía el nuevo campo de apostolado? Puede espigar el lector, de cuanto llevamos dicho, las frases de optimismo y esperanza en las que Javier ha ido condensando sus impresiones en orden a las posibilidades de una cosecha abundante en la India y Extremo Oriente y compararlas con estas otras que acabamos de estampar.

Pero no es esto sólo. Al lado de ese incipiente pesimismo y como escondido entre celajes está indudablemente la idea de su fracaso como apóstol de la India. De aqui sus prisas por alejarse de alli y pasar al Japón en busca de nuevos campos que roturar y de nuevas empresas en qué alimentar su innato optimismo. ¿Causas de este real o aparente fracaso? Para Javier, la primera y principal «las muchas persecuciones que padecen los que se hacen cristianos, las cuales serían largas de contar»; pero aun abrigaba la esperanza de que si los infieles fuesen más favorecidos por los portugueses «facerse ían muchos cristianos; mas ven los gentiles que son tan desfavorecidos y perseguidos los que son cristianos, que por esta causa no se quieren hacer». Por otra parte se le ve que estaba inti-

(36) Carta a San Ignacio, Cochín, 12 de enero de 1549 (*Epistolae*, II, 5-9).

mamente convencido de que semejante abuso carecía de remedio en lo humano. Así se lo hace saber a Juan II en carta fechada en Cochín el 26 de enero de 1549, en la que le dice: «Yo, Señor, porque sé lo que acá pasa, ninguna esperanza tengo de que se han de cumplir en la India mandatos ni privisiones que dé en favor de la cristiandad; y por eso casi voy huyendo para Japón por no perder más tiempo del pasado» (37).

Con estos datos a la vista, ¿puede hablarse de fracaso del apostolado de Javier en la India? Es exagerado suponer que había llegado a la íntima convicción de que allí nada tenía que hacer, bien fuese por no disponer de campo abonado para emplear su celo o por falta de espacio suficiente para su divina impaciencia? Lo cierto es que, embarcado ya de lleno en la nueva aventura, Javier parece que tiene prisa en abandonar la India; ¿por creer acaso que su presencia allí estorbaba? ¿Como reconociendo su fracaso? Posiblemente hubo algo de todo. Es indudable que desde que recibió las primeras referencias sobre el Japón, su celo de apóstol le llevaba a otras tierras, a otras naciones, con fuerza irresistible, como puede comprobarse por estas significativas expresiones, que vienen a confirmar nuestra impresión: «Por estas causas y otras muchas, que serían largas de contar, y por la mucha información que tengo de Japón, que es una isla que está cerca de la China, determiné de ir a esta tierra con mucha satisfacción interior, pareciéndome que entre tal gente se puede perpetuar por ellos mismos el fruto que en vida los de la Compañía ficiéremos» (38). ¿Qué se había hecho de sus ilusiones primeras respecto a la India y de sus habitantes? Siempre nos parecieron un tanto irreflexivos y prematuros aquellos optimismos iniciales nacidos al calor de las primeras impresiones y con escaso conocimiento de las cualidades de la gente que le había tocado en suerte; soñó con conversiones en masa, y como éstas no llegaron ni era fácil que hubiesen llegado por aquel camino, dió rienda suelta a su imaginación, pensando seguramente en los frutos que había de cosechar en el Japón. Así es cómo preparó tan rápidamente la nueva empresa y se lanzó a la arriesgada aventura del Japón, si bien hay que reconocer que para intentarla se sintió

(37) *Ibidem*, 9-10. Carta al rey Juan III de Portugal, Cochín, 26 de enero de 1549 (*Epistolae*, II, 61).

(38) Carta a San Ignacio, Cochín, 12 de enero de 1549 (*Epistolae*, II, 10).

íntimamente movido por Dios. Ya nada tenía que hacer en la India, pues su corazón no vivía allí, sino en el Japón, tanto más cuanto que esta aventura la venía preparando desde hacía algún tiempo. Así como soñaba, y soñó despierto, en un principio con la India, ahora le vemos que le sucede otro tanto con el Japón. Dejándose llevar en alas de su entusiasmo primerizo, también aquí se las promete muy felices; grandes conversiones, colosales victorias contra el demonio con la ayuda de Dios. ¿Pero qué le dirían los hombres?

Hubiese o no fracasado como misionero entre los gentiles de la India, lo cierto es que Javier reacciona formidablemente ante la nueva aventura que se le ofrece para en breve en el Japón, y a prepararla se dedica con afán incansable, procurando adquirir por todos los medios a su alcance el mayor cúmulo de conocimientos posibles sobre las características de las gentes que le habían de caber en suerte en el nuevo campo de apostolado. Sigámosle en sus preparativos y en su afán de conocer la idiosincrasia de las nuevas gentes.

6.—*Tras el alma japonesa.*

Queda insinuado ya que es en carta fechada en Cochín el 20 de enero de 1548 y dirigida a sus compañeros de Roma donde Javier nos da las primeras noticias captadas por él referentes al Japón: «Estando en esta ciudad de Malaca—escribe—me dieron grandes nuevas unos mercaderes portugueses, hombres de mucho crédito, de unas islas muy grandes, de poco tiempo a esta parte descubiertas, las cuales se llaman las islas de Japón, donde, según parecer de ellos, se haría mucho fruto en acrecentar nuestra santa fe más que en ningunas otras partes de la India, por ser ella una gente deseosa de saber en gran manera, lo que no tienen estos gentiles de la India.» Para colmo de satisfacción suya, con aquellos mercaderes portugueses había venido un japonés, llamado Angero, en su busca. Este venía «con deseo de confesarse conmigo, por cuanto dió parte a los portugueses de ciertos pecados, que en su juventud tenía hechos, pidiéndoles remedio para que Dios nuestro Señor le perdonase tan graves pecados»; por lo que le habían aconsejado los portugueses fuese con ellos a Malaca para verse con Javier. Y así lo hizo en efecto. Pero cuando Angero llegó a Malaca Javier había partido para Maluco, de manera que el japonés

tuvo que embarcar para su tierra sin lograr su propósito. Mas sucedió que estando ya a la vista de las islas del Japón dióles tal tormenta que a punto estuvieron de perderse, y para escapar con vida tuvo que regresar al navío que iba camino de Malaca, donde halló por fin al Santo y se holgó mucho con él conversando sobre cosas de nuestra santa ley. Como Angero sabía razonablemente el portugués, «él me entendía todo lo que yo le decía, y yo a él lo que me hablaba».

Esta fué la primera entrevista tenida por Javier con un japonés, y, sin embargo, la impresión que de ella sacó no pudo ser más favorable a las nuevas gentes que se iban a poner a tiro de su ardiente celo: «Si así son todos los japones, tan curiosos de saber como Angero, paréceme que es gente más curiosa de cuantas tierras son descubiertas.» Angero asistió durante algún tiempo a la catequesis del Santo, escribía los artículos de la fe cuando iba a la doctrina cristiana y frecuentaba la iglesia. Hacíale muchas preguntas y era hombre deseoso de saber, «que es señal de un hombre se aprovechar mucho y de venir en poco tiempo en conocimiento de la verdad». Y esto le ilusionaba grandemente a Javier.

A los ocho días de haber llegado Angero a Malaca, Javier partió para la India, y bien quisiera haberle llevado consigo en el mismo navío; pero, por el conocimiento que había hecho con los portugueses, no le pareció prudente dejar su compañía, de la cual había recibido tantas honras y amistades. Le esperaría, pues, en Cochín dentro de diez días. Y allí se presentó el japonés en el plazo fijado, con harta satisfacción de Javier, a quien las ansias del Japón le traían torturada el alma y ardía en deseos de saber nuevas cosas y circunstancias sobre las gentes de aquellas islas y sus cualidades y disposiciones para abrazar la fe. Por eso, una de las primeras cosas que seguramente le preguntó fué que si con él fuese a su tierra se harían cristianos los del Japón. A lo que Angero respondió que los de su tierra no se harían cristianos luego, sino que primero le harían muchas preguntas y verían si les satisfacían sus respuestas y, sobre todo, se fijarían muy mucho en si vivía conforme a lo que hablaba; y si hiciese estas dos cosas, hablar bien y satisfacer a sus preguntas y vivir sin que le hallasen en qué reprenderle, «que en medio año, después que tuviesen experiencia de mí, el rey y la gente noble y toda otra gente de discreción se

harían cristianos, diciendo que ellos no son gentes que se rigen sino por razón».

Mas no paró en esto la curiosidad del Santo. A un mercader amigo suyo, que había residido durante muchos días en la tierra de Angero, le rogó que le diese por escrito alguna información de la misma, de su gente y de lo que había visto y oído en ella a personas que le parecieron de crédito. Y él le dió «esta información tan menudo por escrito, la cual os envío con esta carta mía». Añade, además, que todos los mercaderes que venían de Japón le informaban de que si él fuese allá, «haría mucho servicio a Dios nuestro Señor, más que con los gentiles de la India, por ser gente de mucha razón». Este cúmulo de informaciones y óptimas perspectivas le inducían a pensar, y por lo que iba sintiendo dentro de su alma, que él o alguno de la Compañía «antes de dos años iremos a Japón, aunque sea viaje de muchos peligros, así de tormentas grandes y de ladrones chinos que andan por aquel mar a hurtar, donde se pierden muchos navíos». Mientras, Angero aprendería mejor la lengua portuguesa, vería la India y conocería a los portugueses con su arte y modo de vivir, acabaría por catequizarse, y valiéndose de sus conocimientos lingüísticos sacarían la doctrina cristiana en lengua del Japón con una declaración sobre los artículos de la fe y algo de historia sobre el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, pues Angero sabía escribir muy bien lengua del Japón (39). Vemos cómo poco a poco va desentendiéndose Javier del apostolado en la India y perfilando sus conocimientos sobre el Japón. De los indios, así moros como gentiles, ya no cabía esperar nada; no eran nada inclinados a las cosas de la fe, más aún, las aborrecían y les pesaba mortalmente cuando les hablaba de que se hiciesen cristianos. En cambio, en el Japón no había moros ni judíos, todos ean gentiles, gente muy curiosa y deseosa de saber cosas nuevas, así de Dios como de otras cosas naturales. No cabía, pues, duda en la opción. Mucho le podrían ayudar, por otra parte, en el nuevo empeño los tres mancebos japoneses que se educaban en el colegio de Santa Fe de Goa, que vinieron con él de Malaca en 1548, quienes le daban gran información de las partes del Japón y eran personas de buenas costumbres y de grandes ingenios, sobre todo Paulo. La

(39) Carta a sus compañeros de Roma, Cochín, 20 de enero de 1548 (*Epistolae*, I, 390-92).

vocación de Javier para el Japón había llegado a su madurez y estaba resuelto a ir en primer término adonde residía el Rey, y de allí pasar a las Universidades donde tenían sus estudios. Según le había informado Paulo, la ley que ellos tenían había sido llevada de una tierra llamada Chengico, «que está pasada la China y después Tartao..., y en ir de Japón a Chengico y tornar a Japón ponen en el camino tres años».

Como todos estos informes primerizos tenían que adolecer necesariamente de rudimentarios e incompletos, una vez allí y enterado circunstanciadamente daría cuenta detallada de todo: «De Japón escribiré a vuestra santa caridad muy larga información, así de sus costumbres y de sus escrituras, y de lo que enseñan en aquella grande universidad de Chengico... Como viere las escrituras de Japón y tratare con los de aquellas universidades, escribiré muy largamente de todo y no dejaré de escribir a la universidad de París, y por ella serán avisadas todas las otras universidades de Europa.» Como colofón y para cerrar la carta van estas frases de fe absoluta en el triunfo final: «Tengo grande esperanza, y ésta en Dios nuestro Señor, que se han de hacer muchos cristianos en Japón. Nunca podría acabar de escribir cuánta consolación interior siento en hacer este viaje, por ser de muchos y grandes peligros de muerte, de grandes tempestades, de vientos, de bajos y de muchos ladrones: cuando de cuatro navíos los dos se salvan, es grande acierto. Yo no dejaría de ir a Japón, por lo mucho que tengo sentido dentro de mi ánima, aunque tuviese por cierto que me había de ver en los mayores peligros que nunca me vi, por cuanto tengo muy grande esperanza en Dios nuestro Señor que en aquellas partes se ha de acrecentar mucho nuestra santa fe católica» (40).

El 22 de junio de ese mismo año le vemos en Malaca, ya de camino para el Japón, y allí tendrá ocasión de ampliar sus informes con nuevos detalles. En esta carta nos dice que partió de la India rumbo al Japón por el mes de abril con dos compañeros jesuítas y tres japoneses cristianos. Llegaron a la ciudad de Malaca por el mes de mayo, y ya aquí le comunicaron unos portugueses que un gran señor de aquellas tierras quería ser cristiano y que por medio de una embajada pedía Padres para que les declarasen las verdades

(40) Carta a San Ignacio, Cochín, 12 de enero de 1549 (*Epistolae*, II, 10-12).

de nuestra fe. Pero al propio tiempo se enteró de algo muy chusco que hubo de excitar su hilaridad y mover su conmiseración ante la triste y lamentable situación de aquellas gentes.

Fué el caso que unos mercaderes portugueses, que habían llegado a cierta parte del Japón, fueron agasajados y acomodados por su señor en unas casas deshabitadas por razón de que en ellas decían residir los demonios. Con gentil cortesía aceptaron los portugueses el albergue que se les ofrecía, y sin preocupaciones mayores empezaron a hacer su vida; pero pronto sintieron que les tiraban de los vestidos, y por más que trataron de averiguar quién fuese, nunca pudieron descubrir al autor de semejante broma. Ante esta ocurrencia, ya no fué el miedo el que se apoderó de ellos, sino el pánico, al no hallar explicación satisfactoria a lo que les venía ocurriendo. En esto, cierta noche, a uno de los mozos se le apareció una visión y comenzó a dar tan grandes voces que los demás compañeros acudieron en su ayuda con las armas en la mano, creyendo que se trataba de algo grave. Pero al ser requerido por los motivos de su aprieto les refirió la visión y quedó explicada la razón de sus gritos. Por todo remedio para en adelante se les ocurrió plantar muchas cruces por el suelo y en torno a la casa. Pronto cundió la voz del suceso entre los naturales y entonces les descubrió el señor cómo aquella casa estaba habitada por el demonio; y preguntados por el remedio para echarlos fuera, dijéronle los portugueses que no había otro que la señal de la cruz. Y de aquí vino el que los de la tierra dieran en hacer lo propio y que aquellos contornos se viesen llenos de cruces.

Es ahora también cuando le informan de nuevo los portugueses acerca de la gran disposición que había en el Japón para acrecentar la fe, por ser la gente muy avisada y discreta, allegada a la razón y deseosa de saber, y cómo en aquellas partes había grandes estudios; extremo que no le preocupaba mucho a Javier, persuadido como estaba de que quien no conocía a Dios ni a su Hijo Jesucristo poco de fundamento podía saber. Sus compañeros japoneses le pusieron también en antecedentes de que los bonzos se escandalizarían de verles comer carne o pescado, no cesando de ponderarle el número de bonzos que había en su tierra y de lo muy obedecidos que eran del pueblo, así de los grandes como de los pequeños. Para que su conducta no sirviese de rémora a la penetra-

ción del Evangelio, Javier promete desde aquel instante comer siempre de dieta antes de escandalizar a nadie.

En una charla confidencial con Pablo de Santa Fe recibió de éste interesantes detalles sobre cierta manera de meditación que practicaban los bonzos de su tierra. Y era esta: El superior de la casa, que solía ser el más letrado, llamaba a todos los bonzos y les hacía una plática en forma de sermón, y luego decía a cada uno que meditase por espacio de una hora sobre este punto concreto: Cuando un hombre está expirando que no puede hablar, cuando el alma se despide del cuerpo, si entonces pudiese hablar en tal separación o apartamiento del alma, ¿qué cosas diría el alma al cuerpo? Y así, por consiguiente, dos que están en el infierno o en el purgatorio, si a esta vida tornasen, ¿qué dirían? Y después de pasada la hora reglamentaria de meditación, el superior preguntaba a cada uno lo que durante ese tiempo meditó y sintió. Y si el preguntado decía algunas cosas buenas, lo alababa; y si lo contrario, lo reprendía.

Con esta minuciosidad de detalles procuró informarse Javier sobre las condiciones morales de las nuevas gentes entre las que iba a emprender su nueva campaña, y promete nueva y más amplia información una vez que estuviera allí y después de haberse enterado sobre el terreno de tantas cosas y particularidades de la tierra, de las gentes, de su vida y costumbres, de los engaños en que vivían acerca de sus escrituras, de los estudios y ejercicios que tenían.

La última carta suya que se conserva escrita desde Malaca es del 23 de junio de 1549, y el 5 de noviembre de ese mismo año aparece suscrita su primera desde Kagoshima, tierra de Pablo de Santa Fe, «donde todos nos recibieron con mucho amor, así sus parientes como los que no lo eran» (41). No era, pues, mucha ni larga la experiencia que había podido adquirir para calar hondo en el alma japonesa. Y, sin embargo, sus primeras impresiones respiran optimismo. ¿Pero es que fué alguna vez pesimista Javier? Ya le hemos visto durante los preparativos de su viaje en Lisboa y le hemos seguido con fina atención a lo largo de su apostolado en la India, y en todas partes le hemos visto respirar siempre un sano optimismo, aun cuando luego tuviera que ceder su puesto a la triste realidad. Su vida toda fué un continuo caminar cabalgando

(41) Carta a sus compañeros de Goa, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549 (*Epistolae,* II, 166-212). La cita en la pág. 186.

sobre la ilusión más esperanzadora, como si nada le importase el subsiguiente fracaso, que se encargaba de hacerle ver las cosas de muy diferente forma. Así le sucederá también en el Japón, pero mientras tanto era feliz y vivía esperanzado. Bien merece la pena de que resumamos parte de esta interesantísima carta.

Aún no conocía del Japón sino la reducida parte de Kagoshima, pero él se encargará de dar a sus impresiones un alcance más general. «De Japán—escribe—, por la experiencia que de la tierra tenemos, os hago saber lo que de ella tenemos alcanzado. Primeramente, la gente que hasta ahora tenemos conversado, es la mejor que hasta ahora está descubierta; y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japones. Es gente de muy buena conversación, y generalmente buena y no maliciosa, gente de honra mucho a maravilla; estiman más la honra que ninguna otra cosa, es gente pobre en general y la pobreza entre hidalgos y los que no lo son no la tienen por afrenta.

»Tienen una cosa que ninguna de las partes de los cristianos me parece que tiene, y es esta: que los hidalgos, por muy pobres que sean, los que no son hidalgos, por muchas riquezas que tengan, tanta honra hacen al hidalgo muy pobre cuanta le harían si fuese rico; y por ningún precio casaría un hidalgo muy pobre con otra casta que no es hidalga, aunque le diesen muchas riquezas. Y esto hacen por les parecer que pierden de su honra casando con casta baja, de manera que más estiman la honra que las riquezas. Es gente de muchas cortesías unos con otros, precian mucho de las armas y confían mucho en ellas; siempre traen espadas y puñales, y esto todas las gentes, así hidalgos como gente baja. De edad de catorce años traen ya espada y puñal.

»Es gente que no sufre injurias ni palabras dichas con desprecio. La gente que no es hidalga tiene mucho acatamiento a los hidalgos, y todos los hidalgos se precian mucho de servir a el señor de la tierra y son muy sujetos a él; y esto me parece que hacen por les parecer que haciendo lo contrario pierden de su honra, más que por el castigo que del señor recibirían si el contrario hiciesen. Es gente sobria en el comer, aunque en el beber son algún tanto largos, y beben vino de arroz porque no hay viña en estas partes. Son hombres que nunca juegan, por les parecer que es grande deshonra; pues los que juegan desean lo que no es suyo y de ahí pue-

den venir a ser ladrones. Juran poco, y cuando juran es por el sol. Mucha parte de la gente sabe leer y escribir, que es un gran medio para con brevedad aprender las oraciones y las cosas de Dios. No tienen más que una mujer. Tierra es donde hay pocos ladrones, y esto por la mucha justicia que hacen en los que hallan que lo son, porque a ninguno dan vida; aborréceles mucho en grande manera este vicio del hurtar. Es gente de muy buena voluntad, muy conversábile y deseosa de saber.»

En dos trazos nos ha dejado Javier una precisa descripción de la parte buena del alma japonesa, y ante la halagüeña perspectiva que allí se ofrecía para desarrollar un fructífero apostolado, nada de particular tiene que su mente hubiese vuelto a abrigar esperanzadoras ilusiones, apoderándose de él aquel sano optimismo anterior con olvido total de su posible fracaso en la India. Las gentes del Japón le resultaban ya las mejores de cuantas había visto y conocido en su vida, y su buena predisposición para abrazar el Evangelio se las prometía muy felices a su hoz de infatigable segador de cardos gentílicos en el nuevo y ancho campo que se abría a su mirada inquieta y escrutadora. A mayor abundamiento, a todas esas buenas cualidades y excelentes prendas, había que agregar esta otra infinitamente más valiosa y superior a los intereses de Javier: «Huelgan mucho de oír cosas de Dios, principalmente cuando las entienden. De cuantas tierra tengo vistas en mi vida, así de los que son cristianos como de los que no lo son, nunca vi gente tan fiel acerca del hurtar. No adoran ídolos en figuras de alimarias: creen los más de ellos en hombres antiguos, los cuales, según lo que tengo alcanzado, eran hombres que vivían como filósofos. Muchos de éstos adoran el sol y otros la luna. Huelgan de oír cosas conformes a razón, y dado que haya vicios y pecados entre ellos, cuando les dan razones mostrando que lo que ellos hacen es mal hecho, les parece bien lo que la razón defiende» (42).

Pero este anverso apacible y alentador ofrecía un reverso mucho más inquietante y tormentoso; pues si así era en general el pueblo japonés, la conducta desarreglada de los bonzos tenía que chocar violentamente con la nueva ley que se les predicaba.

(42) *Ibidem*, 186-88.

7.—Entre los bonzos del Japón.

En una de sus cartas nos da Javier interesantes pormenores acerca de la variedad y número de bonzos y boncerías que había en el Japón, cuyo conocimiento nos servirá para ponernos al tanto de las dificultades que tuvo que vencer en su labor proselitista.

Había—dice—en aquella tierra gran número de hombres y mujeres que hacían profesión de religión. Los hombres recibían entre ellos el nombre de bonzos, y de éstos los había de muchas maneras: unos de hábitos pardos y otros de hábitos negros, y entre ambos grupos existía muy poca amistad y armonía, pues los bonzos de hábitos negros decían de los otros que sabían muy poco y vivían mal. Entre las mujeres había unas bonzas de hábitos pardos y otras de hábitos negros, y cada fracción de éstas estaba a la obediencia de los bonzos de igual color de hábito. Era tal el número de bonzos y bonzas que había en el Japón, que era cosa para no poder ser creída sino por quien lo hubiese visto. A Javier le afirmaron personas de mucha verdad que en las tierras de un solo duque había ochocientos monasterios de frailes y monjas con no menos de treinta personas cada uno, y que aparte de estos ochocientos monasterios había otros de cuatro, seis y ocho personas. «Yo, por lo mucho que tengo visto de Japón, creo ser así» (43).

En cuanto a su conducta moral nos dice el Santo que «menos pecados hallo en los seculares y más obedientes los veo a la razón, de lo que son los que ellos acá tienen por Padres, que ellos llaman bonzos, los cuales son inclinados a pecados que natura aborrece y ellos lo confiesan y no lo niegan; y es tan público y manifiesto a todos, así hombres como mujeres, pequeños y grandes, que por estar en mucho costumbre, no lo extrañan ni lo tienen en aborrecimiento. Huelgan mucho los que no son bonzos en oirnos reprender aquel abominable pecado, pareciéndoles que tenemos mucha razón en decir cuán malos son y cuánto a Dios ofenden los que tal pecado hacen. A los bonzos muchas veces decimos que no hagan pecados tan feos, y ellos todo lo que les decimos les cae en gracia, porque de ello se ríen y no tienen ninguna vergüenza de oír reprensiones de pecado tan feo. Tienen estos bonzos en sus monas-

(43) Carta a sus compañeros de Europa, Cochín, 29 de enero de 1552 (*Epistolae*, II, 255).

terios muchos mininos, hijos de hidalgos, a los cuales enseñan a leer y escribir, y con éstos cometen sus maldades; y está este pecado tanto en costumbre que, aunque a todos parezca mal, no lo extrañan». Para cerciorarse mejor del fundamento de aquellos decires populares, Javier inquirió de ciertas personas si aquellos frailes cometían en realidad semejante pecado, y le enteraron de que, en efecto, pecaban con los mozos a quienes enseñaban a leer y escribir.

Pero no era esto sólo. Javier recarga aún mucho más los colores del cuadro al decirnos que entre aquellos bonzos había «unos que se traen a manera de frailes, los cuales andan vestidos de hábitos pardos, todos rapados, que parecen que cada tres o cuatro días se rapan, así toda la cabeza como la barba»; que éstos vivían muy lejos y tenían en su compañía frailas de la misma orden, por lo que eran desestimados y censurados del pueblo por parecerles mal tanta conversación y trato con las bonzas, llegando a afirmar en sus habladurías que «cuando alguna de estas monjas se siente preñada, toma maleciña con que luego echa la crianza». Esto era muy público y a Javier le parecía, «según lo que tengo visto en este monasterio de frailes y monjas, que el pueblo tiene mucha razón en lo que de ellos tiene concebido» (44).

Dos cosas llamaron poderosamente la atención de Javier desde un principio: el ver que tan grandes y abominables pecados fuesen tenidos en poco, y que los legos viviesen en su estado mucho mejor que los bonzos en el suyo; y «con ser esto manifiesto, es para maravillar la estima en que los tienen». E inquiriendo sobre las causas de esta obediencia y veneración, le parecía que radicaban en la gran abstinencia que hacían, pues nunca comían carne ni pescado, sino fruta, hierbas y arroz, y esto una sola vez al día y mucho por regla, y no les daban vino: «Por esta continua abstinencia que hacen y porque no tienen conversación con mujeres, especialmente los que andan vestidos de negro como clérigos, so pena de perder la vida, y por saber contar algunas historias o, por mejor decir, fábulas de las cosas en que creen, por esta causa me parece que los tienen en mucha veneración.» Acto seguido estampa esta aguda y certera observación: «Y no será mucho, por ser ellos y nosotros tan contrarios en las opiniones de sentir de Dios y de cómo se han

(44) Carta a sus compañeros de Goa, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549 (*Epistolae*, II, 188-89).

de salvar las gentes, ser de ellos muy perseguidos, más que de palabras.» Mas él jamás pretendería enemistarse directamente con ellos, pero sí poner los medios necesarios para atraer a las gentes al conocimiento de Dios y procurar con su favor y ayuda que aquello fuese adelante. En cuanto al pueblo era de parecer «que no nos ha de contradecir ni perseguir, cuanto es de su parte, salvo si no fuere por muchas importunaciones de los bonzos». Pero no por eso, «ni por su temor, habemos de dejar de hablar de la gloria de Dios y de la salvación de las ánimas», pues ellos «no nos pueden hacer más mal de lo que Dios nuestro Señor les permitiere, y el mal que por su parte nos viniere, es merced que nuestro Señor nos hará, si por su amor y servicio y celo de las almas nos acortaren los días de la vida, siendo ellos instrumentos para que esta continua muerte en que vivimos se acabe, y nuestros deseos en breve se cumplan, yendo a reinar para siempre con Cristo». Estas eran sus intenciones y este su propósito «por mucho que ellos nos contradigan, pues Dios nos obliga a que más amemos la salvación de nuestros prójimos, que nuestras vidas corporales» (45).

La intransigencia de Javier para con los bonzos se reducía, pues, a su descarriada conducta moral y a sus errores doctrinales. Por lo demás, sus relaciones con ellos fueron de franca cordialidad, y cuando les pudo hacer un favor no dejó de hacérselo. Así, cuando se enteró de que dos de ellos pensaban ir a Malaca, escribía desde Kagoshima, el 5 de noviembre de 1549, al P. Pablo, que se hallaba en Goa: «Si allá fueren dos bonzos, que este año van a Malaca, trabajad mucho con ellos en agasajarlos con los portugueses, mirando mucho por ellos, mostrándoles mucho amor, como yo hacía con Paulo cuando allá estaba, porque es gente que por solo amor se quiere llevar; y no entréis con ningunos rigores con ellos. Si quedaren en Malaca, haced que los Padres que han de venir a Japón vengan provistos de lo necesario, tanto para ellos como para los Padres, pues tienen necesidad de ellos para topaces» (46). Y en otra al P. Antonio Gómez, insistiendo sobre el mismo punto, le avisa de que «allá van dos bonzos japones, los cuales estuvieron en las universidades de Miaco y Bandu; tratarlos heis con mucho amor, porque los japones así se quieren» (47).

(45) *Ibidem*, 189, 204-205.
(46) *Epistolae*, II, 220.
(47) *Epistolae*, II, 225.

¿Hasta dónde llegó su trato y amistad con ellos? A este propósito nos asegura Javier que muchas veces conversó con algunos de los más principales y sabios, sobre todo con uno a quien los demás consideraban mucho, así por sus letras, vida y dignidad, como por su ancianidad respetable de ochenta años. Llamábase Ninxit, que en su lengua quería decir «corazón de verdad»; se le tenía como obispo, «y si el nombre le cuadrase, sería bienaventurado», según apostilla el Santo. En muchas pláticas que tuvo con él le vió dudoso acerca de la inmortalidad del alma humana, afirmándola unas veces y negándola otras; pero era tan amigo suyo, «que es maravilla». Era muy posible, sin embargo, que no todos fuesen así, pues cuanto más sabios eran sostenían mayores errores (48).

En cuanto a la procedencia originaria de las doctrinas que predicaban, era afirmación corriente entre ellos haberlas recibido de una tierra firme que estaba cerca del Japón, llamada China, y que sus escrituras les hablaban de unos hombres extraordinarios que hicieron grandes penitencias de mil, dos mil y tres mil años de duración, citándose entre los principales los nombres de Xaca y Amida.

Se practicaban nueve sectas distintas, y así hombres como mujeres cada uno podía seguir su gusto y voluntad, escogiendo la que prefiriese, de suerte que nadie era forzado a abrazar una determinada. Así había casas en las que el marido pertenecía a una, la mujer practicaba otra distinta y los hijos otra. Sin embargo, no dejaban de haber sus porfías y diferencias entre ellos, y hasta muchas veces guerras, por parecerles que unas eran mejores que otras.

Ninguna de ellas hacía la menor referencia a la creación del mundo ni de las almas, y si bien todas afirmaban la existencia del infierno y paraíso, ninguna declaraba qué cosa fuesen, ni menos por cuya ordenación y mandato iban las almas al infierno. Todo el interés de los bonzos y bonzas se centraba en afirmar ante el vulgo que los hombres que inventaron su doctrina habían hecho grandes penitencias con miras a la perdición de las gentes que morían sin hacer ninguna de sus muchos pecados para que les sirviese de algún remedio en la otra vida. Y así sostenían y predicaban que todos aquellos que invocasen con fe y esperanza a los fun-

(48) Carta a sus compañeros de Goa, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549 (*Epistolae*, II, 189-90).

dadores de su doctrina, aun cuando no hiciesen penitencia de sus pecados, se verían libres de las penas del infierno.

Entre las diversas sectas había algunas que imponían a sus seguidores quinientos y trescientos mandamientos, pero todas convenían en decir que para salvarse tan sólo eran precisos cinco: no matar ni comer cosa que hubiese sufrido muerte, no hurtar, no fornicar, no mentir, no beber vino. Pero aun reducidos los preceptos legales a esta mínima expresión, los bonzos y bonzas trataban de persuadir al pueblo la imposibilidad en que se hallaba de cumplir siquiera estos cinco, por ser hombres que necesariamente tenían que vivir y conversar en el mundo. Para facilitarles su cumplimiento o, mejor dicho, para librarles de la pena en que pudiera incurrir por su incumplimiento, ellos se obligarían a tomar sobre sí aquella carga, siempre que el pueblo les diese casas, monasterios, rentas y dinero para sus necesidades y les acatasen y honrasen mucho. Fiados en estas falaces y engañosas promesas, los grandes y pequeños, por usar de plena libertad para pecar, les daban el acatamiento debido y todo lo necesario para su subsistencia; pues estaban firmemente persuadidos de que sus sacerdotes tenían poder bastante para sacar las almas del infierno, por cuanto se habían obligado y comprometido a guardar por ellos los cinco mandamientos y a hacer otras oraciones.

De aquí que el tema ordinario y principal de sus pláticas al pueblo fuese infundirles plena confianza acerca del poder que los santos de su ley tenían para sacar las almas del infierno, aun cuando hubiesen cometido y cometiesen muchos pecados, siempre que los bonzos rogasen por ellos y guardasen los cinco mandamientos. Y decíanles más: que los pobres no tenían remedio ni podían librarse de ir al infierno porque no podían hacerles limosnas, y que las mujeres que no observasen los cinco preceptos rituales tenían que correr necesariamente la misma suerte, por la sencilla razón de que tenían más pecados que todos los hombres del mundo, y porque cosa tan sucia como la mujer difícilmente se podía salvar, si no hacían más limosnas que los hombres.

Mas no paraba en esto el espíritu de avaricia de los bonzos, pues también decían en sus prédicas que las personas que en esta vida les diesen mucho dinero, en la otra recibirían diez por uno en la misma moneda de dinero para las necesidades que allá tuviesen. Y tal era la candidez de las gentes, que había muchas per-

sonas, así hombres como mujeres, que tenían dado mucho dinero a los bonzos para serles devuelto en el otro mundo. Tales engaños predicaban al pueblo, que daba piedad el escribirlos—dice Javier. «Ellos nunca hacen limosnas, mas quieren que todos se las hagan a ellos. Tienen hábitos, modos y maneras para sacar dinero a las gentes los cuales dejo de escribir para evitar prolijidad. Grande piedad es ver el crédito que el pueblo da a las cosas de los bonzos y el grande acatamiento en que los tienen» (49).

Con estos poderosos y temibles enemigos tuvo que habérselas Javier a su llegada a Kagoshima, el 15 de agosto de 1549.

Kagoshima era la tierra de Pablo de Santa Fe, «nuestro buen y verdadero amigo». Fué recibido con mucha benignidad y amor por el capitán del lugar, por el alcalde de la tierra y por todo el pueblo, maravillándose mucho de ver Padres portugueses. Todos, así legos como bonzos, «huelgan mucho con nosotros y se espantan en grande manera en ver cómo venimos de tierras tan longe, como es de Portugal a Japón, que son más de seis mil leguas, solamente por hablar de las cosas de Dios y cómo las gentes han de salvar sus almas creyendo en Jesucristo, diciendo que esto a que nos venimos a estas tierras es cosa mandada por Dios» (50).

Nada extrañaron, por lo demás, que Pablo se hubiese hecho cristiano, «mas antes lo tienen en mucho y huelgan todos con él, así sus parientes como los que no lo son, por haber estado en la India y haber visto cosas que éstos de acá no vieron».

Recibidos los primeros parabienes y pasados los días de obligado vagar, Javier trató de acomodarse al ambiente y organizar su ministerio valiéndose de los inapreciables servicios que le podía prestar el conocimiento que de la lengua nativa poseía Pablo de Santa Fe, ya que la aceptación franca y cordial de que habían sido objeto en Kagoshima ofrecía perspectivas optimistas y esperanzadoras: «Creed una cosa y de ella dad muchas gracias a Dios: que se abre camino donde vuestros deseos se puedan ejecutar, y si nos supiésemos hablar, ya hubiésemos hecho mucho fruto». Y esta impotencia a que le tenía reducido el desconocimiento de la

(49) Carta a sus compañeros de Europa, Cochín, 29 de enero de 1552 (*Epistolae*, II, 255-58).

(50) Carta a sus compañeros de Goa, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549 (*Epistolae*, II, 199-201).

lengua le hará exclamar inconsolable, aunque resignado: «Placerá a Dios nuestro Señor darnos lengua para poder hablar de las cosas de Dios, porque entonces haremos mucho fruto con su ayuda y favor. Ahora somos entre ellos como unas estatuas que hablan y platican de nos muchas cosas, y nosotros, por no entender la lengua, nos callamos; y ahora nos cumple ser como mininos en aprender la lengua, y pluguiese a Dios que en una simplicidad y pureza de ánimo los imitásemos. Forzado nos es tomar medios y disponernos a ser como ellos, así acerca de aprender la lengua, como de imitar su simplicidad de los mininos, que carecen de malicia».

Pero esta falta la tenía suplida por entonces con los servicios de Pablo, quien «dióse tanta priesa con muchos de sus parientes y amigos, predicándoles de día y de noche, que fué causa por donde su madre, mujer e hija, y muchos de sus parientes, así hombres como mujeres y amigos, se hicieron cristianos». En total, cerca del centenar de personas. Por el momento, nada extrañaban el hacerse cristianos, y como gran parte de ellos sabían leer y escribir, pronto aprendían las oraciones. Se abría, pues, un campo dispuesto y preparado para abrazar el Evangelio, si contrariedades imprevistas no venían a entorpecer la obra emprendida con tan felices augurios.

Al lado de este apostolado directo tampoco faltaron ocasiones de ejercitar el indirecto. Tal sucedió con la visita de Pablo al duque de la tierra, de quien fué muy bien recibido y «holgó mucho con él, y le hizo mucha honra, y le preguntó muchas cosas acerca de las costumbres y valía de los portugueses»; extremos todos a los que Pablo satisfizo plenamente «de que el duque mostró mucho contentamiento». Pero hay en esta visita al duque algo más que registrar, y es que cuando Pablo fué a verle «llevó consigo una imagen de Nuestra Señora, muy devota, que traíamos con nosotros, y holgó a maravilla el duque cuando lo vido, y se puso de rodillas delante de la imagen de Cristo nuestro Señor y de Nuestra Señora, y la adoró con mucho acatamiento y reverencia, y mandó a todos los que con él estaban que hiciesen lo mismo; y después mostráronla a la madre del duque, la cual se espantó verla, mostrando mucho placer». Vuelto Pablo a Kagoshima, se presentó de allí a unos días un hidalgo preguntando de parte de la madre del duque cómo se podría hacer otra imagen como aque-

lla, cosa que, «por no haber materiales en la tierra, se dejó de hacer». También pedía la buena señora que se le pusiese por escrito aquello en que los cristianos creían, «y así Paulo se ocupó algunos días en lo hacer, y escribió muchas cosas de nuestra fe en su lengua» (51).

Como se ve, los primeros pasos del apostolado católico en Kagoshima se deben a Pablo de Santa Fe, y si no se hicieron cristianos todos los de la tierra fué porque los bonzos les fueron a la mano logrando persuadir al Rey que, bajo pena de muerte, prohibiese la aceptación de la nueva religión, como contraria a la suya y ruinosa para la devoción que siempre habían profesado a la de sus antepasados (52).

Este serio contratiempo redujo casi a la nada la libertad de acción de Javier y las amplias perspectivas abiertas allí para los avances del catolicismo; mas no por eso se puede afirmar que perdió el tiempo. Pues, si bien es cierto que su actividad externa quedó muy limitada, pudo dedicarse a consolidar las posiciones conquistadas y a catequizar a los convertidos exponiéndoles las verdades fundamentales del cristianismo, que ya habían traducido a su lengua con la ayuda de Pablo de Santa Fe.

Un año largo duró la estancia de Javier en Kagoshima. Pasado este tiempo, y viendo que el señor de la tierra se oponía a la predicación abierta de la nueva ley, pasó a Hirado, donde fué bien recibido. Durante los dos meses que aquí permaneció se hicieron cerca de cien cristianos. Para entonces ya uno de ellos había aprendido hablar japonés y leyendo del libro que en este lenguaje habían compuesto durante su estancia en Kagoshima, y con otras pláticas que hacían, se convertían muchos. Dejando allí al P. Cosme de Torres, él, con Juan Fernández, enderezó los pasos para Yamaguchi, ciudad de más de diez mil vecinos, con casas de madera, donde le esperaban muchos hidalgos y otra gente deseosa de conocer la ley que predicaba. Para satisfacer su curiosidad y responder a tanta avidez de doctrina, Javier resolvió predicar dos veces al día por las calles, leyendo por el libro que llevaban y haciendo otras pláticas conformes a lo que por él leían. Y no era

(51) *Ibidem*, 200-201.
(52) Carta a sus compañeros de Europa, Cochín, 29 de enero de 1552 (*Epistolae*, II, 258-59).

escasa la gente que acudía a escucharles. Aparte de esto, constantemente eran llamados a las casas de los grandes hidalgos para preguntarles y enterarse de la nueva doctrina prometiéndoles que, si fuese mejor que la suya, la abrazarían. Mas no en todos tenía la misma acogida, pues, mientras unos manifestaban abiertamente su contento en oírla, otros hacían mofa de ella y no faltaba a quien le pesase; y cuando iban por las calles predicándola, los niños y otras gentes les perseguían y hacían escarnio.

Pasados muchos días en este ejercicio les mandó llamar el duque para informarse de su vida y doctrina. Les preguntó de dónde eran y qué les había llevado al Japón, a lo que respondió el Santo que a predicar la ley de Dios, por cuanto nadie se podía salvar sin adorarle ni creer en Jesucristo, salvador de todas las gentes. A su requerimiento le leyeron gran parte del libro que llevaban por espacio de más de una hora, y luego los despidió sin dar señales de inclinación particular para abrazarla.

No especifica Javier el tiempo preciso que empleó en sus predicaciones por las calles y casas particulares de Yamaguchi, sino que se contenta con la afirmación general de muchos días; y aun cuando muchos gustaban de oír la vida de Cristo y lloraban conmovidos al llegar al paso de la Pasión, hacíanse pocos cristianos. Y esto le contrarió tanto que, en vista del poco fruto que se hacía, determinó ir a Miyako, por residir allí el rey y los mayores señores del reino (53).

Grandes ponderaciones le habían hecho de esta ciudad, pues le habían informado que pasaba de 90.000 casas, había una gran universidad con cinco colegios principales dentro de ella, más de 200 boncerías «y de los otros como frailes, que llaman Gixu, y de monjas, las cuales llaman Amacata». Pero no era esto sólo lo que le habían contado. Además de aquella universidad había otras cinco, y en cada una de ellas residían más de 3.500 estudiantes. Aunque muy lejos de Miyako, existía también otra célebre y renombrada universidad, llamada Bandu, la mayor y más principal de todo el Japón, a la que concurrían más estudiantes que a otra ninguna.

Le habían dicho tantas cosas y ponderado tanto las grandezas

(53) *Ibidem*, 259-62.

de aquellas tierras y universidades que, «para las poder afirmar y escribir por verdaderas, holgaríamos primero de las ver»; y si fuera así, «como nos dicen, después que tengamos experiencia, os las escribiremos muy particularmente». Pero este conocimiento personal y directo de las grandezas del Japón nunca llegó para Javier. Sin embargo, pensando en el futuro y soñando un poco despierto, no puede menos de exteriorizar su optimismo ante la posibilidad de grandes conquistas para un futuro próximo: «Después de vista la disposición del fruto que en las almas se puede hacer en estas partes, no será mucho escribir a todas las principales universidades de la cristiandad para descargo de nuestras conciencias, encargando las suyas, pues con sus muchas virtudes y letras pueden curar tanto mal, convirtiendo tanta infidelidad en conocimiento de su Criador, Redentor y Salvador. A ellos escribiremos como a nuestros mayores y padres, deseando que nos tengan por mínimos hijos, del fruto que con su favor y ayuda se puede hacer, para que los que no pudieren acá venir, favorezcan a los que se ofrecieren por gloria de Dios y salvación de las almas, a participar de mayores consolaciones y contentamientos espirituales de los que allá por ventura tienen; y si la disposición de estas partes fuera tan grande, como nos va pareciendo, no dejaremos de dar parte a Su Santidad, pues es Vicario de Cristo en la tierra y pastor de los que en él creen, y también de los que están dispuestos para venir en conocimiento de su Redentor y Salvador y a ser de su jurisdicción espiritual, no olvidando de escribir a todos los devotos y benditos frailes que viven con muchos santos deseos de glorificar a Jesucristo en las almas que no le conocen y, por muchos que vengan, sobra lugar en este grande reino para cumplir sus deseos» (54).

Sólo once días estuvo Javier en Miyako siendo el objeto principal de su ida el de entrevistarse con el Rey y pedirle licencia para predicar en sus dominios la ley de Dios. Mas como no lograse su propósito, por las razones que fuesen, ni hallase mucha disposición para el intento que llevaba, tornó a Yamaguchi, donde entregó al duque las cartas que para él trajera del Obispo y Gobernador de la India con un pequeño presente en señal de amis-

(54) Carta a sus compañeros de Goa, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549 (*Epistolae*, II, 207-10).

tad. Rechazó cortésmente los obsequios que le quiso hacer en retorno, y a cambio de ellos se atrevió a pedirle su autorización para exponer en sus tierras la doctrina del Evangelio y que dejase en libertad a sus súbditos para abrazarla. Y no sólo accedió a sus deseos disponiendo que se fijase por calles y plazas el permiso otorgado, sino que al propio tiempo le cedió un monasterio, a manera de colegio, para que le sirviese de morada. Este fué su centro de operaciones mientras permaneció allí y a él concurrían las gentes a oír la palabra de Dios que Javier les exponía dos veces al día. Al final de estas pláticas había siempre disputas, que duraban largo rato, en las que tomaban parte bonzos y bonzas, hidalgos y gente de la plebe; y a veces acudía tanta gente, que no cabía en la casa. Y eran tantas las preguntas que le hacían, que, afirma Javier, sería cosa de nunca acabar el pretender expresarlas por carta.

Las sectas del Japón desconocían todo lo referente a la creación del mundo, del sol, de las estrellas, del cielo, tierra y mar, y así de todas las demás cosas, pareciéndoles que todo aquello carecía de principio creador. Pero lo que más les extrañaba era oír que las almas tenían también el suyo. De esto se admiraban todos en general y se les hacía muy dificultoso de creer que hubiese un criador de todas las cosas cuando ni en la doctrina de sus santos ni en la que los chinos les habían transmitido se hacía la menor alusión a él, siendo así que ellos consideraban a los chinos como los mayores sabedores, tanto de las cosas del otro mundo como de las que se referían al gobierno de la república.

Muchas preguntas le hicieron, en verdad, acerca de este principio: si era bueno o malo y si había un solo principio de todas las cosas buenas y malas. Y como el Santo les respondiese que, en efecto, había uno sólo y que éste era bueno, sin mezcla de mal alguno, les parecía que esto no podía ser así, porque ellos creían en los demonios y éstos eran malos y enemigos del género humano; y que si Dios fuese bueno, como decía, no criara cosas tan malas ni permitiera que los demonios tentasen a los hombres, creados por Dios para que le sirviesen; aparte de que, si Dios fuese bueno, no criara a los hombres con tantas flaquezas e inclinaciones al pecado, ni hiciera una cosa tan mala como era el infierno, ni diera los diez mandamientos, que resultaban tan difíciles de guardar.

Por lo demás, las gentes de Yamaguchi tuvieron una grave duda antes que abrazasen la religión cristiana, y era acerca de la bondad y misericordia de Dios, pues decían que no era misericordioso porque no se les había manifestado a ellos hasta que fué allí Javier; y si era verdad que los que no le adoraban iban todos al infierno sin darles conocimiento de sí. Esta fué una de sus grandes dudas y obstáculos para no adorar a Dios. Una explicación oportuna y razonada de Javier bastó para disiparla, y el sacarles de ella fué gran ayuda para que se hiciesen cristianos.

Durante muchos días continuaron estos diálogos, al cabo de los cuales comenzaron a hacerse cristianos, siendo los primeros precisamente aquellos que se mostraron más enemigos suyos, tanto en las predicaciones como en las disputas. Muchos de los que se convertían eran hidalgos, y de tal manera se le aficionaron y se hicieron tan amigos suyos, que Javier no halla modo ni forma de expresarlo adecuadamente. De éstos se fué enterando, con fidelidad y precisión, de los errores que contenía su ley; y una vez en conocimiento de ellos, buscaba razones y preparaba argumentos para probar su falsedad y poner en ridículo a bonzos y bonzas, hechiceros y otras gentes disconformes con la ley de Dios. Y estas embestidas del Santo contra las supersticiones paganas eran las que más robustecían la fe de los nuevos cristianos, sobre todo cuando veían que sus antiguos sacerdotes eran incapaces de responder a sus objeciones. Holgaban mucho con estos triunfos de su maestro y cada día crecían más en la fe de su nuevo Dios; y los gentiles que presenciaban estas disputas, perdían el crédito de las sectas en que creían.

Naturalmente, estos fracasos no podían menos de contrariar a los bonzos y, sobre todo, el ver que se hacían muchos cristianos; por lo que reprendían ásperamente a sus gentes de semejante apostasía y mofándose de su nuevo Dios les decían que una cosa no conocida ni oída hasta entonces no podía dejar de ser un gran demonio y, por consiguiente, ellos discípulos suyos; que se guardasen de abrazar la nueva ley, porque el día que ella fuese generalmente admitida en el Japón, éste se perdería irremisiblemente. Pero todas sus invectivas para contener aquella masa de conversiones resultaron contraproducentes, pues Dios convertía en bien sus blasfemias e imprecaciones y cuanto más maldecían de él «y de nosotros, tanto mayor crédito nos daba la gente cuando nos-

otros predicábamos, y tanto más se hacían cristianos». Toda su inquina no tenía otro origen que la envidia.

Entre tantas conversiones hubo una muy sonada en Yamaguchi y fué la de un hombre que había estudiado muchos años en la universidad de Bandu, y a quien tenían por muy letrado. Este, que antes que Javier fuese al Japón había dejado de ser bonzo y se había casado, afirmaba públicamente que si había dado aquel paso fué porque le parecieron falsas las sectas de su tierra y porque nunca había adorado a otro Dios que a aquel que crió el mundo. Mucho se alegraron los cristianos de que este hombre se bautizase, pues le consideraban como el mayor sabio de la ciudad.

¿Cuál fué, por lo demás, el resultado final de sus predicaciones en Yamaguchi? Javier nos asegura que «en el espacio de dos meses, después de muchas preguntas pasadas, se bautizaron quinientas personas, poco más o menos, y cada día se bautizan por la gracia de Dios». Y ello no con pequeño esfuerzo ni escasos sudores. Pero se había abierto el surco y sembrado en él la primera semilla. El tiempo haría que ésta germinase (55).

Y poco más quedará por decir respecto a los frutos cosechados por Javier en el Japón.

Estando en Yamaguchi recibió carta de un gran señor de Bungo, en la que le comunicaba el arribo a aquel puerto de un navío de portugueses y el interés que sentía en hablar con él de ciertas cosas. Javier acudió a la cita, tanto por verse con los portugueses como esperanzado quizás de que aquel señor se quería hacer cristiano. Pero de la entrevista sólo nos dice en sus cartas que fué muy bien recibido de él y se consoló mucho con los portugueses que allí habían llegado (56). Por lo demás, el fruto misionero de Bungo se redujo únicamente a unos cuantos bautismos y a que su duque o señor se mostrase bien inclinado a la fe cristiana.

De Bungo, y sin regresar siquiera a Yamaguchi, Javier partió para la India, a los dos años y medio de su permanencia en las islas, con el fin de verse y consolarse con sus hermanos y para volver luego con nuevos Padres al Japón; pues seguía creyendo que se había de hacer mucho fruto allí, dadas las cualidades de la gente, y sería fácil que cada año pasasen nuevos apóstoles, y en

(55) *Epistolae*, II, 266, 275.
(56) *Ibidem*, 271.

Yamaguchi se podría levantar una casa de la Compañía para aprender la lengua del país y conocer a fondo la doctrina de sus sectas; de suerte que cuando de la India y de Europa fuesen allí personas de gran confianza para aquellas universidades, habría quien supiese la lengua y los secretos de su doctrina, lo cual indudablemente serviría de gran ayuda para los que nuevamente llegasen (57). Así pensaba utilizar Javier aquella cabeza de puente tendida entre la India y el Japón. Pero él ya no volvería más allí, pues antes de dar forma ni dejar bien consolidada aquella empresa se había metido en otra arriesgada aventura, cual fué la conquista espiritual de la gran China, a cuyas puertas exhaló su postrer aliento el 3 de diciembre de 1552.

Y aquí ponemos fin al tema de nuestro estudio, en la persuasión de haber centrado en él la faceta propiamente misionera de Javier, es decir, su actividad y frutos entre paganos e infieles. Y como las conclusiones a que he llegado son idénticas a las del Padre Schurhammer, me parece justo cerrar estas líneas con sus mismas palabras, ya que reflejan con precisión el contenido documental del epistolario javeriano:

«Sólo diez años le fué dado al santo trabajar en Oriente, y aun de estos diez apenas fueron cinco los dedicados al apostolado propiamente dicho entre los neófitos y paganos. El resto del tiempo se lo llevaron los penosos viajes por mar y aquel interminable aguardar en las estaciones portuguesas la llegada del primer barco.

»Pero durante tan corto espacio llegó a ser Francisco Javier, por su ímprobo trabajo en servicio de las almas, *el Apóstol de la India y del Japón,* el gran *modelo* de los misioneros modernos y el *fundador* de las Misiones jesuíticas en Asia, cuyo estupendo desarrollo es también en parte obra suya.

»El fué quien exploró el campo con un valor superior a la muerte, comenzando desde el cabo de Buena Esperanza y llegando hasta las más lejanas islas Molucas y hasta el Japón, recién descubierto. El fué quien, con sus proezas y con sus preciosas cartas, *entusiasmó* por la obra de las Misiones a sus Hermanos de Europa, y conquistó tantos adalides para tan santa cruzada.

»El fué quien con sus santos ejemplos y heroísmos arrastró en pos de sí a sus compañeros a la conquista de las almas; él, quien

(57) *Ibidem,* 275.

les dió normas llenas de luz y de prudencia; él, quien con su mirada de general repartió a sus operarios en los puestos principales; él, quien *abrió* el primero las puertas de Travancor y del Japón para la fe cristiana; y en realidad es igualmente obra suya la fundación de las Misiones de la Pesquería, Amboino, Uliasern y las islas del Moro. En Travancor llegó a bautizar diez mil paganos con su propia mano; alrededor de mil quinientos, con rudo trabajo de zapa, en compañía del P. Torres, en el Japón, y algunos miles más en la costa de la Pesquería y en las Molucas...

»Javier fué también quien fijó el modelo y dió el impulso para la creación de una cristiana *literatura* indígena en la Pesquería y en el Japón, y quien trabajó por la formación de catequistas y de *clero indígena*» (58).

Pero Schurhammer no dice que Javier sea el mayor misionero de los tiempos modernos. Tampoco nosotros lo afirmamos. Su demostración es tarea que queda reservada a quien se sienta con suficientes arrestos y base documental.

FIDEL DE LEJARZA, O. F. M.

(58) *Vida*, 319-20

Ideas misionológicas de San Francisco Javier

La glorificación de Javier en la tierra comenzó al año de su muerte para los que le conocieron; para toda la cristiandad, en 1610, al ser elevado al honor de los altares y, sobre todo, cuando en 1622 su nombre fué agregado al catálogo de los Santos.

A esos honores añadía Benedicto XIV el de designarle, en 1748, como Patrono especial de todo el Oriente, es decir, de aquellas tierras que se extendían desde el Cabo de Buena Esperanza hasta la China y el Japón. Pío X, por su parte, le declaraba, en 1904, celestial Patrono de todas las Misiones entre infieles.

Ciertamente que el Papa, hoy también elevado al honor de los altares, pretendía con esa designación no sólo hacerle Patrono y protector de las misiones sino también ponerle como modelo y ejemplar de cuantos se dedicasen a la conversión de las almas, llevándoles con las luces de la fe, el Evangelio y la civilización.

La frase de nuestro Balmes: «La Iglesia de los primeros siglos se hubiera honrado, como la de nuestros tiempos, con San Francisco Javier» (1), es uno de los mejores elogios que ha podido tributarse al llamado con razón *Apóstol de la India.*

Es indudable asimismo que el apostolado de Javier ha sido y seguirá siendo camino iluminado, ruta segura para todo misionero. Es más: en él, en su vida, en sus escritos y particularmente en sus cartas encontrará a su vez el misionólogo la solución de variados

(1) *Obras completas*, ed. Balmesiana, Barcelona, 1925, VII, 139.

problemas que aun hoy en día no dejan de preocupar. Por otra parte su estudio le enseñará que múltiples métodos y técnicas que modernamente se consideran como conquistas y avances de la misionología, fueron ya propugnados, ensayados y practicados con éxito por Javier.

Bajo ese punto de vista vamos a estudiarle, concretándonos casi exclusivamente a cuanto él nos dice en sus cartas.

Nuestro trabajo podríamos titularle también, y aun quizás mejor, *enseñanzas misionales*; sin embargo,—lo advertimos ya desde un principio—, no queremos entrar a examinar aquí los métodos por él empleados en su apostolado a través de la India, de sus numerosas islas y del Japón, por no caer dentro de los límites prefijados a este corto estudio.

1.º—*Javier, ejemplo de celo misionero.*

Son por demás conocidas las interesantes conversaciones que Ignacio de Loyola sostenía casi diariamente con el Maestro Francisco Javier, estando ambos estudiando en la Universidad de París. Al exponerle éste sus proyectos, sus ilusiones futuras, solía aquel repetirle al final y como fatídico estribillo la tan hermosa sentencia del Salvador: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?».

Cuando poco después esas palabras habían triunfado del alma de Javier y con ellas la divina gracia, quedaron tan hondamente clavadas en su espíritu, que desde entonces no mirará las cosas de la tierra sino a través de la luz de fuerte desengaño que irradian para quien las medita serenamente.

A partir de aquel día en que la grave sentencia de Jesucristo le decidió a abandonar la Universidad de París para seguir al de Loyola, para Javier los estudios habían perdido todo su valor, mirados bajo el punto de vista de lucimiento, de ilusión, de engrandecimiento. ¿Qué valía todo aquello en comparación de la importante tarea de salvar la propia alma y de dedicarse a la salvación de la del prójimo?

En su convencimiento de la vanidad de los estudios, cuando con ellos se pretendía solamente la consecución de beneficios, al mirarlos ahora a la luz de su ideal misionero, su pensamiento volará

en plena India a la Universidad de París a donde tantos acudían pletóricos de ilusiones mundanales y donde tan pocos se preocupaban de los propios intereses espirituales y menos aun de los del prójimo. En su ardiente celo no sólo de convertir y salvar almas sino también de hacer que otros se dedicasen a ese mismo apostolado, exclamaba en una de sus cartas: «Muchas veces me mueve pensamiento de ir a los estudios dessas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro de sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: Domine, ecce adsum, quid me vis facere? Mitte me quo vis, et si expedit, etiam ad indos» (2).

Son muchos los pasajes interesantes de sus cartas que nos hablan muy alto de ese fervor misionero y celo verdaderamente de apóstol. Para él constituía el supremo ideal de su vida, la llenaba por completo y ante él y su realización nada valía todo lo demás. Así, al llegarle noticias, por las naves que venían de Malaca, de que todos los puertos de China estaban levantados en contra de los portugueses, él no se arredra por tales nuevas y escribe de este modo al P. Simón Rodríguez: «Mas ni por esso no dexaré de ir a Japón, como os tengo escrito, pues no ha otro mayor descanso en esta vida syn sosiego, que bevir en prandes peligros de muerte, tomados todos emmediatamente por solo amor y servicio de Dios nuestro Señor y acrecentamiento de nuestra sancta fee; y con estos trabajos descansa hombre más que biviendo fuera dellos» (3).

Hablando asimismo de los muchos peligros que ofrecía su soñado viaje al Japón, sobre todo por los muchos piratas mahometanos que podrían salirle al paso e incluso darle muerte, escribe él lleno de fe y ánimo intrépido: «Como Dios nuestro Señor tiene

(2) *Epistolae S. Francisci Xaverii*, etc., ed. G. Schurhammer et I. Wicki, Ep. I, 166.
(3) Ep. 77, II, 57.

poder sobre todos estos, de ninguno tengo miedo, sino de Dios que me dé algún castigo por ser negligente en su servicio, inhábil e inútil para acrecentar el nombre de Jesucristo entre gentes que no le conocen. Todos los otros miedos, peligros y trabajos que me dicen mis amigos, los tengo por nada» (4).

A sus compañeros de Roma les escribía, una vez que había vuelto de su expedición al Japón: «Pluguiera a Dios que así como estas particularidades de gustos y contentamientos se escriben aquí, así se pudiesen enviar de acá los placeres y consolaciones a las universidades de Europa, las cuales consolaciones Dios por sola su misericodia nos comunica. Bien creo que muchas y doctas personas harían otro fundamento del que hacen para emplear sus grandes talentos en la conversión de las gentes. Siendo sentido el gusto y consolación espiritual que de semejantes trabajos se siguen, y conociendo la gran disposición que hay en el Japón para se acrecentar en nuestra santa fe, paréceme que muchos letrados darían fin a sus estudios, y canónigos y otros prelados dejarían sus dignidades y prebendas por otra vida más consolada de la que llevan, viniendo a buscar al Japón» (5).

Muestra asimismo de ese su celo por la salvación de las almas, que no se intimida por nada, son las siguientes palabras que escribía al dirigirse por vez primera al Cabo de Comorín: «Los trabajos de tan longa navegación, cuidado de muchas enfermedades espirituales, no pudiendo hombre cumplir con las suyas, habitación de tierra tan subiecta a pecados de idolatría y tan trabajosa de habitar, por las grandes calmas que hay en ella; tomándose estos trabajos por quien se deberían tomar, son grandes refrigerios, materia para muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la cruz de Cristo nuestro Señor, descansan viniendo en estos trabajos, y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos» (6).

Importantes y de gran valor son también en este particular las cartas dirigidas a su amigo Juan III, rey de Portugal; en ellas le exhorta con apremio y le recuerda la obligación que sobre él pesa de mirar por aquellas almas de la India, cuya conversión y salva-

(4) Ep. 78, II, 65.
(5) J. SCHURHAMMER, S. J., *Vida de San Francisco Javier*. Versión por FÉLIX DE AREITIO, S. J., Bilbao, 1947, 271-72.
(6) Ibid., 108.

ción le han sido igualmente encomendadas; le recomienda con encarecimiento ayude a las misiones y misioneros como cosa de conciencia, en la que iba por otra parte la salvación de la propia alma del rey (7).

Por otra parte reiteradamente, casi podríamos afirmar que en la mayor parte de sus cartas, sobre todo en las dirigidas a S. Ignacio y al P. Simón Rodríguez, repite la misma súplica: que le envíen más misioneros, de los que aquellas tierras y aquellas almas estaban en extremo necesitadas. Mas al propio tiempo y a renglón seguido señala con una insistencia machacona las virtudes y cualidades de que debían estar adornados cuantos fuesen elegidos para tan alto ministerio. Son cualidades que deben ser tenidas muy en cuenta sabiendo que fueron consignadas por quien conocía personalmente lo que eran aquellas regiones de evangelización y sabía los sujetos de que allí había necesidad. No en vano podía afirmar Javier: «Si yo mismo en persona no visitara esas tierras, no podría conocer sus necesidades. Me faltaría la experiencia necesaria para dar normas de conducta a los Padres, y uno de los requisitos capitales de la prudencia es la experiencia personal» (8).

2.°—*Los misioneros: sus cualidades.*

a) *Su edad.*—Comencemos en primer lugar por indicar la edad que debería tener el que fuese enviado a ejercer el apostolado entre infieles. Es norma que Javier señala para los que fuesen a misionar a la India, pero que, a nuestro juicio, podría establecerse también como algo general y práctico.

Al trazar, en carta al P. Simón Rodríguez, las dotes que deberían adornar al que fuese destinado a la India, le dice sobre este particular: «Aquí deseamos que sean mayores de treinta años hasta cuarenta, y además adornados de las restantes virtudes, tanto humildad como mansedumbre, paciencia y castidad» (9).

Igualmente, al escribirle acerca de asuntos relativos al Japón, le dice también a este propósito: «Por tanto mucho habéis de mirar en las personas que avéis de mandar al Japón, porque no es para

(7) Ep. 46, I, 248 ss., y Ep. 61, I, 400 ss.
(8) J. SCHURHAMMER, *Vida*, o. c., 201.
(9) Ep. 79, II, 79.

viejos, por cuanto carescen de las fuerzas corporales, ni para muy mozos, porque carescen de la experiencia, dado que tengan fuerzas corporales» (10).

Quizás no todos compartan ese modo de pensar del Apóstol de la India. No obstante queremos recordar a este propósito que los Capuchinos del siglo XVII preferían fuesen enviados a las misiones de América sujetos que no bajasen de los cuarenta y cinco años.

b) *Virtudes.*—Aparte de las mencionadas, he aquí las que señala escribiendo a S. Ignacio: «Los indios de esta tierra, así moros como gentiles, son muy ignorantes todos los que hasta agora tengo visto. Para los que han de andar entre estos infieles convirtiéndolos son necessarias muchas virtudes: obediencia, humildad, perseverancia, patiencia, amor al prójimo y mucha castidad, por las muchas ocasiones que hay para pecar, y que sean de buenos juizios y cuerpos para llevar trabajos. Esta cuenta do a vuestra Charidad por la necessidad que me parece que hai para que prueve los spiritos de los que daquí adelante ha de mandar a estas partes de la India» (11).

Prefería ante todo y sobre todo sujetos virtuosos. Así escribe al P. Simón Rodríguez: «Pues ai tantas casas de la Compañía en Europa, de todas ellas cada año se pueden scusar dos Padres que tengan talento para predicar y dar grande exemplo, más en vida que en doctrina, porque destos tiene la India mucha necesidad» (12).

Y le insiste en otra carta sobre lo mismo, como cosa que le parecía de gran importancia: «Las personas que de nuestra Compañía mandáredes para convertir infieles, es necesario que de cada uno de ellos se pueda de lo embiar o solo o acompañado a cualquiera parte que se offresciere de más servicio de Dios N. S., como a Maluco, China, Japón o Pegú, etc. A cualquiera destas partes pueden ir personas que, aunque no tengan muchas letras, si tuvieren mucha virtud que los acompañe, pueden hacer mucho servicio a Dios N. S.» (13).

c) *Cualidades.*—Lo que, además de las mencionadas virtudes, requería sobre todo era que los misioneros fuesen *probados y ex-*

(10) Ep. 98, II, 300.
(11) Ep. 70, II, 6.
(12) Ep. 98, II, 300.
(13) Ep. 63, I, 420.

perimentados. Escribiendo al P. Simón Rodríguez, a la sazón Provincial, le propone le envíe tales sujetos porque «estas semejantes personas son necesarias para estas partes porque los que salen de los estudios sin ser ejercitados y bien probados en el mundo, vienen a estas partes y en lugar de aprovechar a los otros, se pierden si no tienen experiencia». Y poco después le repite de nuevo: «Sobre todo os ruego, carísimo hermano mío, que mandéis personas probadas en el mundo, que pasasen persecuciones en él y que por la misericordia de Dios salieron victoriosas, porque de personas sin experiencia de persecuciones no se puede confiar cosa grande» (14).

En carta dirigida al propio rey de Portugal Juan III insiste en la misma idea: «Y estas personas que sean de muchos años de provación, no solamente de los colegios, sino en el mundo, comfessando y haciendo fruto en las almas donde hubieren sido experimentados y probados, porque de éstos tiene necesidad la India; porque de letrados sin experiencias y prueba de lo que es el mundo, no se hace mucho fruto en esta tierra.» Por ello pide al rey que escriba al propio S. Ignacio, a Roma, «para que dé orden para que algunos Padres de la Compañía muy provados en el mundo, que sean para muchos trabaxos, aunque no sean predicadores, los embíe a estas partes, porque de éstos tiene necessidad el Japón y la China y también la India» (15).

Eso mismo le dice a S. Ignacio, entre otras varias cosas, añadiéndole que había en aquellas partes mucha necesidad de Padres «muy exercitados y provados en el mundo, porque éstos son los que en estas partes hazen mucho fruto; porque los que tienen letras y no tienen experiencia ni son exercitados en las persecuciones del mundo, éstos hazen poquo fruto en estas partes; y los que despedí fueron destos» (16).

Dada la experiencia que él tenía de las cosas de la India, prefería, en general, los *virtuosos y experimentados* a los *letrados*. Así se lo dice expresamente al fundador de la Compañía: «Algunas personas de la Compañía que no tienen habilidad para letras ni para predicar, que allá no hazen falta, assí en Roma como en otras

(14) Ep. 107, II, 347.
(15) Ep. 109, II, 363.
(16) Ep. 110, II, 372. Se refiere a tres Padres que le habían sido enviados del colegio de Coimbra, muy fervorosos, pero sin experiencia. Cfr. Ep. 107, II, 347.

partes, me parece que acá servirían más a Dios, si fuessen muy mortificados y de muchas experiencias, con las demás virtudes que se requieren para aiudar entre estos infieles; sobre todo que fuessen muy castos, y tuviessen edad y fuerzas corporales para llevar los grandes trabajos destas partes» (17).

Al escribir a S. Ignacio dos días después, vuelve a insistir en lo dicho repitiendo su modo de pensar casi con las mismas palabras y señalando de nuevo las virtudes de que deberían ser adornados los que allá fuesen enviados (18).

Igualmente, en carta dirigida al P. Simón Rodríguez, le expresa así sus sentimientos: «Muy gran servicio de Dios nuestro Señor haríades, Hermano mío charísimo, si con muchos de la Compañía viniéssedes a estas partes de la India y entre ellos 7 ó 8 predicadores, y otros; ahunque no tuviessen talento de predicar, siendo personas de muchas mortificaciones y experiencia de muchos años, ahunque no tuviesen tantas letras, para la conversión de los infieles harían mucho, por quanto los infieles destas partes es gente muy bárbara e ignorante, y con tener mediocres letras y muchas virtudes y fuerzas corporales para llevar los trabajos destas partes, harían mucho servicio a Dios nuestro Señor por las fortalezas destas partes» (19).

Y más adelante vuelve sobre ello, diciendo: «Daréys orden cómo todos los años vengan algunas personas de la Compañía, y sean los más dellos sacerdotes de missa, y así escriviréys a Roma y a otras partes, donde hay personas de la Compañía, que envíen a Coimbra algunos sacerdotes de mucha mortificación y muchas experiencias, los quales no tienen talento o letras para predicar o hazer allá collegios; de manera que en aquellas partes no hazen mengua, y acá en éstas, sy fueren y tuvieren virtudes de mucha humildad y mansedumbre y otras virtudes, pueden hazer mucho servicio a Dios nuestro Señor en la conversión de los infieles, assí como en Malaca, Cabo de Comorín y Japón, o ir al Preste, hasta que en el collegio de Coimbra hoviesse muchos que tuviessen acabados sus estudios» (20).

Son muchas las cartas escritas al P. Simón Rodríguez, como a

(17) Ep. 70, II, 13.
(18) Ep. 71, II, 23.
(19) Ep. 73, II, 37.
(20) Ep. 79, II, 69, 73.

Provincial de Portugal y, por consiguiente, encargado especialmente de proveer de misioneros la India, en las que se señala repetidas veces esas mismas cualidades de que debían estar adornados, exhortándole a que escribiese a S. Ignacio sobre ello proponiéndole que no tuviese miedo de que los interesados careciesen de letras «con tal de que supiesen responder a las preguntas que los padres gentiles en Japón o en China les podrían hacer» (21).

Repetidamente nos dice Javier que tanto en la India como en el Japón eran muchos los trabajos que se padecían y los peligros frecuentes de perder la salud y aun la vida. Por eso, así como exigía fuesen experimentados y probados en el orden espiritual, no lo debían ser menos en el corporal, y sanos y robustos para sobrellevar cuanto allí era forzoso pasar. Por tal razón expone al P. Simón Rodríguez: «Mas os encomiendo mucho por amor y servicio de Dios nuestro Señor, que cuando ordenáredes de mandar algunos de la Compañía, que no son predicadores, para estas partes de la India para convertir los infieles, que sean personas de mucha probación en la Compañía y de muchas experiencias, de manera que hayan alcanzado muchas victorias por espacio de algunos años; y que no sean dolientes, porque los trabajos de la India requieren también fuerzas corporales, aunque sean más necesarias las espirituales. Muy grande servicio a Dios N. S. faría el rey, si mandasse muchos predicadores de nuestra Compañía a la India, porque habéis de saber que la gente de la India caresce de doctrina. Esto os hago saber por la experiencia que tengo» (22).

La misma recomendación hace a S. Ignacio: «Las personas que no tienen talento para confessar, predicar o fazer cosas annexas a la Compañhía después de haber acabado sus Exercitios y de haber servido en officios húmiles algunos meses, farían mucho servicio en estas partes, se tuviesen fuerzas corporales juntamente con las espirituales; porque para estas partes de infieles no son necessarias letras sino ensenhar las oraciones y visitar los lugares, baptizando los ninhos que nascen, porque mueren muchos sen seren baptisados por falta de quien los baptize, porque a todas las partes no podemos acudir. Por esso, los que no son para la Compañhía y viéredes que son para andar de lugar en lugar baptizando y en-

(21) Ep. 107, II, 348.
(22) Ep. 63, I, 419-420.

senhando las oraciones, mandarlos eis, porque aquí servirán mucho a Dios nuestro Señor. Diguo que sean para muchos trabajos corporales, porque estas partes son muy trabajosas, por causa de las grandes calmas, y muchas partes faltosas de buenas agoas; son los mantenimientos corporales pocos, y son solos sin haber otros: arroz, pescado y gallinas; sin haber pan ni vino ni otras cosas, de que en essas tierras hay mucha abundancia. Han de ser mancebos, sanos no enfermos, ni vellos, para poder llevar los continuos trabajos de baptizar, ensenhar, andar de lugar en lugar, baptizando los niños que nascen, y favoresciendo a los christianos en sus persecuciones y los insultos de los infieles» (23).

A todo eso añade lo que sigue, muy digno de tenerse en cuenta, pues para él, siendo virtuosos y estando *sanos*, todos podían servir en misiones: «Y los que viéredes que tienen fuerzas corporales pera lhevar los trabajos que dicho tiengo, y no para más, no dexéis de mandarlos, porque también ay partes, en las cuales no ay peligros de muerte, donde podrán mucho servir a Dios. Ia tengo dicho que para andar entre infieles no tienen necessidad de letras; y éstos, andando en estas partes algunos años, Dios nuestro Señor les dará fuerzas para lo demás» (24).

No obstante lo expuesto, Javier hace distinción entre aquellos misioneros que serían destinados a la India e islas próximas y aquellos otros que deberían ejercer su apostolado en China o Japón. En éstos exigía que fuesen *letrados*, una vez reconocido personalmente que los habitantes de esos dos países eran más instruídos que los de la India, y sobre todo teniendo en cuenta que les sería forzoso entablar disputas con los sabios de aquellos países e incluso luego dirigirse a las Universidades allí establecidas.

Para los destinados al Japón o a China exigía que fuesen personas de «mucha experiencia y de mucha confianza y para los muchos y grandes trabajos», añadiendo que, si querían obtener allí gran fruto, debían reunir dos cosas: «La primera que tengan mucha experiencia de trabajos, en los cuales así como fuesen probados, así también harán mucho aprovechamiento; la segunda, que tengan letras, así para predicar como para confesar y responder en

(23) Ep. 47, I, 258.
(24) Ibid., 259.

Japón y en China a las muchas preguntas que los padres gentiles les harán, que nunca acaban de preguntar» (25).

Escribiendo asimismo al rey de Portugal, con aquella confianza que le acreditaba grandemente ante Juan III, le dice sobre este particular: «Y no dude V. A. que con la venida de estos Padres de misa se haría mucho fruto en la India, principalmente en el Japón y en la China, porque estas dos partes requieren personas que passaron muchas persecuciones y fueron muy probadas en ellas; y también, juntamente con esto, que tengan letras para responder a las muchas preguntas que hacen los gentiles discretos y avisados, como son los chinos y los japoneses» (26).

No encarga con menos encarecimiento a S. Ignacio el envío de misioneros *letrados* con destino al Japón: «La necessydad que hay de mandar Padres de la Compañía a las universydades de Japón es, porque los seculares se disculpan de sus yerros dezyendo que tanbién ellos tyenen sus estudios y letrados. Y los que fueren an de ser muy persyguydos; porque an de yr contra todas sus setas, y anse de manifestar al mundo y declarar cómo son engañosos los modos y maneras que tyenen los bonzos para sacar dynero de los seculares» (27).

En ese mismo sentido escribe también al P. Simón Rodríguez: «Primeramente os hago saver que los que de allá avéis de mandar para ir a la Universidad de Vandou y a las otras, es necesario que sean personas que mucha experiencia, y que se aian hallado en algunos trabajos o peligros grandes, y en ellos sean bien provados, porque an de ser muy grandemente perseguidos de los bonzos quando fueren a Bandou, y así a las otras Universidades. Así que os torno otra vez a dezir que an de ser muy grandemente perseguidos; y en lugar de aprovechar a otros, perderse an, si no fueren personas de grande confianza» (28).

En más de una ocasión volvió a recalcar en cartas al fundador de la Compañía la necesidad de enviar gente *letrada* al Japón: «para responder a sus preguntas (de los japoneses) son necessarias letras, pryncypalmente buenos artystas; y los que fueren sophistas, tomar-

(25) Ep. 107, II, 347.
(26) Ep. 109, II, 363.
(27) Ep. 97, II, 288.
(28) Ep. 98, II, 297.

los han luego en contradicción manifiesta. Córrense mucho estos bonzos quando os toman en contradyción, o quando no saben responder» (29).

El mismo consejo da al P. Simón Rodríguez: «Parécesme que para aquellas partes sería bueno que embiásedes algunos flamencos o alemanes..., y ayudarles a mucho ser bien exercitados en artes y sofistería, para en disputas saver confundir los vonzos que sustentan las Universidades y tomallos en contradictión» (30).

Vuelve a escribir a S. Ignacio sobre lo mismo diciéndole que los que hubiesen de ir destinados a aquellas Universidades era necesario «que hayan sido muy probados y perseguidos en el mundo e de muchas experiencias y conocimiento interior grande de sí mismos, porque han de ser perseguidos en Gipón más de lo que nunca por aventura fueran en Europa», y prosigue: «También es necesario que tiengan letras para responder a las muchas preguntas que hazen los gipones. Sería bueno que fuesem buenos artistas; y no perdirían nadie que fuesem sofistas para en las disputas tomar los gipones en contradición; que supiesen alguna cosa de la esphera, porque huelgan en grande manera los gipones en saber los movimientos del cielo, los eclipsis del sol, menguar y creser la luna; cómo se engendra el agua de la lluvia, la nieve y piedra, trovanes (truenos), relámpagos, cometas y otras cosas ansí naturales. Mucho aprovecha la declaración destas cosas para ganar la voluntad del pueblo. Esta información de la gente de Gipón me pareció ser cosa conveniente escrivir a vuestra santa Charidad para que esté al cabo de las virtudes que han de tener los Padres que allá an de yr» (31).

Finalmente, escribiendo sobre esto al P. Gaspar Barceo, le dice terminantemente: «No mandéis ningún Padre que no sea letrado para el Japón y la China» (32).

3.º—*Cooperadores del misionero: los Hermanos legos.*

Para Javier, como ya hemos indicado y sobradamente repetido en los testimonios alegados, todos podían prestar buenos servicios

---

(29) Ep. 97, II, 289. *Artistas* se llamaban entonces, y con este nombre siguieron después mucho tiempo, los estudiantes de Filosofía. *Sofista* se llamó antiguamente a los profesores de Filosofía; aquí más bien quiere decir «buenos dialécticos» (Cfr. Ep. 97, II, 298, nota 9).

(30) Ep. 98, II, 298.

(31) Ep. 110, II, 373.

(32) Ep. 125, II, 473.

en las misiones y ayudar a la conversión de las almas con tal de que fuesen sanos y robustos para llevar los trabajos y estuviesen animados de buen espíritu: «Sobre todo, carísimos hermanos—decía escribiendo a sus compañeros de Europa—, os ruego por amor de Dios que todos los años enviéis muchos de nuestra Compañía porque hacen mengua y para andar entre gentiles no son necesarias letras sino que vengan muy bien experimentados» (33).

Y en otra carta les decía a los mismos: «Los que no tuvieren letras y talento para ser de la Compañía (34), sobrarles ha el saber y talento para estas partes, si tuvieren voluntad de venir para vivir y morir con esta gente; y si de éstos viniesen todos los años una docena, en poco tiempo se destruiría esta mala secta de Mahoma y se harían todos cristianos, y así Dios nuestro Señor no se ofendería tanto por no haber quien reprenda los vicios y pecados de infidelidad» (35).

En su concepto el Coadjutor o el Hermano lego podía ser un excelente cooperador del Padre en su labor misional y evangelizadora. Lo que en ellos requería, aparte de lo anteriomente consignado, era que supiesen leer y escribir. Podía luego enseñar a los niños eso mismo, dirigir también las oraciones y sobre todo enseñar el catecismo (36).

Entre los muchos que prestaron excelentes servicios en aquellas misiones, merece citarse Roque de Oliveira, a quien pone como modelo y ejemplar y de quien dice: «Enseña a los niños a leer y escribir y no menos provecho hace en esta tierra, según es grande el trabajo que se toma en enseñarlos. Tiene gran número de mozos; a unos enseña a leer y escribir y a otros gramática. Parte de ellos se han ido ya por estar aprovechados y saber lo que deseaban. Leen la Cartilla, (el Catecismo) y las Horas (las Horas de nuestra Señora); se portan de tal manera que es para dar gracias a Dios nuestro Señor en ver su modestia, como si fuesen religiosos; no se oye de su boca juramento alguno por pequeño sea.» Va luego enumerando los éxitos alcanzados por Oliveira en orden a lo que se hacía cuando moría algún cristiano, cuyo entierro se efectuaba

(33) Ep. 52, I, 301.
(34) Se refiere a los que no hubiesen estudiado y que no hubiesen recibido el sacerdocio (Cfr. Ep. 55, I, 329-30).
(35) Ep. 64, I, 429-30.
(36) Cfr., Ep. 64, I, 428, 447, y Ep. 84, II, 133.

con toda solemnidad y devoción, y añade: «Todos saben las oraciones; oyen misa por la mañana y luego se van a la escuela. Por la tarde, después de la doctrina que hace el P. Francisco Pérez, se vuelven a la escuela, y, acabada la lección, dicen todos en alta voz las oraciones. Es incomparable la alegría que todo esto me proporciona» (37).

Convencido de esa labor que el Hermano lego podía prestar, manda que vayan de Goa a Banda un Padre y un lego «que sepa leer y escribir muy bien», y asimismo que fuese a sustituir a Oliveira, a quien destinaba a otra parte, otro hermano «que sepa leer y escribir muy bien, para enseñar y hacer lo que hace Roque de Oliveira» (38).

Finalmente, tal era el aprecio que en la India y en aquellas misiones hacía de la labor que de los hermanos legos o coadjutores, que podía escribir a Juan de Beira: Que si para Malaca y Maluco «no puede llevar Padres, lleve hermanos, porque para aquellas partes hacen los que no son Padres como los que lo son, y para vivir más en humildad y paz, paréceme son mejores los hermanos legos» (39).

4.°—*Cooperadores del misionero: catequistas y Maestros.*

Sabedor Javier por propia experiencia de que la mies era mucha y pocos los operarios, continuamente estaba pidiendo le enviasen nuevos misioneros que le ayudasen en su labor de apostolado. A falta de ellos unas veces le era forzoso valerse de los mismos niños y muchachos en su enseñanza catequética, mandándoles por plazas y casas recitando en alta voz las oraciones (40), como más largamente diremos luego; otras veces echaba mano de catequistas debidamente instruídos.

Cuando en 1544 se encontraba por segunda vez en la costa de Pesquería, ahora con más calma y juntamente con más tiempo para llevar una labor más a fondo, organizando aquella misión, lo primero que hizo fué asignar a cada aldea un catequista, llamado *Ca-*

(37) Ep. 84, II, 132-3.
(38) Ibid., 133.
(39) Ep. 120, II, 477.
(40) Ep. 20, I, 165.

nacapola, quien debía enseñar todos los días a los niños las oraciones, hacer las veces del misionero durante su ausencia e informarle de la situación del pueblo cuando viniese a visitarlo. Por otra parte, a cada uno de sus compañeros les señaló un distrito con cierto número de aldeas, las que debía recorrer con frecuencia para mantener vivo el celo de los catequistas y cristianos (41).

Ejemplo de que así efectivamente se hacía lo tenemos en el catequista Manuel de la Cruz, a quien encontramos en Comboturé nada menos que al frente de «dos lugares de cristianos careas». A él dirige hermosos consejos para que cumpla debidamente con su obligación, exhortándole sobre todo a que hable frecuentemente de la reconciliación de los enemigos y que se oponga a que hagan pagodas o templos a los ídolos, etc. Finalmente, le recomienda que aproveche los domingos para reunir a las mujeres por la mañana y a los hombres por la tarde para que digan las oraciones (42).

Asimismo en los lugares por donde pasaba aprovechaba la ocasión para dejar alguno encargado de esta labor catequista. Para ello buscaba quien supiese leer y escribir; les transcribía las oraciones y se las dejaba a fin de que ellos las escribiesen a su vez, se las aprendiesen de memoria y las dijesen cada día «dando orden cómo los domingos se ayunten todos en a decirlas. Para esto dejo en los lugares quien tenga cargo de lo hacer» (43).

Con ese fin solía escoger los que le parecían mejores y más instruídos. Hablando de los brahamanes, de sus costumbres y de lo interesados que eran y sobre todo ponderando la dificultad que tenían para convertirse por razones de conveniencia y de egoísmo, nos dice que de todos ellos sólo había logrado convertir a uno. De él escribe luego: «Es mancebo muy buen hombre. Tomó por oficio enseñar a los muchachos la doctrina cristiana» (44).

Tanta estima tenía de los catequistas que para ellos compuso una Instrucción especial a fin de que cumpliesen mejor con su cometido (45).

Lo que hemos dicho de los catequistas debemos afirmar asimismo de los maestros que realizaban prácticamente en las escuelas la

(41) SCHURHAMMER, *Vida,* o. c., 124.
(42) Ep. 30, I, 208.
(43) Ep. 20, I, 165.
(44) Ibid., 170-71.
(45) Ep. 53, I, 304 ss.

labor de enseñanza y de catequesis, según luego diremos más largamente.

5.º—*Labor del misionero: aprendizaje de la lengua.*

No es ni mucho menos cosa nueva ni principio consagrado por la misionología moderna la necesidad de aprender la lengua de aquellos a cuya conversión ha de dedicarse luego. No como algo útil, sino como exigencia y necesidad palmaria, fué reconocida a su vez por los misioneros de pasados siglos. Prueba manifiesta de que así lo comprendieron y de que trataron de remediar esa necesidad, es la abundancia de vocabularios, gramáticas, catecismos, etc., en lenguas indígenas, que nos han dejado y de que ha sido muestra pública y evidente la *Exposición del Libro misional,* celebrada en Madrid en los meses de abril y mayo de 1945, y testimonio perenne el *Catálogo* que de ella se hizo (46).

Si es cierto que el misionero se ve forzado, para no perder tiempo, a valerse en un principio del intérprete, eso es sólo provisional; tiene que aspirar imperiosamente a saber hablar la lengua de los naturales si quiere hacer una labor positiva, fructífera y permanente.

Hoy en día en que el misionero cuenta, más o menos, con vocabularios o gramáticas para aprender la lengua de los naturales que ha de evangelizar, resulta ya tarea más fácil ese aprendizaje. Pero a la mayor parte de los misioneros no les quedaba en siglos pasados otro remedio que hacer lo que hizo el propio S. Francisco Javier, en lo que fué a la verdad un acabado modelo de trabajo, de constancia y hasta de humildad, o sea valerse de sus catecúmenos, de sus evangelizandos y frecuentemente de los niños para ir recogiendo con paciente asiduidad palabras, frases, apuntes, hasta lograr luego componer en la lengua de la región, de la isla, las cosas más necesarias: Mandamientos, Credo, el Padrenuestro, el Avemaría, etc. Tras de eso componía sus breves explicaciones y unas veces después de haberlas aprendido de memoria, y otras con el cuadernillo en la mano, salía por las plazas tocando la campanilla y repitiendo o leyendo en alta voz aquellas explicaciones cuantas

(46) *España Misionera,* núms. 11 y 12, III (1946), 336-636.

veces juzgaba necesario. Y no contento con eso, como en Japón, se iba a las mismas casas de los hidalgos y en ellas hacía lo propio que en las calles (47).

Son verdaderamente de admirar y de imitar los trabajos que en eso se impuso el Apóstol de la India, según vamos a ver, mucho más teniendo en cuenta que no se trataba de aprender una sola lengua, sino que le fué forzoso aprender varias y asimismo componer en cada una de ellas las correspondientes oraciones y explicaciones. He aquí cómo nos expone el método que en ello seguía: «Ayunté a los que entre ellos eran más sabidores y busqué personas que entendiesen nuestra lengua y la suya de ellos. Y después de haberme ayuntado muchos días con grande trabajo, sacamos las oraciones, comenzando por el modo de santiguar, etc...; después el Credo, los mandamientos, etc... Después de haber sacado en su lengua y saberlas de coro, iba por todo el lugar con una campana en la mano, ayuntando todos los muchachos y hombres que podía, y después de haberlos ayuntado, los enseñaba cada día dos veces; y en ese espacio de un mes enseñaba las oraciones, dando tal orden que los muchachos a sus padres y madres y a todos los de casa y vecinos enseñasen lo que en la escuela deprendían» (48).

En cambio en otras partes, como en Punicale, se lamenta sobremanera de que de momento no pudiera hacer fruto alguno por no entender su lengua y no encontrar ni siquiera intérprete que a ello le ayudase, pues gracias que a duras penas los naturales podían darle a entender sus necesidades de algún modo (49).

Mas ésto le ocurría las menos veces, ya que, tan pronto se encontraba con una nueva lengua, seguía el mismo plan, sin intimidarse por el trabajo que todo ello suponía. Así, al llegar a Cochín, donde se hablaba la lengua tamúlica, pudo en cierto modo gloriarse del mucho fruto alcanzado y de las múltiples conversiones obtenidas, exponiendo asimismo el método seguido en la catequesis y en el aprendizaje de oraciones, y añade: «Todas estas oraciones saqué habrá dos años en su lengua u las sé de coro» (50).

Lo propio tiene que hacer cuando llega a Macazar. Reconoce, es verdad, que para el apóstol es cosa trabajosa y en la que se

(47) Ep. 96, II, 260-61.
(48) Ep. 20, I, 162.
(49) Ep. 36, I, 221.
(50) Ep. 48, I, 273.

pierde no poco tiempo, pero llega a afirmar: «La mejor ocupación que tengo es de sacar las oraciones de latín en lenguaje que en los Macazares se pueda entender» (51).

En Malaca se hablaba la lengua malaya. Al llegar Javier allí tuvo también que imponerse esa misma dura labor: «Con mucho trabajo saqué el Credo, con una declaración sobre los artículos, la confesión general, Pater noster, Ave María, Salve Regina y los mandamientos de la ley, para que me entiendan cuando les hablo en cosas de importancia (52).

Por otra parte no sólo había visto por propia experiencia lo que se adelantaba y los muchos frutos que se recogían cuando se había posesionado de la lengua del país, sino que también lo vió y observó en sus compañeros de apostolado. Así lo confiesa escribiendo a S. Ignacio, diciéndole a este propósito: «Un Padre de missa de la Compañía está en el Cabo de Comorín, el qual vino de Portugal, por nombre Anrique Anriquez, muy virtuosa persona y de mucha edificación, el qual sabe ablar y escribir el malabar, que faze más frutos que dos otros, por saber la lengua, al qual los christianos de la tierra aman cosa de espanto, y le dan gran crédito por las predicaciones y pláticas que en su lengua les haze» (53).

Idéntico método y con los mismos resultados siguió cuando estuvo en el Japón, cuya lengua también desconocía. He aquí cómo nos expone lo que hizo en ese particular para aprenderla, en cuyas palabras se pone de manifiesto la suma diligencia que puso en aprender la lengua japonesa y al mismo tiempo nos muestra su profunda humildad: «Una cosa os hago saber—escribe a sus compañeros de Goa—, para que deis muchas gracias a Dios nuestro Señor, que esta ysla de Japán está muy despuesta para en ella se acrecentar mucho nuestra santa fe; y se nos supiésemos hablar la lengua, no pongo duda ninguna en creer que se harían muchos christianos. Plazerá a Dios nuestro Señor, que la aprenderemos en breve, porque ya comenzamos a gostar della, y declaramos los diez mandamientos en quarenta días que nos dimos aprenderla.» Y prosigue más adelante: «Plazerá a Dios nuestro Señor darnos lengua para poder hablar de las cosas de Dios, porque entonces haremos

(51) Ep. 52, I, 299.
(52) Ep. 55, I, 333.
(53) Ep. 70, II, 13.

mucho fruto con su ayuda y gracia y fabor. Aguora somos entre ellos como unas statuas, que hablan y platican de nos muchas cosas, y nosotros, por no entender a lengua, nos callamos; y agora nos cumple ser como mynynos en aprender la lengua, y pluguiese a Dios que en una simplicidad y pureza de ánimo los ymitásemos. Forzado nos es tomar médeos y disponernos a ser como ellos, así cerca de aprender la lengua, como acerca de yimitar su syimplicidad de los mininos, que carecen de malicia» (54).

El resultado obtenido en su penoso trabajo lo refiere a sus compañeros de Europa, a quienes escribe: «En este año que estuvimos en el lugar de Paulo (Japón), nos ocupamos de adoctrinar a los cristianos, en aprender la lengua, en traducir muchas cosas de la ley de Dios en lengua de Japón, es decir, acerca de la creación del mundo, con toda brevedad, declarando lo que era necesario para saber ellos, cómo hay un Creador de todas las cosas, de lo que ellos no tienen conocimiento alguno, con otras cosas necesarias» (55).

Casi lo mismo escribe a S. Ignacio: «Fyzimos en lengua de Japón un lybro que trataba de la creacyón del mundo y de todos los misterios de la vyda de Chrysto; y después este mesmo lybro escrybymos en letra de la China, para quando a la Chyna fuere, para darme a entender hasta saber hablar china» (56).

Como se ve, su pensamiento de preparación en este particular se dirigía a sus futuros proyectos de pasar al Celeste Imperio, pues sabiendo la lengua sería fácil conseguir la evangelización de aquel país que él tanto deseaba, y en que había soñado más de una vez.

Además: con previsora mirada y pleno conocimiento de las cosas iba preparando no sólo la evangelización del Japón, sino también la entrada de los misioneros en las mismas Universidades de aquel país. He aquí cómo expone a sus compañeros de Europa los proyectos que tenía formados. Soñaba con que cada año fuesen al Japón Padres de la Compañía, a fin de que fuesen predicando y al mismo tiempo aprendiendo la lengua, «de manera que cuando de allá (Europa) viniesen personas de confianza para ir a las Universidades», encontrarían ya Padres y Hermanos de la Compañía «que sepan hablar muy bien la lengua y estén al cabo de los errores de

(54) Ep. 90, II, 190, 201.
(55) Ep. 96, II, 259.
(56) Ep. 98, II, 292.

sus sectas, lo que será de gran ayuda para los Padres que de Europa fuesen escogidos para ir al Japón» (57).

También escribiendo al P. Simón Rodríguez le comunica sus planes para un próximo futuro, diciendo: «A Japón van este año dos Hermanos a estar en la ciudad de Amanguchi con el P. Cosme de Torres para aprender la lengua, a fin de que, cuando vinieren de allá Padres, personas de confianza y de mucha experiencia para ir al Japón, que hallen Hermanos de la Compañía, que sepan la lengua para poder fielmente declarar las cosas de Dios que los Padres que de allá vinieren les dijeren que hablen. Esta será una grande ayuda para los Padres que vienen de allá para cuando fueren a las Universidades del Japón para manifestar la fe de nuestro Señor Jesucristo» (58).

6.°—*Primicias y colaboradores: los niños.*

No es tampoco, ni mucho menos, práctica moderna la de dedicar los primeros trabajos apostólicos y misionales a los niños, como medio el más seguro y eficaz de evangelización de una determinada región. Son ellos ciertamente la mejor semilla de proselitismo, la esperanza y la seguridad de una misión. Las personas mayores, particularmente los viejos, arraigados en sus antiguas creencias, apegados a sus tradiciones, ordinariamente ni se cuidan ni quieren tampoco sino seguir el camino rutinario de sus antepasados, lo que han visto siempre en ellos, sin tomarse en su mayor parte interés alguno por lo que el misionero, considerado como extranjero, les predica y que a su juicio es una novedad perturbadora.

Además: para algunos cambiar ahora de creencias, de aquellas creencias que recibieron de sus mayores, de sus abuelos, de sus padres, les parece hacer una traición sin nombre; a otros, por no decir a todos, se les hace muy dura la nueva ley y los preceptos que el misionero les enseña (59). Y tras una vida pasada en la barbarie, sin frenos, tal vez sin preocupaciones, ¿para qué cambiar de postura?

---

(57) Ep. 96, II, 275.
(58) Ep. 107, II, 346.
(59) GUMERSINDO DE ESCALANTA, O. F. M. CAP., *El problema psicológico de la conversión, Missionalia Hispanica,* III (1946), 209 ss.

De ahí que el misionero tenga que valerse por conveniencia y por necesidad, en su plan evangelizador, de los niños como más inocentes, más curiosos, más sumisos y moldeables.

A ese medio acudió también Javier. Por los niños comenzaba su instrucción catequística y de ellos se valía luego para que aprendiesen los demás. Después de llegar al Cabo de Comorín y haber aprendido algo la lengua malabar y haber sacado algunas oraciones en ella, nos dice que «iba por todo el lugar con una campana en la mano ayuntando todos los muchachos y hombres que podía, y después de haberlos ayuntado, los enseñaba cada día dos veces; y en espacio de un mes enseñaba las oraciones, dando tal orden que los muchachos a sus padres y madres y a todos los de casa y vecinos, enseñasen lo que en la escuela deprendían» (60).

De los niños se valía como medio de propaganda y de apostolado. Por ejemplo, hablando de sus trabajos espirituales en Malaca, escribe: «En todo este tiempo enseñé a los muchachos y cristianos nuevamente convertidos a la fe de la doctrina cristiana. Con la ayuda de Dios nuestro Señor hice muchas paces entre los soldados y moradores de la ciudad, y las noches iba por la ciudad con una campana pequeña encomendando las ánimas del Purgatorio, llevando conmigo muchos niños de los que enseñaba la doctrina cristiana» (61).

Además: de los niños se valía para descubrir las idolatrías que se cometían en las aldeas y asimismo para destruir luego los ídolos que se conservaban en las casas particulares: «Y cuando me dan aviso de algunas idolatrías que se hacen fuera de los lugares, ayunto todos los muchachos del lugar y voy con ellos a donde hicieron los ídolos, y son más las deshonras que el diablo recibe de los muchachos, que son las honras que sus padres y parientes les dan al tiempo que los hacen y adoran. Porque toman los niños los ídolos y los hacen tan menudos como la ceniza y después escupen sobre ellos y con los pies los pisan» (62).

Como, por otra parte, él no podía atender a todos ni visitar a los enfermos que le pedían fuese a visitarlos y a rezarles las oraciones, se servía también de los niños como de valiosos coopera-

(60) Ep. 20, I, 162.
(61) Ep. 55, I, 322.
(62) Ep. 20, I, 165.

dores: «Mandaba a los muchachos que sabían las oraciones, que fuesen a las casas de los enfermos y que ayuntasen todos los de la casa y vecinos y que dijesen todos el Credo muchas veces, diciéndole al enfermo que creyese y que sanaría, y después las otras oraciones» (63).

Por ese motivo, como tan bien lo tenía aprendido y experimentado, al proponer a sus compañeros los medios y métodos que dedeberían emplear en la conversión de los infieles y en su apostolado, les dice: Que después de bautizar las criaturas que nazcan «lo principal es lo de adoctrinar a los niños», añadiendo que, puesto que ellos no lo pueden hacer todo ni estar en todas partes, fuesen los maestros los que enseñansen la doctrina (64).

Los niños eran, a su modo de ver, esperanza segura para el futuro: «Los muchachos—escribía a sus compañeros de Roma—, espero en Dios nuestro Señor que han de ser mejores hombres que sus padres, porque muestran mucho amor y voluntad a nuestra ley y de saber las oraciones y de enseñarlas, y les aborrece mucho las idolatrías de los gentiles, en tanto que muchas veces pelean con los gentiles y reprenden a sus padres y madres cuando les ven idolatrar, y los acusan, de manera que me lo vienen a decir» (65).

7.°—*Medios de apostolado: las escuelas.*

No puede negarse que el establecer escuelas es uno de los medios más eficaces de que dispone el misionero para hacer apostolado. Por una parte, es siempre un medio de atracción y de curiosidad, tanto para los mayores como para los pequeños, el aprender a leer y escribir. Por otra parte, es algo que los gentiles miran siempre bien y no toman con prevención.

Así lo practicaron, por ejemplo, los Capuchinos que a mediados del siglo XVII fueron al Congo, logrando con ello un éxito verdaderamente extraordinario. Fué ése uno de sus primeros cuidados, y en las escuelas no sólo enseñaban a leer y escribir, sino también gramática. Algunas escuelas, por ejemplo la establecida por el P. Juan de Santiago en Soño, llegó a tener hasta 580 alumnos (66).

---

(63) Ibid.
(64) Ep. 64, I, 427.
(65) Ep. 20, I, 164.
(66) MATEO DE ANGUIANO, O. F. M. CAP., *Misiones en Africa.—I. La Mi-*

Y la ventaja que sobre todo ofrecen las escuelas es que son para el misionero el medio más fácil para reunir con ese pretexto a los niños y enseñarles, juntamente con la lectura y escritura, el catecismo, las oraciones, etc. Por eso cuando a veces los infieles se negaban a admitir al misionero, le prohibían asimismo el que abriese escuelas y enseñase a los niños, pensando en que se valdría luego de ese medio para instruirles a su vez en las verdades de la fe (67).

También Javier se percató de esa imperiosa necesidad. Por eso si quería que no solamente fuesen Padres a la India, sino también Hermanos, diciendo que, como ya hemos consignado, «para aquellas partes tanto hacen los que no son Padres como los que lo son», añadiendo que «para vivir en humildad y paz, paréceme son mejores los hermanos legos» (68), era porque allí podían enseñarles no tan sólo las oraciones, sino también a leer y escribir; por eso también quería que lo supiesen muy bien, como él mismo testifica de Roque de Oliveira, a quien alaba diciendo que «enseña a los niños a leer y escribir y no menos provecho hace en esta tierra, según es el grande trabajo que se toma en enseñarlos». Y, después de referir los grandes éxitos que con eso había obtenido: el saber las oraciones, el oír misa diaria, el no jurar, el aprender la doctrina, añade: «La alegría que por eso tengo es incomparable. Rogad todos—decía a los Padres de Goa—a Dios para que conserve ésto y lo lleve adelante para su santo servicio» (69).

Por lo mismo, al destinar a determinados puntos de misión algún Padre, por ejemplo, a Banda, en 1549, dice que vaya «un sacerdote y un hermano lego que sepa muy bien leer y escribir» (70); lo mismo hace en 1550 al tratar de sustituir a Oliveira en Malaca: ordena vaya con el Padre «un compañero lego que sepa muy bien leer y escribir, para enseñar y hacer lo que hace Roque de Oliveira» (71).

Y concedía tanta importancia a las escuelas que, escribiendo al

---

sión del Congo. Intr. y notas del P. B. DE CARROCERA, O. F. M. CAP., Madrid, 1950, 138.

(67) Cfr. B. DE CARROCERA, O. F. M. CAP., *Misión Capuchina en el reino de Arda, Missionalia Hispanica*, VI (1949), 539.

(68) Ep. 120, II, 477.

(69) Ep. 132, II, 132-33.

(70) Ep. 84, II, 133.

(71) Ibid., 133-4.

P. Francisco Mansinhas, llega a decir: «Para la enseñanza de los niños tomaréis prestados en poder de Manuel de la Cruz de Punicale, vuestro amigo, cien fanaos, los cuales gastaréis en pagar a los que enseñan a los niños, informándoos de ellos lo que yo les solía pagar, y en esto haréis mucho servicio a Dios» (72).

Más aún: escribiendo al mencionado Mansilhas le dice que procure visitar los cristianos de Travancor, añadiéndole: «Y en cada lugar pondréis una escuela para enseñar a los niños y juntamente un maestro que los enseñe. Podréis tomar del dinero que os fuere necesario para el maestro y enseñanza de los niños, hasta cien fanaos; y por todos los lugares de esa costa dejaréis pagados a los que enseñan a los niños de la Pesquería grande, y para vuestros gastos pediréis dinero al capitán» (73).

Finalmente, le dice en otra carta estas palabras, muy dignas de ser tenidas en consideración: «En ninguna otra cosa gastaréis mejor los fanaos de la enseñanza de los niños sino en los maestros que enseñen a los niños las oraciones con mucha diligencia» (74).

8.º—*Los Colegios: otro medio de apostolado.*

Javier no se contentaba sólo con las escuelas, sino que aspiraba a algo más: a la formación de colegios, donde recibiesen instrucción tanto los hijos de los portugueses como los hijos del país. Así escribe, entre otras cosas, al P. Simón Rodríguez: «Adonde oviesse un predicador de nuestra Compañía y otro companyero Padre, que le ayudase a confessar y dar Exercicios, harían fácilmente un collegio, en el cual recogiessen los hijos de los portugueses primeramente, y después otros naturales de la tierra» (75).

Era otra de sus aspiraciones: la formación de colegios. Por eso lo que indicaba al P. Simón Rodríguez en la mencionada carta, se lo repite en otra escrita el 2 de febrero de 1549 (76), y se lo reitera más adelante en la misma diciendo cómo había escrito al rey de Portugal a fin de que no dejara abandonados a los hijos huérfanos de portugueses que habían dado su vida por el rey, aña-

(72) Ep. 40, I, 228.
(73) Ep. 45, I, 246.
(74) Ep. 50, I, 286.
(75) Ep. 73, II, 37.
(76) Cfr. Ep. 79, II, 69.

diéndole: «Por lo cual no sería ajeno el establecer algunos colegios en la India, donde estos huérfanos no sólo fuesen atendidos, sin también instruídos. Y puesto que el rey debe también mirar por la salvación de los indígenas, cosa muy cristiana sería mandar que los hijos de los naturales cristianos fuesen instruídos en el catecismo. Por lo cual le escribo para que de los réditos de Bazain, si le parece, asigne con tal fin cinco mil monedas de oro con destino a abrir esta casa», a fin de que, como decía pocas líneas después, «los hijos de los cristianos indígenas fuesen intruídos» (77).

Hablando de su marcha a Goa y luego al Japón y de los compañeros que se habrían de enviar al cuidado de los cristianos de Moluco, le dice asimismo al P. Simón Rodríguez: «Entre estos uno ha de ser predicador, que viva en la ciudad real y esté al frente del colegio que se ha de levantar, en el que los hijos tanto de los cristianos molucos como de los portugueses sean instruídos. Además: se ha de dar comienzo a otro colegio donde, además de los hijos huérfanos de los portugueses, también serán instruídos en los misterios de la religión cristiana los japoneses que, Dios mediante, he de enviar» (78).

En esa misma carta escribe también diciendo cómo se trataba de levantar un colegio en Quilón, «donde los niños primeramente de los portugueses, pero también de los cristianos de Comorín y Santo Tomé, fuesen instruídos» (79).

Por último, escribiendo al P. Gaspar Barceo, entre las normas que le da, una es esta: Que el poner otro en su lugar «es para este fin, para que podáis visitar los colegios de Cochín, Bazain, Quilón y Cabo de Comorín. Porque viendo las cosas personalmente y yendo a visitar estos colegios y los Padres y Hermanos de la Compañía, se puede seguir mucho fruto y servicio grande a Dios nuestro Señor. Esto se entiende no haciendo vos falta notable en este colegio» (80).

---

(77) Ep. 79, II, 69-70, 73.

(78) Ibid., 79.

(79) Ep. 79, II, 77. El colegio de Cochín tenía ya en 1552 nada menos que 150 alumnos (Cfr. Ep. 101, II, 318, nota 3).

(80) Ep. 105, II, 337.

9.º—*Perpetuación del apostolado: el clero indígena.*

Javier no se cansaba de pedir una y otra vez en sus cartas le enviasen más y más misioneros; no le importaba que no fuesen letrados. Palpaba la necesidad que de ellos había al contemplar cómo la mies estaba ya dorada y a propósito para la siega y que en cambio no había suficientes operarios para su recolección.

Por otra parte no se le podían ocultar los muchos y graves obstáculos que era forzoso superar. Eran muchas las distancias, no pocas las dificultades que se presentaban para permanecer allí: el clima, los alimentos, la lengua, etc. Por eso debió pensar, como lo pensaron también otros muchos misioneros de otras partes, en solucionar el problema de los sacerdotes y del clero de un modo seguro y estable. La solución era la formación del clero indígena.

A su llegada a la India dos fundaciones recientes ofrecían gran esperanza de que las misiones mejorasen en ese punto particular. Era, en primer lugar, el colegio fundado en Cranganor, en 1538, por el franciscano P. Vicente de Lagos, que venía a ser un seminario de misiones para los cristianos llamados de Santo Tomé (81). La otra fundación era el Seminario o Colegio de Santa Fe, seminario incipiente, abierto en Goa en 1541, destinado a la formación de sacerdotes de la India Oriental portuguesa.

Es cierto que Javier no fundó por su cuenta y con la influencia que ejercía un tercer seminario con ese mismo destino de la formación del clero indígena, pero sí trabajó en pro del de Cranganor y del de Goa, recomendando su importancia y pidiendo al rey los favoreciese. Acerca del de Cranganor escribía así a Juan III de Portugal: «Es para dar muchas gracias a Dios por el gran fruto que, para gloria de Cristo nuestro Señor, se sigue de este santo colegio. Por lo cual hay esperanzas muy fundadas de que en pocos años han de salir de él varones religiosos que a todo el Malabar, ahora enteramente lleno de vicios y de errores, han de llevar al aborrecimiento saludable de su mísero estado, haciendo que la luz de Cristo ilumine sus ciegos entendeimiento, y han de manifestar su nombre por el trabajo y ministerio de los discípulos del P. Fr. Vicente. Le pido, pues, y le ruego que por amor de Dios se digne S. M. favo-

(81) SCHURHAMMER, *Vida*, o. c., 101, 109. En él estudiaban en 1548 de 80 a 100 alumnos (Cfr. Ep. 70, II, 14, nota).

recerle, tanto con demostraciones de su regia benignidad como dándole la limosna que pide» (82).

Javier sintió especial predilección por aquel otro colegio llamado de Santa Fe o de San Pablo, encomendado más tarde a la dirección de los Jesuítas. Escribe sobre él en una de sus cartas: «En esta ciudad de Goa movió Dios nuestro Señor algunas personas para que le sirviesen en hacer un colegio, el cual era más necesario en estas partes que otra cosa, y cada día se va haciendo más. Es cosa para dar muchas gracias al Señor porque tales edificios materiales, para edificación de muchos templos espirituales, doctrina y conversión de muchos infieles, manda a sus siervos hacer... Los de acá confiamos en Dios nuestro Señor que deste collegio, antes de muchos años, han de salir hombres, los cuales han de acrecentar en estas partes mucho la fe de Jesucristo y cumplir los límites de la santa madre Iglesia. Creo que antes de seis años han de haber pasado de trescientos estudiantes, entre los cuales ha de haber de varias lenguas, naciones y gentes. Espero en Dios nuestro Señor que de esta casa han de salir hombres antes de muchos años, los cuales han de multiplicar el número de cristianos» (83).

Esas mismas consoladoras esperanzas las refleja en otra de sus cartas, al escribir: «El año pasado escribí acerca de un colegio que se hace en la ciudad de Goa, en el cual hay ya muchos estudiantes y son de diversas lenguas, y todos de generación de infieles; entre ellos, dentro del colegio donde hay muchos edificios hechos, hay muchos que aprenden latín, y otros a leer y escribir. Micer Paulo está con los estudiantes de este colegio; díceles misa cada día y confiésalos y nunca cesa de darles doctrina espiritual; tiene cargo de las cosas corporales de que tienen necesidad los estudiantes. Este colegio es muy grande, donde pueden estar más de quinientos estudiantes. Son muchas las limosnas que a este colegio se hacen y el Gobernador que lo favorece largamente. Es cosa para todos los cristianos dar gracias a Dios nuestro Señor de la santa fundación de esta casa, la cual se llama Colegio de Santa Fe. Antes de muchos años espero en la misericordia de Dios nuestro Señor, que el núme-

(82) Ep. 46, I, 254.
(83) Ep. 16, I, 132-3.

ro de los cristianos se multiplicará grandemente por los que en este sancto collegio estudiant» (84).

Como ya hemos indicado, ese Colegio era verdadero Seminario Misional; con tal fin había sido fundado para que los indígenas, que los había de distintas lenguas y naciones, pudieran después, siendo ordenados sacerdotes, ejercer el ministerio en sus respectivos países (85). A él también, a su vuelta del Japón, envió Javier cuatro jóvenes, con el fin de que se educasen e instruyesen y pudieran ser el día de mañana apóstoles y evangelizadores de su tierra, y aun antes de ir allí hizo se instruyesen Anjiro y su dos compañeros. Por él sintió una predilección especial, designando Rectores competentes que supiesen cumplir debidamente los fines de la fundación, y, cuando por los años 1549-1550, el que venía nombrado como Rector ya desde Portugal, Antonio Gómez, expulsó de él a los estudiantes indígenas para admitir en su lugar a los portugueses, con escándalo del pueblo y del virrey, Javier, tan pronto se enteró, mandó terminantemente fuesen admitidos en él de nuevo los naturales del país (86).

De uno y otro colegio, del de Cranganor y del de Goa, salieron sacerdotes y hasta religiosos que ayudaron grandemente a Javier y sus compañeros en la evangelización de la India, pero, como fácilmente se deja comprender, también hubo sus deficiencias; por eso ya en 1549 se proponía que los naturales de allí no debían ser promovidos al sacerdocio antes de los veinticinco o treinta años, pues, de no hacerlo así, se habían seguido algunos escándalos (87).

10.—*Misionerismo seglar.*

La cooperación de los seglares en la difusión del Evangelio va tomando modernamente no poco incremento, como igualmente sucede en otras empresas católicas de la Iglesia. Es, por otra parte, en nuestros días, esa incorporación del elemento seglar, más necesaria y urgente que en ningún otro momento de la historia (88).

---

(84) Ep. 20, I, 169.
(85) SCHURHAMMER, *Vida*, o. c., 204.
(86) Ep. 117, II, 427, nota 16.
(87) Ep. 50, I, 286, nota 19.
(88) Cfr. CONSTANCIO DE ALDEASECA, O. F. M. CAP., *El Misionerismo seglar ante el Estado español, Estudios Franciscanos*, 53 (1952), 413 ss.

Tampoco este aspecto del apostolado fué desconocido en siglos pasados por los misioneros. No se ocultó tampoco a San Francisco Javier su utilidad y conveniencia, pareciéndole que todos los medios eran pocos para llevar a cabo la conversión de las almas. Ejemplo de ello lo tenemos en lo que le sucedió en Lisboa, poco antes de partir para la India.

Entre los muchos que se ofrecieron a acompañarle en su viaje y en su apostolado, se contaba un médico, a quien, según Javier escribía a Roma, no tenía inconveniente en admitirle entre los suyos. Se trataba de «un doctor médico, muy conoscido nuestro de París, que tiene prometido de venir con nosotros, y solamente de usar de medicina, según viere que le ayuda para salvar las ánimas y traerlas en conocimiento de su Creador y Señor, y no por interesse temporal. Siempre procuramos y mucho miramos de junctarnos con personas apartadas de toda avaricia; y no nos contentamos que sean apartadas de avaricia, más aún de toda especie de avaricia, de tal suerte que ningunos puedan sospechar de nosotros que vamos más buscando lo temporal que lo espiritual» (89).

11.—*Enseñanzas de Javier sobre el comportamiento del misionero.*

Son muy dignas de tenerse en cuenta las admirables normas y reglas de conducta dictadas por Javier a los misioneros, tanto por lo que se refiere al modo de llevar a cabo su apostolado, como también acerca de la manera de comportarse con las distintas clases de personas, con que forzosamente tenían que topar (90). Entresacamos algunas más importantes y prácticas.

En primer lugar, ¿cómo debían portarse los misioneros con los otros sacerdotes seculares que encontrasen en el ejercicio de su ministerio en la India? Se lo indica, en una de su instrucciones, al P. Barceo, al proponerle que con el Vicario de Ormuz fuese muy atento y deferente: «con su licencia predicaréis y confesaréis y enseñaréis las demás obras espirituales, y por causa alguna romperéis con él, y trabajad mucho por ser su amigo» (91).

Esa misma norma debería observarse con los otros sacerdotes:

---

(89) Ep. 6, I, 43.
(90) Ep. 80, II, 86 ss., y Ep. 116, II, 407 ss.
(91) Ep. 80, II, 91.

«Con todos los otros Padres seréis muy su amigo y por causa alguna romperéis con ninguno de ellos, mas antes les haréis mucha honra, haciéndoos amar de ellos» (92).

Ni habrían de ser los misioneros menos deferentes con las autoridades civiles. Primeramente con los Gobernadores de la India, más tarde condecorados con el título de Virreyes. Para con ellos se había de procurar la máxima cordialidad, puesto que frecuentemente era necesario acudir a su protección para que los cristianos no fuesen vejados ni robados, como lo eran muy a menudo por los infieles, sobre todo por los mahometanos. Hasta llega a aconsejar se debía permitir al Gobernador que mandara incluso en los propios religiosos (93).

Entre las instrucciones dadas igualmente al P. Barceo, se encuentra esta norma de conducta muy prudente sobre su modo de proceder para con el prefecto o capitán; regla muy sabia y para tenerse muy presente cuando se trata de hacer la corrección a alguno de los superiores seglares: «Al capitán—dice—obedeceréis mucho en gran manera, humillándoos mucho delante de él; por ningún motivo romperéis con él, aunque veáis que hace cosas muy mal hechas. Y cuando comprendáis que es vuestro amigo, con mucho amor y doliéndoos de su alma y honra, con mucha humildad y con rostro alegre, le diréis lo que por fuera se dice de él, y esto cuando viereis que puede aprovechar y cuando viereis que hay gusto en ello» (94).

Por lo que hace al trato con los gentiles da, entre otras, las siguientes normas. En primer término y por lo que se refiere a la instrucción religiosa, él sabía adaptarse admirablemente a la capacidad de sus oyentes, lo que aconseja también a los demás, siguiendo este proceder, que consigna en una de sus cartas a los compañeros de Roma: «Acabada de enseñar la doctrina christiana, enseñava a los niños y a la gente christiana de la tierra una Declaración que hize sobre cada artículo de la fe en lenguaje que todos entienden, corformándome con las capacidades de lo que pueden

(92) Ibid. Es de notar que entonces había en Ormuz hasta cuatro sacerdotes beneficiados (nota 3).
(93) Cfr. Ep. 63, I, pp. 421-22.
(94) Ep. 80, II, 92.

alcanzar a entender los naturales de la tierra, nuevamente convertidos a nuestra santa fe» (95).

Y aun enseñando a gente más entendida, también aconseja la sencillez en la exposición y la adaptación a los oyentes. En una de sus cartas, hablando sobre su apostolado entre los brahamanes y refiriendo cómo le habían hecho mil preguntas acerca de las verdades de nuestra fe, mandamientos, inmortalidad del alma, etc., dice que les había contestado sencillamente, de manera que ellos quedaron muy satisfechos, y consigna luego esta regla práctica: «Las razones que a esta gente idiota se han de hacer, no han de ser tan sutiles como las que están escritas en doctores muy escolásticos» (96).

En segundo lugar, el misionero debía ganarse a los infieles sobre todo por amor y con paciencia: así lograría atraerlos a la fe. Y por lo que hace al amor que debía mostrárseles, después de lo que él había experimentado en el Japón, escribe así al P. Pablo sobre los japoneses: «Trabajad mucho con ellos, mostrándoles mucho amor, como yo hazía a Paulo (Anjiro) quando alhá estava, porque es gente que por solo amor se quiere llevar; y no entréis con ningunos rigores con ellos» (97).

Más que todo exigía mucha paciencia, según lo que dice en carta al P. Francisco Mansilhas: «Mucho os ruego que con esa gente os portéis como se porta un buen padre con sus hijos malos; no os canséis por muchos males que veáis, porque Dios a quien tantas ofensas hacen, no los mata pudiéndolo hacer, ni los deja desamparados de todo lo necesario para su mantenimiento pudiendo quitarles las cosas de que se mantienen. No os canséis, porque más fruto hacéis del que cuidáis, y si no hacéis todo lo que queréis, contentáos con lo que hacéis, pues la culpa no es vuestra» (98).

La paciencia es la virtud que con mayor insistencia aconseja a los misioneros, hablando del modo de atraer a los gentiles: «Con esta gente haced siempre cuanto pudiereis por llevarla con mucha paciencia» (99).

---

(95) Ep. 59, I, 389.
(96) Ep. 20, I, 172.
(97) Ep. 92, II, 220.
(98) Ep. 22, I, 191.
(99) Ibid., 195-6.

Sin embargo, también el Santo llega a aconsejar a veces el rigor y el castigo, a saber, cuando con la paciencia nada se alcanzaba; por ello, al consejo dado anteriormente, añadía también: «Y cuando por las buenas no quisieren, usad de la obra de misericordia que dice: castigarás a quien ha menester de castigo» (100).

Por lo mismo, aunque tal vez parecerá bastante extraño, llega a pedir al rey, en carta que le escribe, que mandase establecer en aquellas tierras el tribunal de la Inquisición, a fin de que los cristianos convertidos siguiesen con perseverancia en su fe, «porque hay muchos que viven en conformidad de la ley mosaica o secta morisca, sin ningún temor de Dios ni vergüenza del mundo» (101).

Por último, una de las cosas que más lejos deseaba ver de todos los sacerdotes y religiosos que trabajasen en la conversión de la India, era la avaricia: «Dado que no tengan muchas letras—dice hablando de los que fuesen enviados allá—, teniendo mucho ánimo de acabar sus días en servicio de Dios nuestro Señor, careciendo de toda suerte de avaricia, paréceme que se harían mucho fruto con la venida de ellos» (102).

Finalmente, no deben echarse en olvido aquellas dos hermosas cualidades que pedía debían tener quienes estuviesen al frente del Colegio de Santa Fe y de los de la Compañía, y asimismo brillar en todos los misioneros, cualidades que él exponía así en carta a S. Ignacio de Loyola: «La primera mucha obediencia, para se hazer amar, primeramente de todos nuestros maiores ecclesiásticos, y después de los seculares que mandan la tierra, de manera que no sientan en él soberbia, mas antes mucha humildad. Esto digo, Padre mío, porque la gente desta tierra, así ecclesiástica superior nuestra, como secular que manda la tierra, quiere ser mui obedecida; los quales, quando sienten en nos esta obediencia, hazen todo lo que les requirimos y nos aman; y quando ven, o sienten lo contrario, desedifícanse mucho. La 2.ª, que se sea afable y apazible con los que conversa, y no riguroso, usando de todos los modos que puede para se hazer amar, principalmente de los que ha de mandar, assí naturales indios, como de los de la Compañía

(100) Ibid.
(101) Ep. 50, I, 287.
(102) Ep. 12, I, 89.

que acá están y han de venir; de manera que no sientan en él que por rigor o temor servil se quiere hazer obedecer» (103).

* * *

Expuestas brevemente estas hermosas lecciones que el Santo Apóstol de la India da a todos, misioneros y misionólogos, sólo deseamos que el centenario de su muerte sirva para excitar en el mundo el amor por las misiones y para que el celo por la salvación de las almas prenda en los pechos de cuantos le admiran.

BUENAVENTURA DE CARROCERA, O. F. M. Cap.

(103) Ep. 70, II, 7.

Notas y Textos

RELACION DE LAS FIESTAS QUE SE HICIERON EN ESTA CIUDAD DE MEXICO EN LA CANONISACION DEL GLORIOSO S. YGNACIO Y S. FRANCISCO JAVIER, EN 26 DE NOBIEMBRE DE 1622 Y POR TODO SU OCTAVARIO

Gustosos publicamos estas notas enviadas por la máxima autoridad en estudios javerianos, el P. Jorge Schurhammer. Además de su interés histórico, por reflejar la devoción con que se miraba al fundador de la Compañía y al más preclaro de sus hijos, sirve el relato—una vez vencido lo monótono y difícil de la lectura, que hemos respetado—para entender la aparatosa magnificencia y alarde de ingenio y doblones al servicio de la piedad y de la recreación pública educadora. (La Dirección.)

Aviéndose adereçado la *iglesia de la casa profesa,* que es bien capaz de tres nabes, toda ella se colgó de terciopelo carmeçí y damasco de Castilla con sanefas de lo mesmo y flocadura de oro y seda; adornóse toda de barios *quadros,* entre los quales se puçieron todos los mártires y hombres insignes de la Compañía en los pilares, todos los santos beatificados en quadros de a tres baras en alto y los quadros de S. Ygnacio y S. Javier con mui ricos baldoquines con caydas de tela. Avía en contorno de la yglesia tres ordenes de quadros sin las láminas que hacían orden distinto con relicarios grandes de plata y oro escarchado que iban a trechos después de cada lámina; las columnas llebaban el mesmo adorno rematando en los capiteles unas sanefas bordadas, debajo de las quales estaban unas grandes beneras de reliebe sobre que cargavan estas cornijas doradas y grabadas. Remataban estas colunas en ocho plumeros de barias plumas que nacían de unos semicirculos de belillos de plata y seda. El *retablo* que es de los mejores que ay en esta tierra se adornó todo de luces y candeleros de plata y muchos niños Jesús y ramilleteros de plata de flores contra hechas de seda y oro y plata y muchos relicarios grandes de pie que por todo el retablo davan mucha hermosura. Esta

mesma obra llebava el plan del altar y sagrario. Estava puesto un *frontal* bordado sobre tela blanca de esta casa, el mejor que hay en esta tierra. Costó quatro mill y trezientos pesos con la casulla. Estavan delante del altar al lado del evangelio y epistola otros *dos altares* quadrados con frontales ricos de tela con bordadura de oro sobre los quales estavan los dos Santos, Ygnacio y S. Javier, con manteo y sotana de terciopelo negro y el san Javier con una loba de terciopelo negro con diademas en la caveça y un Jesús en la mano de san Ygnacio; eran tantas las joyas y riqueza que tenían ensima que parecia ymposible poder contar y asi se pesaron los bestidos y diademas y se alló que pesavan catorce arobas las joyas y oro que llebavan. Estaban a los dos lados los dos guiones de los santos de tela de plata de tres baras de caida, todos bordados de flores matisadas de seda y oro, y en medio unos escudos grandes con la mesma obra en medio de los quales yban bordados los santos de tres quartas en alto; costaron estos dos guiones setecientos pesos.

Estando las cosas en esta disposición y aviendo repique general en todas las yglesias y adornándose la *torre* que se acabó para este día y es la más bistosa y mejor que ay en esta tierra de muchas banderas y gallardetes de barios colores y muchos ternos de trompetas y chirimias y atabales, dichos algunos billansicos que cantó la música de la catedral, que continuó todos los nueve días, dadas las quatro y començó a sa-
IV/ lir la procesión para llebar los Santos a la yglesia maior / de donde avía de salir la procesión el día siguiente. Aviendo pués començado a salir la *procesión,* iso alto en la lonja de nuestra yglesia para ver pasar el paseo en forma de máscara, que va con esta relación, y asy luego que pasó el último carro triunfal prosiguió detrás dél la procesión. En esta forma iva toda la plateria, hasta cien hombres con cirios en las manos de cera blanca mui bien adereçados con su cadenas de oro; luego se seguía la congregación del Salbador que está fundada en esta casa assi mesmo con achas en las manos, serían hasta ducientos. Seguíase luego mas de ciento y cinquenta de la Compañía con sobrepellices y achas en las manos. Seguíase luego el guión del santo Javier que llevavan asi este como el de S. Ignacio los superiores. Yva luego el Santo Javier en sus andas que llebaban algunos de la Compañía, ayudados de otra gente que iban debajo de las andas por el mucho peso. Seguíase luego el guion de san Ygnatio y sus andas, seguíase luego el preste con capa rica de brocado.

Fueron con este orden por la calle de la plateria que estava toda ricamente colgada y adereçada y al allegar a la *yglesia catredal* se hizo salva a los santos con gran suma de tiros saliendo a resebir la procesión todo el cabildo con cruz alta asta buen trecho de la yglesia. Abiéndose detenido a un lado todo el cabildo y cleresia y a otro la procesión, hizo calle en medio por donde volvió a pasar el triunfo que yva delante que avia estado aguardando en contorno de la plaça, y juntamente como yban pasando yban diziendo su dicho a los santos y disparando la pólvora como se refiere en esta relación.

Aviendo entrado la procesión en la yglesia y puéstose los santos a los lados de altar mayor sobre dos bufetes y muchos candelabros de plata en que estavan muchas achas y candelas, se conmençaron las *bisperas*, dadas las seis, aviendo dado en el coro sus azientos a los de la Compañía. Acabadas las bisperas, que fueron como se podían esperar, salieron de ellas casi a las ocho de la noche y con el mesmo acompañamiento que avía benido con achas encendidas se bolvieron a la casa profesa dejando los Santos con muchas luces y gentes que los estuvieron belando toda la noche.

Aquesta noche ubo *luminarias* generales en toda la ciudad y en los campanarios y torres de las religiones y grandes imbenciones de fuego y grande suma de coetes que de todas partes salían; campeaba entre todas la torre de la casa profesa que se adornó toda de luminarias de barias figuras, / ya de globos, ya de piramides, ya de estrellas, que 2/
puestas todas en orden daban grande hermosura. También estaba adereçada la segunda torre con el mesmo orden y traça; señalóse también nuestro colegio, en cuya azotea, que es de bóbeda, se levantaron dos piramides grandes con tal artificio que se llenavan de luminarias, rematando en unos globos grandes, de donde pendían unos cordeles, que sercaban toda la asotea en contorno, de los quales pendían gran suma de lumiarias de barias hechuras sin otras muchas luminarias que avía de pés y alquitrán.

Esto mesmo se continuó todas las nueve noches y ubo en diversas partes muchos artificios de fuego, con que quisieron muchos particulares mostrar el afecto y deboción que tenían a los santos y a su religión; y asi ubo muchos toros encohetados y muchos castillos, gigantes, sierpes, leones que regosijaron la noche.

Amaneció el *domingo* por la mañana, en se que adereçaron las calles ordinarias, por donde suele ir la procesión del Santissimo Sacramento, con ricos paños, quadros y colgaduras de seda hasta los techos y las ventanas con ricas alfombras y sobrecamas bordadas y muchos altares ricos y curiosos que estaban a trechos como se hirá diziendo. Salió pues *la procesión* dadas las ocho, con el acompañamiento que la tarde antes, anidiendo delante de todo esto todas las cofradias con sus estandartes y setros de plata con achas encendidas acompañando cada estandarte. Yvan tambien las cruces de las parrochias y todo el rejimiento de la real audiencia con el virey; yba rebestido una dignidad para decir misa. Acabada la procesión aviendo llegado con este acompañamiento a las *casas del marqués del Valle* en donde estaban dos altares rica y costosamente adereçados en esta forma. Estaba la puerta principal adornada con una colgadura de terciopelo carmesí bordada de oro, que cubría desde lo alto de la azotea, dejando descubiertas las ventanas, que asimesmo estavan adereçadas con paños de brocado y muchas láminas y relicarios. Estava un tablado junto a la puerta de bara y media de alto, sobre el qual estava *un altar* con frontal de carmesí bordado de oro y perlas. Lebantávanse sobre este altar siete gradas, las quales estavan adornadas

con gran cantidad de nichos, relicarios i ymágenes de plata, y oro guardando en todo orden, arquitectura y conrespondencia. En la última grada estava S. Ygnacio de estatura natural de talla ricamente adornado y
2v/ estofado con diadema y Jesús / de plata dorada y esmaltada; estaba arimado sobre un dozel carmesí con cielo y caidas de tela. En el plan del altar estaban dos custodias de plata adornadas con varias reliquias, y en el medio una cruz de cristal y oro con muchas piedras de balor en ella, que se tiene por llano, es la mejor que ay en esta tierra, encima del tablado, que estava cubierto de alfombras, y todo el lleno de muchos animales, hechos tan artificiosamente, que meneavan los pies y manos como si fueran bivos, entreteniendo con gran gusto a la gente. Avía muchos bufetes, casoletas y perfumadores de plata. En este tablado se pusieron los dos santos que yban en la procesión, y se representó un *coloquio de los santos* con muy buena música.

Acabado esto, fue prosiguiendo la procesión pasando por la quadra del marqués, que tiene dies y siete arcos, y todos estaban adornados con colgaduras de terciopelo carmesí y de damasco de Castilla, y en los capiteles de las colunas los emperadores romanos; y en los guecos de los arcos parecían muchos rasimos de plantanos, piñas y otras frutas de esta tierra; y en lo alto una sanefa, bara y media de ancho, hecha de flores artificiosamente, que cojia todo la galeria, de cuyos remates pendían muchas aves, ansares, patos y grullas.

Yendo a emparejar con estos corridores apareció un *galeón grande* con todos los aparejos necesarios para nabegar y tan ancho que llebava dies y siete mártires de la India de la Compañía de Jesús con sus insignias. En las manos de mártires iva en el lugar del farol san Francisco Javier, apóstol de la India, con un estandarte de raso blanco en la mano con dos escudos en él y dentro dos Jesuses de oro. Estavan por las garçias gran cantidad de grumetes vestidos de anjeo de la estatura natural, y por todos los remates de las entenas y topes muchas flamulas y gallardetes de tafetan de Castilla de todas colores. Tenía abocada toda la artillería.

Pasando poco mas adelante estava *otro altar* en las mesmas casas del marqués. Sobre un tablado grande alfombrado se levantavan unas vasas, colunas y capiteles con su cornisamiento y un escudo grande con las armas del marqués todo dorado y estofado ricamente; estava en este altar san Ygnacio y un Christo con la crus acuestas de bulto significando aquella aparición, que tuvo san Ygnacio a la entrada de Roma (1); acompañavan este altar a los dos lados dos árboles grandes y hermosos
3/ de fuego, a los quales pegaron fuego y esvieron disparando / tiros y coetes mas de un quarto de ora.

Y prosiguiendo la procesión llegaron a *otro altar* que avían hecho los de la orden tercera de S. Francisco, fundado en una cruz que está

(1) La visión de la Storta.

en esta plasuela, y asi se levantó un tablado grande en contorno de la cruz, sobre el qual se levantavan quatro pedestales con sus colunas blancas listadas de oro, trabadas con su cornijamento de lo mesmo y un sinvorio de lasos de la mesma obra, que, asiendo media naranja, venía a rematar en una figura de la Fama ricamente adereçada. Estavan todas las colunas, cornisas y frisas cubiertas de tantas láminas y relicarios, que entre lasos de belillo de plata de barios colores y pasamanos de oro salían, que apenas se bía lo blanco dellos; estaba el medio un altar con quatro ases con ricos frontales de tela, sobre el qual avía gran suma de cruses de plata y oro y engastes con reliquias y otras preseas, las mejores que ay en esta tierra, que para eso se guntaron por orden de uno destos señores oydores de la real audiencia, a cuyo cargo estuvo este altar. Allegando aqui los santos salió una niña de siete años, la qual hiso un rasonamiento a los santos con tal mesura, donaire, gracia y grabedad, que admiró a quantos allí estavan.

Aviendo andado una quadra delante allegando a un *arco triunfal* que hiso el colegio real de S. Ildefonso tan grande, que puesto en una encrucigada entre quatro calles tan capaces como las de Mexico, cojia de parte a parte y los remates sobrepujaba todas las azoteas. Tenía dos ases. En la una estaban los pasos principales de la *vida de S. Ygnacio* de estremado pinsel con todo género de colores finas de Castilla, rematando en muchas piramides y targetas, en que estavan muchos geroglíficos correspondientes a los quadros de abajo; estava en el medio un quadro grande, en que estava el asalto de Panplona pintado mui al vibo. Salían de los dos lados dos a modo de valcones bolados con sus almenas, a donde aviendo salido de la una y de la otra parte muchos y mui lusidos soldados, se representó al bibo un coloquio de aqueste asalto, acometiendose al son de cajas y pifanos, disparando sus escopetas, derivando a san Ignacio, que hecho capitán apareció allí; y esto acabado salieron de los dos lados dos cavalleros armados con lansas en las manos y acometiendose de carrera se pegaron fuego, despidiendo de si gran suma de tiros y coetes, que fue bien menester para que la gente diesen lugar a que pasase la procesión; la otra has era de los pasos principales de san Javier con geroglíficos al propósito; así se representó otro coloquio de la *vida de san Javier* no inferior al pasado.

Aviendo pués pasado media quadra adelante, llegaron a un *monesterio de mongas de santa Clara,* en cuya puerta estava *un altar* suntuoso y en el Santa Clara y san Francisco y otros santos de su orden, que resibian a los dos santos. Y entrando en la Yglesia que estava ricamente adereçada asta el techo, puestos los santos en dos altares se cantó un villansico y luego salieron al coro unas niñas ricamente adereçadas las quales en un coloquio breve resibieron a los santos en nombre de su religión y dieron juntamente el para bien a los de la Compañía de tan grande dicha y felicidad.

Prosiguiendo por las demás calles, que como dije estavan adereçadas asta las azoteas con ricas colgaduras y quadros, allegaron a la puerta se-

gunda de la *casa profesa* en donde la congregación del Salbador tenía hecho un resibimiento gratisimo en esta forma: estaban armados *tres teatros* en forma triangular formando dos como colaterales en orden de
3v/ arquitectura y en el de en me / [dio..... (2)]
4/ / que representavan los tres enemigos del alma y junto a ellos un serpentón grande con muchas cabesas que representaban los eresiarcas y en lo alto asia el un lado estaba una nube que tenía dientro a los dos santos Ygnacio y Javier, la cual se fue moviendo poco a poco asia las figuras dichas y en estando serca se abrió de repente apareciendo dentro los dos santos los quales saliendo de la nube arrojaron unos rayos de fuego, el santo Ygnacio a los tres enemigos y el san Javier a la sierpe y echo esto se fueron retirando y entrándose dentro de la nube la qual se bolvió a su lugar y las figuras quedaron hechas senisa.

Acabado esto comensó a pasar un *triunfo de los Santos* en modo de *máscara,* pero sin llebar ninguna en todo el acompañamiento, y esta fue la causa de ser tan lusido por ir todos con el rostro descubierto y por ser conocido cada uno quiso aventajarse. Fueron los de este acompañamiento mas de quinientos. Tomaron por asunto sacar *los nueve coros de los ángeles en nueve carros triunphales* sin otro que iba por remate, en que iban los Santos; cada coro llebava su aplicación a los dos Santos. Repartiéronse estos coros en las sinco clases de latinidad y en las tres de artes y en el colegio real de S. Illefonso; yva en esta forma: Iban delante dies y seis de a cavallo con gualdrapas de tafetan colorado con guarnición amarilla y morada y ellos con la mesma librea llebavan atabales y trompetas que yvan tocando; seguíanse luego todos los alguaziles desta ciudad que acompañavan al alguasil mayor junto con muchos cavalleros y algunos de ábito y casi todo el regimiento; seguíanse luego los secretarios y oficiales de la real audiencia con los dos alcaldes ordinarios que llebavan en medio a un hijo del secretario D. Sancho de la Baraona, que llebava el estandarte de la congregación de la Anunciata, que está fundada en estos estudios; y aunque esta congregación tiene estandarte propio de damasco azul de Castilla con dos escudos grandes y bordados, en que están bordadas sus armas, y también tiene otro de tela de Florencia bordado todo con un escudo, en que está san Francisco Javier de la mesma obra por averse hecho en su beatificación, no quiso sacar ninguno destos sino aserle de nuevo y no abiendo hallado tela apropósito, se tejió de nuebo de azul y flores de plata y por el otro lado correspondía el campo de plata y flores azules con dos escudos grandes bordados y estampillas de plata, en donde estavan las armas de la congregación y las de los santos; tenía de caida tres baras y media con su flocadura de oro y plata. El niño que le llebava yva el primer día vestido de raso encarnado todo bordado con capa de terciopelo negro con la mesma bordadura con bueltas de tela encarnada, todo guarnecido

(2) Folio 3 v. está ilegible.

de broches y piesas de oro, el sombrero quajado de diamantes; llebava en el cavallo / gualdrapa de terciopelo con la mesma guarnición; acom- 4v/
pañabanle dose criados de librea; y porque sacó dos, la una era azeitunada y con guarnición naranjada y trensilla de plata; la que sacó el día siguiente era de terciopelo negro guarnición encarnada y blanca, guarnecida de pasamanos de plata, todos con cadenas de oro y espadas y dagas doradas; esta librea sacó el siguiente día y el iba bestido de tela blanca de Florencia con bohemio i silla negra de terciopelo bordada con adereço de plata.

Detrás del yva una *nao llamada santa Maria*, bara y media lebantada del suelo sobre unas ruedas pequeñas que la movían, y en este espacio pintado el mar con mucha bariedad de peses y chalupas y cosas del mar; tenía de largo tres baras y media, llebava todos sus aparejos como si huviese de nabegar y en las garcias y gabias gran chusma de grumetes y toda llena de gallardetes con escudos, con armas de la congregación por representar esta nao la congregación, debajo de cuya protectión están todos los estudiantes. Yba toda artillada con gran suma de tiros y bombas de fuegos artificiosos, que a sus tiempos avía de disparar como es al emparejar con los santos y delante del virey; aviendo pués allegado a emparejar con los Santos el que llebava el estandarte abló desta manera:

1 La illustre congregación
de los estudios menores,
Cuyos bibos resplandores
representa este guión.

2 Para mostrar que no cabe
de goso con vuestra gloria
haziendo del oy memoria
os ofrece aquesta nave.

3 Aunque es poquedad toda ella,
a lo menos muestra bien
ser la nave virgen quien
nos a movido a ofrecella.

4 Demas de que si este dia
puerto tomais en el cielo,
es porque en el mar del suelo
de nabe os sirbo Maria.

5 A buestros pies oy la entriego
brotando fuego y sentellas
por mostrarse en el y en ellas
que sois sentellas y fuego.

Dicho esto se le pegava fuego y abiendo hecho su salva pasava de largo.

Seguíase luego uno de nuestros estudiantes en un cavallo blanco con jaés de terciopelo carmesi bordado y bosal de plata, con calsa negra con entretela, jubón y coleto de lo mesmo, capa corta, guarnecida de joyas junto con la gorra, con un plumero de martinetes que nacía de una medalla / de la Concepción, guarnecida de diamantes, que se apreció 5/
en mill ducados; llebava en la mano una asta dorada y en lo alto della una tarja pintada al olio aforrada en tela carmesi, adornada de plumeros y flores de oro escarchado y estrellas de plata. Yba escrita la dedicato-

ria e intento deste coro, en que yban *las quatro partes del mundo* Asia, Africa, America, Europa. Llebava seis salvajes mui al propio bestidos, con sus masas al hombro. Desia así la tarja:

Sujetas a su poder
y a su balor sin segundo
se vienen oy a ofrecer
al gran Ygnacio y Javier
las quatro partes del mundo.

Con esta quadrilla que era de ángeles yba en la delantera *S. Miguel,* bestido de tela naranjada y flores de plata, con corona ymperial en la cabesa hecha de joyas y piesas de oro, que se apreció en dos mill ducados; llebava en la mano derecha una vara de plata que rematavan en una cruz de diamantes, de donde pendía un escudo de media vara de diametro de oro escarchado y pedreria de que yban tambien formadas dentro del unas letras que dezían: «Quis ut Deus»; llebava ocho lacayos de librea que le acompañavan. Allegando a emparejar con los santos les habló desta manera:

1 Soi el principe supremo
de los coros de la gloria,
el que al fin cantó victoria
del primer angel blasfemo.

2 Que si bien de coro y canto
vuestra casa no a sabido
dezir puedo que es y a sido
un coro de angeles santo.

3 Angeles son en el suelo
vuestros hijos y tan bellos,
que por vivir el en ellos
ya no es suelo sino cielo.

4 Y si al suelo bajamos
no ay que causaros reselo,
que acá gosamos un cielo
si allá otro cielo gosamos.

5 Y a Dios Ygnacio y Javier
que me es forçoso pasar
para que tengan lugar
los demás que an de ofrecer.

Acompa[ña]van este angel veinte y quatro de a caballo en traje de estudiante con cadenas de oro y jaeses en los cavallos con criados y lacayos que les acompañavan. Seguíase luego un clarín en su cavallo con vaquero encarnado y detrás de el acompañamiento de *Asia* y así yban hasta treinta de a cavallo con sus turbantes cortos, que rematavan unas estrellas; yban los cavallos encubertados de tafetán de barios colores con cubierta de belillo de plata; llebavan en las manos arcos y flechas y al hombro sus aljabas plateadas y doradas y en ellas barias pinturas; casi todos estos turbantes yvan guarnecidas de joyas y cadenas de oro. Seguíase tras dellos el rei de Asia con marlota de tela amarilla y turbante de lo mesmo con arco y flecha en la mano hecho de joyas; / apre-

15v/

cióse solo el arco en quinientos ducados. Llebava sobre el turbante formada una corona de puntas de oro cuyas puntas remataban en treinta y siete diamantes. Llebava seis criados de librea azul y blanca con calsas de lo mesmo y entretelas moradas. Yba a su lado el guión de tela encarnada de bara y tercia en quadro y en los medios dos escudos de iluminación, en que iban sus armas y las de Asia; llebava detrás de si a ofrecer a los Santos un camello de la estatura natural, cargado con dos bariles llenos de artificios de fuego y en medio dellos sentado un negrito de los de la tierra, en la una mano las riendas, con que rejía el camello y en la otra una banderola con un escudo pendiente, en que declarava, de donde era. Y abiendo llegado delante de los Santos, abló el rey desta manera:

1 Llebado de justa lei,
que lei nuestro pecho tiene,
de la Asia a adoraros biene
oy su emperador y rei.

2 Gran parte teneis en ella
y ella en los dos tiene parte,
pues si algunos rreparte
mill bienes partis con ella.

3 Que pues con saber profundo
sujetais el mundo a Dios,
rason es lo esté a los dos
la que es oy parte del mundo.

4 Oy en su nombre os entriego
el camello que aqui biene,
todo es fuego lo que tiene,
que sois los dos todo fuego.

Dicho esto se pegó fuego al camello y aviendo disparado gran cantidad de bombas, tiros y morteretes se quedó tan entero como de antes y prosiguió su paseo como si tal no ubiera pasado. Seguíase detras una carroza descubierta, todo de clabos dorados sobre terciopelo carmesí, en donda yva un angel custodio de Asia, bestido de tela blanca con tiara de joyas y en la mano una biguela ynsignia de los angeles.

Seguíase luego un cavallo blanco con jaés azul bordado de oro, con estribos de plata, marlota y capellar de tela azul, sembrado todo de lunas de plata, con turbante guarnecido de joyas y perlas y en el remate una media luna de perlas con estremos de diamantes; llevava a su lado seis criados con librea azul y blanca; llebava también un guión de tela carmesí guarnecido de oro y en el dos escudos, en que yvan sus armas y las de *Africa*. El que le llebava yva ricamente adereçado con turbante de joyas y baquero de tela azul y capellar de lo mesmo con quatro criados; llevava delante de si hasta veinte de acompañamiento con manicas y capellares de espolin y flores de plata, turbantes de joyas, con medias lanzas de plata / adargas y lanças con banderolas de las colores del bestido. A todos estos acompañavan lacayos con barias libreas, llevaban todos borseguíes argentados de plata y oro y asicates de plata y sobre el calsón de color calsón blanco desilado con mucha punta y encaje. Llevavan asimesmo todos sus alfanjes, pendientes de ricas bandas de seda, y en los braços ajorcas de oro y pulseras de perlas. Llebava detrás de si para ofrecer a los Santos este rei un elefante, que llevaba ensima un

6/

castillo de tres baras en alto de dos cuerpos y su remate y en el muchos soldados bestidos de seda y otros armados con escopetas y lanças que guardaban este castillo; yba todo lleno de flamulas y gallardetes con escudos pequeños y en ellos lunas de plata. Yva todo el castillo artillado con varios artificios de fuego con gran suma de coetes boladores. Aviendo llegado de los Santos abló el rei desta manera:

1 De verde oliba las sienes
el Africa coronada
a vuestros pies oy prostrada
ofrece mill parabienes.

2 Pues que para bien fecundo
os trajo a este mundo Dios,
razon es que dé a los dos
mill parabienes el mundo.

3 Perdonad Javier, Ygnacio
el daroslo oy tan depriesa,
mas al fin a la profesa
remito el darle despacio.

4 Entre tanto aqui os entriego
aqueste hermoso elefante,
si es de fuego no os espante
que sois los dos tanbien fuego.

Esto dijo porque todos los días de la otava en la tarde estos mesmos personajes fueron haziendo unas dançcas y unos breves coloquios como se dirá; dicho esto se dió fuego al elefante y començó a disparar el castillo gran mesura de tiros y bombas; y abiendo llegado al remate del, se abrió un globo de donde salió una infinidad de coetes boladores; a este mesmo tiempo estava el elefante echando por la trompa y cormillos globos de fuego y chispas a modo de flores que causava muy agradable bista y entretuvo muy gran rato al auditorio.. Y esto acabado pasó de largo quedándose tan entero como de antes; seguíase detras del una carrosa descubierta muy bien adereçada, dentro de la qual yba el angel de guarda de Africa con baquero de espolin azul y flores de plata y mantos de lo mesmo con tiara imperial en la cabesa guarnecida de joyas que rematava en una crus de diamantes y por orla un apretado con treinta diamantes con guarneción de perlas.

Seguíase tras desto la *America,* que representava uno de nuestros estudiantes, el qual en esa ocasion hizo gastos excesivos, como se irá
6/v viendo, porque representó a Montesuma emperador / desta tierra, a quien acompañavan seis reyes sujetos a su imperio.

Los dos dellos ivan de azul con tilmas de lo mesmo con rapasejos de oro, cubiertas de belillo de plata, que dezian «Ygnasio» y «Javier» cacles (3) argentados a la usansa de la tierra y tiaras dèspolin asul, cubiertas de perlas, y cabrestillos de oro y en los guecos camafeos; llevaban al cuello collares grandes de oro, de que iban pendientes agilas de oro y en ellas engastadas muchas esmeraldas y armas desta tierra. Seguíanse los otros dos reyes, todos de blanco y en las tilmas, que eran de raso, pintadas unos escudos las armas de Me-

(3) Sandalias.

xico; estaban aforadas de tafetán encarnado de Castilla con unos golpes a trechos con que se divisava este aforo; yban guarnecidos estos golpes y todas las tilmas de pasamano realsado de oro, las tiaras de tela blanca, en que yban bordados las armas de Mexico y a trechos muchos rubies engastados en oro, media de seda blanca, cacles argentados con muchas rosas encarnadas y otro encaschado a trechos, calson blanco con mucha punta y encase.

Seguíanse otros dos reyes con tilmas y tiaras de espolín bien sembradas de flores de lis de plata con aforas encarnados sembradas de botones de oro y en la tiara dos apretadores de diamantes y ensima dellos dos medallas grandes de la Consepción y en ellas engastadas muchas piedras y piesas de balor; llebavan calson blanco como los pasados, y todos seis con cubiertas grandes de belillo en los cavallos. Delante de los seis reyes yvan mas de sinquenta de sus vasallos ricamente adereçados, pues ninguno dellos dexava de llevar en la tiara muchas piesas y joyas de oro; yvan con tilmas de barios colores y muchas de espolín i flores de plata; llevavan en las manos flores contrahechas al modo de sus vailes, otros macanas, que son armas de que ellos usan; otros instrumentos músicos de sus vailes.

Yva despues de todo este acompañamiento en medio *Montesuma,* emperador desta tierra, bestido a su usansa con camisa, calsón randado con puntas y encaje asentadas sobre tafetán encarnado de Castilla, media de seda blanca, cacles de terciopelo blanco y carmesi bordados de perlas y broches y pieças de oro, gubón de tela leonada y una balona bordada de oro y perlas. Llevava una tilma de gasa blanca y otra al uso de la tierra de algodon, labrada de plumeros, guarnecida toda de cabrestillos y botones de oro y otras preceas. Toda la orla yba guarnecida con guarnición de oro y plata, de quatro de dos en ancho. Llevaba el / otra manta de velillo de oro y plata y seda naranjada guarnecida 7/
por las costuras y orla con un caracolillo de oro y llevava tiara imperial al uso de la tierra, guarnecida de perlas y broches y piesas grandes engastadas junto con muchos diamantes rubies y esmeraldas, haziendo todo labor y proporción. Llevava ensima formado un tunal de oro y plata y ensima un agila de oro en que yban engastadas gran suma de piedras. Apreciόse esta tiara y otras dos de dos ansianos que iban a su lado en treinta mill escudos. Llebava en los ombros un collar grande, todo de diamantes, con una pieça grande pendiente del al modo del tuson que usan los Grandes; apreciόse este collar en tres mill ducados. Llevava tambien unas pulseras de perlas netas y manillas de oro. Iba a la jineta un jaés de tela blanca, todo bordado con estribos y bosal de plata. Llebava detras de la tiara una rosa grande de seda y oro y en ella una medalla grande de diamantes y pendiente della un manto grande de seda verde oro y plata que cubría gran parte del cavallo. Llebava a su lado un guión de tela carmesi con dos escudos de iluminación, en que iban sus armas y las de Mexico. El que llebava este guión iva con una rica tiara sobre carmesi con muchas joyas con dos tilmas,

una de tafetan azul de Castilla y otra encima de belillo de plata, ambas con guarnición de punta y encaje de plata y oro. Llebava en el cavallo un adereso curioso de tigre con clavason dorada. Llebava al otro lado otro casi con el mesmo adereso, que llebava un quitasol grande de plumeria rica desta tierra y en medio dos escudos con las armas de Mexico. Un poco mas atras yvan otros dos en figura de indios ansianos tan ricamente adereçados asi de tiaras tilmas y lo demas como el mesmo Montesuma. Llebava el uno un broquel de Montesuma y en el sus armas, y el otro una macana dorada con el puño de oro, y en el engastadas muchas piedras y piesas de oro. Llebava este rei en contorno del cavallo dose criados a pie en figura de indios con tiaras, tilmas y rica plumeria, y los seis con bastones dorados, y dos dellos llebando de diestro dos cavallos enjaesados con cubiertas de velillo. Yban más atrás otros dos con tilmas de algodón y guarnición de oro y en medio dos escudos grandes en que iban pintados los dos reyes principales desta tierra; llebavan en medio un aguila sobre un tunal que tenía en la boca y mano derecha asida una culebra; yba en medio de una laguna grande, pintada muy al propio con muchas envarcaciones desta tierra: tules, patos y garsas y otras aves y cosas propias de la laguna; tenía este artificio de alto sinco varas, movíase secretamente con sus ruedas. Aviendo pues llegado a vista de los Santos abló el rrei desta
7v/ manera: /

1 Pues sois aguilas los dos
de tan encumbrado buelo,
oy remontadas al cielo
allais cielo par de Dios.

2 Y en el sol divino fijos
teniendo el alma los ojos,
a coger ricos despojos
enseñais a vuestros hijos.

3 Razón es que aunque mi pluma
alabaros no meresca,
oy el aguila os ofresca
de sus armas Montesuma.

4 Que pues mi indiano emisferio
os deba tantos bienes,
ofresca Yo a vuestros pies
con el aguila mi imperio.

5 Della a los dos ago entriego
y de mi afición con ella,
si es de fuego toda ella,
es por que ambos sois de fuego.

Aviendo dicho se pegó fuego comensando a salir de la laguna y aguila gran cantidad de coetes tiros bombas y morteretes, con que iso salba los Santos; y aviendo acabado pasó adelante quedándose tan entero como si no se le uviera dado fuego. Seguíase luego una carosa de terciopelo carmesi tachonada con clabason dorada y dentro el angel de guarda desta tierra con baquero despolin azul con flores de plata con guarnicion de oro calsón y jubón y una tiara de joya y en ella un plumero de diamantes, que costó mill y quinientos pesos, y por pie deste

plumero una medalla grande de diamantes que se apreció en quinientos ducados; llebava un apretador de eses de oro en cada una tres diamantes y pendientes del piesas grandes de oro; yva todo cubierto con un manto real de belillo encarnado; llebava en la mano un harpa pequeña. Seguíanse detrás desta carosa mas de sinquenta yndios adereçados con mucha plumeria y su teponastle (4), que es un instrumento de que usan en sus vailes. Seguíase luego un terno de chirimias y otro de trompetas que iban tocando a ratos con el mesmo adereso que los pasados.

Seguíase luego *Europa*, que representava el rei Filipo nuestro señor y quarto deste nombre, que iba en esta forma. Yban delante casi sien estudiantes a lo cavallero con bestidos de barios colores y los mas de negro con cadenas de oro y al cuello sintillos y plumas en los sombreros en cavallos con muy buenos adereços. Seguíanse luego nueve niños de a dose y a trese años con mui lusidas armas y en los moriones bistosos plumeros, con calson de tela toda blanca y espuela dorada, con mantos militares pendientes de los hombros de espolin y faroles de plata del color de las armas; iba el primero dellos con armas amarillas grabadas de oro con un bastón dorado en la mano haziendo oficio de capitán de la guardia; seguíanse luego los dos primeros con armas moradas grabadas de oro con calson y mantones despolin / del mesmo color con lanças en las manos y banderolas de lo mesmo. Los segundos yban con armas azules y perfil de oro con calson y manto asul con flores de plata lanças en las manos y banderolas asules. Los terceros yban con armas rosadas gravadas de oro, calson y manto despolin del mesmo color, lança en las manos y banderolas de lo mesmo. Yban todos estos a la brida en sillas de arma con plumeros en los cavallos; seguíase luego beinte y quatro de a cavallo representando los títulos y grandes de la corte, los mas dellos con calsa y gorra y capa corta, adereçadas las gorras y capas con broches y botones de oro, gualdrapas de terciopelo en los cavallos y en los cuellos cadenas y cabrestillos con piesas grandes y beneras pendientes, significando los abitos y encomiendas de la corte muchos dellos con libreas de a seis y a ocho personas. 8/

Seguíase el *rei* con gualdrapa de terciopelo negro, estribos dorados y bosal de plata; yva con calsa de obra negra con entretelas de plata y bota blanca, con sus espuelas doradas, capa corta con bueltas de tela de plata y jubon de lo mesmo; gorra de riso y martinetes negros y blancos toda quasada de broches y piedras finas con guarnición de oro y en ella una corona con puntas de oro en los basios jasmines de oro y en las puntas diamantes y la capa con la mesma obra. Llebava al cuello una cadena ancha con lasos de oro y rubies pendientes della el tusón de oro, que se hiso para este efecto; llebava espada y daga dorada con los tiros bordados de oro y perlas. Llebava ocho criados de li-

(4) Tambor de madera sin parche.

brea morada con fajas naranjadas, cuellos asulados con espiguilla naranjada, los quatro delante con bastones plateados y naranjado con capisayos de lo mesmo. Llebavan de diestro dos cavallos con sus jaeses bordados, el uno berde y el otro colorado, con bosales y estribos de plata y plumeras en las frentes; seguíase un lacayo que llebava de diestro un cavallo de madera negro con pintas blancas con silla de terciopelo negro con clavason dorada y se movía con unas ruedas; llebava en la frente un gran plumero de barios colores lleno de bombas y tiros y fuegos artificiosos y un pletal de cascaveles de lo mesmo. Y
8v/ así aviendo llegado a vista de los Santos ablando con ellos dijo assi: /

1 Pues que de reyes el fruto
os da la corte del cielo,
bien es los rreyes del suelo
os paguen pecho y tributo.

2 El que daros yo queria
no es mejor que las entrañas
por deveros mis Españas
todo quanto son oy dia.

3 Ellas pues agradecidas
y nuestra Europa con ellas
con la boca en vuestra guellas
os ofrecen oy las vidas.

4 Y yo en su nombre os entriego
el cavallo que aqui biene,
fuego es todo lo que tiene
por ser los dos todo fuego.

Dicho esto se dió fuego al plumero y pretal, de donde despidió gran suma de tiros coetes, bombas, artificiosas; y acabado esto se bió el cavallo y adereso tan entero y sin lesión como estaba de antes.

[CORO DE ANGELES]

El *día siguiente* salió este rei a la gineta con otro caballo y jaés de tela de oro y encarnado, bestido entero de tela amarilla con la mesma riquesa de joyas como el día pasado, con otra librea distinta de verde asul y blanco, con bastones plateados en la mano. Iba a su lado el guión de tela encarnado y en el dos escudos de iluminación con sus armas y las d'España. El que lo llebava yba bestido con calsa y capa corta, con jubón y bueltas de la capa y entretelas de las calsas de tela encarnada, guarnecida la capa y gorra de broches y camafeos, que sobresalían de entre un enregado de cadenas de oro. Llebava seis de librea con calsa y gorra de terciopelo negro con guarnición de trensilla de plata; los quatro dellos con bastones en las manos de carmesi con clabasón dorada. Seguíanse quatro lacayos de la librea del rei y llebando de diestro quatro cavallos enjaesados, encobertados de belillo de plata y encarnados. Seguíase luego un guión de bara en quadro de tela blanca bordado de broches y apretadores de oro, y en el dos escudos de iluminación, en el uno pintado un angel y en el otro sobre campo azul con estas letras de plata *Coro de angeles*. El que llebava este guión yba a la brida con jaés de terciopelo negro con clavasón dorada, con borla y estrivos de plata; llevava calsa y coleto de tela berde con pa-

samanos de plata con entretelas de lo mesmo; yva en cuerpo con una rica banda de oro, en que yban engastados beinte y quatro diamantes. Acompañavanle quatro lacayos de librea. Seguíase luego una carosa de terciopelo azul, pespuntada con trensilla / de plata y clabasón dorada. 9/
Yva dentro en un trono de belillo de plata el angel custodio d'España con baquero de tela morada y manto de lo mesmo con tiara imperial, con tanta riquesa, que se apreció lo que llebava en tres mill ducados sin otras muchas joyas que llevava en el manto sobre rosas encarnadas; llevava en la mano un laud de ebano enbutido de marfil. Con esto se dio fin al coro primero de los ángeles.

CORO DE LOS ARCANGELES

En este segundo triunfo de los arcangeles, en que replandece mas la puresa acompañavan asta sinquenta niños, que en su traje, edad y adorno representavan todos los santos niños, que en cada tierna an florecido en la yglesia; y así iba lo primero un guión de tela encarnada y flores de oro con dos escudos de iluminación, en el uno sus armas y en el otro tres asusenas que representaban la puresa de los arcangeles con unas letras que desian *Coro de arcangeles*. El que le llevava yva bestido de tela berde, bota blanca, espuela dorada y un sintillo de diamantes y pendiente de los hombros un manto rico d'espolin berde con flores de plata con guarnición de oro. Llebava ocho criados de librea morada y blanca y delante del un clarín, que de quando en quando se tocava; costó este vestido mas de quatrosientos pesos. Seguíanse luego de dos en dos los santos niños comensando san Justo y san Pastor, el santo niño de la guarda (5) y san Pelayo (6), san Bercio (7) i san Simon, S. Dioscoro y S. Maximo, S. Pancrasio y S. Vito con los demas; llebavan en el braso unos escudos y en ellos sus nombres; yban bien aderesados en sus cavallos y muchos dellos con sus jaeses bordados y casi todos uniformes con baqueros y medias mangas de belillo de plata, realsado de flores y barios colores realsadas de oro y plata, jubones d'espolin y calsones de lo mesmo y muchos de tela, medias de seda y sapato blanco; por ser tan pregerinos estos bestidos fue necesario haserse todos de nuevo. Llebavan en las manos palmas hechas de oro y seda y pendientes dellas unos florones de oro y seda, entretejidos con belillo de plata. Llevaban todos cabelleras guarnecidas de joyas que entre cadenas de oro acian proporción; otros llebavan sobre las cavelleras girnaldas de flores contrahechas de seda, oro y plata, otras echas de joyas pemdían de los hombros, mantos de velillo de plata y seda de color del vaquero. Yban guarnecidos de pasamanos de oro y argenteria;

---

(5) Martirizado por los judíos en Toledo en el siglo XV.
(6) Martirizado por los moros en Córdoba 925 A. D.
(7) Verísimo, martirizado en Lisboa en el siglo IV.

llebavan todos joyeles ricos al cuello. Lo que más admiró en este coro fue el ver tantos niños de tan tierna edad, que más eran para rejir
9v/ cavallos de caña / que cavallos tan poderosos como era en los que iban regiendolos con tan gran destresa, que si estubieran ejercitados muchos años en esto.

Seguíanse detras destos siete romanos, significados por los siete montes de Roma, que traían en medio al santo niño Estanislao de la Compañía que con ellos se selebraba la fiesta de su santo padre. El primero destos romanos llebava una tarja grande, que rematava en otra pequeña, y en ella un curioso geroglífico a este propósito, escrito con un letrero, en que declarava su intento y dedicasión; yban estos romanos bestidos al propio con sayos de terciopelo carmesi con guarniciones de oro y faldones de tela, capas imperiales de belillo de plata y guarnición de argenteria; yban los caballos encubertados de tafetan y belillo de plata pintadas varias figuras y trofeos a lo romano. Seguíase el santo *Estanislao* con manteo y sotana de gorbaran de Castilla, toda bordada de joyas y perlas; llevava en la cabesa una corona rica de plata dorada y esmaltada, adornada con barias piesas de oro, y en la mano un ramo de asusenas de plata y seda guarnecido de joyas; llevava quatro lacayos de librea negra y blanca.

Yba por remate deste coro un *carro triunfal* en esta forma. Lebantavanse quatro arcos, que estavan en quatro pilarillos tachonados de oro rematando en el medio, a donde se benian a plantar otros quatro, que nasian de los dos lados, cubiertos de belillo de plata de barios colores con muchas rosas de lo mesmo, y entre rosa y rosa ramillete de flores de seda y oro con listones encarnados, y en los pilarillos plumeros ricos de barias plumas de a tres quartas en alto asiendo remates y en el medio un florón grande dorado y ensartado de barios colores en forma de piña. Rematavan los plumeros en gallardetes de barios colores; lebantavase dentro un tabladillo de media vara en alto al fondo y sobre él siete silletas de terciopelo carmesi, en que yban siete niños en figura de arcangeles con baqueros, alas y tiaras de joyas sobre cavelleras rrubias pendientes de los mesmos mantos de belillo.

CHORO DE LOS PRINCIPADOS

Seguíase el coro de los principados, en que yban santos príncipes y de sangre real. Iba lo primero una tarja grande dorada y plateada en que iba escrito la dedicatoria deste coro a los santos; llebava en una asta dorada uno de nuestros estudiantes, ricamente adereçado con rico jaés; yba en cuerpo bestido de tela asul y encarnado sintillo de diamantes
10/ en el sombrero y plumero de martinetes, que nasia del de / una piesa grande de oro guarnecida de diamantes y piedras ricas. Llebava seis de librea naranjada y blanca con vastones dorados en la mano; y porque este acompañamiento salió dos veses, el segundo día mudó otro

vestido carmesi con entretelas de plata, sembrado de joyas con rica banda de oro, caballo y librea diferente. Seguíase luego el santo príncipe de la India san *Josaphad,* bestido a lo turquesco de espolin morado y flores de plata con muchas preseas de oro en el cuello. Llebaba por delante quatro turcos con el mesmo traje que le acompañavan, adornados los turbantes con muchas joyas y cadenas de oro. Uno destos llebava en una lansa plateada una targa en que iba escrito el nombre del santo. Seguíase luego el principe de Arima del Japón, don *Protacio,* con rico jaés en el caballo, en traje de Japón, con un quemón (8) rico labrado de oro y sedas de barios colores con vueltas de primavera. Acompañavanle quatro Japones con sus catanas (9) en la sinta llebando uno dellos un escudo como el pasado con su nombre. Seguíase luego el principe de Ungria san *Emerico,* bestido ricamente a lo ungaro con quatro que le acompañavan con el mesmo traje llebando escudo y nombre como el pasado. Seguíase luego san *Ermenegildo,* el prinsipe d'España, con capa y gorra calsa de obra con entretelas de plata y bueltas de lo mesmo guarnecida la capa y gorra de joyas con jaés rica en el cavallo, estribos y bosal de plata; llevava seis de librea blanca y negra que le acompañavan; llebava delante de si bestidos a lo cavallero bien aderesados con cadenas de oro al cuello otros 6; llebavan su escudo y nombre como los demas. Seguíase luego el principe san *Luis Gonsaga,* relijioso de la Compañia, con manteo y sotana de gorbaran, guarnesida de joyas, con diadema en la cabesa de perlas y aljofar y piesas de oro; apresióse este adorno en dose mill ducados; llebava ocho de librea asul y blanca con bohemios, bastones en las manos; llebava delante quatro cavalleros que le acompañavan, significados por quatro Grandes d'España, bien aderesados con collares de oro al cuello y en ellos pendientes piesas grandes de oro; llevava su escudo como los demas. Seguíase luego un guión de raso blanco con guarnición de oro y en el asentado un escudo, en donde iba pintado un angel al olio de los prinsipados, bordado todo este guión de camafeos y piesas ricas de oro. El que le llebava yba en cuerpo con bestido asul bordado de cañutillo de oro y plata / con entre- 10v/
telas moradas, rico jaés y quatro de librea asul que le acompañavan. Seguíase luego una carosa de carmesi tachonada con clabasón dorada, que tiravan dos cavallos blancos, en que iban sinco angeles, que representavan el coro de los principados; yban bien aderesados con tiaras de joyas en la cabesa pendientes de los hombros y mantos imperiales de velillo con guarnición de oro y argenteria; yban asentados sobre sinco sillas de terciopelo carmesi en forma de trono y a los pies cojines de terciopelo.

(8) Kimono.
(9) Espadas.

CORO DE LAS POTESTADES

En este coro yba la *legión de los santos tebeos* con su caudillo y capitan san *Mauricio*. Era su asunto selebrar uno de los pasos de la vida de S. Ygnacio, y porque entre todos ninguno avia mas semejante o que mas mirase al oficio que acian de guerra y soldadesca, celebraron aquel hecho maravilloso, que hiso san Ignacio, quando ofresió en Monserate a la birgen santissima su espada y daga trocando el vestido rico por un desayal; yba lo primero S. Mauricio con una lansa plateada en la mano y en ella una tarja con esta letra del geroglífico que venia en el carro:

Quando el cantabres visaro
a Dios ofrece la espada,
la lejión tebea armada
le ofrece su coro y carro.

Iba en su cavallo a la brida con armas doradas y grabadas y en el morión un plumero que se apreció en trecientos pesos. Seguíanse detrás del asta beinte de a cavallo con sendas armas, calsa de obra bota blanca y espuela dorada, caladas las viseras con vistosos y copados penachos en los moriones; algunos destos plumeros se apresiaron a dossientos y a quinientos pesos segun llebavan de riquesa. Seguíase luego por remate desta lusida compañia, *Santiago* en su cavallo blanco con su encomienda en los pechos; llebava un guión de tela encarnada realsado, que costó la vara a treinta pesos, y en dos escudos bordados que llevava en el medio yba su encomienda y un Jesús bordado. Seguíase luego una caxa (10) y pifano, a cuyo son ivan marchando estos santos cavalleros. Seguíase luego un carro triunfal armado sobre quatro ruedas, en que yba un tablado, sobre el qual levantavan quatro colunas, que se serraban con quatro arcos, cada uno con dose puntas a manera de rayos rematando en el medio, de donde se lebantavan quatro piramides mas altas, cuyos claros con los de los arcos yban cubiertos a manera de selojia (11), bestidos todos y adornados de seda y plumeria de barios
11/ colores; saliendo de las puntas en que rematavan / las piramides quatro plumeros grandes de barios colores, y del medio de los arcos otros cuatro de la mesma hechura, y de las otras puntas nacian unos plumeros blancos y oro escarchado, cubierta toda esta obra de rosas de seda de barios colores y asusenas de plata, que junto con sus ojas asian un enrejado apasible y curioso. Remataba toda esta obra en un grande globo, debajo del qual estava una media naranja, que asia toldo a sinco angeles, que armados y con alas de rica plumeria y ballestas en las ma-

(10) Caja.
(11) Celosia.

nos acompañavan a *S. Ygnacio,* que en ábito de peregrino con un Jesús de joyas y piesas de oro en la mano iba asentado en una silla de terciopelo carmesi, ollando con los pies una espada y daga dorado, que junto con un peto y morión estaban sobre dos cojines de tela berde. Llevavan este carro dos caballos blancos con guarnisiones negras y chapas doradas, rejíalos un español con baquero de terciopelo carmesi. Yba detras deste carro gran tropa de jente con sus libreas.

CORO DE VIRTUDES

Dedicóse este *carro a san Jabier.* Iba delante un guión de raso blanco guarnesido de oro y plata y en el un escudo, en que estava el santo Javier encadenando a la Infidelidad e Idolatria. Iba en traje de Virtud el que le llevava, con vaquero y mantillina y manto de velillo y tiara imperial en la cabesa de joyas y en el caballo gualdrapa de terciopelo, con seis lacayos de librea que le acompañavan. Seguíanse luego *los quatro elementos* y el sielo en medio con una tarja pendiente de una lansa dorada en que iba escrita con letras de oro en campo asul esta letra *Coro de virtudes* y más abajo:

Fue S. Javier un archibo
de las virtudes mas bellas
y así le acompañan ellas.

Cada elemento llebava insignia de alguna birtud o milagro del ejersitado, ya. Iba el *Agua* bestida de blanco asta la qualdrapa del cavallo, en que yban pintadas rios, laguna, fuentes y todo jenero de peses, y él con baquero de tela de plata y manto de belillo con tocado en la cabesa a lo marismo con muchas obras (12), carocoles y conchas doradas, entretejidas con caracoles y perlas; llebava en el braso un escudo con su nombre y en la mano un pes (13) plateado con un Christo en la boca con un rotulo; yba este mote: «Praeest Javerius piscibus maris.»

Seguíase la Tierra bestida de verde y en la gualdrapa barias pinturas: montes, riscos, peñas, arboledas y flores y todo jenero de animales; baquero d'espolin berde y manto de lo mesmo; en la cabesa un tocado de ramas y flores de seda y oro y barias frutas contrahechas. Llevava tarja con su nombre y en la mano una isla (14) hecha artifisiosamente, significada por aquella en que murió el santo, con este mote: / «Non non dabis Sanctum tuum videre corruptionem» (15). 11v/

(12) Ovas.
(13) Cangrejo.
(14) Sancián.
(15) El ms. tiene: «Non davis santan tun videre corupçione».

Seguíase luego el *Ayre* todo de asul y en la gualdrapa todo jenero de bolateria, con un manto de belillo de plata y el tocado de lo mesmo y en él algunos pajaros y aguilas de oro con engastes de rubies y esmeraldas. Llevava el nombre en una tarja en la mano: una crus de fuego echo muy al vivo, que se apareció al santo, con este mote: «In hoc signo vinces.»

Acompañavale el *Fuego* todo de carmesi, sembrado el vestido y gualdrapa llamas de fuego, con tocado encarnado en la cabesa con puntas de oro, y en una tarja su nombre y en la mano una casa quemándose, de que se libró el santo que estava dentro, con este mote: «In medio ignis non sum estuatus.»

Iba en medio destos quatro el *sielo* todo de asul, sembrado todo el vestido y gualdrapa de estrellas de oro, sol y luna y los demás planetas, y en la cabesa una esfera echa injeniosamente de joyas y en ella sinificados los dose signos con piesas grandes de oro, que se allaron tan a proposito que no parece sino, que se avian hecho para este efeto.

Seguíanse detrás con sus insignias, escudos y empresas, aludiendo algunos hechos heroicos del Jabier; eran hasta *beinte birtudes* con baqueros i mantillinas ricos mantos reales de tela y tiaras de joyas en la cabesa. Yban en esta forma la caridad y esperansa, la fee y la justicia, la templansa y fortalesa, la prudencia y modestia, la magnanimidad y liberalidad, puresa y paciencia, la meditación y sabiduría, la piedad y humildad, la pobresa y prudencia, la religion y perseverancia.

Seguíase luego el *carro triunfal* que llebavan quatro cavallos con este adorno; levantaronse ocho piramides triangulares de ensima del tablado, que estava armado sobre quatro ruedas serrando en medio con arcos de velillo de pajaros y flores, rematando en gallardetes de barios colores; y en todos los claros de los arcos escudos dorados, en que iban geroglificos y pinturas. A proposito deste coro yban dentro sinco silletas de terciopelo, en que iban geroglificos sinco virtudes con todo genero de instrumentos y gran armonía.

CORO DE DOMINACIONES
dedicado a san Ygnacio

Iba lo primero una tarja con el rotulo dicho y esta letra:

Lleban las dominaciones
oi a S. Ygnacio en palmas
por ser el rei de las almas.

Llebava esta tarja un rei con setro y corona, calsa de obra gualdrapa de terciopelo, guarnesida la capa gorra y coleto de botones y broches de oro; llebava ocho lacayos con su librea.

Seguíanse luego *veinte y quatro reyes* dos en dos, los beinte santos, cada qual con traje conforme a su tierra.

Yban encyma S. Josaphad, rei de la India, y S. Etmundo, rei de Inglaterra, S. Edilverto, rei de los / cantios (16), y S. Edebardo, rei de 12/
Inglaterra, S. Esteban, rei de Etiopia (17), y S. Grutano, rei de los francos (18), S. Ladislao, rei de Ungria, y S. Luis, rei de Francia, S. Lucio, rei de los ingleses, y S. Usbaldo, rei de Inglaterra, S. Olabo, rei de Noloberjia (19), y S. Ricardo, rei de Inglaterra, S. Sebbo (20), rei de Inglaterra, y S. Segismundo, rei de Borgoña, S. Estefano, rei de Ungria, y los tres santos reyes del Oriente, Gaspar, Melchor y Baltasar, y S. Eduardo, rei de Inglaterra, y el rei Francisco de Bungu (21).

Iban luego dos reyes de *Portugal,* don Juan el tersero y don Sebastián, con gran acompañamiento de criados con dos guiones de tela asul y en ellos sus armas, y a sus lados llebavan dos de a caballo no inferiores a ellos en riquesa y adorno. Seguíanse luego los dos reyes *d'España,* Filipo tersero y quarto con dos guiones de tela carmesi y en ellos sus armas reales con dose lacayos de librea, los seis con bastones plateados.

Todos estos reyes llebavan en el braso un escudo en que iba su nombre, todos llebavan setro y corona, cada qual conforme a su tierra.

Seguíase luego un guión de damasco carmesi de Castilla, de dos varas en largo y una de ancho, al modo imperial, pendiente de una fornida asta con cadenas de oro y gruesos cordones de seda y oro: iba pendiente de una fornida asta con cadenas de oro y gruesos cordones de seda y oro, iba pendiente de una bara gruesa de yerro dorada. Llebava por la una parte bordado a S. Ignacio sercado de piedras presiosas de todo jenero de jasintos, esmeraldas, rubies, diamantes con tal disposición, que parese se avian echo sola para esto; llebava en el otro lado un serco de oro de donde salian unos rayos de oro que remataban en finos diamantes y en medio un Jesús de perla neta con todo jenero de pedreria. Era tal la riquesa que tenia, que fue menester tres o quatro personas fuesen ayudando a llebarle; apreciόse la riquesa deste guión en nobenta mill pesos. Iba vestido el que le llevaba de negro con calsa y gorra con entretelas de brocado morado, guarnecida la capa y gorra de diamantes; y el día siguiente sacó otro bestido distinto mucho más vistoso que el pasado; llebava delante dos lacayos españoles y detras seis pajes con librea morada y leonada.

Seguiase luego el *carro triunfal* que llevavan quatro cavallos con el mesmo adorno y trasa que el pasado. Yban dentro ocho anjeles representando las dominaciones que con barios instrumentos iban dando música y cantando letras al proposito.

---

(16) De Kent en Inglatera.
(17) Hijo de Enkua Marjam.
(18) Guntram.
(19) Noruega.
(20) Sebli, rey de Essex en Inglaterra.
(21) Bungo en el Japón.

CORO DE LOS TRONOS

Seguíase el coro de los tronos y así iba delante un guión de tela asul con dos escudos en él de joyas, collares de oro, en el uno un Jesús y en el otro un trono todo hecho de pedrería y perlas; iba pendiente
12v/ de una asta dorada. / El que le llebava iba bestido de terciopelo negro, acuchillado con entretelas de plata, y jubón de lo mesmo, sembrado todo de botones de oro; el sintillo y plumero se apreció en dos mill ducados; llebava en el cavallo mui rico jaés con botones de plata y un bistoso plumero; acompañavanle ocho criados con librea morada y verde.

Seguíase luego una tarja curiosamente adornada con flores contrahechas de oro y seda y lasos de velillo de plata; llebava dentro en un escudo pintado un trono y ensima del una paloma con este mote: «Super quem requiescit spiritus domini, nisi super humilem?», geroglífico deste carro aplicado a la humildad del glorioso S. Ygnacio. Acompañavan este cartel y guión dose cavalleros con capa corta, calsa y gorra aderesados con muchas joyas, todos de negro con entretela de barios colores; llevavan muchos criados de librea a pie y algunos dellos con los bastones plateados en las manos.

Seguianse luego asta *treinta profetas* con bestiduras propias a lo antiguo y sus insignias en las manos.

Iba en medio dellos el santo rei *David* con rico jaés, tachonado de plata, con calsa de tela berde y ropa larga a manera de ropón de lo mesmo, con manto grande ensima de belillo de plata con guarnición de oro. Llebava en un modo de turbante una corona de puntas de oro, que rematava en veinte y sinco diamantes, y ensima de los hombros un manto real de espolin encarnado con flores; llevava en la mano una arpa dorada *y su setro*, con quatro niños que ricamente aderesados en sus cavallos con lansas en las manos acompañavan a este santo rei.

Seguíanse luego los *tres Reyes Magos* con sus insignias en las manos, con una tarja pequeña, en que iba su nombre con letras; y las mesmas tarjetas llevavan todos los profetas pendientes del braso. Despues desto iba *S. Juan Bautista* con un pellico de armiños y tela berde y encarnado con gallera guarnecida de joyas y en la mano un corderico echo de perlas y algunas otras tan al vivo que causava admiración.

Seguíase luego el *carro* adornado todo de mucha plumeria, sobre una carosa, cuya cubierta yba toda cubierta de artesones y lasos de punta de diamante de seda y oro con sus flores a trechos. Debajo desta cubierta estavan seis sillas de terciopelo verde con clabasón dorada y cojinetes de tela de lo mesmo, en que iban sentados seis angeles ricamente aderesados con baqueros d'epolin y flores de plata y con tiaras imperiales en la cabesa, adornadas de joyas, con mantos reales de belillo sobre tafetán encarnado de Castilla con su guarnición de pasamanos real-
13/ sados de oro. Llebavan en las / manos otros dos tronos hechos de perlas y flores de plata, y los otros dos los llebavan de barios y diversas

joyas. Iba en la cavesera S. Ygnacio con manteo i sotana de terciopelo negro, bordado todo de Jesuses de oro y perlas; llevava en la mano un Jesús grande de joyas y una diadema de lo mesmo. Tiravan este carro dos cavallos con guarniciones leonada y doradas.

CORO DE LOS QUERUBINES

Iba lo primero una tarja de bitela de curiosa iluminación en una lansa plateada y en el remate un bonete con una borla con los colores de la ciencia que enseña la Compañia y en la tarja este rotulo: «Societatis ornamentum insigne» (22). El que le llebava yba en cuerpo con espada y daga dorada, bestido de encarnado apasamaneado con corchetes de plata en los golpes, en caballo enjaesado; acompañavanle ocho salvajes con bastones en las manos.

Seguíanse luego tres dotores de canones con borlas y capirotes guarnecidos de joyas; acompañavan a estos tres seis lacayos de librea y el dotor de en medio llebava una tarja curiosamente aderesada con bolantes y belillo de plata en que iba un geroglífico que significaba como este coro representava sabiduria y ciencia de Dios.

Tras destos se seguian asta quarenta dotores de todas facultades bien aderesados con gualdrapas en los cavallos y muchas dellas de terciopelo, y todos los capirotes y gorras yban guarnecidas de joyas. Los dos últimos fuera de llevar la riquesa que emos dicho llebavan tanbien las gualdrapas guarnecidas de conchas de plata y pasamanos de oro realsados.

Seguíanse detrás destos otros tres con mayor adorno que los pasados. Llevaba el de en medio un guión de tela blanca bordado con dos escudos de la mesma obra, en el uno un retrato de S. Ygnacio y en el otro un querubin de la mesma obra; acompañavanles dose lacayos con tres libreas diferentes. Seguíase luego otro dotor con el mesmo adorno, que llebava en una asta dorada un cartel grande curiosamente adornado con barias flores de seda y plata contrahechas, que entre unos semisirculos de oro escarchado y plata la tarja en quadro llebava dentro escrita una letra en que brebe y agudamente mostrava ser este coro de la sabiduria.

Seguíase luego el *carro triunfal* en esta forma: Sobre un tablado que estava armado sobre quatro ruedas, se lebantavan ocho colunas guarnecidas de tela encarnada en ella, sus capiteles de lo mesmo, sobre los quales se lebantavan artificiosamente un simborio / de laseria de barios 13v/
sirculos, unos menores que otros, comensando en dos baras de diametro i yendo siempre en diminucion. Iban cubiertos los arcos de seda de barios colores guarnecidos de oro escarchado y flores de seda y a tre-

(22) Ms. insignís.

chos estrellas de plata. Remataba esta obra en un medio globo, cuyo remate era un plumero de figura triangular de bara en alto con ocho gallardetes que dél nacían de barios colores, con escudos pequeños dorados con insignias de querubines. Iba dentro una carreta y en ella un niño de poca edad con borla y capirote, representando al niño entre los dotores que representavan seis querubines bestidos de los colores correspondientes a las ciencias, que iban en el paseo, y detras de la catreda en un enrejado iba un terno de chirimias.

CORO DE LOS SERAFINES

Estos significaban el amor encendido de los santos para con Dios y así iba lo primero una tarja bien aderesada y dentro un rotulo que decia *Coro de Serafines*. Llebava esta tarja uno que representava un serafin con baquero encarnado de tela y manto de lo mesmo, todo cubierto de joyas y a trechos muchos corasones de oro, engastados en ellos muchos rubies, con librea encarnada y blanca, y en el cavallo un rico jaés.

Seguíanse luego asta veinte y quatro con baqueros encarnados sembrados de corasones de plata y llamas de oro todos con insignias en las manos de martires, porque unos llevavan espadas, otros lansas, otros parillas, otros saetas significando los martires de la Compañia.

Seguía luego el guión d'espolin encarnado con dos escudos bordados, en que yban un serafin y en el otro lado un corasón con llamas, insignia suya. Iba el que le llebava todo de encarnado bordados a trechos destos corasones entre sintillos detrás y otras preseas de valor. Iba entre quatro serafines con sus tiaras de joyas y vistosas alas de plumeria; acompañavanle muchos lacayos con bastones plateados en las manos; Ubo mucho que ver en este coro por la uniformidad tan grande de que en todo se vía.

Seguíase luego el *carro triunfal* con quatro cavallos, adornado de barios colores, asiendo juntamente la obra un curioso enrejado, entre
14/ cuyos claros aparecian muchos corasones de plata, / perfilados de carmin con llamas de oro. Los pilarillos, en que estribavan esta obra, estavan adornados con gran suma de ramilletes de flores contrahechas, que entre lasos de la mesma obra sobresalian con muchas tarjetas y en ellas corasones. Iba el plan deste carro sercado de selojia plateadas, adornadas con flores y ramos de los dichos y arimados a ellas ocho asientos y en ellos ocho serafines ricamente adereçados d'espolin encarnado con tiaras imperiales en la cabesa y con mantos de velillo sobre tafetán, encarnado con guarnición de argenteria. Llevavan instrumentos musicos y por ser todos diestros en la musica iban cantando en todos los puestos señalados alegrando la ciudad.

TRIUNFO DE LOS SANTOS

Despues de los nueve coros de los angeles se siguió el triunfo de los dos santos Ignacio y Jabier, que iban en un carro triunfal, a quien acompañavan *los principales reinos, probincias y ciudades* donde los santos andubieron; llebava de acompañamiento ochenta en esta forma.

Yba lo primero uno de a caballo bestido de chamelote berde de aguas, guarnecida de pasamanos y botones de oro sintillo y plumas; llebava una tarja grande realsado de oro y plata y en lo alto della un escudo pequeño y en él los dos santos y en el gueco de la tarja escritas en campo asul con letras de oro este rotulo: «Triunfo de los santos Ygnacio y Jabier». Iba aforada esta tarja de tafetan tornasolado, adornada de barios lasos de almaisales entretejidos de belillo de plata. Acompañavan a este dos con bestidos asules, el uno de raso seleste, todo bordado de canutillo de plata, capa de lo mesmo embueltas de tela blanca de Milan; el otro era de lo mesmo con guarnición de flores de plata sintillos ricos y plumeros; todos tres con ricos aderesos de espada y daga.

Seguíase luego el *Imperio mejicano*: llebava delante un mitote (23) de indios aderesados a su usansa, llebando uno dellos un aguila grande sobre un tunal, que son sus armas, de rica plumeria, bailando al son de un teponastle. Seguíase luego un cartel con esta letra «Imperio mejicano»; iba el que le llevava en traje de indio, muy bien aderesado. Iba este cartel, como todos los demás, aderesados todo de rosas de oro escarchado y seda entre lasos de velillo y todas / las demas tarjas iban 14v/
a este modo. El traje deste era en todo semejante a el que llebava el Imperio mejicano. Acompañavanle quatro con ricas tiaras bordadas de joyas, calson d'espolin, y debajo otros con mucha punta y encaje, cacles de terciopelo; llebavan cada uno dos tilmas, una de seda y otra de belillo con guarnición de argenteria. Llebavan cavelleras, de donde nacian unos belillos grandes de barios colores, que cubrian todas las ancas de los cavallos; llebavan en los brasos unos quesales y en ellos vistosas plumas berdes, de que ellos usan en sus dansas; llebavan muy ricos jaeses en los cavallos.

Seguíase detrás destos el que representava este Imperio, con rico adereso de terciopelo negro, estribos dorados, todo bestido de asul, jubón y calsón de tela con guarnición sobre Olanda con mucha punta y encaje, tilma de brocatel con otra de bolillo de Castilla, y en la tiara ricas preseas de oro; cada una destas tiaras se apreció en mas de mill y quinientos pesos. Llebava también una cavellera sembrada de jasmines de oro; llevavanse dos ricas cadenas de oro al cuelo. Seguíase tras

(23) Danza indiana.

dél otro bien adornado con un quitasol grande de plumeria. Yban acompañándole algunos criados de librea.

Seguíase el que llevava el cartel de la *India oriental* en cavallo blanco enrisado adereso carmesi con frangones de oro, espada y daga dorada y en el sombrero un sintillo de perlas gruesos.

Seguíase luego *Goa* bestida de roso encarnado, manto imperial asul con rica bordadura pendiente de los hombros, con cavellera y girnalda de joyas; acompañava a este la ciudad de *Macao* con el mesmo traje i vestido; llevaban criados con librea. Iba detrás la *India oriental* bestida de berde mar, con flores de oro y todo el vaquero guarnecido de cadenillas de oro y estrellas de plata y en el pecho un fajo de pedreria; llebava manto imperial de brocado asul con aforo encarnado, cabellera y tiara imperial sembrada de todo jenero de joyas; yba delantera una rosa de puntas oro con un Jesús de diamantes; llebava por orla un apretador con tres ricas esmeraldas. Iba a la jineta.

15/ Seguíase el reino / de la *China*. El que llebava la tarja iba bestido de tela rosada y en el sombrero sintillo de rubies con vistoso plumero coleto de anbar cubierto de preseas de oro, espada y daga dorada. Seguíase la isla de *Cantón* (24), puerto de China, donde murió el santo Jabier, acompañada con otra ciudad de aquel reino; el vestido destas era uniforme de chamelote berde y borsegui argentado com manto d'espolin y flores de plata; llevava en la cavesa turbantes turquescos sembrados de joyas. Llebavan los cavallos aderesos de carmesi bordados y lacayos de librea. Seguíales el reino de la *China* con un cavallo enrisado con adereso de brocado con quatro negros de librea encarnada. Iba el vaquero encarnado guarnecido de pasamanos de plata, manto leonado, sembrado de rosas y sintas de resplandor y en cada una dellas un broche de oro; llebava en la cabesa corona ducal con puntas de oro guarnecida de perlas y la mesma obra llevava por el vestido.

Seguíase luego el *Japón* y el que llebava la tarja iba con un rico quemón de barias sedas realsadas con oro y plata. Seguíanse tras deste otros dos con jaeses asules y con el mesmo traje que el pasado y en las cavelleras a su usansa muchas perlas. Llebavan sus catanas asidas de cabrestillos de oro. Seguíase luego el *Japón* con adereço rico de tigre todo el cavallo de sintas encarnadas y de resplandor que formavan bistosas rosas. Llebava un quemón de primavera con guarnición de oro y en él bordados muchos pajaros animales y flores de la tierra; iba señido con un apretador de oro y en él un alfanje dorado; llebava una rica cavellera cubierta de jasmines y perlas y en las orejas unos sarcillos como usan los Japones. Llebava en la cabesa una corona formada al modo de Japon con muchas joyas asentada sobre una monterilla de tela amarilla colgaba della un gran manto de velillo encarnado y puntas de oro. Llebava delante del cavallo a pié dos Japones con bastones dorados

(24) Sancián.

en las manos y en la sinta sus alfanjes; iban detras deste emperador otros tres con el mesmo traje a cavallo que le serbian de criados. / 15v/

Seguíanse luego *la costa de la Pesqueria*, donde predicó S. Javier, acompañada de los reinos de *Malabar* y *Trabancore*. El que llevava la tarja iba con silla de terciopelo negro en el cavallo con chapas de plata y estribos de lo mesmo, bestido de capichola asul, guarneción amarilla acuchillado con entretelas blancas; los dos reinos d'espolin berde y flores de plata, mantos asules de lo mesmo con franjones de plata realsados y en la cabesa turbantes pequeños de joyas; traian sapatos de terciopelo bordados y en los cavallos aderesos berde y bosales de plata. Seguíase la *Pesqueria* a la brida con adereso carmesi bestida de tela asul y manto imperial de lo mesmo senbrado de rosas encarnadas y en ellas muchas conchas y coracoles de plata ondeado todo de sartas de perlas y corales; llebava cavellera y en ella corona real adornada con barias joyas y perlas y ensima de la frente una piesa grande de diamantes; llevava setro en la mano y quatro lacayos que le acompañavan bestidos de terciopelo asul con calsa y gorra y entretelas.

Seguíase el *reino de Ormus*, y el que llebava la tarja yba con adereso de terciopelo negro y clavasón dorado y bosal de plata bestido de leonado con trensilla de oro y golpes de lo mesmo sembrado el vestido de botones de oro; llebava coleto rico de ante y en el sombrero sintillo de esmeraldas y plumero de martinetes.

Seguían dos ciudades deste reino con ricos aderesos en los cavallos con traje de moro como lo andan los ormuses, calsón y jubón d'espolin naranjado y borsegui del mesmo color y alfanjes dorados. El tersero desta quadrilla yba d'espolin berde y borsegui delaso con marlota de damasco blanco y capellar de brocado morado con franjones de oro realsado espada y daga dorada, balona a lo morisco y turbante rosado con presas de oro; pendian de la punta un belillo encarnado con rapasejos de oro y seda. Seguíase detrás destos el reino de *Ormus* en un caballo todo enrisado con adereso de tigre y guarnición morada y chapas de plata borsegui argentado y asicate de plata, con calsón de tela asul y jubón de lo mesmo con marlota dorada de / Castilla aprensado y 16/ trensillo de plata, guarnecido todo de broches de oro, y el capellar de lo mesmo; llebava en las espaldas echo a modo de capilla un escudo y en el medio un Jesús de la mesma obra, todo guarnecido de algofar; llebava cavallera enrisada y en ella una corona de joyas y en la frente un niño grande de diamantes y otro en el remate de esmeraldas; iba esta corona toda largeada de alfojar y broches y otras piesas ricas de oro; llebava quatro negros de librea asul y amarilla espadas y dagas y bastones dorados en las manos.

Acabados los reynos orientales de la Yndia empesaron los de Occidente y asi iba en primer lugar el reyno de *Nabara*, patria de S. Javier. Iba lo primero su tarja y el que la llebava yva ricamente aderesado con bestido de raso encarnado con golpes y botones de oro, jubón de tela berde, espada y daga dorada, sombrero de vicuña y sintillo de esmeral-

das; benia luego *el palacio de Javier,* donde nació el santo, con rico jaés en el cavallo de tela encarnada realsado de oro; iba vestido d'espolin asul guarnecido de plata de que iba toda esta quadrilla, con manga larga punta con banda de oro y plata; llevava al hombro una rica montellina, sembrada de jasmines y presas de oro, y una tiara en la cabesa, quadrada, cubierta de joyas y algofar, y en los quatro guecos quatro medallas de la Concepción guarnecidas de ricas piedras; llebava delante dos lacayos con librea y bastones dorados. Acompañavan a este palacio la ciudad de *Pamplona* con calsón y jubón d'espolin asul y flores de plata senbrado todo este manto de leones dorados, armas de Pamplona, y en la mano un bastón plateado y en el braso una tarja con su nombre y en la cabesa una tiara en todo semejante a la pasada. Llebava delante quatro de librea berde y naranjada con bastones en las manos; seguiase luego el reino de *Nabara* en caballo blanco con jaés negro y clavasón dorada, bestido de tavi de Italia colorado y blanco, guarnición de oro, baquero d'espolin asul y flores de oro, manto imperial de lo mesmo ondeada toda la orla de cadenas de oro, que son
16v/ las armas del Reino. / Llevava en la cavesa corona real toda almenada de pedreria y joyas y en la frente una rosa de diamantes y en la mano llebava una palma con el mesmo adorno; llebava quatro de librea que le acompañavan.

Seguíase la provincia de *Biscaya.* El que llevava la tarja yba ricamente aderesado de rosado todo el con el mesmo adorno que los demás. Seguíase luego la casa de Loyola con un rico adereso de tigre bestido de tela morada, baquero de raso berde vordado de oro y plata, señido con una banda de oro en que iban engastados muchas piesas de balor. Llebava manto de primavera berde, rosada y blanca con guarnición de oro y sobre una rubia cavellera una girnalda adornada de plumas e imagenes de oro, entretejida toda de flores dibersas. Llebava dos de librea que le acompañavan.

Seguíase la provincia de *Biscaya* con rico adereso bordado bestido de tela rosada, calsa de obra y baquero d'espolin rosado con guarnición de oro y botones basiados, sembrado todo este vaquero y el manto, que era de tela de plata, de sifras de oro; traya sobre la cavellera corona rica de piesas de oro y perlas netas y en cada punta una crus de oro con perlas pendientes de los brasos y todos los claros de jacintos, esmeraldas y rubies y sobre la frente un rubi del tamaño de un peso. Iba detrás un niño muy pequeño por paje en un cavallo blanco manchado de negro con rico jaés. Yba este niño de naranjado con calsa de tela bordada de oro y coleto de lo mesmo guarnecido todo de botones de oro; llebava un bohemio de la mesma obra que la calsa y una gora al uso de Biscaya de damasco blanco y rosado sembrada de jasmines y en medio un Jesús de perlas netas y por toquilla un sintillo de safiro. Llebava delante quatro de librea asul y colorada con gorras al uso de Biscaya y en las manos lansillas naranjadas y mojaras

doradas y en ellas sus vanderolas del mesmo color y guarnición de argenteria.

Seguíase el reyno de *Aragón* por estar en el un lugar donde San Ygnacio bibió al principio de su conversión; llebava lo primero una tarja como se a dicho con rico jaés berde, bestido todo de terciopelo del mesmo color con franjones y botones de plata, con un sombrero de vicuña y sintillo de esmeraldas con bistoso plumero. Seguíase la villa de *Manresa,* lugar en que el santo hiso penitencia; iba con bestido de seda rosado, vaquero de carmesi con pasamanos realsados / de plata, 17/
manto de lo mesmo con fondo amarillo cavellera y guirnalda entretejida con rosas y joyas de gran balor; seguíase luego a su lado la ciudad de *Barcelona,* en que el santo comensó a estudiar, con adereso de terciopelo carmesi, bestido d'espolin blanco con flores asules, vaquero naranjado de chamelote de agutido ondeado con pasamano de oro y plata, manto imperial de lo mesmo y en las espaldas una capilla bordada de perlas y piesas de oro; llebava guirnalda en el mesmo adorno que emos dicho; llebava detrás dos de librea asul. Seguíase luego el reino de *Aragón* con ocho de librea de raso asul, aprensada con guarnición de terciopelo amarillo, dagas y espadas y bastones en las manos en contorno le acompañavan; llevava en el cavallo un jaés berde entero, todo bordado con guarnición realsada de oro; yba el vestido de tela berde asta el vaquero y manto imperial; llevava este manto en las espaldas una rica guarnición de joyas y piedras preciosas y un cabrestillo todo de rubies; llevaba tambien una rica corona de pedreria y perlas que por el mucho peso apenas le dexava mover la cavesa; llebava sobre la frente un Jesús de diamantes que pendía de dos apretadores de esmeraldas.

Seguíase el reino de *Toledo,* donde el santo estudió. Yba lo primero la tarja con el nombre del reino como se a dicho, y el que la llevava bestido de rosado y blanco, golpeado todo el bestido con capa de lo mesmo y en ella guarnición ancha de pasamanos realsados sintillo y plumas en el sombrero, espada y daga dorada. Seguíase la unibersidad de *Alcalá* con seis de librea que le acompañavan. Yba todo con bestido de tela asul y manto de lo mesmo y sobre la cavellera una rica tiara adornada de joyas como los demas rematando en seis pajaros de oro con sus esmeraldas y rubies, que tenian en medio una crus grande de esmeraldas y detrás una rosa grande de lantejuela y en el medio un san Geronimo de oro y en él engastados muchos diamantes; llebava en lo alto desta tiara una borla de seda asul, amarillo, berde, blanca y colorada, significando las facultades que se leen en esta unibersidad. A este acompañava *Madrid* con bestido d'espolin asul y baquero con manga perdida de damasco asul con rosas y estrellas encarnadas y en cada una / perla neta gruesa con su engaste de oro, con manto rosado de 17v/
castilla, bordado de canutillo de plata con guarnición ancha de oro; llebava sobre la cavellera formada una guirnalda con la mesma riquesa

que las passadas; acompañavanle seis de librea asul y negra con bastones en las manos.

Seguíase *Toledo* con bistoso jaés asul y cabos de plata realsado de oro, bestido de tela asul y baquero de manga larga guarnecido de oro, capa de lo mesmo y en la capilla media vara en quadro un escudo grande todo de joyas; llevava corona de la mesma obra y quatro lacayos de librea colorada que le acompañavan con bastones dorados y espadas plateadas y plumas en los sombreros.

Seguíase el reino de *Castilla la Bieja*, por aver estudiado el santo en Salamanca, y así iba la tarja como emos dicho, y el que la llevava bestido de carmesi sembrado el vestido de joyas, y en el sombrero bistoso plumero.

Seguíase *Valladolid* de tela carmesi con guarnición y golpes de oro borsegui de laso, vaquero y manto de raso carmesi, guarnecido y largeado de barias rosas de seda y flores de plata sobre oro escarchado, guarnalda en la cabesa de flores y oro con mucha pedreria al modo dicho. Seguíase *Salamanca* con bistoso jaés blanco realsado de oro con bestido de terciopelo carmesi guarnecido de oro, vaquero y manto con mucho frangon de oro y en la cabesa una tiara y borla con el mesmo adorno y riquesa que la pasada. Seguíase el reino de *Castilla* con calsa de obra de tela rosada bota justa, baquero y capa d'espolin con rica guarnición con gran riquesa al cuello, de que pendian muchos joyeles de oro; llebava corona real en la cabesa con el mesmo adorno y riquesa que las demás; llebava en el cavallo jaés entero de tela berde con bosal de plata con las demas; llebava quatro de librea asul con espadas y dagas que le acompañavan.

Seguíase luego *Paris* por aver estudiado alli el santo; yba esta quadrilla de morado el que llevava la tarja iba bestido de tabi negro bordado de canutillo de plata y botones gruesos de cristal y en el sombrero gran suma de joyas y plumero de martinetes y un quello de cortados con puntas de Flandes adereso de espada y daga de plata; benian en
18/ esta quedrilla los estados de *Flandes*, donde / iba el santo a pedir limosna; iba el que representava estos estados a la brida con adereso de terciopelo negro claveteado de oro; yba bestido de gorvaran, naranjado acuchillado, sembrado de botones aderesados de plata, baquero de raso asul y colorado con guarnición de puntilla, capa d'espolin morado con flores de oro y plata con aforo naranjado, todo pespuntado de sedas varias con balona a lo flamenco con larga punta y sobre el tocado una tiara guarnecida de joyas al modo de las pasadas añadiendo unos pajaros selestes que le davan gracia; llebava dos de librea vistosa. Seguíase luego la ciudad de *Paris* a la brida con silla de terciopelo negro bordado; iba de encarnado con guarnición realsada, con baquero largo de tela asul y manto de lo mesmo con rapasejos de plata y oro y balona fransesa, tiara en la cabesa con el mesmo adorno y riquesa que las demas y en el remate una borla de seda conforme a las demas unibersidades.

Seguíase el reino de *Francia* con calsón y jubón de brocado asul de Milan, bota blanca con botones de oro, baquero y manto d'espolin morado, tejido para este proposito con flores de lis de oro y plata toda la orla de puntos de oro, y en los hombros dos rosas de lo mesmo. Llebava un setro en la mano echo de joyas y por remate una flor de lis, llebava un rico collar, de que pendía una piesa grande del tamaño de una mano y en ella engastados muchos diamantes y esmeraldas; llebava cuello con espiguetas y corona sobre cavellera con la mesma riquesa que las demas; benia a la jineta con adereso naranjado boradura de oro y plata; traya dos de librea morada y amarilla con alfanjes en la sinta y bastones dorados en las manos; llebava detras tropa de jente a modo de ciudad que le acompañavan.

Seguíase luego *Portugal.* El cartel deste reino iba con el mesmo adorno que se a dicho. Seguíase luego la ciudad de *Coimbra* a la brida con silla negra, guarnición de oro; iba de carmesi, baquero de damasco asul con guarnición de plata y manto de lo mesmo y en la cabesa guirnalda de flores y joyas al modo dicho con dos de librea.

Seguíase *Lisboa* con rico adereso de tigre con vestido de tela rosada, baquero y manto asul con / guarnición de plata, sembrado todo 18v/
de joyas y cabrestillos de oro, balona de puntas, cavellera y tiara al modo dicho; tras estas dos ciudades iba el reino de *Portugal* ricamente aderesado, calsón de raso de Castilla seleste y jubón de lo mesmo, acuchillado con entretelas pajisas, baquero de raso asul largueado de caracolillo de plata y oro y todos los claros bordados de lantegueja y oro escarchado, manto de lo mesmo toda la orla de puntas de oro y argenteria. Llevava setro dorado y sobre cavellera corona real de las mas vistosas que ubo en este acompañamiento. Llevaba seis de librea asul y blanco.

Seguíase luego la señoria de *Venecia,* en cuyo distrito dieron los santos ejemplos admirables de santidad. Seguíase lo primero una tarja en su vara de plata ricamente aderesada con muchos lasos y listones y sintas de resplandor echa toda de iluminación y en medio della un león dorado con corona en unas ondas; tenia en la mano un libro avierto, con esta letra: «Pax tibi, Marce, evangelista meus». Seguíase la ciudad de *Vicencia,* donde estubo el santo, con rico adereso de terciopelo negro en el cavallo con bestido entero de terciopelo asul apasamantado, con vaquero largo de raso aprensado con alamares y guarnición de oro y plata, con manto de tela blanca de Milan, guirnalda de flores en la cabesa y oro escarchado y en ella gran suma de joyas. Iba acompañando a esta ciudad otra con bestido entero encarnado, baquero y manto de lo mesmo, todo sembrado de barias flores y oro y argenteria y en la cabesa tiara con el mesmo adorno que las pasadas. Seguíase luego *Venecia* con bestido entero de tela asul guarnecido de frangones de oro realsado todo de tersal de oro con muchas sifras y alamares de oro; llevava corona toda arqueada y en los claros muchas medallas y preseas de oro.

Dava fin a estas quadrillas el *Imperio romano*. Llevavan su tarja, en que iban pintadas las armas del imperio, y el que la llevava iba d'espolin morado con baquero a lo romano de tela asul con las armas de
19/ Roma al pecho, botin a lo romano, en la cabesa corona / de laurel, echa de seda, retocada de oro con mucha argenteria, y sobre la frente un Jesús con treinta diamantes. Iba asentado sobre un casquete encarnado sembrado de joyas i andas de perlas y al cuello una gruesa sarta dellas; benia a la jineta con adereso morado con franjones de plata; llebava delante dos de librea con coletos y bandas. Seguíase luego *Bolonia* con adereso carmesi y frangon de plata, bestido de tela blanca y baquero de lo mesmo, manto imperial d'espolin blanco y flores asules con guarnición ancha de pasamanos realsados de oro y en las espaldas un escudo bordado de joyas y al cuello un pectoral grande de esmeraldas; llebava rica corona de perlas y joyas al modo de las pasadas. Acompañava a este otro con calsón y ropilla larga de brocatil dorado, fondo en verde, manto d'espolin blanco y flores de oro, corona de canutillo de oro y perlas al modo dicho; llebavan dos que le acompañavan de librea morada. Seguíase luego el *Imperio romano* en cavallo blanco con jaés negro bordado de oro y plata bestido de tela naranjada con guarnición de oro, baquero romano de tela blanca y naranjada, cubiertos los faldones de cabrestillos y piesas de oro; llebava manto imperial de dos baras y media de largo y dos de ancho d'espolin blanco con aforo encarnado, y toda la orla de puntas de oro y argenteria; todo el manto iba sembrado de camafeos de oro y en las espaldas una capilla con la riquesa dicha, rematando en una estrella de diamantes, i debajo della una crus grande toda de perlas; llebava tambien corona imperial formada con ocho arcos y en medio dellos un mundo y sobre el una crus de perlas, cubierto todo esto de joyas y piesas de oro. Llevava seis de librea negra y amarilla con espadas plateadas y bastones de lo mesmo que le acompañavan.

Seguíase el guión de *los Santos*. Benian delante algunos de la ciudad que le acompañavan y a los dos lados dos reyes, el uno bestido de sabi rosado y blanco, baquero de tela morado y manto imperial, guarnecido con puntilla de plata con muy rico adereso d'espada y daga y una corona con tan gran riquesa en ella, que se apreció en seis mill
19v/ pesos; / traia jaés entero de terciopelo asul bordado de oro y plata y delante dos de librea con espada y daga. Yba al otro lado otro rey con jaés de terciopelo berde asi mesmo bordado; traia sobre si tantas joyas que se apreciaron en dies mill pesos; benia bestido de tela amarilla, manto imperial de lo mesmo con flores doradas, todo quajado de perlas, sifras y Jesúses de oro y en el pecho un hermoso sol y en el medio una medalla con beinte y sinco diamantes. Llebava corona rica como se a dicho y sus dos criados de librea. En medio destos iba el guión que se hiso de proposito para esta ocasión de tela encarnada de tres quartas en quadro con dos ases y en ellas bordados dos escudos, en el uno S. Ygnacio con un Jesús en la mano y en el otro S. Javier con

sobrepellis y estola y en la mano un ramo de asusenas; tenia cada santo una tercia de largo. Iba este guión en su asta dorada con mojara asimesmo dorada con borlas grandes de seda y oro pendientes de cordones de lo mesmo. El que le llevava iba bestido de tela berde, realsada con guarnición de caracolillo de oro, y pestaña encarnada, golpeado todo con botones de oro, espada y daga dorada sinselada embutida de plata, tiros i pretina bordada, capa de chamelote de aguas morada con ocho guarniciones con aforo d'espolin berde y flores de oro y plata y en el sombrero sintillo de esmeraldas con bistoso plumero; traia rico adereso en el cavallo y muchos de a pié con librea parda y asul que le acompañavan.

Después desto se seguía mucha jente de a pie con alabardas de carmesi con clavasón dorada delante del carro triunfal. Seguíanse otros en traje de salvajes con masas al hombro. Luego iba un terno de chirimias y otro de trompetas.

Seguíase luego el *carro* que tiravan quatro cavallos bien aderesados blancos con manchas negras. Tenia este carro de largo seis baras y media y otras tantas de alto y de ancho tres y media; iba todo rodeado de barandillas y mansanillas a trechos y ensima dellas por cada lado quatro piramides quadrados que rematavan en unas bolas con puntas agudas; ensima / estas i las barandillas iban bestidas de otras piramides sobrepuestas de barios colores y trensilla de oro y por todas las esquinas muchos gallardetes de tafetán de barios colores. Rematavan las puntas de las piramides en garsotas y entre los piramides iban unas masetas de bara de alto redondos que rematavan en vistosos plumeros; eran estas masetas de papel plateado y oropel, cubiertas todas de barias flores de seda y oro. 20/

Tenía este carro *tres plasas*. En la *primera* iban asientos cubiertos con sobrecamas ricas en que iba la musica en la popa que es en la parte superior del carro. Sobre las varandillas iban tres vistosos arcos uno grande en medio y dos menores a los lados, todos bestidos y adornados con lasos de barios colores y belillo de plata. El arco de enmedio remataba en un plumero bistoso de bara en alto. Los otros arcos remataban tanbien en plumeros bistosos de barios colores. A los dos lados abia tanbien otros dos arcos como los pasados y mas abajo en las barandillas de la primera plasa yba otro arco en cada lado de la mesma obra. De todos estos arcos y de las cornijas de las varandillas yban colgadas muchas ojas de parras y flores de lis y curiosas cortaduras que se entretejian con muchas rosas, clavellinas y asusenas de Cambrai que asi era una apasible primavera.

Todo lo *esterior* del carro estava cubierto de lienso y al lado derecho asia la popa una pintura de S. Ignacio y la Santissima Trenidad quando se le aparecía. En corespondencia deste estava otro quadro al otro lado y en él el sumo pontifice y a sus piés san Javier recibiendo unas bulas de mano de su santidad, en que le asia su Nuncio en la India y de la boca la salia este rótulo: «Dedi te in lucem gentium ut sis

mihi salus usque ad extremum terrae». De la del Santo Jabier salia este: «Ecce ego, mitte me».

En la popa entre dos cartelas avia un lienso de más de vara y media en quadro, en que estava S. Ygnacio recostado i del pecho le nacia un arbol, en cuyas ramas estavan pintados muchos martires de la Compañia, y a los dos lados desta pintura yban dos Jesuses grandes de oro en campo asul y debajo dellos para llenar las liensas unos grandes mascarones de cuyas bocas salian unos fruteros y en ellos unos canasti-
20v/ llos / de flores muy al bibo. Desde las pilastras, en que asentavan las barandillas, colgaban unos liensos en contorno del carro, que cubrian casi todas las ruedas y en estos por cada lado iban pintadas *tres tarjas* las dos ovadas y en el medio una larga de casi dos varas y una de alto con geroglificos de S. Ygnacio y así en una dellas iba pintado un sol y en un guerto un mirasol inclinada la flor al sol con este mote: «Ego dilecto meo, et ad me conversio illius», letra española:

A Jesús su sol a quien
desde su conversión vió,
nunca de bista perdió.

En la segunda tarja se pintó una serpiente enroscada echando ponsoña por la boca y una mano con una caña dandole en la cabesa, mote: «Ypsa conteret caput tuum. Gen. 3», letra española:

Grande flaqueza por cierto,
pues fuera de andar por tierra
una caña te da gerra.

Aludia este geroglifico a la eregia que el santo llebava a suelos los piés en el carro como se dirà, en la postrera tarja y en él estaba pintado un relox con sus pesas en los suelos unas baras de jiero, mote:

De los yerros de Viscaya
Dios este asierto sacó,
con que el mundo concertó.

En la primera tarja del otro lado aludiendo a la muerte de S. Javier se juntó una culebra entre unas piedras que pasando por entre ellas dejava el pellejo mote «Charitas Christi urget nos»; otro «Petra autem erat Christus»; letra española:

Por esta piedra que es Cristo
la vida del ombre viejo
dejó con gustoso dejo.

En la segunda, aludiendo a la pintura dicha de S. Javier, se pintó una nao con todas las velas inchadas, mote «Navis institoris de longe portans panem», letra española:

De dulse pan afletada
voy ante de Portugal,
parto a la India oriental.

En la tercera se pintaba un sol que pasando por un cristal levantava llama de / fuego, mote «Satis est domine satis est», letra española: 21/

El fuego de amor divino,
que por este cristal passa,
todo lo quema y abrasa.

Por la parte delantera estavan pintadas aguilas, leones, arboles y flores, por las dos esquinas unas cartelas grandes relebadas y por todas las esquinas y claros yban ermosas florones de oropel y colores.

En la *plasa alta* y superior de las tres que dixe estavan en el medio dos sillas imperiales de tela colorada y a los lados dos taburetes. En las dos grandes estava san *Ygnacio* y S. Javier con manteo y sotana de gorbaran, todo cubierto de riquisimas joyas. La delantera de la sotana estava agedresada de la sintura abajo con cabrestillos de oro, sartas de aljofar y sintillos y los claros de camafios, esmeraldas, rubies y broches de oro y de christal; y de la sintura arriba joyas grandes, medallas, agnus, concepciones con diamantes, y en medio del pecho un Jesús de perlas netas y los rayos de lo mesmo. Señiase la sotana con un apretador de perlas de ocho bueltas y colgava delante mas de media vara. Las mangas yban ondeadas de aljofar fino con la mesma labor que la sotana; el cuello del manteo con riquisimas piessas, aguila, serpientes, sirenas. Llebava en las espaldas bordado de joyas un MARIA, que tenia de diametro tres quartas con sus rayos de aljofar, y en los claros de las puntas ricas joyas como en la sotana. Las orillas del manteo yban de cabrestillos langiadas todas con aljofar y camafeos; aprecióse este vestido en mas de quarenta mill pesos; llevava diadema y Jesús de la mesma obra.

Yba en la otra silla S. *Javier* con sobrepellis de belillo blanco plata y oro, manga de punta larga, toda la orla con puntas de oro, cubierto todo el negro de la sotana con la mesma obra que la pasada; traia al cuello un collar de oro grande y en el un plumero con una crus pendiente de diamantes; esta sola presea se apreció en quatro mill pesos. La estola que llebava iba con la mesma obra y en el medio tenia un san Jacinto grande de diamantes sola esta estola se apreció en quatro mill pesos. Llebava en la mano un ramo de asusenas de oro escarchado y en la cabesa diadema con la mesma riquesa / que S. Ignacio. 21v/

En la segunda plasa deste carro que tenia una bara de ancho iba

una idra de siete cabesas con alas y cola enroscada de bulto de bara y media pintada muy al vivo. Echaba por la boca fuego; sinificaba la *Eregia,* de quien san Ignacio alcansó vitoria, y asi benia a sus piés; benia tambien a los pies de S. Javier otra estatua del mesmo tamaño en abito de mujer destocada y en la mano unos ydolillos; significaba la *Gentilidad* deribada en el Oriente por S. Javier. En el taburete al lado de S. Ygnacio benia sentada la Dotrina por cuyo medio el y su relijion triunfan de la eregia e ilustran el mundo; traia un curioso libro en la mano, benia bestida con baquero de damasco blanco y colorado guarnecido de oro y todo el sembrado de camafeos y al cuello ricos collares y cabrestillos de oro, tiara rica en la cabesa con muchas preseas de oro y sobre la frente una aguila grande quajada de rubies; de la punta desta tiara colgaba un rico manto de bolante asul con guarnición y puntas de oro; en el otro taburete junto a san Javier yba la Fé con una crus rica de reliquias en la mano con baquero de raso asul seleste, listado y blanco, guarnecido todo de pasamanos de oro y plata, entorchados con un sinidor de piesas de oro sobre ambar, y en cada piesa sinco diamantes y en el medio una brocha grande esmaltada de rosicler con treinta rubies y en medio sinco diamantes grandes; traia al cuello collares ricos de oro y en ellos piesas grandes de oro; llebava al hombro mantellina de tela asul con rica guarnición; llebava tiara al modo dicho con un apretador de diamantes y en el medio una estrella grande con barias piedras; llebava de la punta pendiente un manto grande de bolante rajado con puntas de oro y argenteria.

En la plasa grande de abajo yban dies musicos bien aderesados con coronas y tiaras en las cabesas con baqueros y mantellinas ricas d'espolin; tocavan barios instrumentos, a cuyo son yban cantando muchas letras en onra de los Santos.

22/ / Detras deste carro iba el señor birei y a sus lados el marques del Valle y el conde de Santiago con toda su guardia.

23/ / ORDEN QUE SE TUVO EN EL OCHAVARIO

Acabado el paseo que diremos era ya de noche y asi se comensaron los *fuegos* en esta forma. Corrieronse *quatro toros* de fuego en la calle de la profesa que alegraron la jente. Estava toda llena de luminarias y en unos candeleros grandes de madera muchos lebrillos de tela y alquitran con muchas pipas, que daban gran luz. Salió luego una *galera* grande que acometiendo a un *castillo* grande bien artillado le pegó fuego y disparó gran suma de tiros gran suma cohetes, bombas buscapiés. Y esto acabado se dió fuego a una *sierpe* grande de siete cabesas, la qual despidió de si tanto fuego, que casi no quedó della memoria.

El domingo por la mañana por causa de la procesión que acabó tan tarde no ubo sermón y a la tarde volvió a salir el *paseo* acabadas las visperas a que asistió la relijión de santo Domingo y por aver parecido

tambien el día antes a su excelensia del señor birei quiso asernos merced y fabor de acompañar este paseo en persona y asi tomando su cavallo en conpañia del marques del Valle y del conde de Santiago fueron por toda la ciudad detras del ultimo carro hasta llegar a palacio en donde se quedó; esta noche ubo grandes fuegos en santo Domingo y quien se esmeró fue el marques del Valle que hiso la fiesta y dió la comida.

El *lunes* puso en su casa gran suma de luminarias, unas de papel de barios colores y toda la plasuela con cadestre de palo y en ellos muchos variles de alquitrán y a trechos muchas pipas de tea y en las asoteas muchos piramides y globos, estrellas y cruses en forma de luminarias que asian mui apasible bista. En medio de la plazuela estava un tablado y en él una *galera* con quinse remos por banda arboles y entenas con gran cantidad de flumulas y gallardetes que en sola la bista entretenia a la jente. Dada pues la oración se dispararon mas de sinquenta camaras y luego comensaron a salir de las asoteas, corredores y bentanas gran suma de coetes, bombas, toros y ruedas; salieron luego por otras quatro esquinas *quatro toros* hasiendo gran risa en la jente y carrosas con el mucho fuego que lleban y uno dellos se arrimó a la galera que diximos y pegandole fuego estuvo disparando mui grande rato. Acabado esto salieron por las mesmas quatro esquinas quatro montanteros los quales en breve rato despejaron toda la plasa y allegandose al medio se acomtieron dos a dos y a cada golpe de montante salian muchas gruesas de cuetes, buscapies y rateros que no via la jente por donde huir. Esto acabado se tornó aser salva con sinquenta camaras y al mesmo tiempo que esto pasava en la plasa del marques, en la calle de la casa profesa se corrieron otros *quatro toros* y se dió / fuego a una 23v/
sierpe grande con siete cabesas. Lunes por la mañana dijo la misa la religión de Santo Domingo y predicó el padre maestro frai Luis Barroso, asistiendo a ella el marques del Valle, que hiso la fiesta este día y quiso onrar el refitorio comiendo en el a la tarde, aviendose puesto un tablado grande en medio del crusero para las dansas y coloquios destos dias.

Acabadas las visperas, que dijo la relijión de S. Francisco, salió *America,* una de las quatro partes del mundo, que iban en el acompañamiento con el mesmo adorno de aquel día; llebava por delante ocho reyes desta tierra con un acompañamiento; se sentó en un sitial de brocado que estava aparejado y aviendo hecho un rasonamiento breve en su lengua a los ocho reyes pidiendoles selebrasen la fiesta de los Santos, entró un paje que en nonbre de todo el auditorio le pidió ablase en castellano y asi se comensó un *colloquio* breve junto con una *dansa* y baile a su modo en que engrandecieron lo mucho que esta tierra devia a los Santos y a su religión; dió mucho gusto por averse echo con gran propiedad. Los quatro destos reyes yvan sobre quatro estatuas de madera en traje de indios con tal artificio que causó grandisima admiración el ver como se movian con tanta lijeresa; acabóse esta dansa con un modo de *guerra* de unos con otros que amangandose con arcos

y flechas parecia se tiravan con ellas y dando en los arcos al compas del instrumento acabaron esta mudansa haciendo de dos en dos arcos y flechas a los pies de los Santos.

Esta noche ubo grandes fuegos en casa del conde que asia el martes la fiesta. Quemóse esta noche un grande *dragón*, que aviendo echado por la boca gran suma de coetes allegandose asia un arbol grande y copado lleno de artificios de fuego, con unas bombas que le arrojó comensó a echar de si gran suma de fuego convirtiendose el dragon en senisa. Tambien quemó un *navio* grande y un *castillo*.

Martes como dijimos iso la fiesta el conde y dijo la misa la relijión de S. Francisco y predicó el padre provincial fray Juan Marques. Y a la tarde acabadas las visperas, que dijo la religión de S. Agustin, salió
24/ *Asia* con el mesmo aparato y / grandesa que en el paseo, y aviendo en un coloquio breve dicho el y ocho que le acompañavan muchas alabansas de los Santos, rematò en una dansa morisca con sus turbantes y medias lunas en ellos asiendo y tejiendo a compas sin salir de las mudansas trensas y estrellas de lasos de barios colores que causó no poca admiración.

Esta noche ubo grandes artificios de fuego asi en la casa Profesa como en casa del licenciado Pedro de Bergara Gabiria, oydor desta real audiencia, que hiso la fiesta el miercoles.

Este día [de *Miercoles*] dijo la misa la relijión de S. Agustin y predicó el padre maestro Sedeño y a la tarde aviendo dicho bisperas a que asistió la relijión del Carmen, salió *Africa*, y abiendo formado dos campos y entre ellos dicho brevemente unas *alabansas* de los Santos y lo mucho que su tierra les devia, formaron una *dansa* a modo de batallon con espadas desenbainadas acometiendose con ellas y dandose golpes en ellas a compas; y lo que admiró mucho fue que siendo los que jugavan estas espadas niños de poca edad y tan dibersas mudansas que no sucedió desgracia alguna.

Esta noche uvo muchos fuegos ansi en la calle de la profesa como en casa don Francisco de Latorre que iso la fiesta el juebes.

Este día [de *Jueves*] dijo la misa la religión del Carmen i predicó uno de su orden y a la tarde despues de visperas a que asistió la relijión de la Merced se hiso un torneo de plasa en esta forma: Aviendose juntado en el colejio de la Compañia todos los que respresentaron en el paseo la quarta parte del mundo que es *Europa* salieron de alli armados con las armas y adorno que diximos iban en el paseo. Fueron marchando al son de caja y pifano por las calles cada uno con su padrino que rica y costosamente iba aderesado. Llebavan lansas al hombro y mantos militares pendientes de los hombros arrastrando por el suelo. Con este acompañamiento llegaron hasta la casa profesa y aviendose presentado a los jueses cada uno de por sí hicieron dos campos: de una parte la Relijión a quien acompañavan la Fe, Esperança y Charidad, y de la otra la Idolatria a quien acompañavan la Infidelidad, Imbidia y Presumptión. Hizieron su desafio los Vicios contra las Virtu-

des de S. Javier las quales invocando el fabor del santo comensaron de dos en dos a quebrar lansas en un *torneo* al son de caja y pifano con tan gran propiedad y gracia asi aquebrando lansas como a los golpes d'espada que a dicho de todo / lo mejor de la ciudad que se alló presente 24v/
no se podia haser mas en el torneo de plasa entre cavalleros muy ejersitados y lo que mas admiró fue los torneantes de tan poca edad, que el que mas tenia eran trese años, tornearon todos juntos a lo último en folla dispartiendolos el juez que estava en la baya quedando vensidas, desarmados y encadenados los Visios y sus padrinos llebando cada Virtud asido de una cadena al Visio contrario, un bistoso alarde en contorno del tablado. Los presentaron delante de los Santos arrodillados, ofreciendoselos en un breve coloquio.

Acabóse esto casi de noche y si al salir de la yglesia comensaron los artificios de fuego que fueron esta noche muy para ber por aser la fiesta el día siguiente un cavallero principal desta ciudad muy aficionado del Santo por averle resucitado un hijo suyo; estava pues en frente de la puerta un *galeón* grande de la India con todo su farol y marineros y en la popa el santo Javier representando el viaje que hiso a la India; este galeón aviendole pegado fuego acometió con *castillo* grande de seis cuerpos mui pintado y bien artillado que significava la isla. Estuvo grande rato el castillo y galeón disparandose gran suma de tiros retirandose y acometiendose con gran orden; llebava el galeón este soneto:

El sol de castidad Jabier divino
en una nave que alijera el viento
por las olas del mar muestra el contento
del fin que a de tener en su camino.

No parece a sus ojos peregrino
porque sabe que Dios su santo intento
a de ayudar con su fabor atento
que por las almas al Oriente vino.

De la India oriental tierra descubre,
allega al puerto y salta luego en tierra,
donde a de ser apostol y lusero,
y como de sus rayos no se encubre
la lus que le da Dios sombras destierra
y bino a ser conquistador primero.

Estava en otra parte un grande monte y en la cumbre un león feros y debajo del braso un tarja y en ella un soneto en que declaraba el esfuerço con que el santo Javier llebó los travajos y valdones de la India. Pegóse fuego a este artificio que se consumió despues de buen rato quedando entero el león.

El *viernes*, que fue día de S. Javier, dijo la misa la relijión de la

25/ Merced y predicó / el padre vicario jeneral y acabada se representó en frente de puerta de la yglesia la *fabula de Hercules i Yanira* (25) con todas sus figuras, que con varios artificios de fuego se movieron, pegando fuego a todos, acomodado todo al santo Javier con mui gran propiedad. Costaronselos estos fuegos a este cavallero, llamado don Fernando Carillo, quatro cientos y cinquenta pesos.

A la tarde acabadas las visperas a que asistieron los padres descalsos de S. Francisco, se representó un *coloquio* entre los quatro elementos y la Filosofia, diciendo cada qual los echos maravillosos que en él abia obrado S. Ygnacio, rematando en una dansa, entre los quatro elementos tañendoles y cantando en una arpa la Filosofia; salieron con el mesmo adorno y aparato que avian ido en el paseo.

Esta noche iso la fiesta un vezino onrado desta ciudad deboto de la Compañía llamado Pedro de la Madris, perfeto de la congregacion del Salvador. Ubo esta noche dos *castillos* y quatro *toros* de fuego que alegraron la calle.

El *sabado* dijeron la misa los padres descalços predicando uno dellos y a la tarde dichas las visperas a que assistio el cabildo eclesiastico y seglar que ambos asian la fiesta el día siguiente se hiso un *sarao en musica* entre quatro angeles que representavan la puresa de S. Javier quatro virtudes que representavan las de S. Ygnacio, todas ricamente aderesadas con achas ensendidas en las manos. Y esto acabado se ordenó un *juego de caña* entre ocho de a caballo que con lansas y adargas en sus cavallos echos de madera mui al vivo con pretales de cascaveles los regian y governaban, y bolviendolos a un y a otro como si fueran berdaderos acabados las cañas jugaron sus alcancias rematando en sus caracolas. Al fin dellos salió un toro asi mesmo de madera que subiendo al tablado iso risa en los de a caballo y aplauso en el auditorio hasiendo muy graciosos lances deribando algunos delos cavalleros llebando a otros las marlotas en los cuernos, cosa que alegró mucho la jente. Desta misma manera salieron los de a caballo con su toro toreandolo por todas las calles con grandisimo jentio que los seguía asta llegar al colegio de la Compañia. Esta noche iso grandes fuegos en la ciudad asi en las casas de cabildos como en la casa profesa en donde se puso un castillo grande a quien acometieron quatro galeras grandes
25v/ con sus marineros y garcias bien adornadas con propiedad / significadas por los quatro partes del mundo, las quales allegaron al castillo, de donde se les dió fuego y estubieron disparando juntamente con el castillo por muy largo tiempo.

El *domingo* por la mañana vino la ciudad con grandisimo acompañamiento y asistió a la misa y sermón que dijo el cabildo y predicó el dotor Alonso Muños, catedrático de prima y canonigo en esta yglesia. En jeneral se advierte como todos los sermones fueron doctisimos y

---

(25) Deyanira.

muy aproposito de los Santos, onrandolos así a ellos como a su relijión, mostrando el afeto que todos tienen en esta ocasión, y así no se dice de cada uno en particular, de que avia mucho que desir y era nunca acabar pues *omnis comparatio est odiosa.* De los fuegos que ubo en todo el ochavario asi en nuestras torres como en las de las relijiones y de particulares del pueblo, que nos quisieron onrar en esta ocasión, no se dice en particular por ser cosa inacabable y parecerse a los que emos dicho. Domingo en la tarde se comensó la fiesta en el colejio de la Compañia del glorioso *S. Luis Gonsaga,* cuyo retrato se hiso de talla dorado y estofado con sobrepelis de lo mesmo muy al bivo y en la mano un Christo de bronse dorado arimado a un ramo de asusenas. Pusose sobre un altar de tela blanca y bordado al lado del evangelio entre muchos ramilleteros de plata de flores contrahechas muy propias, que estava adornado el altar y retablo con muchos niños y relicarios grandes de pié que causavan grande ermosura. Estava la yglesia ricamente aderesada de sedas, quadros, laminas y relicarios que a trechos asian gran proposito. Dijeronse las visperas con gran solenidad y música, a que asistió a todo lo mejor de la ciudad, y acabadas se hiso un torneo con sus dichos acomodados a S. Luis Gonsaga en un breve coloquio. Fue necesario repetir el torneo por avello pedido con instancia muchas personas principales y de obligación, a quienes no se pudo perder el respecto. Esta noche ubo grandes fuegos y luminarias así en la casa profesa como en el seminario y en este colegio donde se asia la fiesta de que no digo en particular por aver sido los fuegos casi como los pasados / de castillos, leones, toros y sierpes, ruedas, arboles de que 26/
ubo gran abundancia esta noche.

El *día siguiente* dijo la misa del santo Luis el P. Provincial (26) asistiendo a ella el marques del Valle y el conde de Santiago. Predicó el P. Luis de Molina de la Compañia dando a conoser al santo con grandisimo aplauso y satisfación del auditorio. A la tarde ubo segundas visperas y mucha música y barias y diversas dansas que entretuvieron lo restante de la tarde rematando con el juego de cañas y el toro que dijimos, por averse pedido con instancia, y se avia salido bien la primera bes que se hiso en la casa profesa. Salio mucho mejor por tener en donde los cavallos podian correr y el toro aser asus dansas y con esto se dió fin a las fiestas.

(Academia de la Historia. Madrid. Jesuítas, tomo 112.)

(26) Juan Laurencio.

INDICE GENERAL DEL TOMO IX

I.—Artículos

	Páginas
BUENAVENTURA DE CARROCERA, O. F. M. Cap.—Fray Francisco de Pamplona, organizador de Misiones y conductor de Misioneros	5- 51
JOSE CASTRO SEOANE, O. de M.—Matalotaje, Pasaje y Cámaras a los Religiosos Misioneros en el siglo XVI	53- 74
FRANCISCO MATEOS, S. J.—La Guerra Guaranítica y las Misiones del Paraguay	75-121
MANUEL MERINO, O. S. A.—Páginas misioneras de antaño ...	123-139
VICENTE RODRIGUEZ VALENCIA, Pbro.—Las Visitas Pastorales y Entradas Misioneras de Santo Toribio, supremo conjunto de misioneros de Indias	141-181
JOSE M.ª COLL, O. P.—El Beato Gil de Federich, O. P. Misionero, Protomártir y Académico	183-197
CONSTANTINO BAYLE, S. J.—Ideales Misioneros en los Reyes Católicos	209-231
HIPOLITO SANCHO DE SOPRANIS.—La irradiación misionera de St. Domingo el Real de Jerez	233-275
FRANCISCO MATEOS, S. J.—Compañeros españoles de San Francisco Javier	277-364
JOSE CASTRO SEOANE, O. de M.—Vestuario, cama y entretenimiento, pagados por la Casa de Contratación de Sevilla a los misioneros que pasaron en el siglo XVI a Indias y Filipinas (*)	365-386

(*) *Rectificación y ampliación de las notas de este artículo.*—Ausente el autor, no vió ni las primeras pruebas de su artículo, y no cayó en la cuenta de no haber corrido la numeración de las notas ni haber hecho las de las nuevas llamadas del texto. Con estas observaciones quedan subsanados los errores que tanto afeaban el artículo, cuyo principal mérito es el de la cita de las fuentes.

FRANCISCO MATEOS, S. J.—El Asia Portuguesa, campo de apostolado de San Francisco Javier 417-481
CONSTANTINO BAYLE, S. J.—San Francisco Javier. El hombre y el santo 483-528
MANUEL MERINO, O. S. A.—Los viajes de Javier 529-591
FIDEL DE LEJARZA, O. F. M.—Javier, misionero 593-641
BUENAVENTURA DE CARROCERA, O. F. M. Cap.—Ideas misionológicas de San Francisco Javier 643-675

II.—NOTAS Y TEXTOS

J. M. GRANERO, S .J.—Un gran misionero: El P. Alejandro de Valignano 199-206
MANUEL MERINO, O. S. A.—Viáticos a los Misioneros españoles en los pasados siglos 387-393
FIDEL DE LEJARZA, O. F. M.—Los indios de Camarines en el siglo XVI 394-403
SCHURHAMMER, I., S. J.—Relación de las fiestas que se hicieron en esta Ciudad de México en la canonización del glorioso S. Ygnacio y S. Francisco Javier, en 26 de noviembre de 1622 y por todo su Octavario 677-717

III.—BIBLIOGRAFÍA

PAUL RIVET ET GEORGES DE CREQUI-MONFORT.—Bibliographie des langues aymará et kichua. (Mateos) 207-208
LAZARO DE ASPURZ, O. F. M. Cap.—Redín, soldado y misionero. (Carrocera) 405-406

OBSERVACIÓN 1.ª—Las notas (43) a la (48), inclusive, de las páginas 377 y 378, responden a las llamadas de las páginas 382 y 383.

OBSERVACIÓN 2.ª—Las notas (49) a la (55), inclusive, de las páginas 378, 379 y 380, responden a las llamadas de la página 383.

OBSERVACIÓN 3.ª—Las notas a las llamadas (43) a la (55) de las páginas 377 a la 380, son:

(43) CONTRATACIÓN, 4674, f. 41, a lápiz.
(44) Ibid., f. 42v.
(45) Ibid., f. 60, a lápiz, y cuaderno 2.º, f. 36v.
(46) Ibid., f. 79, a lápiz, y cuaderno 2.º, f. 52.
(47) Ibid., Manual 2.º, f. 62.
(48) Ibid., f. 83.
(49) CONTRATACIÓN, 4675, f. 79 y 80.
(50) Ibid., f. 83.
(51) CONTRATACIÓN, 4674, lib. 2.º, f. 110v. al 112.
(52) CONTADURÍA, 275, f. 253.
(53) CONTRATACIÓN, 4678, ff. 156v. y 157.
(54) Ibid., f. 294v. y 295.
(55) Ibid., f. 249 al 250; CONTADURÍA, 277, f. 70 al 71.

OBSERVACIÓN 4.ª—La nota de la llamada última (66), página 386, es: CONTADURÍA, 286, f. 127v. al 128.

LAZARO DE ASPURZ, O. F. M. Cap.—Arquidiócese de Lourenço Marques. (Carrocera) 406-407
HERMANN TRIMBORN.—Señorío y barbarie en el valle del Cauca. (Carrocera) 407-408
RAMON ALVAREZ HERIBERTO.—Leyendas y mitos de Guinea. (Lejarza) 408
JULIO COLA ALBERICH.—Amuletos y tatuajes marroquíes. (Lejarza) 409
Motoliania's history of the indians of new Spain. Translated and annotated by Francis Borgia Steck, O. F. M., Ph. D. (Bayle) 409-410
PATROCINIO GARCIA BARRIUSO, O. F. M.—La Música Hispano-Masulmana en Marruecos. (Lejarza) 411
JUAN ROGER.—Estudio etnológico comparativo de las formas religiosas primitivas de las tribus salvajes de Filipinas. (Lejarza) ... 411
MARIANO ZARCO, C. M. F.—Actuación de los misioneros españoles en la cuestión del Muny. (Lejarza) 411-412
A. IGLESIAS DE LA RIVA.—Política indígena en Guinea. (Lejarza). 413
JOSE DIAZ VILLEGAS.—España en Africa. (Lejarza) 413
JOAQUIN CARRERAS Y ARTAU.—De Ramón Llull a los modernos ensayos de formación de una lengua universal. (Lejarza) 413-414
MANUEL BANDIN HERMO.—El Obispo de Quito don Alonso de la Peña Montenegro. 1596-1687. (Bayle) 415-416

INDICE

de personas, lugares y cosas notables (*)

A

Abarca, alcalde, 135.
Aberá, Ignacio, 111.
Abipones, indios, 88.
Abisinia, 6.
Abraham, 128, 231.
Abreu, Antonio de, 441, 445.
Abreu, Pedro de, O. P., 468
Absalón, 135.
Abucay, pueblo, 265.
Acadia, 7.
Acapulco, 66, 137, 265, 270, 350, 388-92, 449.
Acenegues, moros, 421.
Acosta, José de, S. J., 208, 426.
Acuña, Tristán de, 436.
Achén, lugar, 499.
Adem, 426, 431, 442, 544.
Adorno, Antonio, O. P., 258, 260.
Africa, 6, 8, 28, 29, 37, 42, 129, 228, 406, 409, 413, 419-20, 423, 465, 531, 664, 684-686.
Agacim, pueblo, 445-46.
Aguado, Luis, O. P., 269.
Aguiar, Jorge de, 436.
Agulló, Cosme, S. J., 87.
Agurto, Pedro de, O. S. A., 138.
Agustín, Juan, O. P., 239.
Agustinos, 69, 71, 124-26, 274, 280, 283, 349, 367-86, 451, 564, 567, 714.
Agustinos Recoletos, 124, 136-37.
Aguz, p.°, 419.
Ahmed ihn Madjid, 428.
Al-Andalus, 411.
Alangalang, p.°, 130-32, 134.
Alarcón, Ginés de, 149.
Alaska, 164.
Alba, duque de, 79, 86-87.
Albizu de Muriera, Juan, 9.
Albornoz, Cardenal, 32, 42, 44, 46, 406.
Albret, dinastía, 486.
Albuquerque, Alfonso de, 417, 431-32, 435-45, 459-61, 464, 468-69, 504, 530, 545, 559.
Albuquerque, Juan de, O. F. M., 277-79, 289, 323, 338, 342, 351, 359, 444, 465, 468, 470, 475, 504, 549.
Alcaçova, Pedro, S. J., 300, 363-64.
Alcalá de Henares, 282-83.
Alcalde de barrio, 13, 18-19.
Alcaldes mayores, 135.
Alcaraz, Fernando de, S. J., 282.
Alcázar, Bartolomé, S. J., 278, 281, 283, 285, 303, 325.
Alcázar Seguer, lugar, 419.
Alcorán, 134.
Alcover, Juan, O. P., 194.
Aldeaseca, Constancio de, O. F. M. Cap., 670.

(*) Compuso los índices el P. M. Merino, O. S. A.

Alejandro IV, Papa, 129.
Alejandro VI, Papa, 211, 417, 427, 447, 465.
Alençon, Eduardo d', O. F. M. Cap., 28.
Alendale, lugar, 554.
Alessano, Buenaventura de, O. F. M. Cap., 31, 33-34, 36.
Alfaro, Juan de, 154.
Alfonso, Diego, 422.
Alfonso V, rey, 419, 421.
Algarve, 419.
Algeciras, Diego, O. P., 240.
Alhambra (La), 214.
Alicante, Lorenzo de, O. F. M. Cap., 45.
Almagro, conv. O. P., 246-47.
Almansa, Bernardino de, Pbro., 152-53, 155-56.
Almanzor, rey, 446.
Almató, Pedro, O. P., 187.
Almeida, Francisco de, 432-33, 459-63, 466.
Almeida, Lorenzo, 432-33, 437-38.
Almeirim, ciudad, 205, 289, 305, 326.
Almuñécar, pueblo, 56.
Alonso, Cardenal, 472.
Alonso de Guzmán, Juan, 245.
Alonso de Lecimana, Mateo, O. P., 187, 194-95.
Altamirano, Luis, S. J., 75, 83, 85, 87, 89, 121.
Altamirano, Pedro Ignacio, S. J., 85.
Alto Amazonas, 145.
Altolaguirre, Angel, 227.
Alvarado, Alonso de, 154.
Alvarado, Alonso de, O. S. A., 280.
Alvares, Francisco, Pbro., 471.
Alvares, Jorge, 452.
Alvarez, O. P., 249.
Alvarez, Andrés, O. S. A., 131, 133.
Alvarez Abreu, 229.
Alvarez Heriberto, Ramón, 408.
Alvarez de Toledo, Juan, O. P., 304.
Alvim, Juan de, O. F. M., 463.
Amacata, bonzo, 635.
Amador, indio, 356.
Amanguchi, 358-364, 579-82, 660.
Amat, Manuel de, 83.
Amazonas, río, 41, 147, 166.
Amboino, isla, 138, 280, 290, 293-94, 297, 300, 302, 307, 350-51, 445, 451, 472, 503, 508, 531-64, 567, 612-13, 641.
América, 28, 37, 42, 79-85, 117, 164, 191, 210, 234, 241, 283, 319, 406, 427, 431, 684-86.
Amida, lugar, 630.
Ancachs, 147.
Anda y Salazar, 126, 127.
Andajes, pueblo, 148.
Andalucía, 45.
Andalucía, prov. O. F. M., 382.
Andalucía, prov. O. P., 245-46, 251-53, 259, 264.
Andalucía, prov. S. J., 283.
Andes de Jauja, 155, 162-63.
Andonaegui, José de, 75-82, 85, 87-88, 90-96, 98-102, 105-121.
Andrade, Freire de, 77-78, 87, 192, 103, 108, 113-116, 118, 119, 138.
Anés, Cosme de, S. J., 286, 289, 319, 327.
Angediva, isla, 429, 431, 439.
Angero, 568, 570, 619-21, 673.
Angola, 282.
Anguiano, Mateo, O. F. M. Cap., 7-51 *passim*, 664.
Angulo, Domingo, O. P., 247.
Angulo, Plácido, O. P., 258, 262-63.
Anjiro, ver Angero.
Annobón, isla, 37-38, 422.
Anríquez, ver Enríquez.
Antillas, 7, 64.
Antisidoro, Dr., 298.
Anvers, ciudad, 39.
Anvers, Fredegand d', O. F. M. Cap., 40.
Apalategui, Francisco, S. J., 530.
Aparch, Luis, O. P., 185.
Aperger, Segismundo, S. J., 105.
Apicazuró, lugar, 107, 118.
Apizarre, encomienda, 9.
Arabia, 431, 443.
Arábigo, mar, 544.
Aragón, 705.
Aragón, prov. O. F. M. Cap., 24, 25, 29, 39, 47.
Aragón, prov. O. P., 185, 187.
Aragón, prov. S. J., 283.
Aragón, Tomás de, O. P., 242, 244-45.
Aranda, conde de, 103.
Araoz, Antonio de, S. J., 384-86, 303, 306.
Arareyú, Pedro, 104.
Araujo, Ruiz de, 445.
Arboleda, Pedro de, S. J., 282.
Arbolancha, Hernando de, O. de M., 369.
Arcabandi, Pedro, O. F. M., 65, 378.
Arcabandi, Remigio, O. F. M., 64, 378.
Arcila, lugar, 419.
Arcos, lugar, 238.
Arcos, Miguel de, O. P., 244.

Archivos:

Academia Barcel. de Buenas Letras, 196.

Arzobispal de Lima, 145, 151, 155, 157, 164.
Conde Guendulain, 10, 405.
de Chieti, 201.
General de Indias, 53-75, 144, 147-150, 157-164, 170, 172, 366-386, 405, 415-16.
Generalicio S. J., 202.
Histórico Colonial, Lisboa, 16, 36.
Histórico Nacional, Madrid, 9, 11, 13, 109, 116-17, 405.
de Navarra, 405.
Prov. O. P. Valencia, 129.
Santo Tomás de Sevilla, O. P., 256.
O. S. A., de Manila, 388.
de Propaganda Fide, 47, 406.
de Roma, 201.
S. J. prov. de Toledo, 283.
de Simancas, 9, 31, 40.
Vaticano, 201.
Areitio, Félix de, S. J., 646.
Arguedas, Francisco de, 75, 77.
Argumedo, Tomás de, O. P., 242-46, 248.
Arias, Pedro, O. P., 246.
Arias Ugarte, Fernando, 138.
Ancolina, Faustina, 492.
Arima, lugar, 693.

Armadas:
de Cataluña, 12.
de Indias, 10-11, 33.
Armelloses, Hernando de, O. F. M., 386.
Armengol, Antonio, 196.
Armenia, 458.
Armenta, Bernardino de, O. F. M., 62.
Artieda, pueblo, 11.
Arú, reino de, 441.
Arza, alcalde, 135.
Arriaga, ministro, 79, 96, 118-120.
Arriaga, Gonzalo, O. P., 244, 246, 256.
Arroyo, Pedro, S. J., 126.
Ascó, pueblo, 194.
Asia, 234, 281, 465, 684-685.
Asia Menor, 6.
Asia Portuguesa, 417 ss.
Aspurz, Lázaro de, O. F. M. Cap., 6-7, 11-12, 15, 33-34, 37-38, 41, 44-45, 47-48, 405-406.
Astrain, Antonio, S. J., 82, 86, 117, 121, 503.
Ataide, Alvaro de, 280, 299, 323, 338, 344, 509, 511, 519, 586-87.
Ataide, Tristán de, 470-71.
Ativá, lugar, 473.
Atlántico, oc., 425.
Atunjauja, pueblo, 162.
Australia, 560.
Auzmendi, secr., 79-81, 105, 115.
Avalos, Lope de, 450.
Aveiro, p.°, 327.
Avendaño, Francisco de, 170.
Aves, Cosme, 505.
Avicena, 401.
Avila, Bto. Juan de, 282, 475.
Avila, Francisco de, 207.
Avilés, Pablo de, O. F. M., 366-67, 377.
Ayanz, Jerónimo de, 13.
Ayayechá, Miguel, 104.
Azamor, p.°, 419.
Azcona, Domingo, O. P., 385.
Azores, islas, 465.
Azpilcueta, Juan de, 523.
Azpilcueta, Martín de, 485.

B

Babailanes, sacerd., 130, 132.
Babilonia, 396.
Bacacay, arroyo, 82, 91-92, 95.
Bachán, islas, 293-94.
Bachén, isla, 446.
Badajoz, 447.
Bagag, p.°, 266.
Bagnorea, lugar, 304.
Bailina, Simón, S. J., 121.
Balaguer, P., O. S. A., 133.
Balda, Lorenzo, S. J., 100, 105, 107.
Bali, isla, 445.
Balis, José, O. S. A., 131, 133.
Balmes, Jaime, 643.
Balneoregio, p.°, 304.
Baltasar, rey mago, 697.
Balunguey, p.°, 261.
Ballesteros, Juan de, O. S. A., 138.
Ballesteros Beretta, Antonio, 79.
Banda, islas, 332, 438, 441, 445, 472, 556, 561, 665.
Banda, mar de, 560.
Bandeyque, José, O. P., 258, 272.
Bandín Hermo, Manuel, O. F. M., 415-416.
Bandóu y Bandu, 629, 635, 639.
Baranula, isla, 615.
Barahona, Baltasar, 63.
Barahona, Gregorio, 156.
Baraona, Sancho de la, 682.
Barba, Agustín, O. P., 235, 256.
Barbones, indios, 262.

Barcarrota, pueblo, 324-25.
Barcelona, 14, 79, 85, 88, 185-192, 194-97, 347, 413, 643, 705.
Barceo, Gaspar, S. J., 281, 298-99, 311, 320-21, 339, 341, 355, 363-64, 417, 489, 501, 507, 509, 513-15, 518, 527, 571, 585, 654, 667, 671-72.
Barlovento, islas, 12, 46.
Barnola, Manuel, O. P., 193.
Barón de Buguezal: ver Pamplona, Francisco.
Baronio, César, 128.
Bartoli, Daniel, S. J., 199, 202, 278, 303, 324, 330, 346.
Barull, Miguel, S. J., 282.
Barzana, Alonso de, S. J., 144, 208.
Barreda, P., S. J., 85, 89, 94, 105, 114.
Barrera, Sebastián de la, O. P., 258, 269.
Barreto, Gil, S. J., 320, 353.
Barrios, Juan de los, O. F. M., 62, 70.
Barros, João de, 331, 419-475 *passim.*
Barroso, Luis, O. P., 713.
Basco, Bernardo, O. P., 193.
Bataan, prov. Filip., 186, 262, 266.
Batanes, islas, 268.
Baticalá, pueblo, 429, 440.
Batim, 444.
Batochina, 447.
Bay, laguna, 395.
Bayle, Constantino, S. J., 144, 165, 209-231, 410, 416, 483-528.
Bazaim (y Baçaim), 279, 289, 302, 311, 418, 463, 468, 507, 541, 570, 607.
Beccari, S. J., 203.
Beguer y Pinyol, Manuel, 185, 195.
Beira, Juan de, S. J., 277, 279, 284-303, 339, 451, 568, 656.
Belda, Tomás, O. S. A., 126.
Belem (Port.), 84, 458.
Bélgica, 412.
Belmonte, Lorenzo de, O. F. M. Cap., 48.
Beltraneja, Juana la, 421-22.
Benavente, Alvaro de, O. S. A., 392.
Benavente, Toribio de, O. F. M., 409-410.
Benavides, Miguel de, O. P., 69.
Benedictinos, 9.
Benedicto XIII, Papa, 189.
Benedicto XIV, Papa, 643.
Benesterín, pueblo, 286.
Bengala, golfo de, 417, 438, 559.
Benín, misión, 37-40, 47, 406, 423.
Benistarím, 442.
Benítez, Pedro, O. P., 258, 263-64.
Berbería, 47, 238, 366.
Bergara Gaviria, Pedro, 714.
Berkeley, 488.
Bermejo, Juan, O. F. M., 218.
Bermúdez, Diego, O. P., 469.
Bermúdez Plata, Cristóbal, 347.
Bernardo, japonés, 359.
Bernedo, P., O. P., 249.
Berrio, navío, 427.
Berriochoa, Valentín de, O. P., 187.
Betanzos, Domingo de, O. P., 70.
Bibliotecas:
Academia de la Historia, Madrid, 717.
Col. San Gabriel, S. J., Quito, 208.
Conv. S. J. de Quito, 208.
Histórico Filipina, 127.
Palacio de Madrid, 27, 35.
Nacional de Madrid, 6, 17, 26, 33, 35, 42, 48.
Olave, 405.
Santa Catalina V. M. Barcelona, 190.
Universidad de Barcelona, 184, 187, 190.
Ultramar de Madrid, 208.
Bicol, río, 396, 397.
Biedma, Pedro, S. J., 105.
Bilbao, 278, 296, 364, 476, 530, 646.
Bilbao, Jerónimo de, O. F. M., 63.
Binalatongan, pueblo, 261-62, 268, 271.
Binmaley, pueblo, 271.
Binondo, pueblo, 265-67.
Birmania, 481.
Bisayas, islas, 131-32, 135-39.
Bisnaga, 314, 320, 346.
Blanco, cabo, 420.
Blanco, Antonio, O. S. A., 126.
Bobadilla, Nicolás de, S. J., 479-80, 485, 488-90, 596.
Bogotá, 250.
Boil, Fernando, 215, 217-219, 221.
Bojador, cabo, 420-21.
Bolivia, 165, 208.
Bolonia, 189, 493, 529, 708.
Bombay, 126, 571.
Bonacorsi, navegante, 30.
Bonelli y Rubio, Juan, 413.
Bonnet, Dr., 240.
Bonzos, 627-632.
Borba, Diego de, S. J., 286, 319, 323, 465, 468., 470, 475.
Borgoña, cruz de, 93, 697.
Borneo, isla, 292, 438, 560.
Bosch, José, O. P., 188.
Botelho Pereira, Diego, 536.
Botello, Gomes, pbro., 462.
Bovadilla, Francisco de, O. de M., 54, 366.
Boxadors, Juan T. de, O. P., 190, 241.
Boxer, C. R., 488.
Brahmanes, 606-612.
Brandão, Antonio, S. J., 329.

Brandão, Hno., S. J., 591.
Brasil, 28, 63, 75, 77, 115-18, 425, 430, 447, 481.
Bravo, Juan, S. J., 330, 332, 340-41.
Bretaña, prov., O. F. M. Cap., 29.
Brito, Antonio de, 446-48.
Brito, Jorge de, 446.
Brito, Juan (San), 540.
Brou, A., S. J., 486, 494-96.
Buda, 528.
Buen Retiro, 13, 80, 85, 87.
Buena Esperanza, Cabo de, 271, 306-7, 326, 417, 419-427, 433, 437, 533-34, 540-41, 545, 643.
Buenas Señales, río, 428.
Buenos Aires, 53, 62, 75-121 *passim*, 530.
Bulas:
Inter coetera, 211, 217.
Regiminis militantis, 477.
Solemnibus conventionibus, 406.
Bulas Alejandrinas, 224.
Bulacán, Filip., 125-26.
Bullarium O. P., 189.
Bullón Díaz, Galo, 413.
Bungo, 360-62, 455, 582, 639, 697.
Bungo, Francisco de, 362, 455.
Burabuen, pueblo, 132.
Burgos, 223, 304, 534.
Burú, islas, 561.
Bustamante, alcalde, 135.
Bustamante, Juan de, S. J., 282.
Buyl: ver Boil.

C

Cabalián, pueblo, 131.
Cabalonga, pueblo, 135.
Caballero, Andrés, O. P., 258, 268.
Caballeros:
de Calatrava, 9.
de San Juan, de Mata, 9.
de Santiago, 8, 11.
Caballos, puerto, 66.
Cabo Comorín, 279, 284-91 *passim*, 304-311, 314-15, 342, 355, 436, 603, 646, 650, 660, 663, 667.
Cabo San Juan, 412.
Cabo Verde, islas, 29, 422, 425-30, 448.
Cabral, Francisco, S. J., 206.
Cabral, Jorge, 448, 457.
Cabral, Pedralvares, 417, 426, 430-31.
Cabrera, Andrés de, S. J., 282.
Cabrera, Francisco, O. P., 258-260.
Cáceres, 407.
Cáceres Farfán, Juan de, 174.
Cádiz, 14, 18, 37, 40, 45, 58, 60, 69, 84, 121, 126, 135, 193, 218, 242.
Cagayán, Filip., 261, 270, 272.
Caibaté, pueblo, 87-88, 92, 94-97, 104, 119.
Cairo, 426, 437, 458.
Cajacay, pueblo, 153.
Cajamarca, 147, 148, 154, 230.
Cajatambo, pueblo, 148-49.
Calabar, lugar, 36.
Calaiate, pueblo, 443.
Calais, puerto, 36.
Calango, pueblo, 179.
Calasiao, pueblo, 268, 273.
Calayán, pueblo, 268.
Calchetas, Francisco J., O. S. A., 126.
Calderón, José, O. S. A., 126.
Calderón de la Barca, 419.
Calecaré, pueblo, 438.
Calicut, 426-442 *passim*, 457-59, 465.
California, 224.
Calixto III, Papa, 421.
Caltaginore, Inocencio de, O. F. M. Cap., 32.
Callao (El), 148.
Camalaniugán, pueblo, 260.
Cámaras a misioneros, 53-74.
Camarines (Filip.), 394-403.
Camarón, Miguel, O. S. A., 131.
Camas a misioneros, 376-381.
Cambaya, 307, 428, 437, 440, 442, 460, 467, 556.
Cambodge, 394.
Cambrai, 709.
Camerte, Pablo, S. J., 571, 583, 629.
Camoens, 504.
Campanel, ciudad, 460.
Campos, Gonzalo de, 447.
Campuzano, Agustín de, O. P., 66.
Canadá, 7.
Cananor, 418, 426, 429, 431-32, 437, 459-60, 467.
Canarias, 234-240, 243, 275, 306, 348, 355, 366, 420, 425.
Candelaria, pueblo, 89.
Cangoxima, 356-58, 576, 579.
Cano, Melchor, O. P., 243.
Cano Valenzuela, Vicente, O. P., 254.
Canta, pueblo, 148.
Cantero, José, O. P., 234-35, 245-256, 261.

Cantón, 345, 452-54, 576, 587-90, 702.
Cañas, Martín de, O. P., 235-36, 239-40, 275.
Cañete, pueblo, 148.
Cañizares, Francisco de, 154.
Cão, Diego, 422-24.
Capuchinos, 5-51 *passim*, 648, 664.
Carabaillo, pueblo, 153.
Caracará, Alberto, 104.
Caracas, 49, 50, 253.
Carbajal, Francisco de, 161.
Carbajal, Matías, O. S. A., 131.
Cárdenas, Benito de, 237-38.
Cárdenas, Pedro de, O. P., 242, 254.
Cardiel, José, S. J., 112-113.
Careapatán, pueblo, 555.
Caribe, mar, 11.
Carigara, pueblo, 131, 138.
Carignan, princesa de, 22.
Carillo, Fernando, 716.
Carlos III, 103, 124.
Carlos V, 230, 278, 366, 382, 417, 447-49, 465, 480, 567.
Carmelitas, 246, 714.
Carmelitas descalzos, 8, 370-71, 375, 381.
Carmona, villa, 468.
Carneiro, Melchor, S. J., 343.
Caro, Juan, O. P., 468.
Carolinas, islas, 124 137.
Caroní, 51.
Cartagena de Indias, 20, 42, 60-71 *passim*, 242, 246, 250.
Carbajal y Lancaster, José, 79, 81, 85, 94, 116.
Calvalho, Antonio, 16, 36.
Carvalho, Domingo, S. J., 352.
Carranza de Miranda, Bartolomé, O. P., 243.
Carreras y Artau, Joaquín, 413, 414.
Carreras Bulbena, José, 195, 197.
Carrizosa, Iñigo de, O. P., 258, 261-62.
Carrocera, Buenaventura de, O. F. M. Cap., 5-51, 406, 408, 644, 675.
Casa de Contratación de Sevilla, 37, 44, 53-74, 365-386.
Casas, Bartolomé de las, O. P., 57, 61, 66, 151, 215-219, 223, 319, 369, 379, 383, 410.
Casas, Vicente de las, O. P., 71, 384-86.
Cascante, Jacinto de, O. F. M. Cap., 26
Casma, pueblo.
Castañeda, Jacinto, O. P., 187.
Castelfuerte, virrey, 228.
Castellet, Domingo, O. P., 185.
Castells, Diego, O. P., 189, 191.
Castilla, reino, 209-11, 421, 427, 677 ss.
Castilla, prov. O. F. M. Cap., 24-46 *passim*.
Castilla, prov. S. J., 283.
Castilla del Oro, 226.
Castilla la Vieja, 706.
Castillo, Francisco del, O. F. M., 56.
Castillos Grandes, lugar, 78.
Castrillo, Condè de, 388.
Castro, Agustín M.ª, O. S. A., 123-25.
Castro, Alfonso de, S. J., 296-97, 300, 312, 333, 355-56, 573.
Castro, Alvaro de, 289.
Castro, Francisco de, 473.
Castro, Juan de, 284, 286, 289, 299, 307, 570.
Castro Seoane, José, O. de M., 53-74, 365-386.
Catalina, reina, 278, 465, 480.
Cataluña, 184.
Cataluña, prov., O. F. M. Cap., 29.
Catequistas, misión., 656-57.
Catón, 327, 401.
Cavalli, Serafín, O. P., 246.
Caviedo, Rodrigo de, S. J., 69, 74.
Cavite, 270, 395.
Ceballos, Pedro de, 84, 89, 105, 116, 120-21.
Cebú, 135, 138.
Ceilán, 286, 418, 433, 450, 481, 511-12, 557.
Célebes, islas, 293, 448, 450, 560.
Celle, P., S. J., 85.
Centro-América, 151, 408.
Cepeda, Juan de, 180.
Ceram, isla, 561-63.
Cervantes de Salazar, 410.
Cerrato, Alonso, 76.
Cesinale, Rocco da, O. F. M. Cap., 29, 32, 37, 45.
Céspedes, S. J., 85.
Ceuta, 419.
Ciaurriz, Ildefonso de, O. F. M. Cap., 36.
Cieza, 207.
Cifuentes, Conde de, 382.
Cintra, Pedro de, 421-22.
Cipriano, Alonso, S. J., 277, 303-324, 356, 435, 502, 514, 515.
Cisma de Occidente, 209.
Ciudad Real, 240.
Ciudad de los Reyes: ver Lima.
Claretianos, 408, 411-12.
Clemente VII, Papa, 465.
Clemente VIII, Papa, 156, 157, 174, 181.
Clero Indígena, 668-670.
Cloche, Antonio, O. P., 189, 192.
Coalengo, pueblo, 179.
Cobre, río, 427.
Cochangare, pueblo, 163.
Cochín, 281, 298, 307 - 313, 332 - 364

passim, 418, 431-470 *passim*, 507, 509, 526, 549-585 *passim*, 605-6, 615-22, 627, 632, 634, 659, 667.
Cochinchina, 394, 575.
Codacio, Pedro, S. J., 596-97.
Codex Juris Canonici, 141.
Coduri, Juan, 598.
Coelho, Francisco, 310, 551.
Coelho, Gaspar, 319, 558.
Coelho, Nicolás, 427, 429.
Coimbra, 278-88 *passim*, 304-11, 313, 320, 325-27, 489, 533, 539, 547, 571, 573, 649-50, 707.
Cola Alberich, Julio, 409.

Colegios:
Misionales, 666-67.
Letrán de Manila, 194.
O. P. de Barcelona, 184.
de Oviedo (Salamanca), 144, 161.
San Ildefonso de México, 681-82.
San Ramón de Peñafort, O. P., 184.
San Vicente Ferrer, O. P., 184.
Santa Fe de Goa, 621, 668-69, 674.
Santo Domingo de Orihuela, 185.
Colombia, 250, 407.
Colombo, 418, 531.
Colón, Cristóbal, 211-216.
Colón, Diego, 217.
Colón, Hernando, 212, 215.
Colonia del Sacramento, 99, 109, 113, 116-17.
Coll, José M.ª, O. P., 184-197.
Collado P., O. P., 262.
Collantes, Hernando de, O. de M., 69, 74.
Collazo, Ignacio, O. S. A., 130, 131.
Combuturé, pueblo, 547, 552, 657.
Comorín, 510, 519, 526, 546-557 *passim*, 561, 570, 572.
Compañía de Jesús: ver Jesuítas.
Concentaina, Andrés de, O. F. M. Cap., 41.
Concepción, pueblo, 90, 98, 112, 115, 424.
Concepción, conv. O. F. M., en La Española, 65.

Concilios:
Limense I, 68, 208.
Limense III, 146, 171, 208.
Limense IV, 147.
Limense V, 148, 149.
Trento, 141, 146.
Conde de Santiago, 713.
Confucio, 528.
Congo, 6, 8, 16, 17, 19, 27, 29-47, 406, 423, 481, 664-65.
Congo, río, 423.

Congregaciones:
de la Anunciata, 682.
de Propaganda Fide, 6, 27-32, 34, 40-49 *passim*, 406.
del Salvador, 678, 682, 716.
Consejo de la Hispanidad, 142, 171.
Consejo de Indias, 28, 32-43 *passim*, 135, 380, 406.
Constantinopla, 396.
Constituciones O. F. M. Cap., 28.
Constituciones O. de M., 370.
Coral, islas, 349.
Córdoba, 239, 247, 282, 456, 691.
Córdoba, Diego de, 158-59.
Córdoba, Pedro de, O. P., 366-67, 378.
Córdoba de Tucumán, 109.
Córdova, Rafael de, S. J., 121.
Corella, villa, 282.
Coria, pueblo, 282.
Cornibus, Maestre de, 606.
Coromandel, 332, 340, 462, 476.
Corps, Francisco, 76.
Cortés, Hernán, 215, 230, 448, 450.
Coruña, 284, 448.
Correa, Aires, 431.
Corrientes reg., 81, 89, 102.
Costa da, S. J., 199.
Costa, Raimundo, O. P., 189.
Costa, Suero da, 422.
Costa Rica, 66.
Coulão, 278, 313, 315-16, 322, 335, 341-43, 348, 418, 432, 459, 467-68, 507, 550.
Coutinho, Fernando, 439.
Coutinho, Francisco, 344.
Covilha, Pedro de, 426-27.
Cozumel, 71.
Cranganor, 418, 432, 458-59, 464, 475, 550, 568, 570.
Crequi-Monfort, Georges de, 207.
Criminali, Antonio de, S. J., 279, 286-89, 306-10, 315, 334, 361.
Cristianos de Sto. Tomé, 458-59, 467-68.
Croquer, Tomás, O. P., 257-58, 266-68.
Crosset, S. J., 199.
Cruz (La), pueblo, 99.
Cruz, Francisco de la, O. F. M., 466.
Cruz, Juan de la, 476.
Cruz, Juan de la, O. S. A., 368.
Cruz, Manuel de la, 657, 666.
Cruz, Manuel de la, O. S. A., 388.
Cruzat, Isabel, 9.
Cruzat, Martín, 8.
Cuba, 49, 54, 59, 66.
Cuenca, 194, 282.
Cuenca, Jerónimo de, S. J., 282.
Cueva, Diego de la, 254.
Cumaná, 6, 46-51, 59, 64-65, 378, 406.

Cumanagoto, puerto, 50.
Cumangotos, indios, 48.
Cunha, Nuño da, 463, 377.
Cunha, Tristán da, 460.
Cuñamañá, Patricio, 111.
Cuñatá, Nicolás, 92, 93.
Cuthbert, O. F. M. Cap., 7, 29.
Cuzco, 94, 142, 161, 207, 247, 254.

CH

Chachapoyas, 147-48, 175-76.
Chale, pueblo, 418.
Chancay, pueblo, 148-49.
Chappoulie, Henri, 32.
Charcas, Aud.ª, 75.
Charela, 15.
Charlet, Luis, S. J., 105.
Charlevoix, S. J., 199.
Charrúas, indios, 93.
Chaul (India), 281, 418, 437.
Chaves, Juan de, O. de M., 366.
Chek-iang, 453.
Chemoangué, Francisco, 111.
Chengico, 622.
Chiam, isla, 471.
Chiapa, 61, 66, 151, 369, 378, 383.
Chiclayo, 148-49, 152,
Chile, 68, 83, 224.
China, 183-195 *passim*, 260, 265-66, 283, 297, 299, 321, 332, 345, 362, 394-97, 417-456 *passim*, 481-528 *passim*, 574-596 *passim*, 618-660 *passim*, 702.
China, mar de la, 531.
China, Antonio, 587, 589.
China, Manuel, 575-76.
Chinceo, 576.
Chincheo, 398, 453-54.
Chiquitos, 208.
Chocllo, pueblo, 148.
Chucuito, lago, 207.
Chuniebí, arroyo, 99, 100.

D

Dabul, ciudad, 437.
Dadají, indio, 279.
Dagami, pueblo, 131.
Daimán, región, 75, 77.
Damão, 463.
Danesi, Pedro Pablo, S. J., 89.
Dangín, pueblo, 444.
Darién, 26, 38-46, 406.
David, rey, 135, 698.
Dávila, Sancho, 155, 165, 167, 169, 171-73, 178.
Daza, Juan, 238.
Deça, Jorge, 291-92.
Decán, lugar, 437.
Delgado, Juan, 349.
Desquivel, Juan, 224.
Dias, Bartolomé, 424, 426-27, 430.
Dias de Viena, Lopo, 327.
Díaz, Baltasar, S. J., 281, 321.
Díaz, Bartolomé, 540.
Díaz, Francisco, O. P., 195.
Díaz, Juan, pbro., 280, 300, 332, 340, 349, 351.
Díaz Villegas, José, 413.
Dionís, Rey, 474.
Dionisio, Francisco, S. J., 282.
Diu, 289, 307, 327, 418, 436-37, 440, 442, 460, 463, 476, 504.
Divar, isla, 278, 444.
Domenzain, Moisés, S. J., 580.
Dominica, isla, 41.
Dominicos, 61-74 *passim*, 162, 183, 194, 222, 233-275, 281, 283, 348, 366-386, 410, 468-69, 473, 514, 517, 580, 712-13.
Dorado (El), 165.
Duarte D., 419-20.
Dume, p.ª, 465.

E

Ebro, río, 347.
Ecija, 249.
Echevarría, Juan de, 75.
Egipto, 6, 129.
Eguía, Esteban de, 303, 306.
Egusquiza, Martín de, S. J., 282.
Elcano, Juan Sebastián, 446.
Elía, Pascuale d', S. J., 199.

Elobey, isla, 412.
Elorduy, Nicolás de, 76.
Enis, Tadeo, S. J., 79, 87-94, 97-105 108.
Enkua Marjam, 697.
Enrique VIII, rey, 210.
Enrique D, infante, 420-21, 457, 480.
Enrique, Fr., O. F. M., 457-58.
Enriques, Enrique, S. J., 306-10, 314, 327, 341, 660.
Enriques, Francisco, S. J., 307-8, 326.
Enriques, García, 448.
Enriquez, P. S. J., 547, 555, 571.
Ensenada, Marqués de la, 79.
Erasmo, 327.
Erio, Juan de, 558-59.
Escalante, García de, 350-51.
Escalante, Gumersindo de, O. F. M. Cap,. 662.
Escandón, Juan de, S. J., 78, 87-121 *passim.*
Esclavos, 223 ss.
Escobar, Diego de, O. P., 162.
Escobar, Pedro, 422.
Escobar, Pedro de, pbro., 173.
Escobar y Mendoza, Antonio, S. J., 16.
Escorial (El), 158.
Escuchurrea, José Antonio de, 76.
Escuelas, misión., 664-66.
España, 10, 14, 16, 76-82, 94, 96, 103, 114-121, 126, 129, 133, 183, 188, 209-10, 394, 396, 412-13, 693.
Española, isla, 54-56, 59, 64-69, 216, 226, 366-68.
Esparza y Artieda, Catalina de, 8.
Espasa Calpe, edit., 405.
Espeleta Jerónimo J., S. J., 283.
Espinar, Alonso del, O. F. M., 55, 64, 69, 367, 378.
Espineira, Pedro, O. S. A., 125.
Espino, Antonio de, O. P., 240.
Espíritu Santo, conv. de Dominicas, 237.
Espíritu Santo, galeón, 10.
Essex, (Inglat.), 697.
Estopiñán, Lorenzo de, O. P., 262.
Estrada, Francisco de, S. J., 284, 304, 354.
Estrecho de Magallanes, 63.
Etiopía, 129, 203, 282-83, 343, 418, 423, 426-27, 436, 458, 476, 481, 533, 697.
Eubel, Conrado, O. F. M., 464, 466.
Eugenio IV, papa, 421.
Europa, 17, 88, 121, 131, 134, 200, 419-20, 598, 612-13, 684, 689.
Evora, 285, 306, 465, 478.
Extremadura, 277, 465.
Extremo Oriente, 183-193, 199, 233-34, 257-274, 394, 418.
Ezpeleta, Miguel, Obpo., 135.

F

Fabro, Pedro, S. J., 284, 478, 522.
Faenza, 7.
Falcão, Juan, 462.
Falconi, naveg., 36.
Faraón, rey, 135.
Farinha, Antonio Lourenço, S. J., 199, 202.
Fartaque, lugar, 459.
Felipe II, 40, 148, 164, 230, 246, 250, 384, 387, 567.
Felipe III, 10, 40, 144, 160, 162, 230, 697.
Felipe IV, 5, 9, 14, 17, 37, 41, 43, 46, 48, 406, 415, 689, 697.
Fernandes, Alvaro, 421.
Fernandes, Antonio, S. J., 299, 301.
Fernandes, Diego, 462.
Fernandes, Dionis, 420.
Fernandes, Gonzalo, S. J., 316, 318, 320.
Fernandes, Juan, 464.
Fernandes, Pedro, 462.
Fernandes, Sebastián, 462.
Fernandes de Carvalho, Gil, 338, 341.
Fernandes Tinoco, Pedro, 460.
Fernández, Andrés, 312.
Fernández, Francisco, S. J., 283.
Fernández, Juan, S. J., 277, 280, 353-364, 456, 509, 634.
Fernández, Manuel, S. J., 282.
Fernández Correia, Juan, 315.
Fernández de Navarrete, Martín, 238.
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 213, 225, 238, 254, 407.
Fernandina, duque de, 14.
Fernando, D., infante, 419.
Fernando el Católico, 210-231.
Fernando Póo, isla, 422-23.
Ferrando, Juan, O. P., 194, 265.
Ferreira, Alvaro, 587, 589.
Ferrón, Bartolomé, 286, 306.
Fez, 419, 421.
Figueredo, Aires de, 289.
Figueredo, Andrés de, 515.
Figuereido, Melchor de, S. J., 299-300, 356.
Figuerola, Rafael, O. P., 188.
Filipinas, islas, 35, 41, 53, 66, 69, 123-26, 183, 191, 193, 197, 233-34, 259-273,

282, 350, 365, 381, 387, 394-97, 411, 431, 449, 473, 505, 560, 563, 567.
Filipinas, prov. O. S. A., 124-138 *passim*.
Filipinos, conv. O. S. A., Valladolid, 130.
Firando, 359-364, 579-81.
Flandes, 9, 229, 394, 522, 706.
Florencia, 137, 682.
Flores de Valdés, Diego, 63.
Flórez, Domingo, O. P., 258, 263.
Florida, 59, 66, 69, 74, 230, 369.
Fokien, 191, 194.
Fonseca, Joaquín, O. P., 194.
Fonseca, Juan de, 219-20.
Fonseca, Pedro de, S. J., 204, 265.
Forero, Alonso, O. S. A., 126.
Formosa, isla, 190, 454.
Fortún de Torres, pueblo, 268.
Fotol, pueblo, 260.
Francia, 7, 14, 15, 21, 36, 81, 84, 129, 348, 412, 697, 707.
Franciscanos, 53-74 *passim*, 222, 226, 228, 233, 239, 275, 281, 283, 306-8, 326-29, 348, 366-87 *passim*, 394-95, 410, 444, 450-473 *passim*, 514, 517, 545, 713-14, 716.
Francisco, rey, 697.
Franco, Alonso, 229.
Franco, Antonio, S. J., 278, 285, 292, 303, 325, 346, 354.
Franco, Diego, O. P., 235, 244, 246, 253.
Freire de Andrade, Gomes, 76, 81-96 *passim*, 101, 113-14.
Frías, Manuel de, 462.
Frois, Luis, S. J., 199, 202, 320, 354-55, 358, 504.
Fuenterrabía, 486.
Fuerteventura, isla, 239.
Fukien, 453.
Funchal, 464-65.

G

Gago, Baltasar, S. J., 313-17, 335, 353, 355-56, 363-64, 506, 573.
Galdames, Andrés, S. J., 282.
Galeno, 407.
Galíndez, Reginaldo, O. P., 242, 251-53.
Galvao, Antonio, 450, 471-73, 475.
Gama, Esteban de, 470, 476.
Gama, Paulo da, 427, 429.
Gama, Vasco de, 417, 426-31, 434, 458, 483, 530, 540.
Gandía, 281.
Ganges, río, 533.
Gante, Pedro de, O. F. M., 219.
Garbanzos, islas, 137.
Garcés P., O. P., 85.
García, Dionisio, O. P., 194.
García, Gregorio, 207.
García, Martín, 111, 113.
García, Pedro, O. P., 240.
García, Simeón, S. J., 208.
García Barriuso, Patrocinio, O. F. M., 410.
García San Pedro, Obpo., 184.
García Sempere, Lorenzo, O. P., 185.
Gariacú, Cristóbal, 104.
Garro, Jurdán, 490.
Gaspar, Fr., O. F. M., 466.
Gaspar, Rey Mago, 697.
Gastón, Fr., O. F. M., 459.
Geel, Georges de, O. F. M. Cap., 39.
Génova, 33, 37, 85.
Georgia, 6.
Gervasoni, Carlos, S. J., 84-87.
Getas, pueblos, 136.
Gibraltar, 65.
Gil, Antonio, 462.
Gil de Federich, Antonio, 185.
Gil de Federich, Francisco, O. P., 183-197.
Gilolo, isla, 294, 302, 448-50, 471, 560, 566.
Gimeno Capella, José María, 407.
Giustiniani, Vicente, O. P., 246.
Gixú, bonzo, 635.
Goa, 126, 172, 254-264 *passim*, 417-445 *passim*, 460-517 *passim*, 531-603 *passim*, 612, 621-636 *passim*, 656, 660, 665, 667, 670, 702.
Godinho, Francisco, S. J., 299, 300.
Godoy, Diego de, O. P., 250.
Gohó, chino, 455.
Gois, Lorenzo de, O. F. M., 466-67.
Gomera, isla, 65.
Gomes, Antonio, S. J., 315-321, 335, 343, 352, 355, 361, 501-2, 509, 629, 670.
Gomes, Fernando, 422.
Gómez, capitán, 102-3.
Gómez, Francisco, O. P., 258, 262.
Gómez, José, 76.
Gómez, Pedro, S. J., 283.
Gómez Boloña, Alonso, O. de M., 369, 379.
Gómez de Carbalhosa, Ruy, 468.
Gómez de Cervantes, Diego, 222.

Gómez de Espinosa, Gonzalo, 447.
González, Andrés, S. J., 282.
González, Juan, O. F. M., 153.
Gonzalves, Antonio, 420.
Gonzalves, Francisco, S. J., 296-97.
Gonzalves, Lope, 422.
Gonzalves, Melchor, S. J., 313, 355-56.
Góngora, O. P., 256.
Góngora, Diego Ignacio, 264.
Gores, isla, 454.
Gouveia, Diego de, 477-78.
Grä, Luis de, S. J., 313.
Gracia, pueblo, 109.
Graell, Francisco, 76, 102.
Graiño, Antonio, 208.
Gran Can, 212.
Gran Canaria, 35, 235-240.
Gran Mogol, 283.
Granada, 79, 231, 245.
Granada, isla, 46-48, 366.
Grande, río, 420.
Granero, J. M., S.J., 206.
Grecia, 6.
Gregorio XIII, Papa, 150, 417.
Grijalva, Rodrigo de, 450.
Guacanaguri, lugar, 216.
Guadalajara, Marcos de, C. D., 30.
Guadalete, río, 238.
Guadalupe, conv. O. S. A., 125.
Guadalupe, isla, 41.
Guadalquivir, río, 18.
Guaján, isla, 136.
Guán, región, 162.
Guañape, pueblo, 154.
Guardafuí, cabo, 434.
Guatemala, 66, 69, 242, 369, 378-79, 410.
Guayana, 51.
Guayaquil, 415.
Guenoas, indios, 97, 108.
Guerra, Cristóbal, 222.
Guerra Guaranítica, 75-121.
Guerrero, Antonio, O. S. A., 129.
Guerrero, Tomás, 94.
Guimares, Juan de, O. F. M., 466.
Guinea, 29, 38, 285, 408, 412-13, 420-25, 535-36.
Guipúzcoa, 25.
Guntrán (San), 697.
Gutiérrez, Antonio, O. P., 260.
Gutiérrez, Antonio, S. J., 105-110, 114-15.
Gutiérrez, Francisco, 172.
Gutiérez de Garibay, Juan, 69.
Guzmán, Luis de, 199, 296, 364.

H

Habana, 59.
Halmahera, isla, 293.
Haro, Diego de, O. de M., 153.
Haro, Juan de, O. P., 463.
Henríquez, Enrique, S. J., 504, 506.
Henríquez, Francisco, 605.
Hermanos Legos, 654-56.
Hermosilla, Jerónimo, O. P., 186.
Hernández, Juan, S. J., 572, 579, 582.
Hernández, Pablo, S. J., 88, 97.
Hernández Pacheco, Francisco, 413.
Herodes, 128.
Herrera, Pedro de, O. S. A., 386.
Hidalcam, rey, 439, 442.
Hildebrand, O. F. M. Cap., 39.
Hilongos, puerto, 131-33.
Hilson, Tomás, 76.
Hinojosa, Domingo de, O. P., 241.
Hinojosa, casa de los, 241.
Hirado, isla, 634.
Hirum, rey, 293, 295, 301.
Hocem, Mir, 437.
Hoces, Jacinto de, O. P., 242, 254-56.
Homen, Rodrigo, O. P., 468.
Honduras, 61, 68.
Huamanga, 161.
Huancacamba, 160.
Huancaro, pueblo, 163.
Huánuco, 144, 147-48, 347, 349.
Huarás, pueblo, 148-49.
Huarí, pueblo, 148.
Huarochiri, pueblo, 148.
Huaylas, prov., 147-49.
Hungría, 693, 697.

I

Ibabeyú, río, 98.
Ibarazá, Pedro Ignacio, 111.
Ibarazá, Romualdo, 111.
Ibarendá, Primo, 102.
Ibarra, Pedro de, O. S. A., 153.
Ibicuy, río, 107, 115.
Ibiroqué, lugar, 90.
Ica, ciudad, 148.

Iezudo, Francisco, 152.
Ifni, territorio, 413.
Iglesias de la Riva, A., 412.
Igorrotes, indios, 265.
Ilocos, prov., 126-27, 272.
Iloilo, ciudad, 130, 134.
Illescas, pueblo, 282.
Imperio español de E. O., 449.
Imperio incáico, 151.
Imperio mejicano, 701.
Imperio portugués de Asia, 418, 427, 435-45, 456.
Imperio romano, 418, 708.
Inca, Garcilaso, 207.
India, 6, 16, 201-213 *passim*, 299-355 *passim*, 417-591, 594-641.
Indias occidentales, 417.
Indias orientales, 417, 643, 675, ss., 702.
Indico, océano, 424, 427, 433, 530-31, 541.
Indochina, 32, 183, 190, 417.
Infante, río, 424, 428.
Infante, Juan, 424.
Inglaterra, 36, 412, 697.
Ingoli, scr., 406.
Iniquitriberin, p.ª, 346.
Inmaculada Concep. de Niveles, conv. O. F. M., 394.
Inocencio VIII, Papa, 424.
Inocencio X, papa, 406.
Inquisición, 231.
Insulindia, 257.
Iñigo de L.: ver San Ignacio.
Iñiguez de Carquizano, Martín, 448-49.
Islam, 419.
Irigoyen, 145-149, 151, 153, 157, 164, 174.
Isabel I de Inglat., 210.
Isabel la Católica, 210-231.
Italia, 9, 10, 30, 81, 84, 129, 348.
Ituy, pueblo, 262, 265.
Iyuy: ver Yyuy.
Iza, Hernán, 152-53.

J

Jaén, Antonio de, O. F. M., 376.
Jaén de Bracamoros, 148.
Jafnapatán, pueblo, 555-57.
Jaio, Claudio, S. J., 598.
Jalofos, negros, 421.
Japón, 35, 41, 183, 190, 200-3, 257, 265, 280-83, 300, 313, 317, 335, 344-64 *passim*, 394-97, 417, 438, 443, 452-56, 490-93, 503-530 *passim*, 564-596 *passim*, 616-670 *passim*, 693, 702.
Jardines, islas, 349.
Jaro, pueblo, 130-31, 134.
Jarque, Francisco, 229.
Jasón, navío, 77-80, 82, 84, 87.
Jauja, 142, 144-45- 155, 159, 161-63.
Java, isla, 337, 350, 438, 441, 445, 472, 560.
Javier, lugar, 529, 704.
Javier: ver San Francisco J.
Jayo P., S. J., 493.
Jerez de la Frontera, 222, 233-275, 282.
Jerónimos, 61, 71.
Jerusalén, 423, 458, 525.
Jesuítas, 15, 58, 61, 69, 74-87, 99, 101-200 *passim*, 208, 277-304, 369-381, 483-528 *passim*, 677-717 *passim*.
Jesús María, galeón, 11.
Jiménez, Francisco, O. P., 258, 264-65.
Joab, cap., 135.
Job, patriarca, 135.
Joló, isla, 274.
Joloanos, moros, 131.
Jorba P., O. P., 266.
Jordana Dña., 154.
José, judío, 426.
José, Obpo. armen., 458.
Jouanen, José, S. J., 416.
Juan, Fr., O. P., 461.
Juan D., príncipe, 213-14.
Juan I, rey, 419-20.
Juan II, rey, 422, 427, 457.
Juan III, rey, 278-289 *passim*, 323, 327, 363, 435, 447-49, 462-65, 471, 473-80, 505, 510, 533, 556, 618, 646, 649, 653, 668, 697.
Juan IV, rey, 16.
Juan, Preste, 459, 483, 512.
Juan de Dios, venta de, 19.
Juana, Dña., princesa, 385.
Juana Dña., reina, 224.
Jubi, cabo, 420.
Judíos, 332.
Junín, depart., 148.

K

Kangoxima, 456.
Kangoshima, 624-25, 628-30, 432-34, 636.
Kempis, Tomás de, O. S. A., 126.
Khan, José, O. P., 187.

Kiushiu, isla, 454.
Kiu-siu, isla, 479, 582.
Kent, reino, 697.
Kokubú, lugar, 357.

L

La Guaira, puerto, 5, 8, 50-51.
La Paz, ciudad, 208.
La Puebla, lugar, 382.
La Nasca, región, 145, 147.
Ladrón, Chino, 574, 478.
Ladrones, islas, 136.
Lagos, Vicente, O. F. M., 465, 468, 472, 475, 504, 668.
Laguna, Vicente de la, O. P., 468.
Laínez, Diego, S. J., 303, 493, 524, 598.
Lalana, Bartolomé, O. S. A., 132, 137.
Lambayeque, depart., 148-49.
Lamego, lugar, 426.
Lamego, Gonzalo, O. F. M., 466.
Lampón, pueblo, 392.
Lanceloti Vid. sig.:
Lancilotto, Nicolás, S. J., 278-79, 285-91, 297, 304, 307, 312-16, 327, 333, 336, 343-44, 347, 351, 356, 488, 506.
Lanzarote, isla, 35.
Laodicea, 465.
Larache, 238.
Lares, Comendador, 221-22.
Larráspuru, Tomás, 10-11.
Larrayoz, Javier, 7, 10, 13, 15, 21, 23-26.
Las Olallas, lugar, 325.
Laso, Comendador ,349.
Laso, Andrés, O. de M., 369.
Latorre, Francisco, 714.
Laupaca, pueblo, 152.
Laurencio, Juan, S. J., 717.
Lazcano, capt., 112.
Lebrija, Juan de, O. P., 235-36, 239-40, 275.
Legísima, Juan R. de, O. F. M., 394.
Leibnitz, 414.
Leiria, 478.
Leite, isla, 124, 130-139, 567.
Lejarza, Fidel de, O. F. M., 403, 408-9, 411-14, 416, 593-641.

Lenguas:
Aymará, 207-8.
Bisaya, 135.
Castellana, 219.
Cebuana, 134.
Griega, 135.
Hebrea, 135.
Inca, 153.
Japonesa, 358.
Kaka o diaguita, 208.
Leitana, 134.
Malaya, 530.
Mariana (islas Marianas), 136.
Panayana, 134.
Quichua (o quechua), 207-8.
Somavirona, 208.
Lenguas indígenas, 141, 658-662.
Lentiscal, monte, 239.
León, reino, 211.
León, Antonio de, O. P., 251.
León, Esteban de, S. J., 282.
León XIII, Papa, 195.
Lequios, islas, 438, 454.
Lérida, 194.
Leyes de Indias, 142, 170, 211, 233.
Leyes nuevas, 68.
Leyra, Manuel, 200.
Liberia, 422.
Libertad, depart., 147.
Libia, 129.
Lima, 142-151, 153, 156-57, 164, 172-75, 177, 243, 247.
Lima, Manuel de, 326.
Limp, Francisco Xavier, S. J., 89, 101, 103, 108, 114-15.
Limpopo, río, 427.
Lingayén, 261, 268, 271.
Liorna, ciudad, 30, 36.
Lisboa, 11, 30, 33, 77, 79, 82-84, 117, 199, 205, 282-84, 304-6, 326, 406, 419, 423-442 *passim*, 480, 493, 506, 522-598 *passim*, 605, 624, 671, 691, 707.
Lisson Chaves, 144, 147-48, 158-62, 170.
Livar, pueblo, 551.
Lizano, Juan de, 279, 288.
Lizano y Roldán, Juan, 413.
Lizoaín, valle de, 8.
Loaisa, García Jofre de, 448.
Loaisa, Jerónimo de, O. P., 68, 207-8.
Lobo, Tomás, 505.
Lobo Falcao, Antonio, 462.
Loiven, pueblo, 267.
Lombardero, Vicente Manuel, 413.
Londoño, Manuel, O. F. M., 103.
Londres, 16, 126.
Lopes, cabo, 422.
Lopes, Pero, S. J., 306.
Lopes, Juan, S. J., 320.
Lopes de Acevedo, Diego, 472.
Lopes de Sequeira, Diego, 436, 438-41, 452, 461.

Lopetegui, León, S. J., 199.
López, Alberto, O. P., 242, 253, 260.
López, Francisco, O. P., 256.
López, Iñigo, 490.
López, Juan, O. P., 236, 239.
López Simón, 256.
López de Gómara, Francisco, 210, 349, 447-50.
López de Legázpi, Miguel, 136, 183, 350.
López de Toledo, Alonso, S. J., 282.
López de Villalobos, Ruy, 349-51, 450-51, 563, 567.
Lorea, Antonio, O. P., 251.
Lorenzo, japonés, 360.
Loreto, depart., 147, 165.
Los Llanos, 51.
Lourenço Marques, ciudad, 406.
Louro, Antonio do, O. F. M., 460, 466-67.
Lovaina, 284, 304.
Lozano, Francisco, 154.
Lucio, Santiago, O. S. A., 126.
Luis, D., infante, 480.
Luis, Benito, 172.
Lull, Ramón, 413-14.
Luna, islas, 426.
Luringancho, pueblo, 148.
Lutero, 135.
Luzón, 538.

LL

Llagas de Alcalá de los Gazules, conv., O. P., 243.

M

Macao, 201, 267, 272, 345-46, 454, 531, 702.
Macasar, reg., 450, 457, 459-60, 472-73, 476, 659.
Macasares, indios, 293, 612.
Macías, Juan, O. P., 249.
Macúas, indios, 311.
Madagascar, isla, 307, 326, 426, 438.
Madera, islas, 425, 445.
Madeira, Duarte, 337.
Madre de Deus, igls., 444.
Madrid, 6-25 *passim*, 76-87, 96, 102-129 *passim*, 142-44, 165, 212, 218, 239 277-78, 306, 370, 385, 389, 394-95, 405-415 *passim*, 448-49, 506, 530, 552. 580, 586, 658, 665, 705, 716.
Maffei, Io. Petro, S. J., 199, 278, 458-463, 466, 471-76.
Magallanes, archip. de, 261.
Magallanes, Hernando de, 183, 438, 445-47.
Magallón, Lorenzo de, O. F. M. Cap., 47-49.
Magdalena, pueblo, 148.
Mahoma (Mahomet), 600, 612, 615-16.
Maigrot, Obpo., 265, 267.
Malabar, costa, 346, 429, 440, 445, 483, 489, 492, 502, 668, 703.
Malabid, pueblo, 395.
Malaca, 279-299 *passim*, 328-41, 347-56 *passim*, 363, 394, 418, 436-531 *passim*, 557-590 *passim*, 612-629, 645, 650, 656, 660, 663, 665.
Malaca, estrecho de, 559.
Malagueta, especia, 422.
Malasiqui, pueblo, 268-69.
Malate, pueblo, 126.
Malaueg, pueblo, 272.
Maldivas, islas, 351.
Maldonado, reg., 114.
Maldonado, Pedro, 534.
Malemo Caná, moro, 428.
Maluco, 288, 438, 500-8 *passim*, 531, 648, 656, 667.
Maluenda, Buenaventura de, O. F. M. Cap. 24.
Malunguey, pueblo, 269.
Mallorca, 347.
Mampolín, pueblo, 346.
Manaoag, pueblo, 261, 268, 273.
Manapar, 308, 310, 547, 550-54, 603.
Manar, pueblo, 315, 555.
Manco Inca, 94.
Mandalgán, pueblo, 261.
Mangaldán, pueblo, 268-69, 274.
Manila, 123, 125, 132-36, 186, 193-94, 259-274, 346, 350, 393-94, 403, 449.
Manresa, 705.
Manrique de Sotomayor, Leonor, 245.
Mansilla (Mansilha y Mansillas), Francisco, S. J., 279, 287, 290, 308, 433-

34, 444, 488, 490, 501-2, 509, 511, 514, 543, 549-57, 666, 673.
Manuel, chino, 353, 356.
Manuel D., rey, 423-464 *passim*, 473, 615.
Maracaibo, 51.
Marañón, isla, 28.
Marañón, río, 41, 44, 102.
Marchena, pueblo, 238, 269.
Margarit, pueblo, 212, 216.
Margarita, isla, 10, 48, 59, 66.
Margarita, patache, 49.
Mari Humo, pueblo, 266.
Marianas, islas, 124, 136-37.
Marín y Bertrán de Lis, Agustín, 413.
Mariveles, pueblo, 266.
Marqués, Juan, O. F. M., 714.
Marqués del Amparo, 7.
Marqués del Valle, 679, 713.
Márquez, Juan, O. S. A., 127.
Martín, pbro., 349.
Martín, Andrés, 152.
Martín V, Papa, 431, 424.
Martín Jiménez, José, 251.
Martínez, Bartolomé, O. P., 148, 260.
Martínez, Hernando, 155.
Martínez, Pedro, S. J., 369.
Martínez, Sebastián, O. S. A., 126.
Martínez Berrio, Alonso, 156, 171.
Martínez Fontes, José, 272.
Martínez de Jarava, Antonio, 235.
Martinho, Obpo., 465.
Martini, Martín, S. J., 453.
Mártir, de Angleria, 213.
Mártires, pueblo, 90.
Marruecos, 6, 409, 413, 419, 421.
Mascarenhas, Jorge, 454.
Mascarenhas, Pedro, 463, 469, 478-79.
Mascareñas, embaj., 493.
Mascaró, Jaime, S. J., 110-11.
Mascate, lugar, 436.
Maseo, Fr., O. F. M., 466.
Massa, Cristóbal Colombi de, O. F. M. Cap., 40.
Massanes, Juan T., O. P., 187-88, 192.
Mastrili, 138.
Mata, Antonio de, O. P., 454, 468.
Matalino, isla, 41.
Matalotaje de misioneros, 53-74.
Matelo, lugar, 573.
Mateos, Francisco, S. J., 75-121, 208, 278-364, 417-481, 564.
Matías, Obpo. arm., 458.
Matienzo, Dr., 55, 366.
Mato, pueblo, 149.
Matos, Obpo., 135.
Mauritania, 317.
Mayambang, pueblo, 269.
Maza, P., O. P., 265.
Mazagán, lugar, 419.
Mbaegin, Ignacio, 104.
Mbaeraguá, Francisco, 111.
Mbarbarí, Miguel, 104.
Mbarbarí, Isidro, 104.
Mbotobí, lugar, 91.
Meaco, 358-59, 578-81, 635.
Meca (La), 432, 613.
Medeiros, Gonzalo de, S. J., 305.
Medina, J. Toribio, 208.
Medina del Campo, 282.
Medina Sidonia, duques de, 11, 245, 255.
Mediterráneo, mar, 13.
Mejía, Francisco, O. P., 258, 268.
Méjico, 65, 94, 126, 135, 151, 186, 192, 230, 241, 270, 280, 348, 388-392, 408, 563, 677.
Melchor, rey mago, 697.
Meléndez, Andrés, O. P., 258, 271.
Meléndez, Juan, O. P., 244, 247, 249, 251.
Melgarejo, Pedro, O. F. M., 65.
Meliapur, 311-17, 319-21, 346, 450, 462, 502.
Melinde, 428-29, 434, 531, 543-44, 599-600.
Melique-Iaz, 442.
Melo, Francisco de, 465.
Melo Coutinho, Martín Alfonso, 353.
Mena, Felipe de, 108.
Mena, Francisco de, O. F. M., 279, 385.
Menacho, Bartolomé, 164, 171, 173.
Mendavia, Francisco de, O. S. H., 61, 71.
Mendes de Vasconcelos, Diego, 440-41.
Méndez Pinto, 499, 503.
Mendieta, Jerónimo de, O. F. M., 218, 230-31.
Mendoza, Antonio de, virrey, 280, 349-50, 450.
Mendoza, Domingo de, O. P., 377-78.
Menéndez Márquez, Pero, 69.
Meneses, García de, 337.
Meneses, Duarte, 461,-62.
Meneses, Jorge de, 448.
Meneses, Tristán de, 446.
Mercedarios, 68, 69, 74, 171, 178-79, 246, 366, 369-82 *passim*, 714, 716.
Mercurian P., S. J., 204.
Merino, Manuel, O. S. A., 124-39, 280, 393, 529-591.
Mesa Ximénez, O. P., 246.
Mesía, gral., 11.
Mesina, puerto, 31.
Mesopotamia, 6.
Mesurado, cabo, 422.

Mexía, P. O. P., 256.
Miaco, 629.
Migolla, Alonso de, 152.
Miguel, brahman, 458.
Milán, 11, 143, 701.
Millares Torres, Agustín, 239-40.
Minaya, pueblo, 283.
Mindanao, isla, 135, 138, 349, 473, 567.
Mindanaos, moros, 131.
Minuanes, indios, 93.
Miquel, Francisco, pbro., 187-88.
Miranda, Antonio, O. S. A., 126.
Miranda de Acevedo, Antonio, 446.
Miyaco: ver Meaco.
Mocaglieri, Juan de, O. F. M. Cap., 25.
Mocobíes, indios, 88.
Moche, pueblo, 149.
Mogadiscio, ciudad, 429.
Mogador, 419.
Moisés, prof., 135.
Mojos, 208.
Molina, Domingo de, O. P., 256.
Molina, Lorenzo, O. S. A., 132.
Molina, Luis de, 447.
Molina, Luis de, S. J., 717.
Molucas, islas, 279-313 *passim*, 328-35 *passim*, 350, 355, 417, 443-452, 470-71, 476, 481, 545, 558-68, 612-16, 619, 640.
Mombaza, ciudad, 428, 432.
Momoia, ciudad, 470-71.
Mondoñedo, 415.
Mondragón, Pedro de, O. F. M., 388.
Monegrillo, Antonio de, O. F. M., Cap., 48.
Monópoli, región, 234-37.
Monopolitano, 244-46, 235-39; ver López, Juan, O. P.
Monsalve, Diego de, 207.
Monserrat, monast., 218.
Monserrat, Antonio, S. J., 273.
Montano, capt., 50.
Montañés de Camargo, Pedro: ver Nusdorffer.
Monte, Pedro del, O. F. M., 56.
Monte Grande, lugar, 93, 96-98, 104.
Monterrey, conde de, 162.
Montesinos, Juan, O. de M., 369.
Montesuma (Moctezuma), 687-88.
Montevideo, 75-78, 87, 102, 109, 115, 119.
Monzón, oidor, 155.
Monzón, pueblo, 70, 369.
Mora, Melchor de, S. J., 283.
Morán, Manuel de, S. J., 290, 296, 307-8, 310-13, 321, 325-26, 356.
Morales, Juan Bta. de, O. P., 263.
Moreno, Fernando M.ª, S. J., 586.
Moreno, Juan, 462.
Moro, islas del, 293-97, 300, 470, 472, 505, 518, 564-67, 614, 641.
Morón, Melchor de, O. de M., 180.
Mortier P., O. P., 189.
Moscoso, Cardenal, 50.
Móstoles, Francisco de, O. de M., 68, 72, 369, 379.
Motilones, territ., 165.
Motolinia: ver Benavente, Toribio.
Moyobamba, 142-148 *passim*, 159, 164-65, 169-171, 173, 176-78.
Mozambique, 285-86, 307, 326, 355, 406, 418, 426-434, 444, 531, 533, 535, 539, 541-43, 598-99.
Mozambique, Diego de, 343.
Muni, territ., 411.
Muñiz, Pedro, pbro., 145, 155, 157, 164, 172.
Muñoz, Alonso, O. de M., 369.
Muñoz, Alonso, 716.
Murcia, 85.
Muriel, Domingo, S. J., 421.
Murillo P., S. J., 136-37.
Museo del Prado, Madrid, 7, 8.

N

Nacaycuyú, arroyo, 100.
Nagapatán, 557.
Nagasaki, 395, 530-31, 579.
Naichile, indio, 615.
Nájera, duque de, 33.
Napacpacan, pueblo, 272.
Nápoles, 247.
Naranjos, pueblo, 178.
Nasiping, pueblo, 260.
Natal, río, 427.
Nar, pueblo, 551.
Narsinga, 440, 442, 460.
Nasalandia, 542.
Nasalón, 503.
Nava del Rey, pueblo, 187.
Navalafuente, pueblo, 282.
Navarra, 8, 9, 15, 19, 21, 529, 703-4.
Navarra, prov. O. F. M. Cap., 24-25.
Navarrete, Bto. Alonso, O. P., 260.
Navarro, Eduardo, O. S. A., 124-25.
Navarro Azpilcueta, 475, 485-86.
Navidad, fuerte, 216.

Navidad, puerto de, 349.
Nebrija, pueblo, 496.
Negro, cabo, 423.
Negro, río, 76, 88.
Negroponto, 191.
Neto, Pedro, O. F. M., 466.
Nicaragua, 58, 61, 66, 71, 74, 367, 449.
Nicolao V, Papa, 421.
Nicolás, Hno., S. J., 568.
Nicolás, rey, 85.
Niebla, pueblo, 238, 245.
Nierember, Eusebio, S. J., 304.
Nieva, Francisco de, O. S. A., 132.
Nieves, isla, 11.
Niger, río, 38, 422.
Ninaquispe, estancia, 149.
Ningpó, 453.
Ninxit, bonzo, 630.
Niños misioneros, 662,64.
Nitria, región, 137.
Nochera, Duque de, 15, 21.
Nola, Jenaro de, O. F. M. Cap., 86.
Nombre de Dios, región, 61, 66, 69, 71.
Noreña, Jerónimo, O. S. A., 130.
Noreña, Pedro, 504.
Normandía, prov. O. F. M. Cap., 29.
Noronha, Alfonso de, 338.
Noronha, García de, 465.
Noroña, Diego de, 495.
Noruega, 697.
Nucibel, lugar, 473.
Nuestra Sra. de Ajuda, 444.
Nuestra Sra. de la Annunziata, 461.
Nuestra Sra. de la Antigua, 225.
Nuestra Sra. de Atocha, galeón, 11.
Nuestra Sra. de Belén, 531.
Nuestra Sra. do Cabo, 444.
Nuestra Sra. de Conceiçao, 444.
Nuestra Sra. de Consolación, 244.
Nuestra Sra. de Guadalupe, 444.
Nuestra Sra. de la Luz, 444.
Nuestra Sra. del Mar Cautiva, 274.
Nuestra Sra. de Misericordia, 444.
Nuestra Sra. do Monte, 444.
Nuestra Sra. da Piedade, 444.
Nuestra Sra. do Rosario, 444.
Nuestra Sra. da Serra, 443-44, 461.
Nuestra Sra. de Teporica, pueblo, 45.
Nuestra Sra. de la Victoria, nao, 69.
Nueva Andalucía, 368.
Nueva Cáceres, 135.
Nueva España, 37, 54-71 *passim*, 138, 228, 242, 280, 309, 348-51, 367-69, 385, 388, 395, 398-401, 409, 447, 449
Nueva Granada, 242, 250, 253.
Nueva Guinea, 298, 349, 560.
Nueva Segovia, 69, 264.
Nuevo Reino de Granada, 60-69 *passim*, 382, 385.
Nuez Caballero, Antonio de la, 4c8.
Numancia Americana: ver Caibaté.
Nun, cabo, 420, 424.
Nunes, Baltasar, S. J., 291, 3c6-7, 333.
Nunes, Duarte, O. P., 465.
Nunes, Julián, 464.
Nunes, Nicolás, S. J., 291, 293, 295, 302, 306-7.
Nunes Barreto, Juan, 282.
Nunes Barreto, Melchor, S. J., 321-22, 344.
Núñez, Baltasar, S. J., 555, 571.
Núñez, Juan, S. J., 555.
Núñez de Balboa, Vasco, 223, 225, 227.
Nusalaut, isla, 615.
Nusdorffer, Bernardo, S. J., 103, 109, 115-16.

Ñ

Ñenguirú, Nicolás, 90, 93, 97, 98, 102.

O

Obando, Cristóbal, indio, 104.
Obertos de Valeto, Albar, 239.
Obi, islas, 560.
Ocaña, villa, 54, 366.
Oceanía, 417.
Ocio, Hilario de, O. P., 259-274.
Ochoa Iglesias, Antonio, 413.
Ogané, rey, 423.
Ogmuc, pueblo, 134.
Olivares, conde duque de, 13-14, 21-22.
Oliveira, Roque de, S. J., 327, 329-31, 333, 335, 655, 665.
Olivaneza, pueblo, 282.
Olmeda, pueblo, 283.
Olleros, pueblo, 178-79.
Omagua, 165.
Omoro: ver Moro, islas.
Omura, 364.

Onor, pueblo, 432, 440.
Oquendo, Antonio de, 11.
Orden:
de San Agustín: ver Agustinos.
de Santo Domingo: ver Dominicos.
de San Francisco: ver Franciscanos.
Mercedaria: ver Mercedarios.
de Predicadores: ver Dominicos.
Orden Tercera de San Francisco, 680.
Ordenes militares, 9, 11, 12.
de Cristo, 420, 457, 464.
Orellana, adelant., 368.
Orendain, Santiago, 125.
Orfanell, Jacinto, O. P., 185.
Oriong, pueblo, 265-66.
Oriz, pueblo, 8, 9, 11.
Ormuz, 363, 418, 426, 436-37, 443, 461-62, 481, 507, 514, 531, 671-72, 703.
Orsini, Vicente, O. P., 189.
Orsúa, Pedro de, 165.
Ortega, Francisco de, O. S. A., 69.
Ortiz de Zárate, Pedro, 63.
Osorio, Diego de, O. P., 369.
Osorio, Jerónimo, 477-78.
Ossorio, Tomás Luis, 93.
Osuna, Francisco de, O. F. M., 367.
Ovando, 216.
Ovidio, 136-37, 327.
Oviedo, Andrés de, S. J., 281-82, 284, 303.
Oviedo, Antonio de, O. F. M. Cap., 26, 45.

P

Pacasmayo, 149.
Pacem, ciudad, 438, 441.
Pacífico, mar océano, 225, 349, 531.
Pacheco, Alonso, S. J., 283.
Pacheco, Duarte, 459.
Pacheco, Juan, 464.
Pacheco, Pedro, 283.
Padrão, cabo, 423-24.
Padráo, Antonio de, O. F. M., 463.
Padrón, pueblo, 415.
Páez, Esteban, S. J., 283.
Páez, Pedro, S. J., 283.
Paiva, Alfonso, 426.
Paiva, Cosme de, 511.
Paiva, Francisco de, 337.
Pajares, Miguel, O. P., 194.
Palacio de Artieda, pueblo, 8 .
Palafox, Obpo., 138.
Palaos, islas, 124, 136-37.
Palermo, 31.
Palestina, 6, 525.
Paliano, lugar, 40.
Palma de Mallorca, 189.
Palma del Río, pueblo, 245.
Palo, pueblo, 130.
Pallás, Francisco de, O. P., 194.
Pallasca, pueblo, 148.
Pampanga, prov., 125.
Pampas (Las), 151.
Pamplona, 8, 9, 11, 21-23. 85, 486-87, 681, 704.
Pamplona, conv. O. F. M. Cap., 23.
Pamplona, Francisco de, O. F. M. Cap., 5-51, 405-6.
Panamá, 14, 40, 57-59, 62-72 *passim*, 147, 151, 447, 449.
Panané, ciudad, 432.
Pancrudo, Marcos, S. J., 282.
Pando, Juan José, 76.
Pane, Ramón, O. S. H., 218.
Pangasinán, prov., 186, 259-62, 268-69, 271, 273-74.
Pangím, pueblo, 439, 444.
Panigay, Bartolomé, S. J., 85, 86.
Paniquí, pueblo, 269.
Panlong, isla, 137.
Pantoja, Diego, S. J., 283.
Paraguay, 75, 121.
Paraguay, prov. S. J., 76-121, *passim*.
Paraná, río, 89, 105, 107, 109.
Parañaque, pueblo, 126.
Paravas, indios, 603.
Pardo, río, 76, 82, 89, 95, 101, 114, 117, 119.
Pardo, Antonio, O. S. A., 138.
Pareja, Diego, S. J., 282.
París, 6, 32, 137, 207, 433-35, 484-86, 498, 522, 529, 706.
Parra, Bernabé de la, O. P., 245.
Parra, Domingo de la, O. P., 73.
Parra, Pedro, S. J., 282.
Pasaje de misioneros, 53-74.
Pasamonte, Esteban de, 366.
Pascual, Gonzalo, S. J., 282.
Pasig, pueblo, 125, 126.
Paso del Rosario, pueblo, 102.
Pastells, Pablo, S. J., 75-84 *passim*, 94, 96, 101-2, 109112, 115-16, 118-21.
Pata, pueblo, 260.
Pativilca, pueblo, 151.
Patrón, Nicolás, 101-2, 105, 109, 112.
Patronato Regio Español, 40, 150, 227-29.
Patronato Regio Portugués, 530, 533.
Paulo, físico, 212.
Paulo, guzarate, 353.

Paulo, Micer, S. J., 286-87, 313, 347, 433-34, 444, 451, 534, 543, 549, 597, 669.
Paulo III, Papa, 295, 303, 321, 465, 477, 479.
Pavía, 10.
Paz, Bernardo de, 394.
Paz, Liem de la, O. P., 187.
Pedir, ciudad, 438, 441.
Pedrarias, Dávila, 225, 226.
Pegú, isla, 332, 438, 441, 443, 476, 481, 648.
Peixoto, Antonio, 454.
Pekín, 345, 452-53.
Penteado, Alvaro, 462.
Peña, Pedro de la, O. P., 268.
Peña Montenegro, Alonso de la, 415-16.
Peralta, pueblo, 25.
Perea, Nicolás de, O. S. A., 280.
Peregrinantes pro Cristo, 233.
Pereira P., S. J., 15, 16.
Pereira, Diego, 281, 329, 338, 344, 464, 494, 570, 584-87.
Pereira, Vicente, S. J., 299.
Perelada, conde de, 80-83.
Peres de Andrade, Fernando, 452, 454.
Perestrelo, Rafael, 452.
Pérez, Andrés, O. S. A., 388.
Pérez, Francisco, S. J., 277, 299-300, 307-8, 310, 324-346, 363, 521, 587-90, 656.
Pérez, Hernán, 61, 62.
Pérez, Lorenzo, O. F. M., 395.
Pérez, Pedro Nolasco, O. de M., 370.
Pérez de Rivas, P., 230.
Perico, isla, 59.
Perpiñán, Miguel, O. S. A., 131.
Persia, 6, 436, 458, 462, 468, 481.
Pertusa, Vicente, O. P., 190.
Perú, 66-72 *passim*, 144, 165, 207, 223, 242, 369, 379, 401, 449.
Perú, prov. O. P., 248.
Pesquería, costa de la, 279, 310, 315, 334, 343, 346, 418, 476, 492, 507-8, 515, 546-48, 550-51, 557, 603, 605, 607, 612, 641, 656, 703.
Petiliano, hereje, 128.
Pezellín, Reginaldo, O. P., 253.
Pezzano, M., S. J., 304-305.
Piacenza, Dionisio de, O. F. M. Cap., 37.
Picardo, Dr., 606.
Piedad, prov. O F. M., 278.
Pieres, Pedro, O. P., 237.
Pinheiro, Antonio, Obpo., 478.
Pinheiro, Diego, 464.
Pimentel, Manuel, 10.
Pinda, puerto, 35.
Pinelo, Francisco, O. P., 261.
Pinelo, León, 143, 145, 146, 157, 159-60, 162, 175, 178.
Pinto, Andrés, S. J., 345.
Pío X, Papa, 197, 643.
Piratini, río, 100, 106, 107.
Pires, Sebastián, 464.
Pires, Tomé, 452-453.
Piura, Depart., 148.
Pizá, Bartolomé, S. J., 106, 113, 114.
Pizarro, Francisco, 230, 366, 450.
Plattner, Félix Alfredo, 530-31, 533, 538, 540-41, 559.
Pobladura, Melchor de, O. F. M. Cap., 29-31, 38, 41, 42, 45, 47.
Pobre de Zamora, Juan, O. F. M., 394-402.
Poderoso, río, 423.
Polanco, Juan Alfonso, S. J., 277-78, 293-301 *passim*, 312-13, 321-23, 342-43.
Polo, Eusebio, O. S. A., 126.
Polo de Ondegardo, 207.
Pombal, Marqués de, 84, 102, 115-16.
Ponce, Luis, 15, 21.
Ponce de León, 266.
Ponsgrau, Pedro M., O. P., 193-94, 197.
Pontevedra, 37, 47, 284.
Póo, Fernando, 422.
Popayán, 407, 415.
Portillo, Arzbpo., 241.
Porto (Oporto), 199, 278.
Portocarrero, Cardenal, 82, 87.
Portugal, 38, 76, 79, 85, 87, 96, 102, 110, 116-18, 199, 204, 210, 272, 278-82, 284-87, 304-313 *passim*, 406, 418-427 *passim*, 433, 442, 447-59, 462, 465-68, 480, 483-534, 594-95, 598, 615, 632, 707.
Porres, Martín de, O. P., 249.
Pousines P., S. J., 199, 202.
Prado, Bartolomé de, O. F. M. Cap., 44, 45.
Prado Osorio, gral., 11.
Predio, Guillermo de, O. F. M., 64, 378.
Preste Juan, 423, 426-27, 650.
Príncipe, isla del, 16, 36, 422.
Procurador de las Misiones, 33.
Protacio, japonés, 693.
Protector de indios, 135.
Puerta del Sol, Madrid, 22.
Puerto Rico, 12, 48, 49, 59.
Puerto de Santa María, 235, 238, 266.
Puertovelo, 26.
Punicale, 308-9, 315, 341, 435, 509, 547, 551, 554, 603, 659, 666.
Puyol, Julio, 32.

Q

Quadros, Antonio de, S. J., 342-45.
Quevedo, Juan, O. F. M., 226.
Quiloa, ciudad, 428, 430, 431.
Quilón: ver Coulão, 667.
Quintero, P., pbro., 171.
Quirós, Paulino, O. P., 246.
Quito, 148, 415, 416.

R

Rábago, P., S. J., 81-86.
Radillo de Arce, Diego, 49.
Raja, Alí, 341.
Ramírez, 281.
Ramírez, Bernardino, 154.
Ramírez, Pedro, S. J., 282.
Ramiriquí, lugar, 250, 252.
Raón, José, 130.
Redín, pueblo, 8, 9, 11.
Redín, Carlos de, 8, 9.
Redín, Juan de, 8.
Redín, María de, 8.
Redín, Martín de, 9, 10, 12, 15.
Redín, Miguel Adrián de, 9-12.
Redín, Tiburcio de, 405, 406.
Redín y Cruzat, Tiburcio de: ver Pamplona, Francisco de, O. F. M. Cap.
Redondo, Bartolomé, S. J., 305.
Reina, Sebastián de la O. S. A., 280.
Remesal, Antonio, O. P., 378.
Renacimiento, 209, 419.
Rentería, villa, 36.
Requerimiento, 226.
Retana, Pedro, 69.
Retolaza, Juan Manuel de, 76.
Reu, Cristóbal, 104.

Revistas:

Anais de Bibliot. Nac. do Rio Janeiro, 77.
Analecta Ord., F. Min. Cap., 28.
Analecta S. Ord. Predic., 240.
Analecta Sacra Tarraconensia, 188.
Archivo Ibero-Americano, 395.
Boletín Comisión de Monumentos de Navarra, 24, 25.
Boletín de la Real Acad. de Buenas Letras de Barcelona, 195.
Broteria, 534.
El Siglo de las Misiones, 534.
Erudición Ibero-Americana, 395.
España Misionera, 658.
Estudios Franciscanos, 29, 670.
Miscelanea Comillas, 150, 593.
Missionalia Hispánica, 33, 79, 123, 125, 128, 141, 145, 147, 148, 208, 244, 246, 280,564, 662, 665.
Revista de Historia (Universidad de La Laguna), 240.
Revista de Indias, 116.
Studia missionalia, 199.

Reyes, Ciudad de los (Lima), 58.
Reyes Católicos, 209-231.
Reyes Magos, 698.
Ribadeneira, Juan de, O. F. M., 63.
Ribandar, pueblo, 444.
Ribero, P., S. J., 568.
Ribeiro, Antonio, 200.
Ribeiro, Cristóbal, S. J., 299, 301.
Ribeiro, Nuño, S. J., 291, 293, 297, 336.
Riccioli, P., S. J., 540.
Rincón de Valdés, lugar, 75, 77.
Río, Cristóbal del, O. F. M., 367, 378.
Río Grande, 61, 67, 78, 85 ,95-96, 109, 119.
Río de Janeiro, 76, 77, 80, 118.
Río de la Hacha, 250.
Río de Oro, 420.
Río Pardo, lugar, 80.
Río de la Plata, 53, 62, 68, 79, 82, 89, 110, 120.
Río Negro, 75.
Rionegro, Froilán de, O. F. M. Cap., 37, 41, 43, 46, 48.
Ripoll, 413.
Ripoll, Tomás, O. P., 184, 188-90.
Ritos Chinos, 265.
Riu-Kiu, isla, 438, 454.
Riva, Gabriel de la, O. P., 259, 272-73.
Riva Herrera, Martín de la, 165.
Rivadeneira, Marcelo de, O. F. M., 394.
Rivet, Paul, 207.
Roa, Martín de, O. P., 251.
Robles, José de, O. P., 62.
Rocafort, marqués de, 196.
Roda, Juan de, O. F. M. Cap., 24.
Rodas, isla, 426.
Rodesia, 542.
Rodezno, conde de, 405.
Rodrigo, Fr., O. P., 459.

Rodrigues, Bernardo, S. J., 340-41.
Rodrigues, Francisco, S. J., 199, 205, 278, 281, 475, 477-79, 481.
Rodrigues, Gaspar, S. J., 313, 316.
Rodrigues, Gonzalo, S. J., 343, 363, 501.
Rodríguez, Juan, S. J., 282.
Rodríguez, Simón, S. J., 284-86, 290, 294, 304-305, 323, 325, 333, 335, 354-55, 363-64, 435, 451, 453, 478-81, 490-91, 520, 526, 556, 571-74, 581, 588, 594-96, 605, 647-54, 662, 666-67.
Rodríguez, Vicente, 155-56.
Rodríguez de Castelo Branco, Fernando, 470.
Rodríguez Gamboa,, Juan, O. P., 258, 269-70.
Rodríguez de la Serna, Luis, 170.
Rodríguez Valencia, Vicente, pbro., 142-181.
Rodríguez Villa, A., 15, 21, 24.
Roger, Juan, 411.
Rojas, Diego de, 144, 165, 167-68, 171, 173.
Rojas, Francisco de, 306.
Rojel, Pedro Juan, S. J., 369.
Rojo, mar, 426, 231, 437, 442.
Rojo, Juan, S. J., 282.
Roma, 6, 29, 33, 40-49, 82-87, 116, 137, 150, 188-89, 204, 240, 244, 277-78, 304-5, 310, 348, 382, 388, 391, 395, 406, 424, 458, 464, 476, 480, 487-90, 493, 506, 518, 522-547 *passim*, 566, 594, 599-605, 615, 619, 646, 649-50, 671-72, 692.
Roma, Juan Francisco de, O. F. M. Cap., 39.
Romero, Santiago, O. P., 259, 273-74.
Roncal, 485.
Ronda, villa, 262.
Rosal, Francisco del, O. P., 258, 269.
Rosario, lugar, 113.
Rosario, convento del, Lima, 243.
Rosario, Juan del, O. P., 468.
Rosario de Santa Fe de Bogotá, 250.
Rosel, Isabel, 303.
Rospigliosi, 406.
Royo, Joaquín, O. P., 194.
Ruiloba, pueblo, 273.
Ruy Gonçalves Carminha, 281.

S

Sa, García de, 359.
Saavedra, Alvaro de, 448, 449.
Saboya, 487.
Sacchino P., S. J., 199, 202.
Sacoeje, lugar, 428.
Saenz, Diego, O. P., 193.
Saenz de Aguirre, 150.
Safim, pueblo, 419.
Sagarriga, Juan, 196.
Sahagún, Bernardino de, Inst., 411.
Sahara, 413.
Sal, isla de la, 447, 448.
Salamanca, 127, 193, 370, 394, 706.
Salas, Diego de, 94, 96, 98-100, 104, 106.
Salasa, lugar, 271.
Salcedo, Gobernd., 99.
Salcedo, Bernardino de, O. F. M., 71.
Saldanha, lugar, 437.
Salgado, Fernando, 128.
Salguero, Juan, 152.
Salsete, isla, 283.
Salto de Uruguay, lugar, 119-121.
Salucio, Agustín, O. P., 250.
Salvador, puerto, 63.
Salvador, Luis de, O. F. M., 460, 466.
Salvador, Tomás, O. P., 188.
Salvanés de S. Jacinto, José, O. P., 259.
Samar, isla, 130, 265.
Samboangan, 131.
Samorí, rey, 429, 431.
Sampedor, pueblo, 197.
San Agustín, 126-129, 135.
San Agustín, lugar, 91, 523.
San Agustín, Gaspar de, O. S. A., 136, 138.
San Agustín de Cajacay, pueblo, 153.
San Andrés de Lamellín, pueblo, 149.
San Angel, pueblo, 90, 100-1, 106, 108, 113-14, 117, 118.
San Antón, isla, 447, 448.
San Antonino, provincia, O. P., 251.
San Antonio, 63.
San Antonio, galeón, 265.
San Antonio, pueblo, 90, 91.
San Antonio del Prado, conv. O. F. M. Cap., 34, 51.
San Antonio el Viejo, lugar, 88.
San Bartolomé de Salamanca, col. 415.
San Bercio, 691.
San Bernardino, conv. O. F. M., 395.
San Blas, golfo de, 424.
San Borja, pueblo, 97, 106, 110, 112, 116.
San Brandao, lugar, 425.

San Buenaventura, Alonso de, O. F. M., 63.
San Buenaventura de Tarena, poblado, 45.
San Calixto, col., S. J., 208.
San Carlos Borromeo, 143.
San Cernín, iglesia de, 91.
San Cristóbal, isla, 12.
San Cristóbal, navío, 424.
San Cristóbal de Huañec, pueblo, 150.
San Dióscoro, 691.
San Edebardo, 697.
San Edilberto, 697.
San Eduardo, 697.
San Emerico, 693.
San Estanislao, 693.
San Esteban, rey, 697.
San Esteban de Salamanca, conv. O. P., 275.
San Etmundo, 697.
San Fabián de Angulo, pueblo, 268.
San Felipe, galeón, 395.
San Felipe Diácono, lugar, 425.
San Francisco de Asís, 6, 63, 396, 399, 681.
San Francisco Javier, 22, 138, 200, 277-394, 417-717 *passim*.
San Francisco Solano, 63, 144, 241.
San Gabriel, navío, 427.
San Gabriel, prov. O. F. M., 394.
San Gabriel del Parián, Hosp., 27c, 272.
San Gerónimo: ver San Jerónimo.
San Gregorio, lugar, 424.
San Gregorio, conv. O. P., 242, 244, 245, 254, 256.
San Gregorio, Antonio de, O. F. M., 56, 396.
San Grutano, 697.
San Hermenegildo, 693.
San Ignacio, pueblo, 98.
San Ignacio Guazú, pueblo, 112.
San Ignacio de Loyola, 203, 277-364 *passim*, 418, 433, 445-56, 477-79, 487-598 *passim*, 605, 616, 622, 644, 657, 660, 674, 677-717.
San Ignacio, mártir, 285.
San Jacinto, pueblo, 252, 268.
San Javier, pueblo, 90, 97, 102.
San Jerónimo, 135, 152, 208, 327, 705.
San Joan, Salvador, 196.
San Jorge, islas, 428.
San Jorge de Mina, castillo, 422.
San Josafat, 693, 697.
San José, pueblo, 97.
San José, prov. O. F. M., 56, 394.
San Juan, isla, 54.
San Juan, pueblo, 90, 98, 100-1, 108-112, 118-120, 241.
San Juan, Juan de, O. P., 240.
San Juan Bautista, 698.
San Juan Bautista, prov. O. P., 243, 250, 253.
San Juan Clímaco, 402.
San Juan de Letrán, col. O. P., 271.
San Juan del Monte, pueblo, 266-67.
San Juan de Puerto Rico, 59, 66, 74.
San Justo, 691.
San Ladislao, 697.
San Lázaro, mal de, 546.
San Lorenzo, isla, 326, 438.
San Lorenzo, pueblo, 69, 89, 90, 98, 100-4, 110, 113-115.
San Lorenzo del Escorial, 84, 86, 250.
San Lorenzo de Huachopampa, pueblo, 149.
San Lucio, 697.
San Luis, rey, 697.
San Luis, pueblo, 89, 90, 95, 96, 98, 112.
San Luis Beltrán, 185, 241, 251.
San Luis Gonzaga, 692, 717.
San Luis de Guari, pueblo, 148.
San Martín, isla, 12.
San Martín, pueblo, 98.
San Martín, Andrés de, 447.
San Martín, Pedro de, O. P., 368.
San Mauricio, 694.
San Máximo, 691.
San Miguel, pueblo, 88-91, 95, 98-102, 106-7, 113, 115, 116, 119.
San Miguel, Juan de, S. J., 286, 306.
San Miguel Arcángel, 566, 684.
San Miguel de Chuy, fuerte, 77.
San Miguel de Torcapa, pueblo, 152-53.
San Nicolás, pueblo, 90, 100, 106, 112-116.
San Olabo, 697.
San Pablo, 418, 527, 549.
San Pablo de Córdoba, conv. O. P., 258.
San Pablo de Ecija, conv. O. P., 251.
San Pablo de Goa, col. S. J., 299-300, 327.
San Pablo de Manila, conv. O. S. A., 123-125, 129, 393.
San Pablo de Piscobamba, pueblo, 150.
San Pablo de Sevilla, conv. O. P., 235-37, 258, 363-385.
San Pancracio, 691.
San Pantaleón, navío, 424.
San Pastor, 691.
San Pedro P., O. P., 267.
San Pedro Bautista, 138, 395.
San Pedro Mártir, conv. O. P., 269.
San Pedro de Piscobamba, pueblo, 150.
San Pelayo, 691.
San Rafael, navío, 427, 429.

San Raimundo de Peñafort, 190.
San Ricardo, 697.
San Saturnino, iglesia de, 9.
San Sebbo, 697.
San Segismundo, 697.
San Silvestre, lugar, 424.
San Simón, 691.
San Telmo de Cavite, pueblo, 193, 263, 267-68.
San Usbaldo, 697.
San Vicente, Isidoro de, O. P., 72.
San Vicente y San Ramón, col. O. P., 189.
San Vito, 691.
Sanctis, Dionisio de, O. P., 242, 245-46.
Sancho, Basilio, 126.
Sancho de Sopranis, Hipólito, 233-275.
Sanchón, isla, 298-99, 339-40, 364, 453, 587-590.
Sanjurjo, Obpo., 184.
Sanlúcar de Barrameda, 11, 61, 26, 55-60, 259, 382 ,284, 285, 446.
Sans, Ildefonso, O. P., 185.
Sans, Inés de, 185.
Sans, Pedro M., O. P., 194.
Santa, pueblo, 148-49.
Santa Agata Feltria, Arsenio da, O. F. M. Cap., 7.
Santa Bárbara, pueblo, 424.
Santa Catalina, cabo, 422-423.
Santa Catalina, isla, 120.
Santa Catalina, pueblo, 95, 96, 119.
Santa Catalina, V. M., conv. O,. P., 185, 187-88, 192.
Santa Catalina de Jaén, col., 255.
Santa Clara, 72, 681.
Santa Clara, Ignacio ,196.
Santa Cruz, Baltasar de, O. P., 264.
Santa Cruz la Real, col. O. P., 255.
Santa Cruz de la Sierra, pueblo, 62, 68.
Santa Elena, isla, 427.
Santa Fe, pueblo, 366.
Santa Fe, Antonio de, 590.
Santa Fe, Pablo de, S. J.,353, 355, 357-58, 455-56, 570-79, 621-24, 632-661 *passim*.
Santa Inés, pueblo, 149.
Santa María, islas, 429.
Santa María, nao, 62, 683.
Santa María, Domingo de, O. P., 241.
Santa María, Juan de, O. P., 258, 261.
Santa María de Jesús, conv. O. F. M., 382.
Santa María la Mayor, pueblo, 90.
Santa Marta, reino de, 61, 62, 68, 367.
Santa Sede, 406.
Santa Tecla, lugar, 76, 78, 85, 88, 89, 101, 119.
Santa Teresa, 513.
Santacruz, Martín de, S. J., 286, 287, 305.
Santafé, pueblo, 81, 88, 119, 213.
Santander, 273.
Santángel, pueblo, 214.
Santarén, Juan de, 422.
Santarem, pueblo, 325, 426.
Santarromana, Jacinto, O .P., 188, 192.
Santiago, apost. 694.
Santiago, lugar, 97, 425.
Santiago, navío, 523.
Santiago, Amador de, O. F. M., 63.
Santiago, Bartolomé de, 208.
Santiago, Gregorio de, O. P., 242, 247-49.
Santiago, Juan de, O. F. M. Cap., 26, 32-36 664.
Santiago de Compostela, 275, 284, 415.
Santiago el Mayor, navío, 69.
Santiago de México, prov., O. P., 256.
Santiago de Yambrasbamba, pueblo, 150.
Santísimo N. de Jesús de Filipinas, prov., O. S. A., 388.
Santísimo Rosario de Filipinas, prov. O. P., 190, 192, 193, 241, 257-274.
Santísimo Rosario de Lima, conv. O. P., 247.
Santisteban, Jerónimo de, O. S. A., 280, 349, 350.
Santo Domingo, isla, 57, 59, 64, 72, 74, 348, 366, 376, 378.
Santo Domingo, navío, 30.
Santo Domingo de Cádiz, conv. O. P., 259.
Santo Domingo de Mama, pueblo, 148.
Santo Domingo de Manila, conv. O. P., 260-62, 265-66, 271.
Santo Domingo de Manresa, conv. O. P., 189.
Santo Domingo de Ocaña, conv. O. P., 259, 273, 275.
Santo Domingo de Osuna, conv., O. P., 245.
Santo Domingo de Payá, pueblo, 45.
Santo Domingo el Real de Jerez, conv. O. P., 233-275.
Santo Domingo el Real de Málaga, conv. O. P., 243.
Santo Domingo el Real de Murcia, conv. O. P., 245, 255.
Santo Domingo de Sanlúcar de Barrameda, conv. O. P., 243, 245-46, 255.
Santo Domingo Soriano, pueblo, 109.
Santo Domingo y San Pablo de Ecija, conv. O. P., 349.
Santo Domingo de Yungay, pueblo, 150. conv. O. P., 249.

Santo Tomás, apóst., 314-15, 320, 324, 434, 462.
Santo Tomás, Domingo de, O. P., 64.
Santo Tomás, Manuel de, O. S. A., 126.
Santo Tomás de Aquino, 255.
Santo Tomás de Sevilla, col. O. P., 255-56.
Santo Tomás de la Unión, pueblo, 274.
Santo Tomé, 601.
Santo Tomé, ciudad, 463, 507, 557-59, 570.
Santo Tomé, cristianos de, 668.
Santo Tomé, isla, 16, 36, 38, 422.
Santo Tomé, pueblo, 97, 100.
Santo Tomé, nao, 285.
Santo Toribio de Mogrovejo, 68, 138, 141-181, 247.
Santos, Angel, S. J., 593.
Santos, Manuel dos, Obpo., 478.
Santos Reyes del Parián, conv., O. P., 194.
Santoyo, Gabriel de, O. P., 254.
Sanz y Ortiz, Jerónimo, O. P., 194.
Saña, pueblo, 148, 149.
Sarmiento de Gamboa, 207.
Schurhammer, G., S. J., 277, 418, 454-55, 530, 534, 552, 599, 602-3, 615, 640-41, 645-47, 657, 668, 670, 677.
Schütte, José Francisco, S. J., 200-206.
Sebastián ,rey, 344, 697.
Sebli, rey ind., 697.
Sedeño, Mtro., O. S. A., 714.
Segismundo, don, 196.
Segovia, 15, 85, 371.
Seminarios mision., 670.
Senegal, río, 420-21.
Sepé, capit., 90-93, 102.
Sequeira, Ruy, 422.
Serra, Junípero, O. F. M., 192.
Serra y Postius, Pedro, 196.
Serra Geral, 93.
Serrano, Francisco, O. P., 195.
Serrano y Sanz, M., 165, 227.
Serrão, Francisco, 441, 445-446.
Sessa, Miguel de, O. F. M. Cap., 32, 33, 36.
Severino de Torres, Francisco, 162.
Sevilla, 11, 17, 19, 33, 36, 38, 45, 47, 53-64 *passim*, 72, 147, 172, 238, 246, 280, 347, 366, 381-390 *passim*, 394.
Sha de Persia, 460.
Shanghai, 576.
Shiki, 364.
Siam, 394, 438, 441, 443.
Sicilia, 9.
Sierra, Bartolomé de la, O. P., 242, 249-51.
Sierra Leona, 24, 421-22.
Sierra Parda, 423.
Siete Pueblos, 75-120 *passim*.
Silán, indio, 126.
Silva, Alfonso de, 504.
Silva, Duarte de, S. J., 363-364.
Silva, Feliciano de, O. P., 242, 246-47.
Silva, Juan de, O. F. M., 59, 69, 74.
Silva, Lorenzo de, O. S. A., 131.
Silva, Pedro da, 332, 336-37, 491, 493, 573-574.
Silva Rego, Antonio da, 444, 464-66, 468-70, 530, 605.
Silves, ciudad, 478.
Simbal, cacique, 149.
Singapur, 281, 292, 298, 339-40, 363-364, 559, 582, 586-87.
Sixto IV, Papa, 424.
Sixto V, Papa, 40.
Skal, Adolfo, S. J., 105, 107.
Soares, Cipriano, 306.
Soares, Juan, 338.
Soares de Albergaria, Lope, 432, 467.
Soares de Coimbra, Enrique, O. F. M., 466.
Sobrecasas, Juan Francisco, 94, 99.
Socoa, pueblo, 14.
Socotora, isla, 311, 313, 418, 434-46, 467, 477, 531, 544, 599-602.
Sofala, ciudad, 418, 426, 428, 430, 432, 436.
Sogor, pueblo, 131.
Solier, P., S. J., 199.
Solís, Francisco de, 303-4.
Solores, Manuel, O. S. A., 132, 137.
Solórzano, José, O. P., 258, 270.
Solórzano Pereira, 135.
Sonda, mar de, 560.
Soñó, lugar, 664.
Sorbona, 645.
Soria, Gaspar de, O. F. M. Cap., 40.
Soto, Domingo, O. P., 243.
Soto, Francisco de, O. F. M., 60, 70-71.
Soto, Hernando de, 230.
Soto, Miguel de, S. J., 105, 107.
Sotomayor, Pedro de, O. P., 243.
Sousa, Bernardino de, 295.
Sousa, Diego de, 286, 330.
Sousa, Domingo, O. P., 443, 464, 468.
Sousa, Fernando, 350, 563.
Sousa, Leonel de, 453.
Sousa, Martín Alfonso de, 433-34, 443, 469, 534, 543, 556, 570.
Souza P., S. J., 99.
Soveral, Diego de, S. J., 342.
Stech, Francis Borgia, O. F. M., 409-410.
Streit, Robert, 208.

Suárez, Antonio, O. P., 272.
Suárez, Bernardo, O. S. A., 131.
Suárez, Francisco, S. J., 69, 475.
Sudamérica, 151.
Suez, 426.
Sugala, pueblo, 471.
Suiza, 487.
Sumatra, 438, 441, 445, 560.
Suría, Jaime, 196.
Surquillo, pueblo, 148.

T

Tabité, río, 421.
Tagalog, pueblo, 265.
Tagoada, Francisco de, 152.
Tagui, pueblo, 126.
Tajo, río, 424-25, 430-31, 531.
Tamán, isla, 452-54.
Tambobon, pueblo, 126.
Tana, pueblo, 280, 302, 507.
Tanauan, pueblo, 131.
Tanegashima, isla, 454.
Tanganica, 542.
Tánger, 419-20.
Tarazona, 23, 24, 283, 405.
Taré, indio, 101.
Targa, ciudad, 478.
Tarí, Miguel, 104.
Tarlac, pueblo, 125.
Tartao, región, 622.
Tarragona, 188-89.
Tartaria, 394, 396.
Távara, Manuel de, S. J., 300, 301.
Távaros, indios, 615.
Tebaida, 137.
Teixeira, Manuel, S. J., 278, 281, 300, 345, 476, 480, 492, 495, 499, 501, 514, 530, 532, 535, 557, 582, 584, 590.
Terencio, 327.
Ternate, isla, 291-296, 299-302, 307, 349, 418, 446-50, 470-73, 531, 560-61, 564, 567, 615.
Teruel, Antonio de, O. F. M. Cap., 17, 20, 21, 23, 33, 51.
Teruel, José, S. J., 58.
Tiahuanaco, lugar, 207.
Tidor, 295, 351, 446-50, 470-72, 560.
Tierra Firme, 37, 55, 64-67.
Tierra Santa, 423, 529.
Tigre, arroyo, 81.
Timor, 438.
Tinjes, montes, 395.
Tisim, Juan, O. F .M., 219.
Titicaca, lago, 207.
Tobar, Santiago, O. S. A., 126.
Tocolaba, pueblo, 260.
Tocú, Fernando, 111.
Toledo, 85, 691, 705-6.
Toledo, Fadrique de,, 11.
Toledo, Francisco de, 158.
Tolo, pueblo y volcán, 295-96, 301.
Tolosa, Francisco de, O. F. M., 394.
Tomar, ciudad, 464.
Tondo, pueblo, 126.
Tonkín, reino, 183, 186, 193-95, 369, 371.
Toral, Francisco, O. F. M., 379.
Tormentas, cabo, 425, 540.
Toro, villa, 422.
Toro, Bartolomé, O. P., 251.
Tororretama, lugar, 77.
Toropí, río, 97.
Torquemada, Andrés de, 465.
Tortosa, 185.
Tortugas, islas, 445.
Torre, Fernando de la, 449.
Torres, Catalina de, 347.
Torres, Cosme de, S. J., 277, 280, 300, 333, 347-364, 451, 456, 564, 570, 572, 579-80, 582, 634, 641, 662.
Torres, Diego de, O. F. M. 378.
Torres, Juan de, 347, 448.
Torres, Miguel de, 343, 347, 349.
Torres, Pedro de, O. F. M., 71.
Torres de Mendoza, 217, 223, 280, 349, 350, 449.
Totopón, pueblo, 151-152.
Tournón, card., 265.
Tracia, 6.
Tratado de Tordesillas, 417, 427.
Travancor, 279, 308, 333, 439, 444, 447, 507, 550, 555-57, 571, 605, 641, 666, 703.
Travaria, Juan, O. P., 194, 269.
Trejo, Card., 30.
Tremblay, José le Crec du, O. F. M. Cap., 6, 7, 29.
Trento, 522.
Trichandur, pueblo, 554, 603.
Trigault, P., S. J., 541.
Trimborn, Hermann, 407.
Trinidad, isla, 51.
Trinidad, nao, 446.
Trinitarios, 246.
Tristán de Acuña, isla, 425.
Tristão, Nuño, 420.
Trujillo, ciudad, 147-49.

Trujillo, Juan, O. P., 258, 266.
Tucumán, 62, 68, 107, 207.
Tudela, 25.
Tudela, Francisco de, O. F .M. Cap., 23.
Tulag, pueblo, 261.
Tumbez, ciudad, 148, 366.
Tungking, 257.
Tunja, ciudad, 250, 252.
Turquía, 332.
Tuscia, 129.
Tuticorín, 308, 508, 511, 547-48, 551, 554, 603-606.
Tux, Carlos, S. J., 106, 112.

U

Uliasern, isla, 641.
Ulldecona, pueblo, 347.
Umaca, puerto, 395.
Unión Sudafricana, 542.
Unger P., S. J., 101, 103, 113.
Unhao, conde de, 84.
Universidades:
Alcalá, 474, 705.
Bandú, 653.
Barcelona, 184, 188.
Coimbra, 324, 474, 480.
París, 207, 474, 477, 606, 622, 644-45.
Salamanca, 243, 474.
Santiago de C., 415.
Santo Tomás de Manila, 186, 194, 257, 265, 368, 372.
Urdaneta, Andrés de, O. S. A., 350, 448-49.
Urgel, 186.
Uruguay, río, 76, 78, 101, 110-111, 119-120.
Urruña, pueblo, 309.

V

Vaca de Castro, 207.
Vacas, pueblo, 109.
Vaez, Melchor, 69.
Vaipun, isla, 466.
Valdelirios, marqués de, 75-89, 94-96, 101, 105, 117-121.
Valdemoro, pueblo, 283.
Valdenuño, Basilio de, O. F. M. Cap., 42.
Valdés, Lorenzo de, S. J., 282.
Valdivielso, Luis de, O. S. A., 379, 385.
Vale, Pablo de, S. J., 313.
Valencia, 185, 188-89, 250, 347.
Valencia, prov. O. F. M. Cap., 29, 39, 41.
Valencia, Angel de, O. F. M. Cap., 39.
Valencia, Martín de, O. F. M., 59.
Valenzuela, autor, 135.
Valenzuela, pueblo, 282.
Valera, Blas, 208.
Valignani, Ferrante, 199.
Valignano, Alejandro, S. J., 199-206, 278, 280, 282, 303, 321-22, 324, 327, 339, 342, 344, 346, 359-364 *passim*, 476, 480, 494, 507, 535-39, 545, 580.
Valparaíso, 14, 15, 21.
Valverde, Obpo., 71, 144.
Valladolid, 71, 242, 368-69, 385, 386, 706.
Valladolid, Gabriel de, 151.
Valle, Paulo del, S. J., 355, 526.
Valle del Cauca, 407-8 .
Valle de Huancabamba, 159.
Valles de Trujillo, 148.
Vallecilla, gral, 11.
Vaqueiro, Fernando, O. F. M., 465.
Vargas, Fernando de, O. P., 246.
Vargas, García de, O. P., 239.
Vargas, Juan de, 155.
Varnhagen, colec., 77-89, 104-5, 115, 117, 118, 120.
Vasco de Gama, 332.
Vaz, Andrés, 353.
Vaz, Antonio, S. J., 301.
Vaz, Miguel, 289, 306, 323, 464, 466, 470, 475-478, 510.
Vaz, Simón, 471.
Vaz de Sampaio, Lope, 463.
Vázquez, Juan, S. J., 281.
Vear, Fr., 486 .
Velázquez, Diego, 224.
Velho, Pedro, 496.
Velloso, Gonzalo, 471.
Vembar, ciudad, 308, 313.
Venecia, 31, 85, 278, 421, 458, 529, 707.
Veneciano, Juan, 152.
Venezuela, 49, 59, 66, 367.
Ventayol, Magín, O. P., 191, 194.
Vera, Pedro de, 235-38, 240.
Veracruz, 59, 60, 66, 388-390.

Vercelli, plaza de, 10.
Verde, cabo, 420-21.
Verdote, Pablo, 130.
Verdugo, Antonio, O. F. M., 382.
Vergara, pueblo, 249.
Vestuario a misioneros, 365-386.
Viamón, río, 77, 95, 119.
Viana, José Joaquín de, 75-77, 83-109 *passim*, 114, 115, 119-121.
Viáticos a misioneros, 387.
Víboras, pueblo, 109.
Vicencia, ciudad, 707.
Vicente, Juan, O. F. M., 65, 367, 378.
Victoria, reina, 210.
Victoria, nave, 446.
Victoria, Juan de, O. F. M., 466.
Vich, conv. O. P., 194.
Vidigueira, conde de, 462.
Viegas, Vicente, 340.
Viera Clavijo, José de, 239.
Vigan, ciudad, 127.
Villafranca, marqués de, 14.
Villagarcía, Francisco de, O. de M., 366.
Villagrán, Francisco, O. de M., 366.
Villalobos, gral, 280, 290.
Villanueva, Francisco de, S. J., 304.
Villanueva, Juan de, O. P., 258, 260-61.
Villanueva, Tomás de, O. S. A., 71.
Villanueva de Barcarrota, pueblo, 326.
Villar del Conde, Juan de, O. P., 512.
Villarreal, Francisco, S. J., 369.
Villarroel, Gaspar de, O. S. A., 127.
Villasinda, Francisco de, O. F. M., 382.
Villavicencio, Diego de, O. P., 235-36, 275.
Vinagre, Fernando, 472.
Vinaroz, 33.
Vincencio, 492-93.
Vinsansi, Juan de, O. F. M., 367, 378.
Virandapatanán, pueblo, 550, 552.
Virgen de Loreto, ermita, 90, 107.
Virgilio, 327.
Virginia, territ., 210.
Visconti, Ignacio, S. J., 85.
Vitoria, Francisco de, O. F. M., 368.
Vitoria, Luis de, O. P., 463, 468.
Vivar, Pedro de, O. S. A., 126-127.
Vizcaya, (Biscaya), 704.
Vocabularios, 134.
Volta, cabo, 425.

W

Waddingus, Lucas, O. F. M., 279.
Wall, Ricardo, 79-87, 89, 94, 105, 115-17, 120-21.
Wáshington, 409.
Wicki, José, S. J., 277-78, 300, 417, 418, 476, 530, 534, 645.

X

Xaca, pueblo, 630.
Xacquis, Nicolás, O. S. A., 126.
Xaramillo, Antonio, O. P., 251.
Xequi: ver Shiki.

Y

Yacarapitú, laguna, 92.
Yacuy, río, 76, 77, 82, 95, 98, 114, 119.
Yaceguá, río, 78, 88.
Yagiro, japonés, 455.
Yamaguchi, 634-35, 638-40.
Yáñez, Cosme, 475, 476.
Yáñez, Gil, 420.
Yapa, prov. Perú, 164.
Yapeyú, pueblo, 109, 119.
Yauyos, pueblo, 148, 159, 160.
Yeguas, golfo de, 355.
Yoshhishige, Antonio, 362.
Yoshitaca, japonés, 359.
Youchí, Yashitaca, 362.
Yucatán, 60, 66, 71, 382.
Yyuy, río, 112, 114.

Z

Zabala, Francisco Bruno de, 76, 102.
Zafra, pueblo, 282.
Zairé, río, 423.
Zambal, pueblo, 266.

Zambales, indios, 265, 274.
Zamora, Alonso de, O. P., 251-53.
Zapata, Vicente, S. J., 283.
Zapatilla, casa de juego, 19.
Zaragoza, 30, 33, 85, 189, 264, 449.
Zaragoza, conv. O. F. M. Cap., 30.
Zarandí, lugar, 88, 90, 91.
Zarandona, Antonio, S. J., 82.
Zarco, Mariano, C. M. F., 411.
Zeimoto, Francisco, 454.
Zumárraga, Juan de, Obpo., 410.
Zumel, P., O. de M., 370.

Otras revistas del Patronato "Menéndez Pelayo"

AL-ANDALUS.—Publicación del Instituto Miguel Asín.

Revista dedicada al estudio de la historia, ciencias, literatura, arte y arqueología de la España musulmana.

Semestral. Número suelto: 35 ptas. Suscripción anual: 60 ptas.

ANUARIO MUSICAL.—Publicación del Instituto Español de Musicología.

Es un exponente de los problemas que encierran nuestro folklore y el estudio científico del pasado musical de España. Aparte de todo lo referente a la cultura musical española, da también cabida en sus páginas a temas universales de índole musicográfica, relacionados directa o indirectamente con ella.

Precio del tomo anual: 80 pesetas.

ARBOR.—Revista General de Investigación y cultural.

Recoge, en su plena síntesis humana y doctrinal, los temas cultivados por todos los Institutos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dando a sus páginas una abierta e interesante universalidad.

Precio del ejemplar: 15 pesetas. Suscripción anual: 125 pesetas.

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE.—Publicación del Instituto Diego Velázquez.

Revista de Arte medieval y moderno. Aunque fundamentalmente se consagra al arte español y americano, publica también trabajos sobre arte extranjero.

Trimestral. Número suelto: 25 ptas. Suscripción anual: 80 ptas.

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGÍA.—Publicación del Instituto Rodrigo Caro.

Revista dedicada al estudio de la arqueología y al arte durante la prehistoria y la Edad Antigua, tanto en España como en el extranjero.

Semestral. Número suelto: 45 ptas. Suscripción anual: 80 ptas.

BOLETÍN DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA.—Publicación de la Facultad de Historia de la Universidad de Valladolid.

Dedicada a estudios arqueológicos y de arte, contiene trabajos extensos sobre estos temas, más la aportación de las Secciones de Cuadernos de Trabajos, Varia, Datos y Documentos sobre Arte, Revistas y Bibliografía, en un volumen de más de 300 páginas de texto y un centenar de láminas papel couché.

Precio del volumen: 90 pesetas.

CUADERNOS DE ESTUDIOS GALLEGOS.—Publicación del Instituto Padre Sarmiento.

Recoge textos, documentos e indicaciones de provecho, para quienes trabajan dispersos, sobre puntos de historia, filología, arqueología o etnografía de Galicia, divulgando además, ampliamente, la bibliografía sistematizada.

Trimestral. Número suelto: 25 ptas. Suscripción anual: 60 ptas.

REVISTA DE LITERATURA.—Publicación del Instituto Miguel de Cervantes.

Publica en cada fascículo estudios críticos extensos, ensayos breves, notas, Crónica general del movimiento literario y otras de aquellas manifestaciones culturales relacionadas con él—Teatro, Cine, Música—, así como críticas de los libros más notables y una Biografía, que da al lector el movimiento literario mundial.

Trimestral. Número suelto: 25 ptas. Suscripción anual: 80 ptas.

EMERITA.—Publicación del Instituto Antonio de Nebrija.

Unica en su género en lengua española, aspira a mantener a los estudiosos españoles al corriente de los estudios e investigaciones de Lingüística indoeuropea y filología clásica y a la vez a ser un índice del progreso de estos estudios en España.

Semestral. Número suelto: 35 ptas. Suscripción anual: 60 ptas.

HISPANIA.—Publicación del Instituto Jerónimo Zurita.

Dedicada al estudio de los problemas históricos, metodología, fuentes y bibliografía de historia de España y universal.

Trimestral. Número suelto: 22 ptas. Suscripción anual: 80 ptas.

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA.—Publicación del Instituto Miguel de Cervantes.

Comprende esta revista estudios de lingüística y literatura españolas y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros españoles y extranjeros referente a filología española.

Trimestral. Número suelto: 22 ptas. Suscripción anual: 80 ptas.

REVISTA DE IDEAS ESTÉTICAS.—Publicación del Instituto Diego Velázquez.

La *Revista de Ideas Estéticas* abarca estudios no limitados a Estética filosófica, sino extensivos a teoría y ciencia del arte estilístico, poético, teoría de la Música y Bibliografía.

Trimestral. Número suelto: 18 ptas. Suscripción anual: 60 ptas.

REVISTA DE INDIAS.—Publicación del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

Versa sobre historia, arqueología, arte, filología, literatura, geografía y etnografía de los países hispanoamericanos en el período colonial; bibliografía general e información contemporánea.

Trimestral. Número suelto: 28 ptas. Suscripción anual: 100 ptas.

SEFARAD.—Publicación del Instituto Benito Arias Montano.

Estudia los problemas culturales hebreo-bíblicos, las culturas del próximo Oriente en relación con el pueblo hebreo y el judaísmo español. Ofrece rica sección bibliográfica, con detenido examen del estado último de las cuestiones.

Semestral. Número suelto: 35 ptas. Suscripción anual: 60 ptas.